

Consejos sobre



MAYORDOMÍA CRISTIANA

Elena G. de White

Consejos sobre mayordomía cristiana

Compilación de párrafos alusivos de los escritos
de Elena G. de White

“Poderoso es Dios para hacer que abunde en
vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo
siempre en todas las cosas todo lo suficiente,
abundéis para toda buena obra” (2 Cor. 9:8).



CONSEJOS SOBRE MAYORDOMÍA CRISTIANA
Título original: *Counsels on Stewardship*

Original english edition
Copyright © Review and Herald® Publishing Association
Hagerstown, Maryland, USA

Copyright © de la presente edición
Inter-American Division Publishing Association®



IADPA

Inter-American Division Publishing Association®
2905 NW 87 Ave. Doral, Florida 33172 EE. UU.
tel. +1 305 599 0037 - mail@iadpa.org - www.iadpa.org

Impresión y encuadernación
USAMEX, INC.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Diciembre 2017

ISBN 1-57554-458-X

Procedencia de las imágenes: Thinkstockphotos

Está prohibida y penada, por las leyes internacionales de protección de la propiedad intelectual, la traducción y la reproducción o transmisión, total o parcial, de esta obra (texto, imágenes, diseño y diagramación); ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, en audio o por cualquier otro medio, sin el permiso previo y por escrito de los editores.

En esta obra las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera, revisión de 1960: RV60 © Sociedades Bíblicas Unidas (SBU).

Prefacio

Este libro, CONSEJOS SOBRE MAYORDOMÍA CRISTIANA, ha sido compilado y ahora se publica como respuesta a numerosos pedidos. A lo largo de los años se ha puesto a nuestro alcance un amplio conjunto de instrucciones prácticas y útiles, procedentes del espíritu de profecía, acerca del tema de la mayordomía cristiana. Estos consejos han sido publicados en revistas y libros, pero en la presente obra aparecen mayormente asuntos a los que nuestros obreros y miembros no tienen fácil acceso. En los libros en circulación hay abundante instrucción adicional sobre el mismo tema, pero en este libro se ha utilizado muy poco de ella. Nos sentimos complacidos porque ahora todos pueden tener acceso a estas instrucciones seleccionadas presentadas a la iglesia en forma conveniente. El material que compone este libro ha sido compilado en las oficinas de la Corporación Editorial Elena G. de White, bajo la supervisión de la Comisión de Fideicomisarios.

El asunto de la mayordomía ocupa un lugar importante y vital en el ámbito de la vida y el servicio cristianos. Esto concierne profunda y persistentemente a cada creyente cristiano. Nuestro reconocimiento de la soberanía de Dios, de su señorío de todas las cosas y de su concesión de su gracia a sus hijos, forma parte de nuestra debida comprensión de los principios de la mayordomía cristiana. A medida que nuestro conocimiento de estos principios crezca y se amplíe obtendremos una comprensión más plena acerca del modo como el amor y la gracia de Dios obran en nuestras vidas.

Aunque el sistema de la mayordomía cristiana concierne a las cosas materiales, es por encima de todo de índole espiritual. El servicio que debe realizarse para Cristo es algo real. El Señor requiere ciertas cosas de nosotros a fin de hacer ciertas cosas por nosotros. El cumplimiento de esas cosas requeridas en armonía con la voluntad

Consejos sobre mayordomía cristiana

divina eleva el asunto de la mayordomía cristiana a un elevado plano espiritual. El Señor no es exigente. No nos ordena en forma arbitraria que le sirvamos ni que reconozcamos su autoridad devolviéndole una parte de las cosas que él nos da. Pero ha dispuesto en tal forma la economía divina que, como resultado de nuestro trabajo en armonía con él en estos asuntos recibimos de vuelta un caudal de grandes bendiciones espirituales. Nos veremos privados de estas bendiciones si dejamos de colaborar con él en la realización de sus planes, y en esta forma nos privaremos de las cosas que más necesitamos.

Tenemos la seguridad de que un estudio cuidadoso de los principios de la mayordomía cristiana, en la forma como se los expone en este libro, ayudará a todos los que los estudien y practiquen a tener una experiencia más rica y plena en las cosas de Dios. Esto está claramente indicado en la siguiente declaración:

“La idea de que son administradores debe tener una influencia práctica sobre todos los hijos de Dios... La benevolencia práctica dará vida espiritual a millares de los que nominalmente profesan la verdad, pero que actualmente lamentan las tinieblas que los circundan. Los transformará de egoístas y codiciosos adoradores de Mamón, en fervientes y fieles colaboradores de Cristo en la salvación de los pecadores” (*Joyas de los testimonios*, tomo 1, p. 366).

Con la perspectiva de tal transformación ante nosotros, todos deberíamos estudiar concienzudamente este volumen, y orar para ser conducidos hacia una experiencia más plena y rica con el Señor.

J. L. McElhany.

Contenido

SECCIÓN I – La ley celestial de liberalidad y su propósito	
1. Colaboradores con Dios	15
2. Nuestro generoso benefactor	19
3. Por qué Dios emplea a los hombres como los encargados de distribuir sus recursos	22
4. Principios conflictivos de Cristo y Satanás	26
5. Donde Cristo mora hay liberalidad	29
6. La predicación de sermones prácticos	31
SECCIÓN II – La obra de Dios y su sostén	
7. Hay que sostener la obra de Dios	37
8. Una sincera vinculación con la iglesia	44
9. La voz de la consagración	48
10. Llamamiento a una mayor diligencia	52
11. La venta de casas y propiedades	58
SECCIÓN III – Lo que Dios se reserva: el diezmo	
12. Una prueba de lealtad	65
13. Fundado sobre principios eternos	69
14. Un plan hermoso y sencillio	73
15. Una cuestión de honradez	76
16. Regularidad y sistema	79
17. El mensaje de Malaquías	81
18. Probemos al Señor	87
19. Apoderándose de los fondos que Dios se reserva . . .	90
20. La respuesta de una conciencia estimulada	93
21. El empleo del diezmo	98
22. Educación impartida por los ministros y dirigentes de la iglesia	101

SECCIÓN IV – A cada hombre según sus aptitudes

- 23. Los principios de la mayordomía 109
- 24. Nuestros talentos 113
- 25. Responsabilidades del que tiene un talento 116
- 26. Robando a Dios el servicio legítimo 121
- 27. Frente al día del juicio 124

SECCIÓN V – Mayordomos de la riqueza

- 28. La riqueza es un talento confiado 131
- 29. Métodos para adquirir riquezas 138
- 30. El peligro de la prosperidad 143
- 31. Trampas de Satanás 150
- 32. El mal uso de la riqueza 153
- 33. La simpatía por los pobres 156

SECCIÓN VI – En la pobreza abunda la liberalidad

- 34. Elogio de la liberalidad 167
- 35. De gran valor ante la vista de Dios 173

SECCIÓN VII – La riqueza de los gentiles

- 36. Favores que deben recibirse e impartirse 181
- 37. Dios prepara el camino 184
- 38. La obra de la recolección 187

SECCIÓN VIII – Los oververdaderos motivos de la dadivosidad aceptable

- 39. El motivo verdadero en todo servicio 193
- 40. Ofrendas voluntarias 196
- 41. Métodos populares de incentivo 199

SECCIÓN IX – La búsqueda de tesoros terrenales

- 42. El peligro de la codicia 209
- 43. Procurando servir a Dios y a Mamón 216
- 44. Profesantes vanos 221

SECCIÓN X – El atractivo de la especulación

- 45. La búsqueda de las riquezas 229
- 46. La tentación a especular 234
- 47. Inversiones imprudentes 240

SECCIÓN XI – La tiranía de la deuda

- 48. Viviendo en armonía con las entradas 247
- 49. Cuando se arroja oprobio sobre la causa de Dios . . . 250
- 50. Exhortación a orar o a cambiar de trabajo 253
- 51. Liquidando las deudas de construcción
de las iglesias 256
- 52. Hay que evitar las deudas en las instituciones 262
- 53. Cuando se falla en calcular el costo 269
- 54. Avanzando por fe 273
- 55. Palabras de un consejero divino 277

SECCIÓN XII – Ahorrando para Dar

- 56. Dejado al honor de los hombres 283
- 57. Palabras para la juventud 288
- 58. Una exhortación a la economía 294

SECCIÓN XIII – Los votos y las promesas son sagrados

- 59. Las promesas a Dios comprometen 305
- 60. El pecado de Ananías 308
- 61. Un contrato con Dios 311

SECCIÓN XIV – Testamentos y legados

- 62. La preparación para la muerte 319
- 63. La mayordomía es una responsabilidad personal . . . 326
- 64. Desplazando la responsabilidad sobre otros 329

SECCIÓN XV – La recompensa de la mayordomía fiel

- 65. La recompensa como motivación en el servicio 335
- 66. El tesoro en el cielo 338
- 67. Bendiciones temporales para los generosos 341
- 68. Compartiendo los gozos de los redimidos 344

Clave para las citas y las abreviaturas

Los capítulos que constituyen este libro se han tomado de los escritos de Elena G. de White, especialmente de los artículos publicados en la *Review and Herald*, pero también de libros que actualmente están en circulación, de folletos, de los archivos de los manuscritos de Elena G. de White. A continuación aparece una lista de las abreviaturas de las obras empleadas:

Carta	–	Declaración tomada de los archivos de los manuscritos de Elena G. de White*
CE	–	<i>El colportor evangélico</i>
DM	–	<i>El discurso maestro de Jesucristo</i>
DTG	–	<i>El Deseado de todas las gentes</i>
Ed	–	<i>La educación</i>
FE	–	<i>Fundamentals of Christian Education</i>
HA	–	<i>Los hechos de los apóstoles</i>
JT 1	–	<i>Joyas de los testimonios</i> , tomo 1
MC	–	<i>El ministerio de curación</i>
MJ	–	<i>Mensajes para los jóvenes</i>
MS	–	Declaración tomada de los archivos de los manuscritos de Elena G. de White*
OE	–	<i>Obreros evangélicos</i>
PE	–	<i>Primeros escritos</i>
PP	–	<i>Patriarcas y profetas</i>
PR	–	<i>Profetas y reyes</i>
PVGM	–	<i>Palabras de vida del gran Maestro</i>
RH	–	<i>Review and Herald</i>
ST	–	<i>Signs of the Times</i>
1 T	–	<i>Testimonies for the Church</i> , tomo 1
TM	–	<i>Testimonios para los ministros</i>
YI	–	<i>Youth's Instructor</i>

* La fuente de los artículos seleccionados de los archivos de los manuscritos se indica mediante el número que los manuscritos originales llevan en los archivos de Elena G. de White, que se encuentran en las oficinas de la Corporación Editorial Elena G. de White. Ejemplo: *Carta* 72, 1909; *MS* 1, 1890.

SECCIÓN I

*La Ley Celestial
de Liberalidad
y su Propósito*

La ley celestial de liberalidad y su propósito

1. Colaboradores con Dios	15
2. Nuestro generoso benefactor	19
3. Por qué Dios emplea a los hombres como los encargados de distribuir sus recursos	22
4. Principios conflictivos de Cristo y Satanás	26
5. Donde Cristo mora hay liberalidad	29
6. La predicación de sermones prácticos	31
Para un estudio adicional	33

1. COLABORADORES CON DIOS

“Honra a Jehová de tu sustancia, y de las primicias de todos tus frutos; y serán llenas tus trojes con abundancia, y tus lagares rebozarán de mosto” (Prov. 3: 9, 10).

“Hay quienes reparten, y les es añadido más: y hay quienes son escasos más de lo que es justo, mas vienen a pobreza. El alma liberal será engordada: y el que saciare, él también será saciado” (Prov. 11: 24, 25).

“Mas el generoso piensa en cosas generosas, y él por cosas generosas será hecho estable” (Isa. 32: 8, VM).

En el plan de salvación, la sabiduría divina estableció la ley de la acción y de la reacción; de ello resulta que la obra de beneficencia, en todos sus ramos, es doblemente bendecida. El que ayuda a los menesterosos es una bendición para ellos y él mismo recibe una bendición mayor aún.

LA GLORIA DEL EVANGELIO

Para que el hombre no perdiese los preciosos frutos de la práctica de la beneficencia, nuestro Redentor concibió el plan de hacerle su colaborador. Dios habría podido salvar a los pecadores sin la colaboración del hombre; pero sabía que el hombre no podría ser feliz sin desempeñar una parte en esta gran obra. Por un encadenamiento de circunstancias que invitan a practicar la caridad, otorga al hombre los mejores medios para cultivar la benevolencia y observar la costumbre de dar, ya sea a los pobres o para el adelantamiento de la causa de Dios. Las apremiantes necesidades de un mundo arruinado nos obligan a emplear en su favor nuestros talentos —dinero e influencia— para hacer conocer la verdad a los hombres y mujeres que sin ella perecerían. Al responder a sus pedidos con nuestros actos de beneficencia, somos transformados a la imagen de Aquel que se hizo pobre para enriquecernos. Al dispensar a otros, los bendecimos; así es como atesoramos riquezas verdaderas.

Consejos sobre mayordomía cristiana

La gloria del Evangelio consiste en que se funda en la noción de que se ha de restaurar la imagen divina en una raza caída por medio de una constante manifestación de benevolencia. Esta obra comenzó en los atrios celestiales, cuando Dios dio a los humanos una prueba deslumbradora del amor con que los amaba. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (S. Juan 3: 16). El don de Cristo revela el corazón del Padre. Nos asegura que, habiendo emprendido nuestra redención, él no escatimará ninguna cosa necesaria para terminar su obra, por más que pueda costarle.

La generosidad es el espíritu del cielo. El abnegado amor de Cristo se reveló en la cruz. El dio todo lo que poseía y se dio a sí mismo para que el hombre pudiese salvarse. La cruz de Cristo es un llamamiento a la generosidad de todo discípulo del Salvador. El principio que proclama es de dar, dar siempre. Su realización por la benevolencia y las buenas obras es el verdadero fruto de la vida cristiana. El principio de la gente del mundo es: ganar, ganar siempre; y así se imagina alcanzar la felicidad; pero cuando este principio ha dado todos sus frutos, se ve que sólo engendra la miseria y la muerte.

La luz del Evangelio que irradia de la cruz de Cristo condena el egoísmo y estimula la generosidad y la benevolencia. No debería ser causa de quejas el hecho de que se nos dirigen cada vez más invitaciones a dar. En su divina providencia Dios llama a su pueblo a salir de su esfera de acción limitada para emprender cosas mayores. Se nos exige un esfuerzo ilimitado en un tiempo como éste, cuando las tinieblas morales cubren el mundo. Muchos de los hijos de Dios están en peligro de dejarse prender en la trampa de la mundanidad y avaricia. Deberían comprender que es la misericordia divina la que multiplica las solicitudes de recursos. Deben serles presentados blancos que despierten su benevolencia o no podrán imitar el carácter del gran Modelo.

LAS BENDICIONES DE LA MAYORDOMÍA

Al dar a sus discípulos la orden de ir por “todo el mundo” y predicar “el evangelio a toda criatura”, Cristo asignó a los hombres una tarea: la de sembrar el conocimiento de su gracia. Pero mientras algunos salen al campo a predicar, otros le obedecen sosteniendo su obra en la tierra por medio de sus ofrendas. El ha puesto recursos en las manos de los hombres, para que sus dones fluyan por canales humanos al cumplir la obra que nos ha asignado en lo que se refiere a salvar a nuestros semejantes. Este es uno de los medios por los cuales Dios eleva al hombre. Es exactamente la obra que conviene a éste; porque despierta en su corazón las simpatías más profundas y le mueve a ejercitar las más altas facultades de la mente.

Todas las cosas buenas de la tierra fueron colocadas aquí por la mano generosa de Dios, y son la expresión de su amor para con el hombre. Los pobres le pertenecen y la causa de la religión es suya. El oro y la plata pertenecen al Señor; él podría, si quisiera, hacerlos llover del cielo. Pero ha preferido hacer del hombre su mayordomo, confiándole bienes, no para que los vaya acumulando, sino para que los emplee haciendo bien a otros. Hace así del hombre su intermediario para distribuir sus bendiciones en la tierra. Dios ha establecido el sistema de la beneficencia para que el hombre pueda llegar a ser semejante a su Creador, de carácter generoso y desinteresado y para que al fin pueda participar con Cristo de una eterna y gloriosa recompensa.

REUNIÉNDOSE ALREDEDOR DE LA CRUZ

El amor que tuvo su expresión en el Calvario debiera ser reanimado, fortalecido y difundido en nuestras iglesias. ¿No haremos todo lo que está a nuestro alcance para fortalecer los principios que Cristo comunicó a este mundo? ¿No nos esforzaremos por establecer y desarrollar las empresas de beneficencia que necesitamos sin más demora? Al contemplar al Príncipe del cielo muriendo en la cruz por vosotros, ¿podéis cerrar vuestro corazón, diciendo: “No, nada tengo para dar”?

Consejos sobre mayordomía cristiana

Los que creen en Cristo deben perpetuar su amor. Este amor debe atraerlos y reunirlos en derredor de la cruz. Debe despojarlos de todo egoísmo y unirlos a Dios y entre sí mismos.

Juntaos alrededor de la cruz dominados por un espíritu de sacrificio personal y de completa abnegación. Dios os bendecirá si hacéis lo mejor que podéis. Al acercaros al trono de la gracia y al veros ligados a ese trono por la cadena de oro que baja del cielo a la tierra para sacar a los hombres del abismo del pecado, vuestro corazón rebotará de amor hacia vuestros hermanos que están todavía sin Dios y sin esperanza en el mundo.—*JT* 3, 401-404.

2. NUESTRO GENEROSO BENEFACTOR

El poder de Dios se manifiesta en los latidos del corazón, en los movimientos de los pulmones y en las corrientes vivificadoras que circulan por los millares de conductos del cuerpo. Estamos endeudados con él por cada momento de nuestra existencia y por todas las comodidades de la vida. Las facultades y las aptitudes que elevan al hombre por encima de la creación inferior constituyen el don del Creador.

El nos da sus beneficios en gran cantidad. Estamos en deuda con él por el alimento que comemos, el agua que bebemos, la ropa con la que nos vestimos y el aire que respiramos. Sin su providencia especial, el aire estaría lleno de pestilencia y veneno. El es un generoso benefactor y preservador.

El sol que brilla sobre la tierra y da esplendor a toda la naturaleza, el fantasmagórico y solemne resplandor de la luna, la magnificencia del firmamento tachonado de brillantes estrellas, las lluvias que refrescan la tierra y que hacen florecer la vegetación, las cosas preciosas de la naturaleza en toda su variada riqueza, los elevados árboles, los arbustos y las plantas, las espigas ondeantes, el cielo azul, los verdes prados, los cambios del día y la noche, la renovación de las estaciones, todo esto habla al hombre acerca del amor de su Creador.

El nos ha unido a sí mismo mediante estas muestras que ha puesto en el cielo y en la tierra. Nos cuida con mayor ternura de lo que lo hace una madre con un hijo afligido. “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen” (Sal. 103: 13).—RH, 18 de septiembre, 1888.

Los que reciben continuamente deben dar constantemente

Así como recibimos continuamente las bendiciones de Dios, así también debemos dar constantemente. Cuando el Benefactor celestial deje de darnos, sólo entonces se nos podrá disculpar, porque no

tendremos nada para compartir. Dios nunca nos ha dejado sin darnos evidencia de su amor, porque siempre nos ha rodeado de beneficios...

A cada instante somos sostenidos por el cuidado de Dios y por su poder. El pone alimento en nuestras mesas. Nos proporciona un sueño pacífico y reparador. Cada semana nos da el día sábado para que reposemos de nuestras labores temporales y lo adoremos en su propia casa. Nos ha dado su Palabra para que ésta sea como una lámpara para nuestros pies y una lumbrera en nuestro camino. En sus páginas sagradas encontramos sabios consejos; y tantas veces como elevamos nuestros corazones hacia él en penitencia y con fe, él nos concede las bendiciones de su gracia. Pero por encima de todo se destaca el don infinito que Dios hizo al dar a su Hijo amado, por medio de quien fluyen todas las demás bendiciones para esta vida y para la vida venidera.

Ciertamente la bondad y la misericordia nos asisten a cada paso. Solamente cuando deseemos que el Padre infinito cese de proporcionarnos sus dones, podremos exclamar con impaciencia: ¿Tendremos que dar siempre? No sólo deberíamos devolver siempre nuestros diezmos a Dios que él reclama como suyos, sino además llevar un tributo a su tesorería como una ofrenda de gratitud. Llevemos a nuestro Creador, rebosantes de gozo, las primicias de su munificencia: nuestras posesiones más escogidas y nuestro servicio mejor y más piadoso.—RH, 9 de febrero, 1886.

La única forma de manifestar gratitud

El Señor no necesita nuestras ofrendas. No podemos enriquecerlo con nuestros donativos. El salmista dice: “Todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos” (1 Crón. 29: 14). Dios nos permite manifestar nuestro aprecio de sus mercedes por medio de esfuerzos abnegados realizados para compartir las mismas con otras personas. Esta es la única manera posible como podemos manifestar nuestra gratitud y nuestro amor a Dios, porque él no ha provisto ninguna otra.—RH, 6 de diciembre, 1887.

El argumento de Pablo contra el egoísmo

Pablo procuró desarraigar de los *corazones* de sus hermanos la planta del egoísmo, porque el carácter no puede estar completo en Cristo cuando retiene el egoísmo y la codicia. El amor de Cristo en sus *corazones* los induciría a ayudar a sus semejantes en sus necesidades. Procuró estimular su amor señalándoles el sacrificio que Cristo había hecho por ellos.

Les dijo: “No hablo como quien manda, sino para poner a prueba, por medio de la diligencia de otros, también la sinceridad del amor vuestro. Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2 Cor. 8: 8, 9).

Este es el poderoso argumento que usa el apóstol. No es el mandamiento de Pablo sino el del Señor Jesucristo...

¡Cuán grande fue el don hecho por Dios al hombre, y cuán propio de Dios fue hacerlo! El dio con una liberalidad que jamás podrá ser igualada, a fin de salvar a los rebeldes hijos del hombre y de inducirlos a ver su propósito y a discernir su amor. ¿No queréis demostrar por medio de vuestros dones y ofrendas que no hay nada que consideráis demasiado bueno para aquel que “ha dado a su Hijo unigénito”?—RH, 15 de mayo, 1900.

El espíritu de liberalidad es el espíritu del cielo. El espíritu de egoísmo es el espíritu de Satanás.—RH, 17 de octubre, 1882.

3. POR QUÉ DIOS EMPLEA A LOS HOMBRES COMO LOS ENCARGADOS DE DISTRIBUIR SUS RECURSOS

Dios no depende de los hombres para promover su causa. Podría convertir a los ángeles en embajadores de su verdad. Habría podido revelar su voluntad por medio de su propia voz cuando proclamó la ley desde el Sinaí. Pero ha elegido emplear a los hombres para que hagan su obra a fin de cultivar en ellos el espíritu de liberalidad.

Cada acto de abnegación realizado en bien de otros fortalecerá el espíritu de generosidad en el donante, y lo vinculará más estrechamente con el Redentor del mundo, quien “por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2 Cor. 8: 9). Y la vida puede ser una bendición para nosotros únicamente en la medida en que cumplimos el propósito divino para el cual fuimos creados. Todas las buenas dádivas que Dios hace al hombre constituirán una maldición a menos que éste las emplee para hacer felices a sus semejantes y para promover la causa de Dios en el mundo.—RH, 7 de diciembre, 1886.

Resultado de la búsqueda de ganancias

Este creciente apego por la obtención de dinero, el egoísmo engendrado por el deseo de ganancias, es lo que amortece la espiritualidad de la iglesia y aleja de ella el favor de Dios. Cuando la cabeza y las manos están ocupadas constantemente en planear y trabajar para acumular riquezas, los derechos de Dios y la humanidad quedan olvidados.

Si Dios nos ha bendecido con prosperidad, esto no quiere decir que debemos apartar de él nuestro tiempo y atención para dirigirlos a las cosas que él nos ha prestado. El Dador es más grande que el don. Hemos sido comprados por un precio y por lo tanto no nos pertenecemos a nosotros mismos. ¿Hemos olvidado cuál fue el pre-

Por qué Dios emplea a los hombres como los encargados de...

cio infinito pagado por nuestra redención? ¿Ha muerto la gratitud en el corazón? ¿La vida de Cristo no es un reproche para una vida de comodidad egoísta y complacencia?... Estamos cosechando los frutos de este sacrificio de abnegación infinita; y sin embargo, cuando hay que trabajar, cuando se necesita que nuestro dinero ayude a la obra del Redentor en la salvación de las almas, nos apartamos de nuestro deber y oramos para que se nos excuse. Pereza innoble, descuidada indiferencia, y egoísmo malvado sellan nuestros sentidos para que no veamos los derechos de Dios.

¡Oh! ¿Debe Cristo, la Majestad del cielo, el Rey de gloria, cargar con la pesada cruz, llevar la corona de espinas y beber la amarga copa, mientras nosotros descansamos cómodamente, nos glorificamos a nosotros mismos y nos olvidamos de las almas por las que murió para redimir las mediante su sangre preciosa? No; demos mientras podamos hacerlo. Hagámoslo mientras tenemos fuerzas para hacerlo. Trabajemos mientras dura el día. Dedicuemos nuestro tiempo y nuestros medios al servicio de Dios a fin de recibir su aprobación y su recompensa.—RH, 17 de octubre, 1882.

Nuestro mayor conflicto es con el yo

Nuestras posesiones en esta vida son limitadas, pero el gran tesoro que Dios ofrece en su don al mundo es ilimitado. Abarca todo deseo humano y sobrepasa nuestros cálculos finitos. En el gran día de la decisión final, cuando cada uno sea juzgado por sus obras, se hará callar toda voz que hable en favor de la justificación de sí mismo; porque se verá que el Padre en su don a la humanidad, dio todo lo que poseía, y resultará evidente que los que han rehusado aceptar ese misericordioso ofrecimiento carecen de toda excusa.

No tenemos ningún enemigo exterior a quien debemos temer. Nuestro gran conflicto lo tenemos con nuestro yo no consagrado. Cuando dominamos el yo somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. Hermanos míos, ahí está la vida eterna que

debemos ganar. Peleemos la buena batalla de la fe. Nuestro tiempo de prueba no está en el futuro, sino en el momento presente. Mientras éste dura, “buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (S. Mat. 6: 33) —las cosas que ahora con tanta frecuencia ayudan a Satanás en sus propósitos sirviendo como trampas para engañar y destruir.—RH, 5 de marzo, 1908.

Una fea mancha

Nunca debemos olvidar que se nos ha puesto a prueba en este mundo a fin de determinar nuestra aptitud para la vida futura. No podrá entrar en el cielo ninguna persona cuyo carácter haya sido contaminado por la fea mancha del egoísmo. Por lo tanto, Dios nos prueba aquí entregándonos posesiones temporales a fin de que el uso que hagamos de ellas demuestre si se nos pueden confiar las riquezas eternas.—RH, 16 de mayo, 1893.

Nuestras posesiones son tan sólo un depósito

Por cuantiosas o reducidas que sean las posesiones de una persona, ésta debe recordar que las ha recibido tan sólo en calidad de depósito. Debe rendir cuenta a Dios de su fuerza, habilidad, tiempo, talento, oportunidades y recursos. Esto constituye una obra individual; Dios nos da para que seamos como él generosos, nobles y benevolentes al compartir lo que tenemos con otros. Los que olvidan su misión divina procuran tan sólo ahorrar o gastar para complacer el orgullo o el egoísmo, y éstos puede ser que disfruten de los placeres de este mundo; pero ante la vista de Dios, estimados en base a sus realizaciones espirituales, son desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos.

Cuando se emplea la riqueza en forma debida, ésta se convierte en un dorado vínculo de gratitud y afecto entre el hombre y sus semejantes, y en un fuerte lazo que une sus afectos con su Redentor. El don infinito que Dios hizo en la persona de su Hijo amado exige expresiones tangibles de gratitud de parte de los recipientes de su

Por qué Dios emplea a los hombres como los encargados de...

gracia. El que recibe la luz del amor de Cristo queda por ese motivo bajo la más definida obligación de iluminar con esa luz bendita a las almas que están en las tinieblas.—RH, 16 de mayo, 1882.

Para despertar los atributos del carácter de Cristo

El Señor permite que hombres y mujeres experimenten sufrimientos y calamidades a fin de arrancarlos de su egoísmo y para despertar en ellos los atributos de su [Cristo] carácter: compasión, ternura y amor.

El amor divino realiza sus llamamientos más conmovedores cuando nos pide que manifestemos la misma tierna compasión que Cristo expresó. El fue varón de dolores, experimentado en quebrantos. El fue afligido con todas nuestras aflicciones. El ama a hombres y mujeres como una adquisición hecha con su propia sangre, y nos dice: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros” (S. Juan 13: 34).—RH, 13 de septiembre, 1906.

El honor más elevado y el gozo más grande

Dios es la fuente de vida, luz y gozo para todo el universo. Sus bendiciones, como rayos de sol, fluyen desde él hacia todas las criaturas que él ha hecho. En su amor infinito ha concedido a los hombres el privilegio de llegar a ser participantes de la naturaleza divina, para que ellos a su turno compartan las bendiciones con sus semejantes. Esto constituye el honor más elevado y el gozo más grande que Dios pueda derramar sobre los hombres. Estos son conducidos más cerca de su Creador al convertirse en esta forma en participantes de los trabajos de amor. El que rehusa llegar a ser un “obrero juntamente con Dios” —el hombre que por amor a la complacencia egoísta ignora las necesidades de sus semejantes, el avaro que amontona sus tesoros— está privándose de la bendición más rica que Dios puede proporcionarle.—RH, 6 de diciembre, 1887.

4. PRINCIPIOS CONFLICTIVOS DE CRISTO Y SATANÁS

Los seres humanos pertenecen a una gran familia: la familia de Dios. El propósito del Creador era que los seres humanos se respetaran y se amaran mutuamente, y que siempre manifestaran un interés puro y abnegado en el bienestar mutuo. Pero Satanás se ha propuesto interesar a los hombres en primer término en sí mismos, y éstos al ceder a su control han desarrollado un egoísmo que ha llenado al mundo de miseria y lucha, y ha indispuerto a los hombres entre sí.

El egoísmo es la esencia de la depravación, y debido a que los seres humanos han cedido a su poder, hoy se ve en el mundo lo opuesto a la obediencia a Dios. Las naciones, las familias y los individuos están deseosos de convertirse ellos mismos en la figura central. El hombre desea gobernar sobre su prójimo. Al separarse, en su egotismo, de Dios y de sus semejantes sigue sus inclinaciones desenfrenadas. Actúa como si el bien de los demás dependiera de la sujeción de éstos a su supremacía.

El egoísmo ha introducido discordia en la iglesia y la ha llenado de una ambición no santificada... El egoísmo destruye la semejanza con Cristo y llena al hombre de amor propio. Conduce a un alejamiento continuo de la justicia. Cristo ha dicho: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (S. Mat. 5: 48). Pero el egoísmo no percibe la perfección que Dios requiere...

Cristo vino a este mundo para revelar el amor de Dios. Sus seguidores deben continuar la obra que él comenzó. Esforcémonos por ayudarnos y fortalecernos mutuamente. La búsqueda del bien de los demás es el camino por el que puede hallarse la verdadera felicidad. El hombre no obra contra sus propios intereses cuando ama a Dios y a sus semejantes. Cuanto más desprendido sea su espíritu tanto más feliz será porque está cumpliendo el propósito de Dios para él. Así es como respira la atmósfera de Dios, la que lo

llena de gozo. Para él la vida constituye un cometido sagrado que considera inestimable porque ha sido dado por Dios para ser empleado en el servicio por los demás.—RH, 25 de junio, 1908.

Un conflicto desigual

El egoísmo es el impulso humano más poderoso y más generalizado, y debido a esto la lucha del alma entre la simpatía y la codicia constituye una prueba desigual; porque mientras el egoísmo es la pasión más fuerte, el amor y la benevolencia son con mucha frecuencia los sentimientos más débiles, y por regla general el maligno gana la victoria. Por lo tanto, al dar nuestro trabajo y nuestros dones a la causa de Dios, es peligroso dejarse controlar por los sentimientos o el impulso.

Dar o trabajar cuando alguien conmueve nuestra simpatía, y retener nuestro trabajo o servicio cuando las emociones no son estimuladas, constituye una conducta imprudente y peligrosa. Si estamos dominados por el impulso o por la mera simpatía humana, en ese caso bastarán unas pocas ocasiones cuando nuestra preocupación por el prójimo sea pagada con ingratitud, o cuando nuestros donativos sean mal empleados o malgastados, para que se hielan las fuentes de nuestra benevolencia. Los cristianos deberían actuar dirigidos por principios fijos siguiendo el ejemplo de abnegación y sacrificio dado por el Salvador.—RH, 7 de diciembre, 1886.

La nota tónica de la enseñanza de Cristo

La abnegación es la nota tónica de las enseñanzas de Cristo. Con frecuencia se impone este concepto a los creyentes con un lenguaje que parece autoritario, porque no hay otra forma de salvar a los hombres si no se los separa de su vida de egoísmo. Mientras Cristo vivió en el mundo hizo una correcta presentación del poder del Evangelio... A cada alma que sufra con él mientras resiste al pecado, trabaja por su causa y se niega a sí misma por el bien de otros, él le promete una parte en la recompensa eterna de los jus-

tos. Poniendo en práctica el mismo espíritu que caracterizó la obra de su vida, llegaremos a participar de su naturaleza. Al compartir esta vida de sacrificio por amor a otros, disfrutaremos con él la vida futura, “un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Cor. 4: 17).—RH, 28 de septiembre, 1911.

Los frutos del egoísmo

Los que permiten que un espíritu codicioso se poseione de ellos fomentan y desarrollan los rasgos de carácter que harán que sus nombres sean registrados en los libros del cielo como idólatras. A todos éstos se los clasifica con los ladrones, vilipendiadores y extorsionistas, ninguno de los cuales, declara la Biblia, heredarán el reino de Dios. “Porque el malo se jacta del deseo de su alma, bendice al codicioso, y desprecia a Jehová” (Sal. 10: 3). Las características de los codiciosos siempre están en pugna con el ejercicio de la caridad cristiana. Los frutos del egoísmo siempre se manifiestan en el descuido del deber y en el fracaso en la tarea de emplear los dones dados por Dios para el adelantamiento de su obra.—RH, 1^{ro} de diciembre, 1896.

La muerte de toda piedad

Cristo es nuestro ejemplo. El dio su vida como sacrificio por nosotros, y nos pide que demos nuestras vidas como sacrificio por los demás. Así podremos desechar el egoísmo que Satanás se esfuerza constantemente por implantar en nuestros corazones. Este egoísmo significa la muerte de toda piedad, y puede vencerse únicamente mediante la manifestación de amor a Dios y a nuestros semejantes. Cristo no permitirá que ninguna persona egoísta entre en los recintos del cielo. Ningún codicioso puede cruzar las puertas de perla, porque toda codicia es idolatría.—RH, 11 de julio, 1899.

5. DONDE CRISTO MORA HAY LIBERALIDAD

Cuando el perfecto amor de Dios inunde el corazón ocurrirán cosas admirables. Cristo morará en el corazón del creyente como una fuente de agua que fluye para vida eterna. Pero los que manifiestan indiferencia hacia los que sufren serán culpados de indiferencia hacia Jesucristo en la persona de sus santos necesitados. Nada extrae del alma la espiritualidad con más rapidez que cuando se la rodea con el egoísmo y el cuidado de sí mismo.

Los que complacen su yo y descuidan la atención de las almas y los cuerpos de las personas por quienes Cristo dio su vida, no están comiendo del pan de vida ni bebiendo del agua de la fuente de salvación. Están secos y sin savia, como un árbol que no lleva fruto. Son enanos espirituales que consumen sus recursos en sí mismos; pero no olvidemos que “todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gál. 6: 7).

Los principios cristianos siempre resultarán visibles. En mil formas se pondrán de manifiesto los principios interiores. Cristo morando en el alma es como una fuente que nunca se seca.—RH, 15 de enero, 1895.

Cuando se entroniza a Cristo en el corazón

Cuando Dios confía riquezas al hombre, lo hace con el fin de que adorne la doctrina de Cristo nuestro Salvador utilizando sus tesoros terrenales para promover el reino de Dios en nuestro mundo. Debe representar a Cristo, y por lo tanto no ha de vivir para complacerse ni glorificarse a sí mismo, ni para recibir honor a causa de su riqueza.

Cuando el corazón es limpiado de pecado, Cristo es entronizado en el lugar que una vez ocupaban la complacencia de sí mismo y el amor a las riquezas terrenales. La imagen de Cristo se ve en la expresión del rostro. La obra de santificación prosigue en el alma.

Desaparece la justicia propia. Surge el nuevo hombre, quien es creado según Cristo en justicia y verdadera santidad.—RH, 11 de septiembre, 1900.

La victoria sobre la codicia y la avaricia

Los ricos deberían consagrar todo lo que tienen a Dios, y los que son santificados por medio de la verdad en cuerpo, alma y espíritu también dedicarán a Dios sus posesiones y se convertirán en instrumentos para alcanzar a otras almas. Por medio de su experiencia y ejemplo manifestarán que la gracia de Cristo tiene poder para vencer la codicia y la avaricia; y la persona adinerada que somete a Dios los bienes que le han sido confiados será reconocida como un mayordomo fiel, y podrá demostrar ante otros que cada peso que posee lleva la marca y el sello de Dios.—RH, 19 de septiembre, 1893.

6. LA PREDICACIÓN DE SERMONES PRÁCTICOS

Dar para satisfacer las necesidades de los santos y para promover el reino de Dios es predicar sermones prácticos que testifican que los que dan no han recibido en vano la gracia de Dios. El ejemplo viviente dado por un carácter desprendido que sigue el modelo de Cristo, ejerce gran poder sobre los hombres. Los que no viven para sí mismos no emplearán hasta el último peso para satisfacer sus necesidades supuestas y para proveerse de lo que les conviene, sino que recordarán que son los seguidores de Cristo y que hay otros que necesitan alimento y ropa.

Los que viven para complacer el apetito y los deseos egoístas perderán el favor de Dios y la recompensa celestial. Dan testimonio ante el mundo de que no poseen una fe genuina, y cuando procuran compartir con otros la verdad presente el mundo considerará sus obras como metal que resuena y címbalo que retiñe. Que todos demuestren su fe por medio de sus obras. “La fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (Sant. 2: 17). “Mostrad, pues, para con ellos ante las iglesias la prueba de vuestro amor, y de nuestro gloriarnos respecto de vosotros” (2 Cor. 8: 24).—RH, 21 de agosto, 1894.

El sermón más difícil

El sermón más difícil de predicar y que ofrece más dificultad para ponerlo en práctica, es la abnegación. El codicioso pecador, el yo, cierra la puerta al bien que podría hacerse, pero que no se hace porque se invierte el dinero con propósitos egoístas. Pero es imposible que nadie pueda retener el favor de Dios y gozar de comunión con el Salvador, y al mismo tiempo ser indiferente con los intereses de sus semejantes que no tienen vida en Cristo y que perecen en sus pecados. Cristo nos ha dejado un ejemplo admirable de abnegación...

Al seguirlo por el camino de la abnegación, levantando la cruz y llevándola tras él hasta la casa de su Padre revelaremos en nues-

tras vidas la belleza de la vida de Cristo. Junto al altar del sacrificio —el lugar designado de reunión entre Dios y el alma— recibimos de manos de Dios la antorcha celestial que escudriña el corazón y que revela la necesidad de que Cristo more en el interior.—*RH*, 31 de enero, 1907.

Expande el corazón y une con Cristo

Las ofrendas de los pobres, dadas con abnegación para ayudar y extender la preciosa luz de la verdad salvadora, no sólo tendrán olor agradable para Dios y serán plenamente aceptadas por él como un donativo dedicado, sino que el mismo acto de dar expande el corazón del dador y lo une más plenamente con el Redentor del mundo. El era rico pero por amor a nosotros se hizo pobre, para que por su pobreza nosotros fuésemos hechos ricos. Las sumas más pequeñas dadas con gozo por los que tienen recursos limitados, resultan plenamente aceptables para Dios, y aun de mayor valor que las ofrendas de los ricos quienes pueden dar miles de pesos sin ejercer abnegación y sin sentir necesidad.—*RH*, 31 de octubre, 1878.

Dando con gozosa presteza

El espíritu de liberalidad cristiana se fortalecerá a medida que se lo ejercita, y no necesitará estimulación malsana. Todos los que poseen este espíritu, el espíritu de Cristo, con gozosa presteza llevarán sus donativos a la tesorería del Señor. Inspirados por su amor a Cristo y por las almas por quienes él murió, sienten una intensa urgencia por desempeñar fielmente su parte.—*RH*, 16 de mayo, 1893.

PARA UN ESTUDIO ADICIONAL

- El circuito celestial de la beneficencia, *DTG* 12, 13.
- La benevolencia divina conmovida hasta sus profundidades infinitas, 9 T 59, 60.
- El plan de salvación comienza y termina en la benevolencia, 3 T 548.
- ¿No inducirán a manifestar gratitud el amor y la misericordia de Dios? 2 T 600.
- La benevolencia surge del amor agradecido, *JT* 1, 375.
- La gratitud manifestada en ofrendas voluntarias, de agradecimiento y por las transgresiones, *HA* 61, 62.
- El aprecio por la salvación eliminará las murmuraciones, *JT* 1, 409.
- Un recuerdo que rechazará la codicia, *JT* 1, 566.
- Aunque no podemos ser iguales al Modelo, podemos parecernos a él, 2 T 170.
- Peligro que corre el pueblo de Dios al amar al mundo, *JT* 1, 42.
- El pecado de la codicia, 3 T 544-551.
- El egoísmo es el yugo más irritante, 4 T 627.
- La obra de Dios es estorbada por el egoísmo, 9 T 52.
- Hay que aquietar la locura de los hombres por las ganancias, *JT* 1, 470.
- Hay que prevenir el gran mal de la codicia, 3 T 547.
- La benevolencia constante es un remedio para los pecados corruptores, 3 T 548.
- Los ambiciosos y codiciosos deben ser transformados, 5 T 250.
- No se obtiene perfección del carácter sin abnegación, 9 T 53.
- De la mundanalidad a la beneficencia, 5 T 277.
- La supresión del egoísmo produce resultados gloriosos, 5 T 206.
- La benevolencia es un testigo glorioso de la gracia transformadora de Dios, 2 T 239.
- El amor abnegado es la mayor evidencia de sinceridad, *JT* 3, 147.
- Un argumento que el mundo no puede contradecir, *JT* 1, 563.
- La prosperidad espiritual se da en proporción a la liberalidad sistemática, *JT* 1, 386.
- Planeado por Dios para hacer al hombre semejante a sí mismo, *JT* 1, 553.
- Entregándolo todo con deseo ferviente, *JT* 1, 54.
- El amor abnegado proporciona un gozo más puro que el que dan las riquezas, *JT* 1, 360, 377.
- La generosidad de Dios al colocar sus dones en nuestras manos, *JT* 2, 333.
- La capacidad para recibir es aumentada por la liberalidad, 6 T 448, 449.

SECCIÓN II

*La obra de Dios
y su sostén*

La obra de Dios y su sostén

7. Hay que sostener la obra de Dios	37
8. Una sincera vinculación con la iglesia	44
9. La voz de la consagración	48
10. Llamamiento a una mayor diligencia	52
11. La venta de casas y propiedades	58
Para un estudio adicional	61

7. HAY QUE SOSTENER LA OBRA DE DIOS

Los últimos años del tiempo de prueba están pasando a la eternidad. El gran día del Señor está sobre nosotros. Toda energía que poseemos deberíamos emplearla ahora para estimular a los que están muertos en sus transgresiones y pecados...

Es tiempo de prestar atención a la Palabra de Dios. Todos sus requerimientos han sido dados para nuestro bien. El pide que los que están bajo el estandarte ensangrentado del Príncipe Emanuel den evidencia de que comprenden su dependencia de Dios y su responsabilidad frente a él al devolverle una parte de lo que él les ha confiado. Este dinero debe utilizarse para promover la obra que debe hacerse a fin de cumplir la comisión dada por Cristo a sus discípulos...

El pueblo de Dios es llamado a una obra que requiere dinero y consagración. Las obligaciones que descansan sobre nosotros nos hacen responsables de trabajar para Dios hasta el máximo de nuestra habilidad. El pide un servicio indiviso, la completa devoción del corazón, el alma, la mente y las fuerzas.

En el universo hay tan sólo dos lugares donde podemos colocar nuestros tesoros: en la tesorería de Dios o en la de Satanás; y todo lo que no se dedica al servicio de Dios se pone en el lado de Satanás, y va a fortalecer su causa. El Señor se propone que los medios confiados a nosotros se empleen en la edificación de su reino. Sus bienes nos han sido confiados en nuestra calidad de mayordomos suyos para que los manejemos cuidadosamente y le llevemos los intereses en términos de almas salvadas. Estas almas a su turno se convertirán en mayordomos confiables que colaborarán con Cristo para estimular los intereses de la causa de Dios.

RECIBIENDO PARA IMPARTIR

Cuando hay vida en una iglesia, ésta se manifiesta en aumento y crecimiento. Hay también un intercambio constante, tomando y

dando, recibiendo y devolviendo al Señor lo que es suyo. Dios imparte a cada verdadero creyente luz y bendición, y el creyente las imparte a su turno a otros en la obra que hace por el Señor. Al dar de lo que recibe, aumenta su capacidad para recibir. Hace lugar para una nueva provisión de gracia y verdad. Recibe una luz más clara y un mayor conocimiento. La vida y el crecimiento de la iglesia dependen de este dar y recibir. El que recibe, pero que nunca da, pronto deja de recibir. Si la verdad no fluye de él hacia otros, pierde su capacidad para recibir. Debemos impartir los bienes del cielo si queremos recibir nuevas bendiciones.

El Señor no se propone venir a este mundo para poner oro y plata a disposición del adelantamiento de su obra. Proporciona recursos a los hombres para que éstos, mediante sus donativos y ofrendas, mantengan su obra en progreso. Un propósito por encima de todos los demás para el que debieran usarse los donativos de Dios, es el sostén de los obreros en los campos donde se realiza la cosecha [de almas]. Y si los hombres están dispuestos a convertirse en conductos a través de los cuales las bendiciones del cielo puedan fluir hacia otros, el Señor mantendrá esos canales provistos. Los hombres no se empobrecen al devolver a Dios lo que es suyo; la pobreza sobreviene cuando se retienen esos recursos...

UN TIEMPO PARA EJERCER ECONOMÍA Y SACRIFICIO

Dios pide que su pueblo despierte a sus responsabilidades. De su palabra fluye abundancia de luz, y debe producirse un cumplimiento de las obligaciones descuidadas. Cuando se lleva a cabo esto dando al Señor lo que le pertenece en diezmos y ofrendas, se abrirá el camino para que el mundo escuche el mensaje que el Señor se propone que éste oiga. Si nuestro pueblo poseyera el amor de Dios en el corazón, si cada miembro de iglesia estuviera imbuido por el espíritu de abnegación, no habría falta de fondos para las misiones nacionales y extranjeras; nuestros recursos se multiplicarían; se abrirían mil puertas de utilidad, y se nos invitaría a entrar por ellas.

Hay que sostener la obra de Dios

Si se hubiera cumplido el propósito de Dios de presentar el mensaje de misericordia al mundo, Cristo habría venido y los santos habrían recibido la bienvenida a la ciudad de Dios.

Si alguna vez hubo un tiempo cuando ha sido necesario hacer sacrificios, es ahora. Hermanos y hermanas, practicad la economía en vuestros hogares. Desechad los ídolos que habéis colocado delante de Dios. Abandonad vuestros placeres egoístas. Os ruego que no gastéis dinero en embellecer vuestras casas, porque vuestros recursos pertenecen a Dios y a él tendréis que dar cuenta por su uso. No utilizéis el dinero de Dios para gratificar los caprichos de vuestros hijos. Enseñadles que Dios tiene derecho sobre todo lo que poseen y que nada podrá cancelar ese derecho.

El dinero constituye un capital necesario. No lo gastéis pródigamente sobre los que no lo necesitan. Hay quienes tienen necesidad de vuestros donativos voluntarios. En el mundo hay gente que tiene hambre y que muere por falta de alimento. Podéis decir: yo no puedo alimentarlos a todos. Pero al practicar las lecciones de economía dadas por Cristo, podéis alimentar a uno. “Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada” (S. Juan 6: 12). Estas palabras fueron pronunciadas por Aquel cuyo poder obró un milagro para satisfacer las necesidades de una multitud hambrienta.

Si tenéis hábitos dispendiosos, eliminadlos inmediatamente de vuestra vida. A menos que lo hagáis entraréis en bancarrota por toda la eternidad. Los hábitos de economía, trabajo y sobriedad constituyen para vuestros hijos una mejor parte que una rica dote.

Somos peregrinos y extranjeros en el mundo. No gastemos nuestros medios gratificando deseos que Dios quiere que reprimamos. Representemos adecuadamente nuestra fe restringiendo nuestras necesidades. Que los miembros de nuestras iglesias se levanten como un solo hombre y trabajen fervorosamente como quienes andan en la plena luz de la verdad para estos últimos días...

¿Qué valor tiene una cuantiosa riqueza si se encuentra acumulada en costosas mansiones o en bonos y acciones? ¿Cuánto pesa

eso en la balanza en comparación con la salvación de las almas por quienes ha muerto Cristo, el Hijo del Dios infinito?—RH, 24 de diciembre, 1903.

Un privilegio y una responsabilidad

Las verdades más solemnes que alguna vez se hayan confiado a los mortales nos han sido dadas para que las proclamemos al mundo. La divulgación de estas verdades constituye nuestro trabajo. El mundo tiene que ser amonestado y el pueblo de Dios debe ser fiel a la comisión que se le ha dado. Sus integrantes no deben dedicarse a especulaciones, ni tampoco han de establecer relaciones comerciales con los incrédulos, porque éstos les impedirían llevar a cabo la obra que se les ha dado que hagan.

Cristo dijo a su pueblo: “Vosotros sois la luz del mundo” (S. Mat. 5: 14). No es asunto de poca importancia el que los consejos, los propósitos y los planes de Dios nos hayan sido revelados claramente. Es un privilegio maravilloso el poder comprender la voluntad de Dios tal como ha sido manifestada en la segura palabra profética. Esto coloca una pesada responsabilidad sobre nosotros. Dios espera que impartamos a otros el conocimiento que nos ha proporcionado. El espera que los instrumentos divinos y humanos se unan en la proclamación del mensaje de amonestación.—RH, 28 de julio, 1904.

Hay que sostener las misiones en el extranjero

La simpatía del pueblo de Dios debería ser estimulada en cada iglesia del país, y debería llevarse a cabo una acción abnegada para satisfacer las necesidades de los diferentes campos misioneros. Los hombres deberían dar testimonio de su interés en la causa de Dios dando de su sustancia. Si ese interés se pusiera de manifiesto, existiría el vínculo de la fraternidad y su fuerza aumentaría entre todos los miembros de la familia de Cristo.

Esta obra de entregar fielmente todos los diezmos para que haya comida en la casa de Dios, proporcionaría obreros para los campos

nacionales tanto como para los extranjeros. Aunque los libros y otras publicaciones acerca de la verdad presente están derramando sus tesoros de conocimientos en todas partes del mundo, sin embargo hay que establecer puestos misioneros en diferentes lugares. El predicador viviente debe proclamar las palabras de vida y salvación. Hay campos abiertos que invitan a los obreros a entrar. La cosecha está madura y por todas partes en la tierra se escucha el ferviente llamado macedónico que pide obreros.—RH, 19 de febrero, 1889.

La obra no debe detenerse*

Si en realidad tenemos la verdad para estos últimos días, ésta debe ser llevada a cada nación, tribu, lengua y pueblo. Dentro de poco los vivos y los muertos serán juzgados según sus obras hechas en el cuerpo, y la ley de Dios es la norma por medio de la que serán probados. Por lo tanto ahora deben ser advertidos; la ley de Dios debe ser vindicada y puesta ante ellos como un espejo. Para llevar a cabo esta obra se necesitan recursos financieros. Sé que los tiempos son difíciles y que no hay mucho dinero; pero la verdad debe ser esparcida y el dinero necesario para extenderla debe ser colocado en la tesorería...

¿ABANDONAREMOS LA OBRA?

Nuestro mensaje es de alcance mundial, y sin embargo muchos no están haciendo literalmente nada, y muchos más están haciendo muy poco, y esto frente a la tremenda falta de fe significa prácticamente nada. ¿Abandonaremos los campos que ya hemos abierto en los países del extranjero? ¿Descartaremos una parte de la obra en nuestras misiones nacionales? ¿Palideceremos frente a una deuda de unos pocos miles de dólares? ¿Claudicaremos y nos convertiremos en holgazanes ahora que nos encontramos en las escenas finales de la historia de este mundo? Mi corazón dice: No, no. No puedo considerar este asunto sin experimentar el deseo ardiente de que la obra siga avanzando. No queremos negar nuestra fe ni a

Cristo, sin embargo lo haremos a menos que avancemos a medida que la providencia de Dios abre el camino.

La obra no debe detenerse por falta de recursos. Hay que invertir más dinero en ella. Hermanos de América, ¡en el nombre del Maestro os ruego que os despertéis! Vosotros que estáis ocultando vuestros talentos en la tierra, que estáis edificando casas y añadiendo más tierra a la que ya poseéis, Dios os dice: “Vended lo que tenéis y haced donativos”. Está por llegar el tiempo cuando los que guardan los mandamientos no podrán comprar ni vender. Apresuraos a desenterrar vuestros talentos ocultos. Si Dios os ha confiado dinero, sed fieles a ese legado; abrid vuestros cofres y enviad vuestros talentos a los banqueros para que cuando Cristo venga pueda recibir lo suyo con interés.

GOZOSA LIBERALIDAD EN LA OBRA FINAL

En los momentos más difíciles, antes de que esta obra termine, miles de pesos serán depositados gozosamente sobre el altar. Hombres y mujeres consideran un bendito privilegio participar en la obra de la preparación de las almas para que estén firmes en el gran día de Dios, y darán cientos de pesos con tanta presteza como ahora dan uno.

Si el amor de Cristo ardiera en los corazones de su pueblo profeso, hoy veríamos manifestarse el mismo espíritu. Si tan sólo comprendieran cuán cerca está el fin de toda obra en favor de la salvación de las almas, sacrificarían sus posesiones tan espontáneamente como lo hicieron los miembros de la iglesia primitiva. Trabajarían por el progreso de la causa de Dios con tanto fervor como los hombres mundanos trabajan por adquirir riquezas. Se ejercería tacto y habilidad, y se pondría en práctica un trabajo fervoroso y abnegado a fin de adquirir dinero no para guardarlo, sino para derramarlo en la tesorería del Señor.

¿Y si alguno se empobrece por invertir sus recursos en la obra? Cristo se hizo pobre por amor a nosotros, pero nosotros estamos ase-

Hay que sostener la obra de Dios

gurándonos riquezas eternas, un tesoro en el cielo que no fallará. Nuestro caudal está mucho más seguro depositado allá que en un banco o invertido en casas y terrenos. Es colocado en bolsas que no envejecen. Ningún ladrón puede aproximarse a él, y ningún fuego puede consumirlo...

Al obedecer la orden del Salvador, nuestro ejemplo predicará con voz más alta que nuestras palabras. La manifestación más patente del poder de la verdad se ve cuando los que profesan ser creyentes dan evidencia de su fe por medio de sus obras. Los que creen en esta verdad solemne deberían poseer espíritu de sacrificio en una medida tal que sirvan de reproche a las ambiciones mundanas de los adoradores del dinero.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh-day Adventists*, pp. 291-293.

* Un llamamiento hecho por la Sra. White desde Europa, en 1886.

8. UNA SINCERA VINCULACIÓN CON LA IGLESIA

Todo creyente debe ser sincero en su unión con la iglesia. La prosperidad de ella debe ser su primer interés, y a menos que sienta la obligación sagrada de lograr que su relación con la iglesia sea un beneficio para ella con preferencia a sí mismo, la iglesia lo pasará mucho mejor sin él. Está al alcance de todos hacer algo para la causa de Dios. Hay quienes gastan grandes sumas en lujos innecesarios. Complacen sus apetitos, pero creen que es una carga pesada contribuir con recursos para sostener la iglesia. Están dispuestos a recibir todo el beneficio de sus privilegios, pero prefieren dejar a otros pagar las cuentas.

Los que realmente sienten un profundo interés por el adelanto de la causa, no vacilarán en invertir dinero en la empresa, cuando y dondequiera que sea necesario.—*JT 1, 446.*

Los que se regocijan en la preciosa luz de la verdad deben sentir un ardiente deseo de que se la difunda por doquiera. Hay algunos pocos fieles portaestandartes que nunca rehuyen el deber o las responsabilidades. Sus corazones y bolsillos están siempre abiertos a todo pedido de recursos para adelantar la causa de Dios. A la verdad, algunos parecen listos a sobrepasar su deber, como si temiesen perder la oportunidad de invertir su porción en el banco del cielo.

Hay otros que harán lo menos que puedan. Atesoran sus recursos, o malgastan medios en su propia persona, dando a regañadientes una ofrenda escasa para sostener la causa de Dios. Si hacen una promesa a Dios, se arrepienten luego y evitan su pago mientras pueden, si no dejan de pagarla por completo. Disminuyen el diezmo tanto como pueden como si temiesen que lo devuelto a Dios se perdiera. Nuestras diversas instituciones pueden estar abrumadas por falta de recursos, pero estas personas obran como si no les importara que prosperen o no. Sin embargo, dichas instituciones son instrumentos de Dios para iluminar al mundo.—*JT 1, 556.*

El voto bautismal

Cada uno de los que se vinculan con la iglesia hace por ese hecho un voto solemne de trabajar para el bien de la iglesia, y de juzgar este interés superior a toda consideración mundanal. Le toca conservar una relación viva con Dios, dedicarse con corazón y alma al gran plan de la redención y manifestar, en su vida y carácter, la excelencia de los mandamientos de Dios en contraste con las costumbres y los preceptos del mundo. Toda persona que ha profesado aceptar a Cristo se ha comprometido a ser todo lo que puede ser como obrero espiritual, a ser activa, celosa y eficiente en el servicio de su Maestro. Cristo espera que cada hombre haga su deber. Sea éste el santo y seña de todas las filas de sus discípulos...

Todos han de demostrar su fidelidad a Dios por el uso prudente del capital que les ha sido confiado, no sólo en recursos, sino en cualquier don que tienda a la edificación de su reino. Satanás empleará todo designio posible para impedir que la verdad llegue a aquellos que están sumidos en el error; pero la voz de la amonestación y la súplica debe llegarles. Y aunque son tan sólo pocos los que están empeñados en esta obra, millares debieran estar tan interesados como ellos.—*JT* 2, 160, 163.

Nuestra tarea

Hay un mundo que debe ser amonestado. Esta obra nos ha sido encomendada. Debemos practicar la verdad a cualquier costo. Debemos actuar como milicianos abnegados que están dispuestos a sufrir la pérdida de la vida misma, si es necesario, en el servicio de Dios. Hay una gran obra que debe hacerse en poco tiempo. Debemos comprender cuál es nuestro trabajo y hacerlo fielmente. Todos los que finalmente reciban la corona de victoria, mediante un esfuerzo noble y decidido para servir a Dios, habrán ganado el derecho de ser vestidos con la justicia de Cristo. El deber de cada cristiano consiste en formar parte de la cruzada contra Satanás y en levantar en alto el estandarte ensangrentado de la cruz de Cristo.

Esta obra exige sacrificio. La abnegación y la cruz están a lo largo de todo el camino de la vida. Cristo dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (S. Mat. 16: 24). Los que obtienen los tesoros de este mundo están obligados a trabajar y sacrificarse. ¿Deberían pensar los que van en pos de una recompensa eterna que no necesitan hacer sacrificios?—*RH*, 31 de enero, 1907.

No esperéis que se os pida

Nuestro pueblo no debe esperar más llamamientos, sino que ha de emprender la obra y convertir en posibilidades aquello que parezca ser imposible. Que cada uno se pregunte: ¿No me ha confiado el Señor recursos para el adelantamiento de su causa?...

Seamos honrados con el Señor. Todas las bendiciones de las que disfrutamos proceden de él; y si él nos ha confiado recursos financieros a fin de que contribuyamos a llevar a cabo su obra, ¿nos echaremos atrás? ¿Diremos: “No, Señor; esto no complacerá a mis hijos, y por lo tanto me aventuraré a desobedecer a Dios y enterraré sus talentos”?

No debe haber demora. La causa de Dios exige vuestra ayuda. Os pedimos, como mayordomos del Señor, que hagáis circular vuestros recursos a fin de proporcionar las facilidades por medio de las que muchas personas tendrán la oportunidad de aprender qué es la verdad.

Podéis sentir la tentación de invertir vuestro dinero en tierras. Tal vez vuestros amigos os aconsejarán que lo hagáis. ¿Pero no hay una forma mejor de invertir vuestros recursos? ¿No habéis sido comprados por un precio? ¿No se os ha confiado vuestro dinero para que negociéis para Dios? ¿No podéis comprender que él desea que utilicéis vuestros recursos para ayudar a edificar casas de culto, para ayudar a establecer sanatorios donde los enfermos recibirán curación espiritual y física, y para ayudar a establecer colegios donde los jóvenes serán preparados para el servicio, a fin de que haya obreros para enviar a los países del mundo?

Una sincera vinculación con la Iglesia

Dios mismo ha establecido los planes para el adelantamiento de su causa, y ha provisto a su pueblo con un exceso de recursos para que responda favorablemente cuando se le pida ayuda. Si sus hijos llevan fielmente a su tesorería los medios que se le han confiado, su obra adelantará rápidamente. Muchas almas serán ganadas para la verdad y se apresurará el día de la venida de Cristo.—RH, 14 de julio, 1904.

9. LA VOZ DE LA CONSAGRACIÓN

¿Es éste el lenguaje de vuestro corazón? “Soy tuyo por completo, mi Salvador; tú pagaste el rescate por mi alma, y todo lo que soy o lo que seré te pertenece. Ayúdame a adquirir recursos, no para gastarlos neciamente, no para complacer mi orgullo, sino para usarlos para gloria de tu nombre”.

En todo lo que hagáis, que vuestra preocupación sea: ¿Es éste el camino del Señor? ¿Agradará esto a mi Salvador? El dio su vida por mí: ¿Qué puedo dar yo por Dios? Puedo decir tan sólo: “De lo recibido de tu mano te damos” (1 Crón. 29: 14). A menos que el nombre de Dios esté escrito en vuestras frentes —escrito allí porque Dios es el centro de vuestros pensamientos— no se os hallará en luz para que recibáis la herencia. Vuestro Creador ha derramado sobre vosotros todo el cielo en un solo don maravilloso: su Hijo unigénito...

Dios extiende su mano sobre los diezmos tanto como sobre los donativos y las ofrendas, y dice: “Esto me pertenece. Cuando os confié mis bienes especifiqué que una parte debía ser vuestra, para suplir vuestras necesidades, y otra porción debía devolvérseme”.

Cuando reuníais vuestra cosecha y llenabais vuestros galpones y graneros para vuestra propia comodidad, ¿devolvisteis a Dios fielmente el diezmo? ¿Le presentasteis vuestros donativos y ofrendas para que su causa no sufriera? ¿Habéis cuidado de los huérfanos y las viudas? Esto constituye un ramo de la actividad misionera que por ninguna razón debería descuidarse.

¿No hay a vuestro alrededor pobres y dolientes que necesitan ropas abrigadas, alimento mejor, y sobre todo lo demás, lo que será más apreciado: simpatía y amor? ¿Qué habéis hecho por las viudas, los angustiados, que os piden ayuda para educar y preparar a los hijos o nietos? ¿Cómo habéis tratado estos casos? ¿Habéis procurado ayudar a los huérfanos? Cuando padres o abuelos ansiosos y preocupados os han pedido, y hasta os han rogado que consideréis sus

casos, ¿los habéis rechazado con negativas insensibles e indiferentes? Si ha sido así, que el Señor se compadezca de vuestro futuro; porque, “con la medida con que medís, os será medido” (S. Mat. 7: 2). ¿Podemos admirarnos de que el Señor retenga su bendición cuando sus donativos son pervertidos egoístamente y mal usados?

Dios está constantemente derramando sobre vosotros las bendiciones de esta vida; y si os pide que ayudéis en los diversos ramos de su obra, lo hace en vuestro propio interés temporal y espiritual, para que así reconozcáis que Dios es el dador de toda bendición. Dios, como Obrero principal colabora con los hombres en la tarea de proporcionar los medios necesarios para su mantenimiento; por eso requiere que ellos colaboren con él en la salvación de las almas. Ha colocado en manos de sus siervos los recursos necesarios para promover su obra en las misiones nacionales y extranjeras. Pero si tan sólo la mitad de la gente cumple con su deber, la tesorería carecerá de los fondos necesarios, y como resultado muchas partes de la obra de Dios quedarán incompletas.—RH, 23 de diciembre, 1890.

Contestando la oración de Cristo por la unidad

La iglesia no podrá alcanzar la posición que Dios desea que logre hasta que se una en simpatía con sus obreros misioneros. La unidad por la que Cristo oró no podrá existir hasta que se lleve espiritualidad al servicio misionero, y hasta que la iglesia se convierta en un instrumento para el sostén de las misiones. Los esfuerzos de los misioneros no conseguirán lo que se proponen hasta que los miembros de la iglesia de los campos nacionales demuestren, no sólo por la palabra sino también por la acción, que comprenden la obligación que descansa sobre ellos de proporcionar a esos misioneros su entusiasta apoyo.

Dios pide obreros. Se necesita actividad personal. Pero la conversión viene en primer lugar; y después de ella, la búsqueda de la salvación de los demás.—RH, 10 de septiembre, 1903.

Hay que vaciar el corazón de egoísmo

Resulta lamentable que la iglesia experimente hoy tan poca inclinación a manifestar agradecimiento al Señor por haberla enriquecido con su gracia, por haberle dado recursos para suplir su tesorería.

Las porciones improductivas de la viña del Señor llaman a Dios diciendo: “Los hombres me han descuidado”. Al permitir que sus semejantes permanezcan en la esclavitud de la necesidad y la degradación, hombres y mujeres dan la oportunidad a Satanás de reprochar a Dios por permitir que sus hijos padezcan de lo necesario para vivir. Dios es insultado por la indiferencia de las personas a quienes ha encomendado sus bienes. Sus mayordomos rehúsan percatarse de la aflicción que deberían aliviar. Así acarrearán oprobio sobre Dios.

Que nadie considere livianamente sus responsabilidades. Si no negociáis con pesos, sino tan sólo con centavos, recordad que la bendición de Dios descansa sobre la diligencia infatigable. El no desprecia el día de las cosas pequeñas. Un empleo atinado de las cosas pequeñas producirá una ganancia admirable. Un talento convenientemente utilizado producirá dos para Dios. Se espera que el interés sea proporcional al capital confiado. Dios acepta de acuerdo con lo que un hombre tiene, en proporción con lo que no tiene.

Dios pide lo que le debéis en diezmos y ofrendas. Pide consagración en cada ramo de su obra. Desempeñad fielmente vuestra parte en el puesto del deber que se os ha asignado. Trabajad fervorosamente recordando que Cristo está a vuestro lado planeando, proyectando y construyendo para vosotros. “Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra” (2 Cor. 9: 8). Dad con alegría, gozo y desprendimiento, agradecidos porque podéis hacer algo para promover el reino de Dios en el mundo. Vacíad el corazón de egoísmo y disponed la mente a la actividad cristiana. Si estáis en estrecha relación con Dios estaréis dispuestos a realizar cualquier sacrificio con tal de colocar la vida eterna al alcance de los que perecen.

LA PROSPERIDAD ESPIRITUAL Y LIBERALIDAD CRISTIANA

En el nombre del Señor os ruego, hermanos míos, en este momento de crisis mundial, que acudáis a ayudar al Señor, a ayudarle contra los poderosos. Siempre que se retiene lo que es del Señor se acarrea maldición. La prosperidad espiritual está estrechamente ligada con la liberalidad cristiana. Anhelad tan sólo la exaltación que produce la imitación de la beneficencia divina del Redentor. Tenéis la preciosa seguridad de que vuestro tesoro va delante de vosotros a los recintos celestiales.

¿Queréis aseguráros vuestras propiedades? Colocadlas en las manos que llevan las marcas de los clavos de la crucifixión. Retenedlo todo en vuestra posesión y será para vuestra pérdida eterna. Dadlo a Dios, y a partir de ese momento llevará su marca. Quedará sellado con su inmutabilidad. ¿Queréis gozar de vuestros bienes? Entonces utilizadlos para bendecir a los que sufren. ¿Queréis aumentar vuestras posesiones? “Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos; y serán llenos tus graneros con abundancia, y tus lagares rebosarán de mosto” (Prov. 3: 9, 10).

DIOS VOLVERÁ A LLENAR LA MANO

Si todos desempeñan su parte, la esterilidad de la viña del Señor ya no hablará más para condenar a los que profesan seguir a Cristo. La obra misionera médica debe abrir la puerta para que entre el Evangelio de la verdad presente. El mensaje del tercer ángel debe hacerse resonar en todos los lugares. ¡Economizad! Despojaos del orgullo. Dad a Dios vuestro tesoro terrenal. Dad lo que podéis ahora, y a medida que colaboráis con Cristo vuestra mano se abrirá para impartir aún más. Dios volverá a llenar más vuestra mano para que el tesoro de la verdad pueda ser llevado a muchas almas. El os dará para que vosotros podáis dar a otros.—*RH*, 10 de diciembre, 1901.

10. LLAMAMIENTO A UNA MAYOR DILIGENCIA

El mundo y las iglesias están transgrediendo la ley de Dios, y hay que dar esta advertencia: “Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira” (Apoc. 14: 9, 10). Puesto que esta maldición pende sobre los transgresores del santo sábado de Dios, ¿no deberíamos manifestar mayor diligencia y mayor celo? ¿Por qué somos tan indiferentes, tan egoístas, tan dedicados a los intereses temporales? ¿Se hallan nuestros intereses separados de Jesús? ¿Ha llegado a ser la verdad demasiado aguda, demasiado próxima a nuestras almas en su aplicación y como resultado de esto, lo mismo que los discípulos de Cristo que se ofendieron, ¿nos hemos vuelto hacia las cosas miserables del mundo? Gastamos dinero en propósitos egoístas y en complacer nuestros propios deseos, mientras las almas mueren sin el conocimiento de Jesús y la verdad. ¿Durante cuánto tiempo continuará esto?

Todos deberían tener una fe viviente, una fe que obre por amor y que purifique el alma. Hombres y mujeres están listos a hacer cualquier cosa con tal de complacerse a sí mismos, ¡pero cuán poco están dispuestos a hacer por Jesús, y por sus semejantes que perecen por falta de la verdad!...

INVERTID AHORA EN EL BANCO DEL CIELO

¿No ha llegado el tiempo cuando deberíamos comenzar a reducir nuestras posesiones? Que Dios ayude a los que podéis hacer algo ahora por invertir en el banco del cielo. No pedimos un préstamo sino una ofrenda voluntaria, una devolución al Maestro de sus propios bienes que os ha prestado. Si amáis a Dios sobre todas las cosas y a vuestro prójimo como a vosotros mismos, creemos que daréis pruebas tangibles de esto en términos de ofrendas voluntarias para nuestra obra misionera. Hay almas que deben ser salvadas, y ojalá

Llamamiento a una mayor diligencia

que vosotros seáis colaboradores con Cristo en la salvación de esas almas por quienes él dio su vida. El Señor os bendecirá en los buenos frutos que podéis llevar para su gloria. Ojalá que el mismo Espíritu Santo que inspiró la Biblia se poseione de vuestros corazones y os guíe a amar su palabra, que es espíritu y vida. Ojalá que él abra vuestros ojos para que descubráis las cosas del Espíritu de Dios. La razón por la que hoy existe tanta religión atrofiada es porque la gente no ha introducido en sus vidas en forma práctica la abnegación ni el sacrificio.—RH, 8 de enero, 1889.

La lluvia tardía pospuesta

El gran derramamiento del Espíritu de Dios que ha de alumbrar toda la tierra con su gloria, no sobrevendrá hasta que tengamos un pueblo esclarecido que sepa por experiencia lo que significa ser colaboradores juntamente con Dios. Cuando tengamos una consagración completa y sincera al servicio de Cristo, Dios reconocerá el hecho derramando su Espíritu sin medida; pero esto no ocurrirá mientras la parte más grande de la iglesia no trabaja juntamente con Dios. Dios no puede derramar su Espíritu cuando el egoísmo y la complacencia propia se manifiestan en forma tan notoria, cuando prevalece un espíritu que, si se lo tradujera en palabras, constituiría la respuesta de Caín: “¿Soy yo guarda de mi hermano?”—RH, 21 de julio, 1896.

Subordinad todo interés mundano

Queridos hermanos, os hablo con amor y ternura. Todo interés mundano debe subordinarse a la gran obra de redención. Recordad que en las vidas de los seguidores de Cristo deben verse la misma devoción y la misma sujeción a la obra de Dios de cada interés social y de cada afecto terreno, como se vio en su vida. Siempre hay que dar el lugar, el más destacado, a las pretensiones de Dios. “El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí” (S. Mat. 10: 37). La vida de Cristo constituye nuestro libro de texto. Su ejemplo debe inspirarnos a desplegar un esfuerzo incansable y abnegado para el bien de otros...

Toda facultad de los siervos de Dios debe mantenerse en ejercicio continuo a fin de llevar a muchos hijos e hijas a Dios. En su servicio no ha de existir la indiferencia ni el egoísmo. Cualquier alejamiento de la abnegación hacia la complacencia, cualquier disminución de las súplicas fervientes por las obras del Espíritu Santo, significa que el enemigo recibe así tanto poder. Cristo está pasando revista a su iglesia. ¡Cuántos hay cuya vida religiosa constituye su propia condenación!

Dios exige lo que no le damos: una consagración sin reserva. Si cada cristiano hubiera sido fiel a la promesa hecha al aceptar a Cristo, no se habría dejado en el mundo perecer a tantos en el pecado. ¡Quién responderá por las almas que han descendido a la tumba sin estar preparadas para encontrarse con su Señor? Cristo se ofreció como un sacrificio completo hecho en nuestro favor. ¡Con cuánto fervor trabajó para salvar a los pecadores! ¡Pero qué poco hemos hecho! ¡Cuán incansables fueron sus esfuerzos a fin de preparar a sus discípulos para el servicio! Y la influencia de lo poco que hemos hecho ha sido terriblemente debilitada por el efecto neutralizador de lo que hemos dejado sin hacer, o que una vez comenzamos sin nunca terminarlo, y por nuestros hábitos de descuidada indiferencia. ¡Cuánto hemos perdido por dejar de esforzarnos para cumplir nuestra obra dada por Dios! Como cristianos profesos deberíamos estar aterrados ante la perspectiva.—RH, 30 de diciembre, 1902.

El espíritu de sacrificio

El plan de salvación se trazó en base a un sacrificio tan amplio, profundo y elevado que resulta inconmensurable. Cristo no envió a sus ángeles a este mundo caído mientras él permanecía en el cielo, sino que él mismo vino sin escolta y soportó el vituperio. Se convirtió en varón de dolores, experimentado en quebranto; él llevó nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores. Y Dios considera la ausencia de abnegación en sus seguidores profesos como una

Llamamiento a una mayor diligencia

negación del nombre de cristianos. Los que profesan ser uno con Cristo y sin embargo complacen sus deseos egoístas de poseer ropa y muebles elegantes y costosos, y alimento exquisito, son cristianos solamente de nombre. Ser un cristiano es ser como Cristo.

Y sin embargo, cuán verdaderas son estas palabras del apóstol: “Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús” (Fil. 2: 21). Las obras de muchos cristianos no corresponden con el nombre que llevan. Obran como si nunca hubieran oído acerca del plan de redención llevado a cabo a un costo infinito. La mayoría procura forjarse fama en el mundo; adopta las formas y ceremonias mundanas, y vive para satisfacer la complacencia propia. Esta gente sigue en pos de sus propios designios con tanta ansiedad como lo hace el mundo, y así suprime su poder para ayudar a establecer el reino de Dios...

La obra de Dios, que debería progresar con diez veces más fuerza de la que posee actualmente, es retardada, como la primavera es detenida por los helados vientos del invierno, debido a que algunos cristianos profesos se están apoderando para sí mismos de los recursos que deberían dedicar a su servicio. Debido a que el amor abnegado de Cristo no está entretelado con las prácticas de la vida, la iglesia es débil cuando debería ser fuerte. Debido a su propio proceder ha apagado su luz y con esto ha privado a millones del Evangelio de Cristo...

¿Cómo pueden aquellos por quienes Cristo sacrificó tanto continuar disfrutando egoístamente de sus dones? Su amor y abnegación no tienen paralelo; y cuando este amor entra en la experiencia de sus seguidores, éstos identificarán sus intereses con los de su Redentor. Su obra contribuirá a edificar el reino de Cristo. Se consagrarán a sí mismos y a sus posesiones a él, y se usarán ellos mismos y sus riquezas como la causa lo requiera.

Esto no es nada más que lo que Jesús espera de sus seguidores. Ningún individuo que tenga delante de él un objetivo tan grandioso como es la salvación de las almas experimentará pérdida al

inventar maneras de negarse a sí mismo. Esto constituirá una obra individual. Todo lo que podamos dar fluirá hacia la tesorería del Señor para ser usado en la proclamación de la verdad, para que el mensaje de la pronta venida de Cristo y las exigencias de su ley puedan ser proclamados en todas partes en el mundo. Hay que enviar misioneros para que hagan esta obra.

El amor de Cristo en el alma se revelará en palabras y acciones. El reino de Cristo ocupará el lugar más destacado. Se colocará el yo como sacrificio voluntario sobre el altar de Dios. Todos los que estén verdaderamente unidos con Cristo sentirán el mismo amor por las almas que hizo que el Hijo de Dios dejara su trono real, su elevada autoridad, y por amor a nosotros se hiciera pobre para que mediante su pobreza nosotros fuésemos hechos ricos.—RH, 13 de octubre, 1896.

Un llamamiento a la consagración de la familia

Dios pide que los que conocen la verdad *realicen* un esfuerzo personal. Pide que las familias cristianas vayan a las comunidades que están en las tinieblas del error, que vayan a los campos extranjeros, que se familiaricen con un nuevo tipo de sociedad, y que trabajen con prudencia y perseverancia en favor de la causa del Maestro. Para contestar este llamado hay que tener abnegación.

Mientras muchos están esperando que desaparezca todo obstáculo, las almas están muriendo sin esperanza y sin Dios en el mundo. Muchos, muchísimos, por amor a las ventajas mundanales, por amor a la adquisición de conocimientos científicos, se aventuran a ir a regiones pestilenciales, y van a países donde piensan que pueden obtener ventajas comerciales; ¿pero dónde están los hombres y las mujeres que cambiarán su ubicación y trasladarán sus familias a regiones que necesitan la luz de la verdad, a fin de que su ejemplo influya sobre los que verán en ellos a los representantes de Cristo?

El llamado macedónico llega de todos los rincones del mundo, y los hombres dicen: “Pasa... y ayúdanos”; ¿y por qué no hay una respuesta decidida? Miles de personas deberían ser constreñidas por

Llamamiento a una mayor diligencia

el Espíritu de Cristo a seguir el ejemplo de Aquel que dio su vida por la vida del mundo. ¿Por qué negarse a realizar esfuerzos decididos y abnegados a fin de instruir a los que no conocen la verdad para esta época? El Misionero principal vino a nuestro mundo, y ha ido ante nosotros para mostrarnos la forma como debemos trabajar. Nadie puede trazar una línea precisa para los que quieren testificar en favor de Cristo.

Los que poseen recursos indudablemente son responsables, porque esto significa que Dios se los ha confiado, y deben sentir su responsabilidad de promover la obra de Dios en sus diferentes ramos. El hecho de que la verdad ata a las almas por medio de sus eslabones dorados al trono de Dios, debería inspirar a los hombres a trabajar con todas las energías que Dios les ha dado, a comerciar con los bienes del Señor en regiones lejanas diseminando lejos el conocimiento de Cristo, entre los gentiles.

Muchas personas a quienes Dios ha confiado medios con los cuales bendecir a la humanidad, han dejado que éstos se conviertan en una trampa para ellas, en lugar de que sean una bendición para sí mismos y los demás. ¿Podría ser que hayáis permitido que la propiedad que Dios os ha dado se convierta en una piedra de tropiezo? ¿Dejaréis que los medios que se os han confiado, que se os han dado para que comerciéis con ellos, os aten y alejen de la obra de Dios? ¿Permitiréis que el legado que Dios ha hecho reposar sobre vosotros como sus mayordomos fieles, sirva para disminuir vuestra influencia y utilidad, impidiendo que seáis obreros juntamente con Dios? ¿Os dejaréis retener en el hogar para conservar los recursos que Dios os ha confiado para que los coloquéis en el banco del cielo? No podéis decir que no hay nada para hacer, porque todo está por hacerse. ¿Os conformaréis con disfrutar de las comodidades de vuestro hogar sin tratar de decir a las almas que perecen cómo pueden obtener las mansiones que Cristo ha ido a preparar para los que le aman? ¿No sacrificaréis vuestras posesiones a fin de que otros puedan obtener una herencia inmortal?—RH, 21 de julio, 1896.

11. LA VENTA DE CASAS Y PROPIEDADES

Dios invita a todos los que poseen tierras y casas a que las vendan e inviertan el dinero donde suplirá la gran necesidad del campo misionero. Una vez que hayan experimentado la verdadera satisfacción que proviene de obrar así, mantendrán abierto el conducto, y los recursos que Dios les confía fluirán constantemente a la tesorería para que se conviertan las almas. A su vez estas almas practicarán la misma abnegación, economía y sencillez por amor a Cristo, a fin de poder llevar sus ofrendas a Dios. Por medio de estos talentos sabiamente invertidos, se convertirán otras almas; y así proseguirá la obra, demostrando que los dones de Dios son apreciados. El Dador es reconocido y ello redundará para su gloria en la fidelidad de sus mayordomos.

Cuando dirigimos estas fervientes súplicas en favor de la causa de Dios y presentamos las necesidades financieras de nuestras misiones, se conmueven profundamente las almas concienzudas que creen en la verdad. Como la viuda pobre que fue elogiada por Cristo y que puso sus dos blancas en la tesorería, ellas dan en su pobreza hasta el máximo de su capacidad. Con frecuencia las tales se privan hasta de las cosas aparentemente necesarias para la vida; mientras que hombres y mujeres poseedores de casas y tierras se aferran a sus tesoros terrenales con tenacidad egoísta, y no tienen bastante fe en el mensaje ni en Dios para colocar sus recursos en su obra. A estos últimos se aplican las palabras de Cristo: “Vended lo que poseéis, y dad limosna” (S. Luc. 12: 33).

HAY QUE ESPERAR DIRECCIÓN INDIVIDUAL

Hay hombres y mujeres pobres que me escriben pidiendo consejo en cuanto a si deben vender sus casas y dar el dinero a la causa. Dicen que los pedidos de recursos conmueven sus almas y quieren hacer algo para el Maestro quien lo ha hecho todo por ellos. Quiero

decir a los tales: “Tal vez no debáis vender vuestras casitas ahora mismo; pero id a Dios por vuestra cuenta; el Señor oirá ciertamente vuestras fervientes oraciones para pedir sabiduría para conocer vuestro deber”.—5 T 733, 734.

Hay que disminuir antes que aumentar las posesiones

Ahora es cuando nuestros hermanos debieran estar reduciendo sus propiedades en vez de aumentarlas. Estamos por trasladarnos a una patria mejor, a saber la celestial. No seamos, pues, moradores de la tierra, sino más bien reduzcamos nuestras cosas a la menor cantidad posible.

Viene el tiempo cuando no podremos vender a ningún precio. Pronto se proclamará el decreto que prohibirá comprar o vender a nadie que no tenga la marca de la bestia.—5 T 152.

Preparación para el tiempo de angustia

En el tiempo de angustia, de nada valdrán a los santos las casas ni las tierras, porque entonces tendrán que huir delante de turbas enfurecidas, y en aquel entonces no podrán deshacerse de sus bienes para hacer progresar la causa de la verdad presente. Me fue mostrado que la voluntad de Dios es que, antes que venga el tiempo de angustia, los santos se libren de cuanto los estorbe y hagan pacto con Dios por medio de sacrificio. Si ponen sus propiedades sobre el altar y preguntan fervorosamente a Dios cuál es su deber, les enseñará cuándo deberán deshacerse de aquellas cosas. Entonces estarán libres en el tiempo de angustia y no habrá trabas que los detengan.

Vi que si algunos se aferraban a sus propiedades y no preguntaban al Señor en qué consistía su deber, él no se los hará conocer y les permitirá conservar sus propiedades, pero en el tiempo de angustia éstas se levantarán delante de ellos como una montaña para aplastarlos, y ellos tratarán de deshacerse de ellas, pero no podrán. Oí a algunos lamentarse así: “La causa languidecía, los hijos de Dios

morían por carecer de la verdad, y nosotros no hicimos esfuerzos para suplir la falta; ahora nuestras propiedades no tienen valor. ¡Ojalá que nos hubiésemos librado de ellas y hecho tesoros en los cielos!” Vi que un sacrificio no crece, sino que decrece y es consumido. También vi que Dios no ha pedido a todos sus hijos que se deshagan de sus propiedades al mismo tiempo; pero si ellos desean que se les enseñe, él les hará saber, en tiempo de necesidad, cuánto y cuánto deben vender. En tiempos pasados, se les pidió a algunos que se deshicieran de sus propiedades para sostener la causa bendita, mientras que a otros se les permitió guardar la suya hasta un momento de necesidad. Entonces, a medida que la causa lo necesite, es su deber vender.—*PE 56, 57.*

Ningún vínculo debe unirnos al mundo

La obra de Dios se ha de extender. Si su pueblo sigue su consejo, no conservará muchos recursos que serán consumidos en la conflagración final. Se habrá hecho tesoros donde la polilla y el orín no pueden corromper, y no habrá vínculo que lo ligue a esta tierra.—*1 T 197.*

PARA UN ESTUDIO ADICIONAL

- Pablo encomia a la iglesia de Macedonia por su liberalidad, *HA* 282-283.
- Liberalidad de la iglesia primitiva, *HA* 270-277.
- “De gracia recibisteis, dad de gracia, 9 T 49-60.
- Dios pudo haber enviado recursos del cielo para llevar a cabo su obra, 1 T 174.
- Ayudada a los campos misioneros, 6 T 445-453.
- La luz de la verdad está brillando sobre los gabinetes de los reyes, *JT* 3, 223.
- La obra en las ciudades producirá un mayor sostén de nuestra causa, 6 T 100, 101.
- La amplitud de la obra de Dios, 6 T 440, 441.
- “No pidáis disminución en la obra evangélica”, 9 T 55, 56.
- La abnegación en beneficio de las misiones y su efecto en el carácter, 7 T 297.
- Nuestro General todavía dice: “Avanzad. Entrad en nuevos territorios”, 6 T 28, 29.
- Toda la tierra será iluminada por la gloria de la verdad, 6 T 23, 24.
- La iglesia fue organizada con propósitos misioneros, 6 T 29
- Pocos son llamados al ministerio, pero muchos colaborarán financieramente, *JT* 2, 40.
- La prosperidad de la obra nacional depende de la influencia refleja de la obra en el extranjero, *OE* 479-485.
- Una sabia distribución de los medios, *OE* 469-472.
- Hay que hacer provisión para los pobres que hay en el pueblo de Dios, *JT* 2, 507-510.
- Según la providencia de Dios, las viudas, los huérfanos y los afligidos tienen el propósito de probar al pueblo de Dios y de desarrollar su carácter, 3 T 511.
- Muchos defienden una distribución pareja de las posesiones; pero tal cosa no es el propósito de Dios, 4 T 552.
- El propósito de la desgracia y la adversidad, *TM* 291, 292.
- Lecciones sobre liberalidad tomadas de la antigüedad, *JT* 1, 549; 2 T 598; *Ed.* 37, 38; *JT* 1, 385.
- Donativos de los judíos para el tabernáculo y el templo, *JT* 1, 467, 468.
- Hoy hay una necesidad más urgente, *PP* 565-569.
- Nunca hubo una necesidad más grande que ahora, *JT* 2, 329, 330.
- Las primicias deben ser dadas a Dios, *JT* 3, 35, 36.
- No es posible alcanzar la perfección del carácter sin ejercer sacrificios, 9 T 53.
- La noche viene, y hay que hacer una gran obra, *JT* 2, 167, 168.
- “¿Creemos realmente que debemos llevar la Palabra a todo el mundo?” *TM* 404-406.
- Colaborar con Dios es un honor señalado, *JT* 1, 543.

SECCIÓN III

*Lo que Dios
se reserva:
el diezmo*

Lo que Dios se reserva: el diezmo

12. Una prueba de lealtad	65
13. Fundado sobre principios eternos	69
14. Un plan hermoso y sencillio	73
15. Una cuestión de honradez	76
16. Regularidad y sistema	79
17. El mensaje de Malaquías	81
18. Probemos al Señor	87
19. Apoderándose de los fondos que Dios se reserva	90
20. La respuesta de una conciencia estimulada	93
21. El empleo del diezmo	98
22. Educación impartida por los ministros y dirigentes de la iglesia	101
Para un estudio adicional	106

12. UNA PRUEBA DE LEALTAD

“Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos; y serán llenos tus graneros con abundancia, y tus lagares rebosarán de mosto” (Prov. 3: 9, 10).

Este pasaje nos enseña que Dios, como el Dador de todos nuestros beneficios, tiene derecho sobre todos ellos; que deberíamos considerar en primer lugar sus derechos; y que los que honran esos derechos disfrutarán de una bendición especial.

En el pasaje mencionado se establece un principio que se advierte en todos los tratos de Dios con el hombre. El Señor colocó a nuestros primeros padres en el huerto del Edén. Los rodeó con todo lo que podría servir para su felicidad y les pidió que lo reconocieran como el poseedor de todas las cosas. Hizo crecer en el huerto todo árbol agradable a los ojos o bueno para comer. Pero se reservó uno entre todos ellos. Adán y Eva podían comer libremente de todos los demás; pero de ese árbol especial Dios dijo: “No comerás”. Eso constituía la prueba de su gratitud y lealtad a Dios.

Así también el Señor nos ha impartido el tesoro más rico del cielo al darnos a Jesús. Con él nos ha dado todas las cosas para que disfrutemos de ellas abundantemente. Los productos de la tierra, las cuantiosas cosechas, los tesoros de oro y plata, son sus dones. Ha entregado a los hombres casas y tierras, alimento y vestido. Nos pide que lo reconozcamos como el Dador de todas las cosas, y por esta razón ha dicho: De todas vuestras posesiones me reservo la décima parte para mí mismo, además de los donativos y las ofrendas, que deben ser llevados a mi tesorería. Esto constituye la prueba de la provisión que Dios ha hecho para promover la obra del Evangelio.

Este plan fue trazado por el Señor Jesucristo mismo, quien dio su vida por la vida del mundo. El, que dejó los recintos celestiales, él, que dejó de lado su honor como Comandante de las huestes celestiales, él, que vistió su divinidad con la humanidad a fin de levantar

a la raza caída, y él, que se empobreció por amor a nosotros para que por su pobreza fuésemos hechos ricos, ha hablado a los hombres, y en su sabiduría les ha presentado su propio plan para el sostenimiento de los que llevan el mensaje al mundo.—RH, 4 de febrero, 1902.

El tiempo y los recursos que Dios se reserva

El mismo lenguaje que se emplea en el mandamiento del diezmo se usa también con respecto al sábado: “El séptimo día es reposo para Jehová tu Dios”. El hombre no tiene derecho ni poder para poner el primer día de la semana en lugar del séptimo. Puede pretender hacerlo; “pero el fundamento de Dios está firme” (2 Tim. 2: 19). Las costumbres y las enseñanzas de los hombres no disminuirán la vigencia de la ley divina. Dios ha santificado el séptimo día. Esa porción específica de tiempo puesta aparte por Dios mismo para el culto religioso, continúa siendo tan sagrada hoy como cuando fue santificada por primera vez por nuestro Creador.

Asimismo el diezmo de nuestras entradas es “santo a Jehová”. El Nuevo Testamento no promulga de nuevo la ley del diezmo, como tampoco la del sábado, porque la validez de ambas se da por establecida y su profundo significado espiritual se considera explicado... Mientras nosotros como pueblo procuramos firmemente dar a Dios el tiempo que él se ha reservado como suyo, ¿no le daremos también esa parte de nuestros recursos que él reclama?—RH, 16 de mayo, 1882.

Hay que diezmar las posesiones tanto como las entradas

Tal como lo hizo Abrahán, hay que pagar el diezmo de todo lo que se posee y de todo lo que se recibe. Un diezmo dado fielmente es la parte del Señor. Retenerlo es robar a Dios. Cada persona debe llevar con liberalidad los diezmos y las ofrendas a la tesorería del Señor, con buena voluntad y con gozo, porque al hacerlo así recibe una bendición. Es peligroso retener como propia la parte que le pertenece a Dios.—MS 159, 1899.

Para cada dispensación

Tal [se refiere a la experiencia de Abrahán y Jacob en el pago del diezmo] fue la práctica de los patriarcas y profetas que vivieron antes del establecimiento de los judíos como una nación. Pero cuando Israel se convirtió en un pueblo separado, el Señor le dio instrucción definida acerca de este punto: “Y el diezmo de la tierra, así de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles, de Jehová es; es cosa dedicada a Jehová” (Lev. 27: 30). Esta ley no caducaría con los ritos y ofrendas de sacrificio que simbolizan a Cristo. Mientras Dios tenga un pueblo en el mundo, sus derechos sobre él serán los mismos.

El diezmo de todo lo que poseemos es del Señor. El se lo ha reservado para que sea empleado con propósitos religiosos. Es santo. En ninguna dispensación él ha aceptado menos que esto. Un descuido o una postergación de este deber provocará el desagrado divino. Si todos los cristianos profesos llevaran sus diezmos a Dios, su tesorería estaría llena.—RH, 16 de mayo 1882.

Concedido como una gran bendición

El sistema especial del diezmo se fundaba en un principio que es tan duradero como la ley de Dios. Este sistema del diezmo era una bendición para los judíos; de lo contrario, Dios no se lo hubiera dado. Así también será una bendición para los que lo practiquen hasta el fin del tiempo. Nuestro Padre celestial no creó el plan de la benevolencia sistemática para enriquecerse, sino para que fuese una gran bendición para el hombre. Vio que este sistema de beneficencia era precisamente lo que el hombre necesitaba.—JT 1, 385, 386.

Las nueve décimas valen más que las diez décimas

Muchos se han compadecido de la suerte del Israel de Dios que estaba compelido a dar sistemáticamente, además de hacer ofrendas liberales cada año. Un Dios sabio sabía mejor qué sistema de liberalidad estaría de acuerdo con su providencia, y ha dado a su pue-

blo instrucciones concernientes a él. Ha quedado demostrado que las nueve décimas valen más que las diez décimas.—3 T 546.

Ha habido un cambio marcado desde los días de los judíos

De todos nuestros ingresos debemos separar en primer lugar lo que pertenece a Dios. En el sistema de benevolencia prescrito para los judíos, se requería que éstos llevaran al Señor las primicias de todas las dádivas que él les había hecho, ya fuera en el aumento de sus manadas o rebaños, o en la producción de sus campos, huertos o viñedos; o bien debían redimir las primicias presentando una suma equivalente. ¡Cuánto ha cambiado esto en nuestros días! Los requerimientos y los derechos de nuestro Señor, si es que reciben atención alguna, se dejan para el final. Sin embargo, nuestra obra necesita hoy diez veces más recursos económicos que en la época de los judíos.

La gran comisión dada a los apóstoles les ordenaba ir a todo el mundo y predicar el Evangelio. Esto muestra la extensión de la obra en nuestros días y la mayor responsabilidad que descansa sobre los seguidores de Cristo. Si la ley requería diezmos y ofrendas hace miles de años, ¡cuánto más esenciales son éstos ahora! Si en la economía judía los ricos y los pobres debían dar sumas que estaban en proporción con lo que poseían, es doblemente esencial que se haga esto ahora.—4 T 474.

13. FUNDADO SOBRE PRINCIPIOS ETERNOS

El sistema del diezmo se remonta hasta más allá del tiempo de Moisés. Ya en los días de Adán, se requería de los hombres que ofreciesen a Dios donativos de índole religiosa, es decir, antes que el sistema fuese dado a Moisés en forma definida. Al cumplir lo requerido por Dios, debían manifestar, mediante sus ofrendas, aprecio por las misericordias y las bendiciones de Dios para con ellos. Esto continuó durante las generaciones sucesivas y fue practicado por Abrahán, quien dio diezmos a Melquisedec, sacerdote del Altísimo.

El mismo principio existía en los días de Job. Mientras Jacob estaba en Betel, peregrino, desterrado y sin dinero, se acostó una noche solitario y abandonado, teniendo una piedra por almohada, y allí prometió al Señor: “De todo lo que me dieres, el diezmo lo he de apartar para ti” (Gén. 28: 22). Dios no obliga a los hombres a dar. Todo lo que ellos dan debe ser voluntario. El no quiere que afluyan a su tesorería ofrendas que no se presenten con buena voluntad.—*JT* 1, 372, 373.

Pablo reconoció la validez del sistema

En su primera carta a la iglesia de Corinto, Pablo instruyó a los creyentes respecto a los principios generales sobre los cuales se funda el sostén de la obra de Dios en la tierra. Escribiendo en cuanto a sus labores apostólicas en favor de ellos, preguntó:

“¿Quién jamás peleó a sus expensas? ¿quién planta viña, y no come de su fruto? ¿o quién apacienta el ganado, y no come de la leche del ganado? ¿Digo esto según los hombres? ¿no dice esto también la ley? Porque en la ley de Moisés está escrito: No pondrás bozal al buey que trilla. ¿Tiene Dios cuidado de los bueyes? ¿O dícelo enteramente por nosotros? Pues por nosotros está escrito; porque con esperanza ha de arar el que ara; y el que trilla, con esperanza de recibir el fruto.

“Si nosotros os sembramos lo espiritual —preguntó además el apóstol—, ¿es gran cosa si segáremos lo vuestro carnal? Si otros tienen en vosotros esta potestad, ¿no más bien nosotros? Mas no hemos usado de esta potestad: antes lo sufrimos todo, por no poner ningún obstáculo al evangelio de Cristo. ¿No sabéis que los que trabajan en el santuario, comen del santuario, y que los que sirven al altar, del altar participan? Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio” (1 Cor. 9: 7-14).

El apóstol se refirió aquí al plan del Señor para sostener a los sacerdotes que ministraban en el templo. Aquellos que eran apartados para este sagrado cargo eran sostenidos por sus hermanos, a quienes ellos ministraban las bendiciones espirituales. “Y ciertamente los que de los hijos de Leví toman el sacerdocio, tienen mandamiento de tomar del pueblo los diezmos según la ley” (Heb. 7: 5). La tribu de Leví fue escogida por el Señor para los cargos sagrados pertenecientes al templo y al sacerdocio. Acerca del sacerdote se dijo: “Porque le ha escogido Jehová..., para ministrar al nombre de Jehová” (Deut. 18: 5). Dios reclamaba como propiedad suya una décima parte de todas las ganancias...

A este plan para el sostén del ministerio se refirió Pablo cuando dijo: “Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio”. Y más tarde, escribiendo a Timoteo, el apóstol dijo: “Digno es el obrero de su jornal” (1 Tim. 5: 18).—HAS 270, 271.

El derecho de Dios sobre nosotros

Dios tiene derecho sobre nosotros y sobre todo lo que poseemos. Su derecho tiene supremacía sobre todos los demás. Y como reconocimiento de ese derecho, él nos pide que le devolvamos una porción fija de todo lo que nos da. El diezmo es la parte que él espera. Por indicación del Señor le fue consagrado desde los tiempos más antiguos...

Cuando Dios libró a Israel desde Egipto para que fuera un tesoro especial para él, le enseñó a dedicar el diezmo de sus posesiones

al servicio del tabernáculo. Esto era una ofrenda especial dedicada a un trabajo especial. Todo lo que quedaba de sus bienes pertenecía a Dios y debía ser usado para su gloria. Pero el diezmo era apartado para el sostenimiento de los que ministraban en el santuario. Debía darse de las primicias de los productos agrícolas, y juntamente con los donativos y las ofrendas, proveía abundantes recursos para sostener el ministerio del Evangelio para ese tiempo.

Dios no requiere menos de nosotros de lo que exigía a su pueblo de la antigüedad. Los dones que nos da no son menores sino mayores que los que ofrecía al Israel antiguo. Su servicio requiere recursos económicos, y siempre los necesitará. La gran obra misionera en favor de la salvación de las almas debe proseguir avanzando. Mediante el diezmo, los donativos y las ofrendas, Dios ha establecido una amplia provisión para su obra. Se propone que el ministerio del Evangelio sea plenamente sustentado. Reclama el diezmo como suyo, y éste siempre debería considerarse como una reserva sagrada que debe colocarse en su tesorería para beneficio de su causa, para el adelanto de su obra, para enviar sus mensajeros a “los lugares más allá”, hasta los últimos rincones del mundo.

Dios ha puesto su mano sobre todas las cosas, tanto en los hombres como en sus posesiones, porque todo le pertenece. El dice: Soy el dueño del mundo; el universo es mío, y requiero que consagréis a mi servicio las primicias de todo lo que he puesto en vuestras manos mediante mi bendición. La Palabra de Dios declara: “No demorarás la primicia de tu cosecha ni de tu lagar” (Exo. 22: 29). “Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos” (Prov. 3: 9). El exige este tributo como una señal de nuestra lealtad.

Pertenece a Dios; somos sus hijos y sus hijas: Suyos por creación y suyos por el don de su Hijo unigénito quien nos redimió. “¿Ignoráis... que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Cor. 6: 19, 20). La mente, el cora-

Consejos sobre mayordomía cristiana

zón, la voluntad y los afectos pertenecen a Dios; y el dinero que poseemos es del Señor. Todo bien que recibimos y que disfrutamos es el resultado de la benevolencia divina. Dios es el magnánimo dador de todo bien, y él desea que el receptor reconozca la procedencia de esos dones que satisfacen toda necesidad del cuerpo y el alma. Dios pide tan sólo lo que es suyo. La primera porción es del Señor y debe utilizarse como un tesoro que él ha confiado. Cuando el corazón es privado de egoísmo despierta a la realidad de la bondad y el amor de Dios, y es inducido a reconocer con entusiasmo sus requerimientos justos.—*RH*, 8 de diciembre, 1896.

14. UN PLAN HERMOSO Y SENCILLO

El plan de Dios en el sistema del diezmo es hermoso por su sencillez e igualdad. Todos pueden practicarlo con fe y valor porque es de origen divino. En él se combinan la sencillez y la utilidad, y no requiere profundidad de conocimiento para comprenderlo y ejecutarlo. Todos pueden sentir que son capaces de hacer una parte para llevar a cabo la preciosa obra de salvación. Cada hombre, mujer y joven puede llegar a ser un tesorero del Señor, un agente para satisfacer las demandas de la tesorería...

Por este sistema se alcanzan grandes objetos. Si todos lo aceptasen, cada uno sería un vigilante y fiel tesorero de Dios, y no faltarían recursos para llevar a cabo la gran obra de proclamar el último mensaje de amonestación al mundo. La tesorería estará llena si todos adoptan este sistema, y los contribuyentes no serán más pobres por ello. Mediante cada inversión hecha, llegarán a estar más vinculados a la causa de la verdad presente. Estarán “atesorando para sí buen fundamento para lo porvenir”, a fin de que “echen mano a la vida eterna” (1 Tim. 6: 19).—*JT* 1, 367, 368.

Tanto para los ricos como para los pobres

En el sistema bíblico de los diezmos y las ofrendas las cantidades pagadas por distintas personas variarán enormemente, puesto que estarán en proporción a sus entradas. En el caso del pobre, el diezmo será comparativamente pequeño, y hará su donativo en proporción a sus posibilidades. Pero no es el tamaño del donativo lo que hace que la ofrenda sea aceptable para Dios; es el propósito del corazón, el espíritu de gratitud y amor que expresa. No se haga sentir a los pobres que sus donativos son tan pequeños que no son dignos de tomarse en cuenta. Que ellos den de acuerdo con sus posibilidades, sintiendo que son siervos de Dios y que él aceptará su ofrenda.

Aquel a quien Dios ha confiado un cuantioso capital, si ama y teme a Dios, no encontrará gravoso satisfacer las exigencias de una

conciencia iluminada en lo que se refiere a los derechos de Dios. Los ricos sentirán la tentación de complacerse en el egoísmo y la avaricia, y de retener los diezmos. Pero los que son fieles a Dios, cuando sean tentados contestarán a Satanás: “Escrito está”, “¿robará el hombre a Dios?” “¿Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (S. Mat. 16: 26).—RH, 16 de mayo, 1893.

Comprometidos por el pacto

En la gran obra de amonestar al mundo, los que poseen la verdad en el corazón y han sido santificados por la verdad cumplirán con la parte que se les ha asignado. Serán fieles en el pago de diezmos y ofrendas. Cada miembro de iglesia está comprometido por el pacto hecho con Dios a negarse todo lo que implique un gasto extravagante de recursos. No permitamos que la falta de economía en nuestra vida de hogar, nos incapacite para desempeñar nuestra parte en el fortalecimiento de la obra que ya está establecida y nos impida entrar en nuevos territorios.—RH, 17 de enero, 1907.

Ruego a mis hermanos y hermanas de todo el mundo que despierten a la responsabilidad que descansa sobre ellos en lo que se refiere al pago fiel del diezmo... Llevad fielmente la cuenta con vuestro Creador. Comprended plenamente la importancia de ser justos con Aquel que posee presciencia divina. Que cada uno escudriñe diligentemente su corazón. Que revise sus cuentas y descubra en qué relación se encuentra con Dios.

El que dio a su Hijo unigénito para que muriera por vosotros, ha hecho un pacto con vosotros. El os da sus bendiciones y en cambio requiere que le llevéis vuestros diezmos y ofrendas. Nadie se atreverá a decir que no comprendió este asunto. El plan de Dios concerniente a los diezmos y ofrendas está claramente establecido en el tercer capítulo de Malaquías. Dios pide que sus instrumentos humanos sean fieles al contrato que él ha hecho con ellos. “Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa” (Mal. 3: 10).—RH, 3 de diciembre, 1901.

No es una ley rigurosa

Algunos dirán que ésta es una de las leyes rigurosas que pesaban sobre los hebreos. Pero ésta no era una carga para el corazón voluntario que manifestaba amor a Dios. Únicamente cuando la naturaleza egoísta se fortalecía por la retención de aquellos recursos, el hombre perdía de vista lo eterno y estimaba los tesoros terrenales más que las almas.—*JT 1, 375.*

No es una carga, salvo para los desobedientes

Las Escrituras requieren de los cristianos que participen en un plan de activa generosidad que les haga manifestar constantemente interés en la salvación de sus semejantes. La ley moral ordenaba la observancia del sábado, que no era una carga excepto cuando esa ley era transgredida y los hombres se veían sujetos a las penalidades que entrañaba su violación. Igualmente, el sistema del diezmo no era una carga para aquellos que no se apartaban del plan. El sistema ordenado a los hebreos no ha sido abrogado ni reducido su vigor por Aquel que lo ideó. En vez de carecer de fuerza ahora, tiene que practicarse más plena y extensamente, puesto que la salvación por Cristo debe ser proclamada con mayor plenitud en la era cristiana.—*JT 1, 371.*

Una porción escasa

Hablo del sistema del diezmo; ¡y sin embargo cuán escaso lo considero! ¡Cuán pequeña estimación! ¡Cuán vano es el esfuerzo de medir con reglas matemáticas el tiempo, el dinero y el amor comparándolos con un amor y sacrificio que son inconmensurables e incomputables! ¡Los diezmos para Cristo! ¡Oh, cuán escasa porción, vergonzosa recompensa por lo que ha costado tanto!—*4 T 119.*

15. UNA CUESTIÓN DE HONRADEZ

Un espíritu mezquino y egoísta impide que los hombres den a Dios lo que es suyo. Dios ha establecido un pacto especial con los hombres, según el cual si éstos apartan regularmente la porción destinada a promover el reino de Cristo, el Señor los bendice abundantemente, a tal punto que no tendrán lugar para recibir sus dones. Pero si los hombres retienen lo que pertenece a Dios, el Señor declara llanamente: “Malditos sois con maldición” (Mal. 3: 9)...

Los que comprenden su dependencia de Dios sentirán que deben ser honrados con sus semejantes, y por sobre todo, deben ser honrados con Dios, de quien proceden todas las bendiciones de la vida. La desobediencia a los mandamientos positivos dados por Dios concernientes a los diezmos y las ofrendas, queda registrada en los libros del cielo como un robo perpetrado contra él.

Nadie que sea deshonesto con Dios o con sus semejantes puede prosperar. El Dios altísimo, dueño del cielo y la tierra, dice: “No tendrás en tu bolsa pesa grande y pesa chica, ni tendrás en tu casa efa grande y efa pequeño. Pesa exacta y justa tendrás; efa cabal y justo tendrás, para que tus días sean prolongados sobre la tierra que Jehová tu Dios te da” (Deut. 25: 13-15). El Señor vuelve a expresar su aborrecimiento de la falta de honradez por medio del profeta Miqueas: “¿Hay aún en casa del impío tesoros de impiedad, y medida escasa que es detestable? ¿Daré por inocente al que tiene balanza falsa...? Por eso yo también te hice enflaquecer hiriéndote, asolándote por tus pecados” (Miq. 6: 10-13).—RH, 17 de diciembre, 1889.

Pérdida de la paz de la conciencia por incumplimiento

Cuando tratamos injustamente a nuestros semejantes o a Dios, despreciamos la autoridad divina e ignoramos el hecho de que Cristo nos ha comprado con su propia vida. El mundo está robando a Dios en gran medida. Cuanto más riquezas él les imparte, tanto

más los hombres las reclaman como suyas para ser empleadas como a ellos les agrada. ¿Pero irán en pos de las costumbres del mundo los seguidores profesos de Cristo? ¿Perderemos la paz de la conciencia, la comunión con Dios y la comunidad con nuestros hermanos debido a que hemos fallado en dedicar a su causa la porción que él reclama como suya?

Los que pretenden ser cristianos que recuerden que están trabajando con el capital que Dios les ha confiado, y que se requiere de ellos que sigan fielmente las instrucciones de las Escrituras concernientes a su uso. Si vivís en armonía con Dios no cometeréis ningún desfalco con los bienes de vuestro Señor ni los invertiréis en vuestras empresas egoístas...

Hermanos y hermanas, si el Señor os ha bendecido con recursos financieros, no los consideréis como propios. Consideradlos como vuestros pero dados en depósito por Dios, y sed fieles y honrados en el pago de los diezmos y las ofrendas. Cuando hacéis una promesa tened la seguridad de que Dios espera que la paguéis tan pronto como sea posible. No prometáis una parte al Señor para luego apropiaros de ella a fin de emplearla en vuestro beneficio, no sea que vuestras oraciones lleguen a ser abominación para él. El descuido de estos deberes claramente revelados es lo que acarrea oscuridad sobre la iglesia.—RH, 17 de diciembre, 1889.

No es mejor que un sacrilegio

Lo que se ha separado de acuerdo con las Escrituras como perteneciente al Señor, constituye el ingreso del Evangelio, y ya no nos pertenece. La acción que comete un hombre al tomar recursos de la tesorería del Señor a fin de servirse a sí mismo o de beneficiar a otros en sus negocios seculares, no es mejor que un sacrilegio. Algunos han cometido la falta de apartar del altar de Dios lo que ha sido dedicado especialmente a él. Todos deberían considerar esto en la forma debida. Que nadie, cuando se ve en dificultades, tome el dinero consagrado a propósitos religiosos y lo use en bene-

Consejos sobre mayordomía cristiana

ficio propio, calmando su conciencia al decir que lo devolverá en algún momento futuro. Es mucho mejor que corte sus gastos para que correspondan con sus entradas, que restrinja sus necesidades y viva con lo que gana, que usar el dinero del Señor con propósitos seculares.—9 T 246, 247.

16. REGULARIDAD Y SISTEMA

Las instrucciones dadas por el Espíritu Santo por medio del apóstol Pablo concernientes a los donativos, presentan un principio que se aplica también al diezmo: “Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado” (1 Cor. 16: 2). Aquí se incluye a los padres y a los hijos. Esto se dirige no sólo a los ricos sino también a los pobres. “Cada uno dé como propuso en su corazón [guiado por la sincera consideración del plan prescrito por Dios]: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre” (2 Cor. 9: 7). Los donativos hay que darlos en consideración a la benevolencia de Dios manifestada hacia nosotros.

¿Y qué tiempo más apropiado podría elegirse para apartar el diezmo y presentar nuestras ofrendas a Dios? En el día de reposo pensamos en su bondad. Hemos contemplado su obra en la creación como una evidencia de su poder en la redención. Nuestros corazones están llenos de agradecimiento por su gran amor. Y ahora, antes de que vuelva a comenzar el tráfigo de la semana, le devolvemos lo que es suyo, y con ello una ofrenda para manifestarle nuestra gratitud. En esta forma nuestra práctica constituirá un sermón semanal que declara que Dios es el dueño de todos nuestros bienes, y que él nos ha hecho mayordomos suyos para que los empleemos para su gloria. Cada acto de reconocimiento de nuestra obligación hacia Dios fortalecerá el sentido del deber. La gratitud se profundiza cuando la expresamos y el gozo que proporciona es vida para el alma y el cuerpo.—RH, 4 de febrero, 1902.

Primero el diezmo y luego las ofrendas

El asunto de la dadivosidad no ha sido librado al impulso. Dios nos ha dado instrucciones definidas concernientes a él. Ha especificado que los diezmos y las ofrendas constituyen nuestra obligación, y desea que demos en forma regular y sistemática... Que cada

uno examine periódicamente sus entradas, las que constituyen una bendición de Dios, y aparte el diezmo para que sea del Señor en forma sagrada. Este fondo en ningún caso debería dedicarse a otro uso; debe dedicarse únicamente para el sostén del ministerio evangélico. Después de apartar el diezmo hay que separar los donativos y las ofrendas, “según haya prosperado” Dios.—*RH*, 9 de mayo, 1893.

Primero hay que satisfacer los derechos de Dios

El Señor no sólo reclama el diezmo como suyo, sino también establece cómo debería reservárselo para él. Dice: “Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos” (Prov. 3: 9). Esto no nos enseña que debemos gastar los recursos en nosotros mismos y luego llevar al Señor lo que quede, aunque esto sea también un diezmo honrado. La porción del Señor debe separarse en primer lugar.—*RH*, 4 de febrero, 1902.

No debemos consagrarle lo que queda de nuestras entradas después de haber satisfecho nuestras necesidades reales o imaginarias; antes de gastar nada debemos apartar lo que Dios ha especificado como suyo.

Muchas personas harán frente a todas las exigencias y los compromisos inferiores o secundarios, y dejarán a Dios únicamente los restos, si es que queda algo. Y si no queda nada, su causa tendrá que esperar hasta un tiempo más propicio.—*RH*, 16 de mayo, 1882.

17. EL MENSAJE DE MALAQUÍAS

El reproche, la amonestación y la promesa de Dios se dan con lenguaje inequívoco en Malaquías 3: 8: “¿Robaré el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado?” El Señor responde: “En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado”.

El Señor del cielo desafía a quienes ha suplido con su abundancia a probarlo. “Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Mal. 3: 10).

Este mensaje no ha perdido nada de su fuerza. Su importancia se renueva constantemente así como los dones de Dios se renuevan continuamente. No hay dificultad para comprender cuál es nuestro deber a la luz de este mensaje dado por medio del santo profeta de Dios. No se nos ha dejado para que tropecemos en las tinieblas y la desobediencia. La verdad se declara con toda llaneza, y todos los que deseen ser honrados ante Dios pueden comprenderla. El diezmo de todos nuestros ingresos es del Señor. El coloca su mano sobre la porción que ha especificado que le devolvamos, y dice: Permito que uséis de mi abundancia después de haber apartado la décima parte y de haberme traído donativos y ofrendas.

Dios pide que su diezmo sea llevado a su tesorería. Devuélvase esa parte en forma estricta, honrada y fiel. Además de esto él pide vuestros donativos y ofrendas. A nadie se obliga a presentar delante de Dios sus diezmos, donativos u ofrendas. Pero con la misma seguridad con la que se nos ha dado la Palabra de Dios, él requerirá lo suyo con interés de la mano de cada ser humano. Si los hombres son infieles en devolver a Dios lo que le pertenece, si pasan por alto la comisión dada a sus mayordomos, no seguirán teniendo la bendición de lo que el Señor les ha confiado...

Dios ha dado a cada persona su obra. Sus siervos han de actuar en colaboración con él. Los hombres, si así lo prefieren, pueden rehusar relacionarse con su Hacedor; pueden negarse a entregarse a su servicio, y utilizar indebidamente los bienes que le fueron confiados; pueden dejar de ejercer frugalidad y abnegación, y pueden olvidar que el Señor requiere que le devuelvan una parte de lo que él les ha dado. Tales personas son mayordomos infieles.

Un mayordomo fiel hará todo lo que puede en el servicio de Dios; su gran preocupación será la necesidad del mundo. Comprenderá que el mensaje de verdad debe predicarse, no sólo en su propio vecindario sino en las regiones más alejadas. Cuando los hombres tienen este espíritu, el amor a la verdad y la santificación que recibirán mediante la verdad borrarán la avaricia, el engaño y toda clase de falta de honradez.—*RH Supplement*, 1^o de diciembre, 1896.

Un atrevido repudio

“Entiendo que Ud. proclama también que no debemos pagar diezmos. Hermano mío, ‘quita tus zapatos de tus pies’; porque el lugar donde Ud. está es tierra santa. El Señor me ha hablado con respecto al pago de los diezmos. El ha dicho: ‘Traed todos los diezmos al alfolí, y haya alimento en mi casa’... Muy recientemente se me ha dado luz directa de parte del Señor sobre este asunto, según la cual muchos adventistas del séptimo día estaban robando a Dios en los diezmos y las ofrendas, y se me reveló claramente que Malaquías ha declarado el caso tal como es en realidad. Luego entonces, ¿cómo osa algún hombre siquiera pensar en su corazón que una sugestión para retener los diezmos y las ofrendas viene del Señor? ¿Dónde, hermano, se ha descaminado Ud. de la senda? ¡Oh, encámense de nuevo a la senda recta!”—*TM* 57.

Robando a Dios

El hecho de que vuestros nombres están inscritos en el libro de la iglesia no os convierte en cristianos. Debéis llevar vuestros dona-

tivos al altar de sacrificio, y colaborar con Dios al máximo de vuestra capacidad, para que por medio de vosotros él pueda revelar la belleza de su verdad. No retengáis nada que sea del Salvador. Todo le pertenece. No tendríais nada para dar si él no os lo hubiera dado primero.

El egoísmo se ha introducido y se ha apoderado de lo que le pertenece a Dios. Esto es codicia, lo cual es idolatría. Los hombres monopolizan lo que Dios les ha prestado, como si fuera de su propiedad, para hacer lo que les place. Cuando su capacidad para allegar riquezas es complacida, piensan que sus posesiones los hacen valiosos a la vista de Dios. Esto es una trampa, un engaño de Satanás. ¿De qué valen la pompa y la ostentación exteriores? ¿Qué ganan hombres y mujeres con el orgullo y la complacencia de sí mismos? “Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (S. Mat. 16: 26). La riqueza mundanal es efímera. Podemos obtener riquezas eternas únicamente por medio de Cristo. La riqueza que él nos concede escapa a todo cómputo. Habiendo encontrado a Dios somos supremamente ricos en la contemplación de su tesoro. “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Cor. 2: 9).

Formula esta pregunta: ¿Qué estoy haciendo con los talentos del Señor? ¿Os estáis colocando en una situación en la que se os pueden aplicar estas palabras: “Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado”? (Mal. 3: 9).

Estamos viviendo en un tiempo de solemne privilegio y de cometido sagrado; un tiempo en el que nuestro destino está siendo decidido para vida o para muerte. Recuperemos nuestra sensatez. Vosotros que pretendéis ser hijos de Dios, llevad vuestros diezmos a su tesorería. Dad ofrendas en forma voluntaria y abundante, según Dios os haya prosperado. Recordad que el Señor os ha confiado ciertos talentos con los que debéis negociar diligentemente para él.

Recordad también que el siervo fiel no se atribuye nada a sí mismo. Toda alabanza y gloria son dadas al Señor: Tú me entregaste tu depósito. No habría sido posible ganancia alguna sin que primero hubiese habido un depósito. No habría podido haber ningún interés sin un capital. El capital fue adelantado por el Señor. El éxito en los negocios procede de él, y a él pertenece la gloria.

¡Oh, si todos los que conocen la verdad obedecieran la enseñanza de esa verdad! ¿Por qué son tan ciegos los hombres que están en el umbral mismo del mundo eterno? Hablando en términos generales no hay escasez de medios entre los adventistas. Pero muchos adventistas no logran comprender la responsabilidad que les asiste de cooperar con Dios y Cristo en la salvación de las almas. No expresan ante el mundo el gran interés que Dios tiene en los pecadores. No aprovechan al máximo las oportunidades que se les conceden. La lepra del egoísmo ha entrado en la iglesia. El Señor Jesucristo sanará a la iglesia de esta terrible enfermedad si ella quiere ser curada. El remedio se encuentra en el capítulo 58 de Isaías.—*RH*, 10 de diciembre, 1901.

Un asunto serio

Es un asunto serio utilizar mal los bienes del Señor, robarle a Dios; porque al hacerlo se pervierte la capacidad de percibir y el corazón se endurece. Cuán árida es la experiencia religiosa y cuán confusa es la comprensión del que no ama a Dios con amor puro y sin egoísmo, y del que falla, por lo tanto, en amar a su prójimo como a sí mismo...

El gran día final revelará ante ellos y todo el universo el bien que habría podido hacerse si ellos no hubiesen seguido sus inclinaciones egoístas robando así a Dios en los diezmos y las ofrendas. Habrían podido colocar su tesoro en el banco del cielo y preservarlo en bolsas que no envejecen; pero en lugar de hacerlo, lo gastaron en ellos mismos y en sus hijos, y al parecer temían que el Señor recibiese algo de su dinero o su influencia, y de esta manera acarre-

aron sobre sí pérdida eterna. Piensen ellos en el resultado de retener lo que es de Dios. El siervo infiel que no puso a interés el dinero de su Señor, pierde una herencia eterna en el reino de gloria.—RH, 22 de enero, 1895.

Defraudar a Dios es el delito más grande que un hombre pueda cometer; y sin embargo este pecado está muy arraigado y extendido.—RH, 13 de octubre, 1896.

Cada peso es imputado

¿Retendréis de Dios lo que le pertenece? ¿Alejaréis de la tesorería la porción que Dios reclama como suya? Si lo hacéis, estaréis robando a Dios, y cada peso será imputado contra vosotros en los libros del cielo.—RH, 23 de diciembre, 1890.

Por qué algunos pierden la bendición

Apresuraos, hermanos y hermanas, en devolver a Dios un diezmo fiel, y en llevarle también ofrendas de agradecimiento voluntarias. Hay muchos que no serán bendecidos hasta que restituyan los diezmos que han retenido. Dios espera que redimáis el pasado. La mano de la santa ley alcanza a cada alma que disfruta de los beneficios de Dios. Que los que han retenido el diezmo hagan un cálculo exacto y devuelvan al Señor lo que han robado de su obra. Haced restitución y llevad al Señor ofrendas de paz. “¿O forzaré alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz; sí, haga paz conmigo” (Isa. 27: 5). Si reconocéis que habéis obrado mal al apropiaros de sus bienes, y os arrepentís cabalmente, él perdonará vuestra transgresión.—RH, 10 de diciembre, 1901.

Se ha llevado oscuridad a las iglesias

Algunos dejan de educar a la gente en lo que se refiere al cumplimiento de su deber. Predican esa parte de nuestra fe que no despertará oposición ni desagradará a los oyentes; pero no declaran toda la verdad. La gente disfruta de su predicación; pero hay falta

de espiritualidad porque no se satisfacen los derechos de Dios. Su pueblo no le da los diezmos y las ofrendas que le pertenecen. Este robo perpetrado contra Dios, practicado tanto por ricos como por pobres, ha llevado oscuridad a las iglesias; y los pastores que trabajan con la gente y no les presentan la sencilla voluntad revelada de Dios, son puestos bajo condenación con la gente, porque han descuidado su deber.—RH, 8 de abril, 1884.

Se toma nota de toda retención egoísta

El Señor lee los pensamientos codiciosos en cada corazón que se propone retener lo que le pertenece. Dios ve a los que son egoístamente descuidados en pagar sus diezmos y en llevar sus donativos y ofrendas a la tesorería. El Señor Jehová lo comprende todo. Así como se escribe un libro de memoria delante de él acerca de los que temen al Señor y piensan en su nombre, así también se lleva un registro de todos los que se apoderan de los dones que Dios les ha enviado a fin de que los usen para la salvación de las almas.—RH, 16 de mayo, 1893.

El mayordomo infiel experimentará una gran pérdida

La promesa hecha a los que honran a Dios de su sustancia todavía está registrada sobre las páginas sagradas. Si el pueblo del Señor hubiera obedecido fielmente sus directivas, la promesa se habría cumplido para ellos. Pero cuando los hombres pasan por alto las pretensiones de Dios establecidas claramente delante de ellos, el Señor permite que sigan sus propios caminos y cosechen el fruto de sus acciones. Quienquiera que se apodere para su propio uso de la porción que Dios se ha reservado está demostrando que es un mayordomo infiel. Perderá no sólo lo que ha retenido de Dios sino también lo que se le dio como suyo.—RH, 4 de febrero, 1902.

18. PROBEMOS AL SEÑOR

“Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Mal. 3: 10). ¿Obedeceremos a Dios y le llevaremos todos nuestros diezmos y ofrendas, para que haya alimento a fin de satisfacer las necesidades de las almas que sienten hambre por el pan de vida? Dios nos invita a ponerlo a prueba ahora mismo, cuando el año viejo se aproxima a su final; hagámoslo así y permitamos que el año nuevo nos encuentre con la tesorería de Dios reabastecida...

El nos ha dicho que abrirá las ventanas del cielo y derramará sobre nosotros bendiciones, hasta que sobreabunde. El empeña su Palabra: “Reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo será estéril, dice Jehová de los ejércitos” (Mal. 3: 11). De manera que su palabra constituye nuestra seguridad de que nos bendecirá de tal modo que llegaremos a dar diezmos y ofrendas aún mayores. “Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Mal. 3: 7).

Hermanos, ¿cumpliréis con las condiciones? ¿Ofreceréis en forma voluntaria, con gozo y abundantemente? Las misiones extranjeras necesitan los recursos que proceden de los Estados Unidos. ¿Pedirán en vano? Las misiones nacionales tienen gran necesidad de dinero; han sido establecidas por fe en diferentes lugares del campo. ¿Serán dejadas para que languidezcan y mueran? ¿No nos levantaremos para obrar? Que Dios ayude a su pueblo a hacer lo mejor que pueda.

NO SE CORRE NINGÚN RIESGO

¡Oh, qué seguridad benigna, plena y completa se nos da, si tan sólo hacemos lo que Dios requiere! Proceded en este asunto como si creyeseis que el Señor hará tal como ha prometido. Arriesguemos

algo contra la Palabra de Dios. Muchas personas, en su celo por enriquecerse, corren grandes riesgos; pasan por alto cosas de importancia eterna y sacrifican nobles principios; y sin embargo pueden perderlo todo en el juego. Pero al cumplir con las invitaciones eternas nosotros no corremos ningún riesgo. Debemos aceptar la Palabra de Dios, y con fe sencilla debemos avanzar confiando en la promesa, y dar al Señor lo que es suyo.—RH, 18 de diciembre, 1888.

Una causa de adversidad

Muchos que profesan ser cristianos proveen abundantemente para ellos mismos, y suplen todas sus necesidades imaginarias mientras no prestan atención a las necesidades de la causa del Señor. Piensan que es ganancia retener todos los dones del Señor, o una proporción egoísta de ellos. Pero encuentran pérdida en lugar de ganancia. Su conducta provoca la suspensión de los beneficios y bendiciones. Los hombres han perdido mucho a causa de su espíritu egoísta y avaro. Si hubiesen reconocido con plenitud y voluntariamente los requerimientos de Dios y si los hubiesen satisfecho, su bendición se habría manifestado aumentando la producción de la tierra. Las cosechas habrían sido más abundantes. Las necesidades de todos habrían sido ampliamente satisfechas. Cuanto más demos tanto más recibiremos.—RH, 8 de diciembre, 1896.

Los mandatos de Dios van acompañados de promesas

El deber es el deber, y debe cumplirse por esa misma razón. Pero el Señor tiene compasión de nosotros en nuestra condición caída y acompaña sus mandatos con promesas. Pide a su pueblo que lo pruebe y declara que recompensará la obediencia con las bendiciones más ricas... Nos estimula a darle y declara que lo que él nos retribuya estará en proporción con los donativos que le hagamos. “El que siembra escasamente, también segará escasamente” (2 Cor. 9: 6). Dios no es injusto para que se olvide de vuestro trabajo y de vuestras acciones de amor.

Probemos al Señor

¡Cuán tierno y fiel es Dios con nosotros! Nos ha dado en Cristo las bendiciones más escogidas. Mediante él puso su firma en el contrato que ha hecho con nosotros.—*RH*, 3 de diciembre, 1901.

19. APODERÁNDOSE DE LOS FONDOS QUE DIOS SE RESERVA

El Señor me ha dado últimamente testimonios especiales concernientes a las advertencias y promesas que él ha dado por medio de Malaquías. Después de hablar con gran claridad en la iglesia de Sydney [Australia], y mientras me ponía mi ropa de abrigo en el cuarto de vestir, se me hizo esta pregunta: “Hna. White, ¿cree Ud. que mi padre debería pagar el diezmo? Ha tenido grandes pérdidas recientemente, y dice que tan pronto como cancele su deuda, pagará el diezmo”. Le pregunté: “¿Cómo considera Ud. las obligaciones hacia Dios, quien nos da la vida y la respiración, y todas las bendiciones de que disfrutamos? ¿Le parece a Ud. que nuestra deuda con Dios debe aumentar continuamente? ¿Quitará Ud. a Dios la parte que él nunca nos ha dado para que la empleemos con otro propósito que no sea la promoción de su obra, para sostener a sus siervos en el ministerio? Para responder a su pregunta, el profeta Malaquías dice: ‘Robará el hombre a Dios?... y dijisteis: ¿En qué te hemos robado?’ —como si voluntariamente se quisiera entender mal este tema. Pero a continuación se da la respuesta: ‘En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado’. Después de esta declaración, ¿me atrevería a decirle: Ud. no necesita pagar el diezmo mientras esté endeudado? ¿Debería decirle que debe pagar todo lo que debe a cualquier persona, aunque robe a Dios para hacerlo?”

Si todos aceptaran lo que dice la Escritura, y abrieran sus corazones para comprender la palabra de Dios, no dirían: “No puedo comprender el asunto del diezmo. No puedo entender que en mis circunstancias tenga que pagar el diezmo”. “¿Robará el hombre a Dios? “El resultado de hacerlo ha sido claramente expresado, y yo no arriesgaría las consecuencias. Todos los que decidan obedecer a Dios de todo corazón; los que no se apoderen de los fondos reservados de Dios —su propio dinero— para pagar sus deudas; los que

devuelvan al Señor la parte que él reclama como suya, recibirán la bendición de Dios que se promete a los que le obedecen.—*Special Testimony to Battle Creek Church*, pp. 9, 10 [agosto, 1896].

La verdadera razón de la retención

Vi que algunos se han disculpado por no ayudar a la causa de Dios debido a sus deudas. Si hubieran examinado detenidamente sus propios corazones, habrían descubierto que el egoísmo era la razón por la que no llevaban ofrendas voluntarias a Dios. Algunos siempre estarán endeudados. Debido a su codicia, la mano prosperadora de Dios no los acompañará para bendecir sus empresas. Aman a este mundo más que a la verdad. No se están disponiendo ni preparando para el reino de Dios.—1 T 225.

Diezmos retenidos por falta de confianza

El diezmo es sagrado, y ha sido reservado por Dios mismo. Debe ser llevado a su tesorería para que se lo emplee en la sustentación de los obreros evangélicos. Durante largo tiempo el Señor ha sido robado porque hay quienes no comprenden que el diezmo es la porción que Dios se ha reservado. Algunos no han estado satisfechos y han dicho: “No pagaré más mi diezmo, porque no tengo confianza en la forma como se manejan las cosas en el corazón de la obra”. ¡Pero robaréis a Dios porque pensáis que el manejo de la obra no es correcto? Presentad vuestras quejas en forma clara y abierta, con el espíritu debido, a las personas debidas. Pedid que las cosas sean ajustadas y puestas en orden; pero no retengáis lo que corresponde a la obra de Dios, demostrando así que sois infieles, porque otros no están obrando correctamente.—9 T 249.

El primer deber hacia Dios

Algunos piensan que tienen obligaciones inviolables hacia sus hijos. Deben dar a cada uno su parte, pero se sienten incapaces de reunir recursos para ayudar la causa de Dios. Presentan como excu-

Consejos sobre mayordomía cristiana

sa que tienen un deber hacia sus hijos. Esto puede ser así, pero su primer deber se refiere a Dios... No permitáis que nadie presente sus pretensiones y os induzca a robar a Dios. No permitáis que vuestros hijos roben vuestra ofrenda del altar de Dios para usarla en su propio beneficio.—1 T 220.

20. LA RESPUESTA DE UNA CONCIENCIA ESTIMULADA

Como resultado de las reuniones especiales realizadas en la iglesia de —————, se ha producido un progreso decidido en espiritualidad, piedad, caridad y actividad. Se predicó acerca del pecado de robar a Dios en los diezmos y ofrendas...

Muchos confesaron que no habían pagado los diezmos durante años; y sabemos que Dios no puede bendecir a los que le roban, y que la iglesia debe sufrir las consecuencias de los pecados de sus miembros individuales. En los libros de nuestra iglesia hay una gran cantidad de nombres, y si todas esas personas pagaran prontamente un diezmo honrado al Señor, lo que constituye su parte, la tesorería no carecería de recursos...

Cuando se presentó el pecado de robar a Dios, la gente recibió un concepto más claro de su deber y privilegio en este asunto. Un hermano dijo que durante dos años no había pagado sus diezmos, y que estaba desesperado; pero después de confesar su pecado, comenzó a cobrar esperanza. “¿Qué debo hacer?” —preguntó.

Le dije: “Entregue una promesa escrita al tesorero de la iglesia; eso tendrá valor formal”.

El pensó que eso constituía un pedido más bien extraño, pero se sentó y comenzó a escribir: “Por valores recibidos, prometo pagar...” Levantó la cabeza como para preguntar: ¿Es ésta la forma adecuada de formular una promesa al Señor?

“Sí —continuó—, por valores recibidos. ¿Acaso no he estado recibiendo las bendiciones de Dios día tras día? ¿No me han protegido los ángeles? ¿No me ha bendecido el Señor con toda clase de bendiciones espirituales y temporales? Por valores recibidos, prometo pagar la suma de 571.50 dólares al tesorero de la iglesia”. Después de haber realizado todo lo posible de su parte, se sintió feliz. Al cabo de pocos días había cumplido su promesa pagando los diezmos a la tesorería. También realizó un donativo de 125 dólares en ocasión de la Navidad.

Otro hermano hizo una promesa escrita por 1.000 dólares, esperando pagarla al cabo de pocas semanas. Y un tercero prometió pagar 300 dólares.—RH, 19 de febrero, 1889.

Los diezmos atrasados son propiedad de Dios

Muchas personas durante largo tiempo no han tratado honradamente con Dios. Al no separar el diezmo cada semana han dejado que éste se acumule hasta constituir una suma voluminosa, y ahora se resisten a pagarlo. Conservan esos diezmos atrasados y los utilizan como si les pertenecieran. Pero son propiedad de Dios que ellos han rehusado poner en su tesorería.—RH, 23 de diciembre, 1890.

Los descuidados y los indiferentes en el cumplimiento de su deber

Que los que han llegado a ser descuidados e indiferentes, y retienen sus diezmos y ofrendas, se acuerden que están bloqueando el camino e impidiendo que la verdad llegue a regiones lejanas. Se me ha indicado que diga al pueblo de Dios que redima su honor devolviendo a Dios fielmente el diezmo.—MS 44, 1905.

Pagando por medio de un pagaré

El viernes de mañana hablé acerca del diezmo. Este tema no ha sido presentado en las iglesias en la forma debida, y ese descuido juntamente con la depresión financiera ha ocasionado una marcada disminución de los diezmos durante el año pasado. En esta asociación el tema se ha presentado cuidadosamente en una reunión tras otra...

Un hermano de distinguida apariencia, delegado de Tasmania, vino a verme y me dijo: “Me alegro de haberle oído hablar acerca del diezmo. No sabía que fuera una cosa tan importante. No seguiré descuidándolo”. Y luego comenzó a calcular la cantidad de diezmo que debía durante los últimos veinte años, y dijo que lo pagaría con tanta rapidez como pudiera, porque no quería que el pecado de haber robado a Dios, registrado en los libros del cielo, lo enfrentara en el juicio.

La respuesta de una conciencia estimulada

Una hermana de la iglesia de Melbourne ha traído once libras esterlinas [54 dólares] como diezmos atrasados que ella no había comprendido que debía pagar. A medida que han recibido la luz muchas personas han confesado que están endeudadas con Dios y han manifestado su determinación de pagar esa deuda... Les propuse que llevaran a la tesorería sus pagarés prometiendo pagar la cantidad completa correspondiente a un diezmo honrado tan pronto como pudieran obtener el dinero. Muchas cabezas se inclinaron manifestando asentimiento, y tengo confianza en que en el próximo año no tendremos, como ahora, una tesorería vacía.—MS 4, 1893.

Palideciendo ante el diezmo retenido

Muchísimas personas han perdido su espíritu de abnegación y sacrificio. Han estado enterrando su dinero en posesiones temporales. Hay hombres a quienes Dios ha bendecido y a quienes está probando para ver cómo responderán ante sus beneficios. Han retenido sus diezmos y sus ofrendas hasta que su deuda al Señor de los ejércitos ha llegado a ser tan grande que palidecen ante el pensamiento de devolver al Señor lo que es suyo: un diezmo justo. Apresuraos, hermanos, ahora que tenéis la oportunidad de ser honrados con Dios; no demoréis.—*General Conference Daily Bulletin*, 28 de febrero, 1893.

Frente al nuevo año

¿Cómo está vuestra mayordomía? ¿Habéis robado a Dios en diezmos y ofrendas durante el año pasado? Contemplad vuestros graneros bien abastecidos y vuestras despensas repletas con las buenas cosas que el Señor os ha dado, y preguntad si habéis devuelto al Dador lo que le pertenece. Si habéis robado a Dios, hacedle restitución hasta donde sea posible, enderezad lo pasado y luego pedid al Salvador que os perdone. ¿No devolveréis al Señor lo que le pertenece, antes que este año con todas las anotaciones hechas en los registros celestiales pase a la eternidad?—RH, 23 de diciembre, 1902.

Restitución hecha con contrición

Cuando quiera que hayáis descuidado de devolver al Señor lo que es suyo, arrepentíos con alma contrita y haced restitución, para que su maldición no recaiga sobre vosotros... Cuando hayáis hecho todo lo posible de vuestra parte, sin retener nada que pertenezca a vuestro Hacedor, entonces podéis pedirle que proporcione recursos para enviar el mensaje de verdad al mundo.—RH, 20 de enero, 1885.

La fidelidad de Jacob

Jacob hizo ese voto mientras se hallaba refrigerado por los rocíos de la gracia, y vigorizado por la presencia y la seguridad de Dios. Después que hubo pasado la gloria divina, tuvo tentaciones, como los hombres de nuestra época, pero fue fiel a su voto, y no quiso albergar pensamientos referentes a la posibilidad de quedar libre de la promesa que había hecho. Podría haber razonado de manera muy similar a como lo hacen los hombres de hoy, diciéndose que esta revelación era tan sólo un sueño, que estaba muy excitado cuando formuló ese voto y por tanto no necesitaba cumplirlo; pero no obró así.

Transcurrieron largos años antes que Jacob se atreviera a volver a su país; pero cuando lo hizo, cumplió fielmente su deuda para con su Señor. Había llegado a ser rico, y una suma muy grande de sus propiedades pasó a la tesorería del Señor.

En nuestra época, muchos fracasan donde Jacob tuvo éxito. Aquellos a quienes Dios concedió más riquezas, se inclinan con más intensidad a retener lo que tienen, porque deben dar una suma proporcional a su propiedad. Jacob dio el diezmo de todo lo que tenía, y luego, reconociendo que antes lo había empleado para su uso personal, dio al Señor el beneficio de lo que había usado para sí durante el tiempo que había estado en un país pagano y no podía pagar su voto. Esto sumaba una cantidad elevada, pero no vaciló; no consideraba suyo, sino como del Señor, lo que había consagrado a Dios.

Según la cantidad otorgada será la requerida. Cuanto mayor sea el capital confiado, más valioso es el don que Dios requiere que se

le devuelva. Si un cristiano tiene diez o veinte mil pesos, las exigencias de Dios son imperativas para él, no sólo en cuanto a dar la proporción de acuerdo con el sistema del diezmo, sino en cuanto a presentar sus ofrendas por el pecado y agradecimiento a Dios.—*JT* 1, 546, 547

La oración no es un sustituto del diezmo

La oración no tiene por objeto obrar un cambio en Dios; nos pone a nosotros en armonía con Dios. No reemplaza al deber. Dios nunca aceptará en lugar del diezmo la oración hecha con frecuencia y fervor. La oración no pagará nuestras deudas a Dios.—*MJ* 246.

Antes que sea demasiado tarde

No pasará mucho tiempo antes que termine el tiempo de gracia. Si ahora no servís con fidelidad al Señor, ¿cómo podréis hacer frente al registro de vuestro trato infiel? De aquí a no mucho tiempo se declarará el arreglo de las cuentas y se os preguntará: “¿Cuánto debes a mi Señor?” Si habéis rehusado tratar honradamente con Dios, os ruego que penséis en vuestra deficiencia, y si es posible que hagáis restitución. Si esto no puede hacerse, orad con humildad y contrición que Dios, por amor a Cristo, perdone vuestra gran deuda. Comenzad ahora a actuar como cristianos. No presentéis excusas por haber dejado de dar al Señor lo que le pertenece. Ahora, mientras aún se escucha la dulce voz de la misericordia, mientras aún no es demasiado tarde para corregir los errores, mientras se dice hoy, si oís su voz no endurezcáis vuestros corazones.—*RH Supplement*, 1^o de diciembre, 1896.

21. EL EMPLEO DEL DIEZMO

Dios ha dado instrucciones especiales concernientes al empleo del diezmo. No es su propósito que su obra se vea estorbada por falta de recursos. El ha explicado claramente nuestro deber en lo que concierne a estos puntos, a fin de que no se realice un trabajo casual y para que no se cometan errores. La porción que Dios se ha reservado no debe usarse para ningún otro propósito fuera del que él ha especificado. Que nadie se sienta libre para retener sus diezmos con el fin de usarlos según su propio juicio. No debe emplearse en caso de emergencia, ni como parezca conveniente, aun en cosas que conciernan a la obra de Dios.

El ministro, por precepto y ejemplo, debe enseñar a la gente a considerar el diezmo como algo sagrado. Este no debe pensar que puede retenerlo y usarlo según su criterio personal, porque es un ministro. No le pertenece. No está en libertad de dedicarlo para sí mismo sea lo que fuere que piense que se le debe. No debe respaldar con su influencia ningún plan para apartar de su uso legítimo los diezmos y las ofrendas de Dios. Estos deben colocarse en su tesorería y considerarse sagrados para su servicio tal como él lo ha designado.

Dios desea que todos sus mayordomos sigan con exactitud las disposiciones divinas. No deben contradecir los planes del Señor llevando a cabo alguna obra de caridad, o dando algún regalo u ofrenda, cuando o como ellos, los instrumentos humanos, consideren conveniente. Los hombres practican un procedimiento muy pobre cuando procuran mejorar el plan de Dios, e inventar un sustituto, haciendo prevalecer sus buenos impulsos en esta o aquella ocasión y oponiéndolos contra los requerimientos de Dios. Dios pide que todos respalden con su influencia sus propias disposiciones. El ha dado a conocer su plan, y todos los que deseen colaborar con él deben llevarlo a cabo en vez de atreverse a intentar un mejoramiento de él.

El Señor instruyó a Moisés en beneficio de Israel: “Y mandarás a los hijos de Israel que te traigan aceite puro de olivas machaca-

das, para el alumbrado, para hacer arder continuamente las lámparas” (Exo. 27: 20). Esta debía ser una ofrenda continua para que la casa de Dios estuviera debidamente provista con lo que era necesario para su servicio. Su pueblo debe recordar hoy que la casa de culto es propiedad del Señor, y que por lo tanto debe conservársela escrupulosamente. Pero los fondos para esta obra no deben proceder del diezmo. Me ha sido dado un mensaje claro y bien definido para nuestro pueblo. Se me ha pedido que les comunique que están cometiendo un error al dedicar el diezmo a diferentes propósitos que, aunque son buenos en sí mismos, no son los objetivos para los cuales el Señor ha establecido el diezmo. Los que hacen este uso del diezmo se están apartando de las disposiciones del Señor. Dios los juzgará por esto.

Hay que sostener otros ramos de la obra, pero no con el diezmo

Algunos piensan que el diezmo puede aplicarse a las escuelas. Otros suponen que los colportores deberían ser sostenidos con el diezmo. Pero se comete un grave error cuando el diezmo se aparta del objetivo para el que ha sido destinado: el Sostén de los ministros...

El diezmo es del Señor, y los que interfieren con él serán castigados con la pérdida de su riqueza eterna a menos que se arrepientan. Que la obra no siga siendo limitada debido a que el diezmo se ha apartado hacia diversos conductos que no tienen nada que ver con el fin al que Dios lo destinó. Se ha hecho provisión para estos otros ramos de la obra. Deben ser sostenidos, pero no con el diezmo. Dios no ha cambiado; el diezmo todavía ha de usarse para el sostén del ministerio.—9 T 247-250.

Incluye a los profesores de Biblia

Nuestras asociaciones dirigen su mirada a nuestras escuelas en busca de obreros educados y bien preparados, por lo que debieran prestar a las escuelas el auxilio más generoso e inteligente. Ha sido

dada clara luz en cuanto a que aquellos que ministran en nuestras escuelas enseñando la Palabra de Dios, explicando las Escrituras, educando a los alumnos en las cosas de Dios, deben ser sostenidos con el diezmo. Hace mucho que fue dada esta instrucción y recientemente ha sido repetida vez tras vez.—*JT 2, 473, 474.*

No es un fondo para pobres

El diezmo ha sido puesto aparte con un propósito especial. No debe considerarse como un fondo para pobres. Debe dedicarse especialmente al sostén de los que predicán el mensaje de Dios al mundo; y no hay que desviarlo de este propósito.—*RH Supplement*, 1^{ro} de diciembre, 1896.

No es para gastos de iglesia

Se me mostró que es un error emplear el diezmo para satisfacer los gastos ocasionales de la iglesia. En esto ha habido un alejamiento de los métodos correctos. Sería mucho mejor vestirse con más sencillez, eliminar la complacencia, y practicar la abnegación a fin de satisfacer esas necesidades. Al hacerlo así tendréis una buena conciencia. Pero estáis robando a Dios cada vez que ponéis vuestras manos en la tesorería y extraéis fondos para satisfacer los gastos corrientes de la iglesia.—*Special Testimony to Battle Creek Church*, pp. 6, 7 [agosto, 1896].

22. EDUCACIÓN IMPARTIDA POR LOS MINISTROS Y DIRIGENTES DE LA IGLESIA

Sobre quienes se dedican al ministerio pesa una gran responsabilidad que es extrañamente descuidada. A algunos les agrada predicar, pero no realizan obra personal en las iglesias. Hay una gran necesidad de instrucción concerniente a las obligaciones y los deberes hacia Dios, especialmente con respecto a pagar honradamente el diezmo. Nuestros ministros se sentirían muy apesadumbrados si no se les pagara prontamente por su trabajo; ¿pero considerarán ellos que debe haber sustento en la tesorería de Dios para mantener a los obreros? Si dejan de cumplir con todo su deber en lo que atañe a la educación del pueblo para que éste sea fiel en el pago de lo que pertenece a Dios, habrá escasez de recursos en la tesorería para promover la obra de Dios.

El veedor de la grey de Dios debería cumplir fielmente su deber. Si por la sola razón de que una cosa no le agrada decide dejarla para que otro la haga, no está siendo un obrero fiel. Debe leer en Malaquías las palabras del Señor con las que acusa al pueblo de robar a Dios al retener los diezmos. El Dios poderoso declara: “Malditos sois con maldición” (Mal. 3: 9). Cuando el que ministra en palabra y doctrina ve que el pueblo adopta una conducta que acarreará esta maldición sobre él, ¿cómo puede descuidar su deber de instruirlo y amonestarle? Cada miembro de iglesia debería ser enseñado a ser fiel en el pago honrado del diezmo.—9 T 250, 251.

Instrucción a los nuevos conversos

Un obrero no debe nunca dejar sin hacer alguna parte del trabajo porque no es agradable ejecutarla, pensando que el predicador que vendrá después la hará en su lugar. Cuando tal es el caso, si el segundo predicador sigue al primero y presenta los derechos que

Dios tiene sobre su pueblo, algunos retroceden, diciendo: “El predicador que nos anunció la verdad no mencionó estas cosas”, y se ofenden a causa de la palabra. Algunos se niegan a aceptar el sistema del diezmo; se apartan y ya no andan más con los que creen y aman la verdad. Cuando se les presentan otros temas, contestan “No nos enseñaron así”, y vacilan en progresar. ¡Cuánto mejor habría sido que el primer mensajero de la verdad educase fiel y cabalmente a estos conversos en todos los puntos esenciales, aunque fuese menor el número de personas añadidas a la iglesia por medio de sus labores! Dios preferiría que hubiese seis personas cabalmente convertidas a la verdad antes que sesenta que lo profesasen y no fuesen verdaderamente convertidas.

Es parte de la obra del predicador enseñar a los que aceptan la verdad por sus esfuerzos a traer el diezmo al alfolí, en reconocimiento de su dependencia de Dios. Los nuevos conversos deben ser plenamente instruidos acerca de su deber en cuanto a devolver al Señor lo que le pertenece. La orden de pagar el diezmo es tan clara que no hay ni sombra de excusa para violarla. El que descuida de dar instrucciones acerca de este punto, deja sin hacer una parte muy importante de su obra.

Los ministros deben también hacer sentir a la gente la importancia de llevar otras cargas en relación con la obra de Dios. Nadie está eximido de la obra de benevolencia. Debe enseñarse a la gente que cada departamento de la causa de Dios debe recibir su apoyo y atraer su interés. El gran campo misionero está abierto delante de nosotros, y este tema debe ser agitado, vez tras vez. Debe hacerse comprender a la gente que no son los oidores, sino los hacedores de la palabra, quienes obtendrán la vida eterna. Y se le ha de enseñar también que los que lleguen a ser participantes de la gracia de Cristo no sólo han de dar de su sustancia para el progreso de la verdad, sino que han de darse a sí mismos a Dios sin reserva.—OE 382-384.

El deber del pastor

Que la iglesia designe a pastores o ancianos que se hayan consagrado al Señor Jesús, y que esos hombres comprendan que se elige a dirigentes que se desempeñarán fielmente en la obra de reunir el diezmo. Si los pastores demuestran que no están capacitados para ese cargo, si dejan de destacar ante la iglesia la importancia de devolver a Dios lo que le pertenece, si no se preocupan de que los dirigentes de iglesia que dependen de ellos sean fieles, y de que el diezmo sea llevado a la tesorería, están en peligro. Están descuidando un asunto que implica una bendición o una maldición para la iglesia. Deberían ser relevados de su responsabilidad y habría que poner a prueba a otros hombres.

Los mensajeros del Señor deberían preocuparse de que los miembros de las iglesias cumplan fielmente sus requerimientos. Dios dice que debería haber alimento en su casa, y si el dinero de la tesorería es usado indebidamente, si se considera correcto que las personas usen el diezmo en la forma como les plazca, el Señor no puede bendecir. No puede sostener a los que piensan que pueden hacer lo que quieran con lo que pertenece a él.—*RH Supplement*, 1^o de diciembre, 1896.

La responsabilidad de los dirigentes de la iglesia

Los ancianos y dirigentes de la iglesia tienen el deber de instruir a la gente acerca de este asunto tan importante, y deben poner orden en las cosas. Como obreros juntamente con Dios, los dirigentes de la iglesia deben actuar con firmeza en lo que concierne a este asunto claramente revelado. Los pastores mismos deben ser estrictos en cumplir la letra de las órdenes de la Palabra de Dios. Los que ocupan cargos de responsabilidad en la iglesia no deben ser negligentes, sino que deben preocuparse de que los miembros sean fieles en el cumplimiento de su deber... Que los ancianos y los dirigentes de la iglesia sigan las instrucciones de la Palabra Sagrada, e insten a sus miembros acerca de la necesidad de ser fieles en el pago de las promesas, los diezmos y las ofrendas.—*RH*, 17 de diciembre, 1889.

Enséñese a los pobres a ser liberales

Con frecuencia, los que reciben la verdad se hallan entre los pobres en bienes terrenos; pero no deben hacer de ello una excusa para descuidar aquellos deberes que les incumben en reconocimiento de la preciosa luz que han recibido. No deben dejar que la pobreza les impida allegarse tesoros en los cielos. Las bendiciones que están al alcance de los ricos lo están también al de los pobres. Si son fieles en emplear lo poco que poseen, su tesoro en los cielos aumentará de acuerdo con su fidelidad. Es el motivo, no la cantidad, lo que hace valiosas sus ofrendas a la vista del cielo.—OE 234.

PARA UN ESTUDIO ADICIONAL

- Los diezmos y las ofrendas en Israel, *PP* 564-568.
- El diezmo existía antes del tiempo de Moisés, *JT* 1, 372.
- Es tan duradero como la ley de Dios, *JT* 1, 385.
- Tal como el sábado el diezmo es sagrado, *JT* 1, 375.
- Un arreglo preciso hecho por Jesucristo mismo, *JT* 3, 35.
- No ha sido abrogado ni reducido *JT* 1, 371.
- A cargo de la conciencia y generosidad de los hombres, *JT* 1, 373.
- Un reconocimiento de su derecho por la creación y la redención, *JT* 3, 77-80.
- Dios pone su mano sobre nuestras posesiones: “Conságrame tus diezmos”, 9 T 245.
- Un asunto de sencilla honradez, *Ed.* 133, 134.
- Dios aborrece el espíritu de codicia, *HA* 272, 273.
- La liberalidad no es una gracia natural sino cultivada, 5 T 271, 272.
- El mensaje de Malaquías, *JT* 3, 35-42.
- Nadie debe robar a Dios siguiendo las inclinaciones del corazón egoísta, 5 T 481.
- Al usar el diezmo para pagar deudas seculares, el hombre se hace doblemente deudor, *JT* 3, 41; 1 T 220.
- Cuando estamos en armonía con Dios no preferiremos a nadie antes que él, 6 T 103, 104.
- Se estorba el mensaje cuando se detienen los diezmos, 9 T 52.
- El resultado de pagar fielmente los diezmos, *JT* 1, 368; *JT* 3, 36; *JT* 1, 552-554; *HA* 272.
- Abundancia de recursos para llevar a cabo la obra de Dios, *JT* 2, 41.
- Una prueba para ver si somos dignos de la vida eterna, *JT* 1, 390.
- Adversidad a causa de la retención egoísta, 1 T 221; *JT* 1, 564; 4 T 484, 620; 2 T 661, 662; 5 T 151, 152.
- No hay excusa para la ignorancia o el descuido, *JT* 3, 37, 38; *TM* 310-312.
- Considerado como robo en los libros del cielo, *JT* 1, 373, 374.
- Cuando se paga el diezmo, lo que queda es bendecido, *JT* 1, 556.
- Las nueve décimas valen más que las diez décimas, *JT* 1, 385.
- Promesa de prosperidad a los fieles, 5 T 267, 268.
- Reclamando la promesa de Malaquías, *TM* 313.
- Traed con confesión los diezmos retenidos, 9 T 51, 52.
- Pedid que los diezmos sean llevados a la tesorería antes de fin de año, *TM* 310-313.
- Se pide arrepentimiento y restitución, *JT* 1, 374.
- El diezmo es exclusivamente para el ministerio, 9 T 249, 250; *OE* 238.

Consejos sobre mayordomía cristiana

- Los profesores de Biblia deben ser pagados con el diezmo, *JT* 2, 415.
- Los presidentes de asociaciones y ministros tienen el deber de educar, *5 T* 374, 375; *9 T* 250, *TM* 310-313.
- Enseñad por precepto y ejemplo, *9 T* 246.
- Los que dejan de enseñar no son considerados sin culpa, *3 T* 269, 270; *TM* 312.
- Hay que enseñar la liberalidad sistemática a los pobres, *OE* 234, 235.
- En caso de duda es preferible exceder las exigencias del deber más bien que sustraer de ellas, *JT* 1, 564.

SECCIÓN IV

*A cada hombre
según sus aptitudes*

A cada hombre según sus aptitudes

- 23. Los principios de la mayordomía 109
- 24. Nuestros talentos 113
- 25. Responsabilidades del que tiene un talento 116
- 26. Robando a Dios el servicio legítimo 121
- 27. Frente al día del juicio 124
 - Para un estudio adicional 127

23. LOS PRINCIPIOS DE LA MAYORDOMÍA

¿Estamos escudriñando individualmente y con oración la Palabra de Dios, para no alejarnos de sus preceptos y requerimientos? El Señor no se complacerá si retenemos cualquier suma, sea ésta pequeña o grande, que debiéramos devolverle. Si deseamos gastar dinero para complacer nuestras propias inclinaciones, pensemos en el bien que podríamos hacer con ese dinero. Apartemos para el Maestro sumas pequeñas y grandes, para que la obra sea edificada en nuevos lugares. Si gastamos egoístamente el dinero que tanto se necesita, el Señor no nos bendecirá, no podrá bendecirnos con su aprobación.

Como mayordomos de las mercedes de Dios estamos manejando el dinero del Señor. Significa mucho, muchísimo, para nosotros ser fortalecidos cada día por su abundante gracia, ser capacitados para comprender su voluntad, para ser hallados fieles en lo poco tanto como en lo mucho. Cuando ésta sea nuestra experiencia, el servicio de Cristo será una realidad para nosotros. Dios nos exige esto y debemos manifestar, ante los ángeles y los hombres, nuestra gratitud por lo que él ha hecho por nosotros. Deberíamos reflejar la benevolencia de Dios en términos de alabanza y obras de misericordia...

¿Comprenden todos los miembros de la iglesia que todo lo que poseen ha sido dado para que lo usen y aumenten para gloria de Dios? Dios mantiene un registro fiel de cada ser humano en nuestro mundo. Y cuando llega el día del ajuste de cuentas, el mayordomo fiel no se atribuye ningún crédito a sí mismo. No dice: “Mi talento”; sino: “Tu talento ha ganado” otros talentos. El sabe que sin el capital que le fue confiado no habría podido conseguir ningún aumento. Piensa que al haber cumplido fielmente su responsabilidad como mayordomo no ha hecho más que cumplir con su deber. El capital era del Señor, y mediante su poder pudo negociar

con él con éxito. Tan sólo el nombre del Señor debe ser glorificado. Sin el capital confiado, él sabe que habría estado en bancarrota para la eternidad.

La aprobación del Señor la recibe casi como una sorpresa, porque no la espera. Pero Cristo le dice: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (S. Mat. 25: 21).—*RH*, 12 de septiembre, 1899.

Cómo prueba Dios a sus mayordomos

¡Cuánta propensión tiene el hombre a colocar sus afectos en las cosas terrenales! Su atención se concentra en sus casas y terrenos, y en esta forma descuida su deber hacia sus semejantes; su propia salvación es tratada como un asunto de poca importancia, y olvida los derechos que Dios tiene sobre él. Los hombres se aferran a las riquezas terrenales tan tenazmente como si pudieran conservarlas para siempre. Al parecer piensan que pueden utilizar sus recursos financieros en la forma como les plazca, independientemente de lo que el Señor ha ordenado y de las necesidades de su prójimo.

Se olvidan que todo lo que reclaman como suyo tan sólo les ha sido confiado. Son mayordomos de la gracia de Dios. Dios les ha encomendado ese capital para probarlos, para que manifiesten su actitud hacia su causa y demuestren cuáles son sus pensamientos íntimos hacia él. No sólo están negociando para este tiempo, sino también para la eternidad, con el dinero de su Señor, y el uso o el abuso de su talento determinará su posición y cargo en el mundo venidero.—*RH*, 14 de febrero, 1888.

Un asunto práctico

La idea de que son administradores debe tener una influencia práctica sobre todos los hijos de Dios... La benevolencia práctica dará vida espiritual a millares de los que nominalmente profesan la verdad, pero que actualmente lamentan las tinieblas que los circundan. Los transformará de egoístas y codiciosos adoradores de

Mamón, en fervientes y fieles colaboradores de Cristo en la salvación de los pecadores.—*JT* 1, 366.

En el lugar de su Señor

Un mayordomo se identifica con su Señor. Acepta las responsabilidades del mayordomo y debe obrar en el lugar de su Señor haciendo lo que éste haría si estuviera presente. Los intereses de su Señor se convierten en los suyos. La posición de mayordomo implica dignidad, porque su Señor confía en él. Si obra con egoísmo en algún sentido, y se aprovecha de los beneficios obtenidos al negociar con los bienes de su Señor, ha falseado la confianza depositada en él.—*9 T* 246.

El empleo egoísta de las riquezas demuestra que una persona es infiel a Dios, e incapacita al mayordomo de los bienes para el cargo más elevado del cielo.—*6 T* 391.

24. NUESTROS TALENTOS

La parábola de los talentos, debidamente comprendida, eliminará nuestra codicia, a la que Dios llama idolatría.—3 T 387.

Dios ha confiado a los hombres talentos: un intelecto donde se originan las ideas, un corazón para que sea el asiento de su trono, los afectos para que fluyan como bendiciones para otros, una conciencia para que convenza de pecado. Cada uno ha recibido algo del Maestro, y cada uno debe hacer su parte para satisfacer las necesidades de la obra de Dios.

Dios desea que sus obreros lo consideren como el Dador de todo lo que poseen, que recuerden que todo lo que tienen y todo lo que son procede de él, cuyos consejos son admirables y cuyas obras son excelentes. El delicado toque de la mano del médico, su poder sobre los nervios y los músculos, su conocimiento del delicado organismo del cuerpo, constituyen la sabiduría del poder divino que debe emplearse en beneficio de la humanidad doliente. La habilidad con que el carpintero usa el martillo y la fuerza con que el herrero hace resonar el yunque proceden de Dios. El ha dado a los hombres habilidades, y desea que éstos acudan a él en busca de consejos. Así podrán emplear sus dones con una eficacia infalible, y podrán testificar de que son obreros juntamente con Dios.

La prosperidad es un talento. El Señor ha enviado este mensaje a su pueblo: “Vended lo que poseéis, y dad limosna” (S. Luc. 12: 33). Todo lo que poseemos pertenece al Señor, sin ninguna duda. El nos invita a despertarnos, a compartir las cargas de su causa para que su obra tenga prosperidad. Cada cristiano debe llevar a cabo su parte como un mayordomo fiel. Los métodos de Dios son razonables y justos, y debemos negociar con nuestros centavos y pesos para entregarle nuestras ofrendas voluntarias a fin de sostener su obra, para llevar almas a Cristo. Sumas cuantiosas y pequeñas deben afluir a la tesorería del Señor..

El habla es un talento. De todos los dones impartidos a la humanidad ninguno debería apreciarse tanto como el don del habla.

Nuestros talentos

Debe utilizarse para proclamar la sabiduría y el maravilloso amor de Dios. Así es como han de comunicarse las riquezas de su gracia y sabiduría.

El Salvador que mora en lo interior es manifestado por las palabras. Pero el Espíritu Santo no mora en el corazón del que se fastidia cuando otros no están de acuerdo con sus ideas y sus planes. De los labios de tal persona proceden severas observaciones que hacen que el Espíritu se retire afligido y desarrollan rasgos con características satánicas antes que divinas. El Señor desea que los que se relacionan con su obra anden en todo tiempo con la humildad de Cristo. No os impacientéis cuando sois provocados. Manifestad la delicadeza de la que Cristo nos ha dejado un ejemplo en su vida...

La fuerza es un talento, y debe emplearse para glorificar a Dios. Nuestros cuerpos le pertenecen. El pagó el precio de la redención por el cuerpo tanto como por el alma... Podemos servir a Dios mejor con el vigor de la salud que con la decrepitud de la enfermedad; por lo tanto debemos colaborar con Dios en el cuidado de nuestros cuerpos. El amor a Dios es esencial para la vida y la salud. La fe en Dios es indispensable para la salud. A fin de poseer una salud perfecta, nuestros corazones deben estar llenos de amor, esperanza y gozo en el Señor...

La influencia es un talento que constituye un poder para el bien cuando el fuego sagrado encendido por Dios es llevado a nuestro servicio. La influencia de una vida santa se siente en el hogar y fuera de él. La benevolencia práctica, la abnegación y el sacrificio, cuando caracterizan la vida de un hombre, poseen una influencia para el bien sobre las personas con quienes éste se relaciona...

SEGÚN LA HABILIDAD DEL QUE RECIBE

El plan de Dios contempla una diversidad en la distribución de talentos. Un hombre recibe un talento, otro cinco y un tercero diez. Esos talentos no son distribuidos en forma caprichosa sino de acuerdo con la habilidad del recipiente.

Las utilidades que se exigirán estarán de acuerdo con los talentos otorgados. La obligación más pesada descansa sobre quien ha sido hecho mayordomo de grandes habilidades. Una persona que posee diez libras esterlinas es responsabilizada por todo lo que podría hacer con esas diez libras si las usara correctamente. El hombre que tiene sólo diez peniques es responsable tan sólo por esa cantidad...

La fidelidad con que se ha usado la cantidad recibida es lo que gana la aprobación del Señor. Si queremos ser reconocidos como siervos buenos y fieles, debemos llevar a cabo una obra cabal y consagrada en favor del Maestro. El recompensará el servicio diligente y honrado. Si los hombres confían en él y reconocen su compasión y benevolencia y si andan humildemente delante de él, él colaborará con ellos. Multiplicará sus talentos.

“NEGOCIAD ENTRE TANTO QUE VENGO”

Dios, en su ausencia, nos ha encargado de sus bienes. Cada mayordomo tiene su propia obra específica que debe hacer para promover el reino de Dios. A nadie se excusa. El Señor nos pide a todos: “Negociad entre tanto que vengo” (S. Luc. 19: 13). De su propia sabiduría nos ha dado instrucciones para el empleo de sus dones. Los talentos del habla, la memoria, la influencia, las propiedades, deben amontonarse para la gloria de Dios y la promoción de su reino. El bendecirá el uso debido de esos dones.

Pretendemos ser cristianos que esperan la segunda venida de nuestro Señor en las nubes del cielo. ¿Qué haremos entonces con nuestro tiempo, nuestra comprensión y nuestras posesiones, los que no nos pertenecen, sino que nos han sido confiados para probar nuestra honradez? Llevémoslos a Jesús. Utilicemos nuestras riquezas para el adelantamiento de su causa. En esa forma obedeceremos esta orden: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haced tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde

ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (S. Mat. 6: 19-21).—RH, 9 de abril, 1901.

A cada uno su obra

Algunos creen que los talentos han sido dados tan sólo a cierta clase favorecida, con exclusión de muchos, quienes por supuesto no son invitados a participar de los trabajos ni de las recompensas. Pero la parábola no enseña las cosas en esa forma. Cuando el Señor de la casa llamó a sus siervos, a cada uno dio su obra. Toda la familia de Dios está incluida en la responsabilidad de utilizar los bienes de su Señor...

En un grado mayor o menor, todos están encargados de los talentos de su Señor. Las aptitudes espirituales, mentales y físicas, la influencia, la posición social, las posesiones, los afectos, la simpatía, todos son talentos preciosos que deben emplearse en bien de la causa del Maestro para la salvación de las almas por quienes Cristo murió.—RH, 26 de octubre, 1911.

Por qué se conceden habilidades

El pueblo de Dios debería comprender que Dios no les ha dado habilidades para que se enriquezcan con bienes terrenales, sino con el fin de que coloquen un buen fundamento para el tiempo que está por venir, a saber, la vida eterna.—RH, 8 de enero, 1895.

25. RESPONSABILIDADES DEL QUE TIENE UN TALENTO

Algunos que han recibido un solo talento, se excusan porque no tienen tantas habilidades como quienes han recibido muchos talentos. Ellos, lo mismo que el siervo infiel, ocultan en la tierra su único talento. Temen devolver a Dios lo que les ha confiado. Inician empresas mundanas, pero invierten poco, si es que invierten algo, en la causa de Dios. Esperan que los que poseen muchos talentos soporten la carga de la obra, mientras ellos sienten que no son responsables por su éxito y adelantamiento...

Muchos que profesan amar la verdad están haciendo esto mismo. Están engañando sus propias almas, porque Satanás ha enceguecido sus ojos. Al robar a Dios, se han robado a sí mismos. Se han privado de los tesoros celestiales a causa de su codicia y debido a sus malos pensamientos de incredulidad.

Debido a que tienen un solo talento, temen confiarlo a Dios, de modo que lo ocultan en la tierra, y así se sienten aliviados de toda responsabilidad. Se complacen al ver progresar la verdad, pero no piensan que se espera de ellos que practiquen la abnegación y que ayuden en la obra por medio de sus esfuerzos individuales y con sus recursos económicos, aunque no posean una gran cantidad...

TODOS RECIBEN TALENTOS

Todos, encumbrados y humildes, ricos y pobres, han sido dotados con talentos por su Maestro; algunos con más, y otros con menos, de acuerdo con sus diversas aptitudes. La bendición de Dios descansará sobre los obreros fervientes, amantes y diligentes. Su inversión será exitosa y conseguirán almas para el reino de Dios, y para ellos mismos un tesoro inmortal. Todos poseen facultades morales y han recibido del cielo los beneficios. La cantidad de talentos es proporcional a las habilidades poseídas por cada uno.

Responsabilidades del que tiene un talento

Dios a todos asigna su obra, y espera que le devuelvan de acuerdo a las diversas capacidades a cada uno confiadas. No espera el producto de diez talentos del hombre a quien ha dado uno solo. No espera que una persona pobre dé donativos como un rico. No espera del débil y enfermo la actividad y fuerza del que está sano. El talento único utilizado en la mejor forma posible Dios lo aceptará “según lo que uno tiene, no según lo que no tiene” (2 Cor. 8: 12).

Dios nos llama siervos, lo cual implica que somos empleados por él para realizar cierta obra y para llevar responsabilidades. Nos ha prestado un capital para que lo invirtamos. Este no es de nuestra propiedad; y desagradamos a Dios si amontonamos los bienes del Señor o si los gastamos a nuestro capricho. Somos responsables por el uso o el abuso de lo que Dios nos ha prestado. Si este capital que el Señor ha colocado en nuestras manos permanece dormido, o si lo enterramos, aunque sea un solo talento, el Maestro nos pedirá cuenta de ello. El requiere, no lo nuestro, sino lo suyo propio con intereses.

Cada talento que vuelve al Señor será analizado cuidadosamente. Las acciones y los cargos de los siervos de Dios no serán considerados como asuntos de poca importancia. Se tratará personalmente con cada uno, y se le pedirá que rinda cuenta de los talentos que le fueron confiados, sea que los haya aprovechado o que haya abusado de ellos. La recompensa dada estará en proporción con los talentos aprovechados. El castigo impartido estará de acuerdo con los talentos mal utilizados.—RH, 23 de febrero, 1886.

Se deben usar los talentos recibidos

Nadie debería quejarse porque no tiene talentos mayores. Cuando los hombres utilicen para la gloria de Dios los talentos que él les ha dado, entonces mejorarán. No es el momento ahora para quejarnos de nuestra posición en la vida, y excusarnos por nuestro descuido de aprovechar nuestras habilidades debido a que no tenemos otras aptitudes y posición, diciendo: “¡Oh, si yo tuviera el don

y la habilidad que él tiene podría invertir un capital mayor para mi Maestro!” Si tales personas utilizan el único talento en forma acertada y conveniente, eso es todo lo que el Maestro requiere de ellas...

Espero que en cada iglesia se realicen esfuerzos para estimular a los que no están haciendo nada. Ojalá que Dios haga que estas personas comprendan que él requerirá de ellas el único talento con lo que éste habría podido producir; y si descuidan de ganar otros talentos junto al que tienen, experimentarán la pérdida de ese talento y también de sus propias almas. Esperamos ver un cambio en nuestras iglesias. El Señor se está preparando para regresar, para pedir cuentas a sus siervos por sus talentos que les ha confiado. ¡Que Dios tenga misericordia ese día de los que no hacen nada! Los que escuchan estas palabras de aprobación: “Bien hecho, buen siervo fiel”, habrán obrado correctamente en el aprovechamiento de sus habilidades y recursos financieros para la gloria de Dios.—RH, 14 de marzo, 1878.

Los talentos descuidados

Algunos están dispuestos a dar de acuerdo con lo que tienen, y piensan que Dios no tiene más derecho sobre ellos porque no tienen grandes recursos. No tienen entradas de las cuales puedan ahorrar después de gastar en lo necesario para su familia. Pero muchos de ellos pueden preguntarse: ¿Estoy dando de acuerdo a lo que podría haber tenido? Dios quiso que pusiesen a contribución las facultades de su cuerpo y mente. Algunos no han perfeccionado hasta lo sumo la habilidad que Dios les ha dado. El trabajo ha sido asignado al hombre. Se lo relacionó con la maldición, porque así lo hizo necesario el pecado. El bienestar físico, mental y moral del hombre hace necesaria una vida de trabajo útil. Que no seamos “perezosos en los quehaceres” (Rom. 12: 11, VM), es la recomendación del inspirado apóstol Pablo.

Nadie, sea rico o pobre, puede glorificar a Dios por una vida de indolencia. Todo el capital que tienen muchos pobres está consti-

tuido por su tiempo y su fuerza física, y con frecuencia los malgastan por amor a la comodidad y a la indolencia negligente, de manera que no tienen nada que llevarle a su Señor en diezmos y ofrendas. Si los cristianos carecen de sabiduría para hacer que su trabajo rinda la mayor utilidad y para hacer una aplicación juiciosa de sus facultades físicas y mentales, deben tener mansedumbre y humildad para recibir el consejo de sus hermanos, a fin de que el mejor juicio de ellos supla sus deficiencias. Muchos pobres que están ahora conformes con no hacer nada para beneficiar a sus semejantes y para adelantar la obra de Dios, podrían hacer mucho si quisieran. Ellos son responsables delante de Dios por su capital de fuerza física, tanto como el rico lo es por su capital de dinero.—*JT* 1, 380, 381.

Responsabilidad por la fuerza física

Vi que los que no tienen propiedades, pero poseen fuerza física, son responsables delante de Dios por su fuerza. Deberían ser diligentes en los negocios y tener un espíritu ferviente; no deberían dejar que los que tienen recursos realicen todo el sacrificio. Vi que ellos también pueden sacrificarse, y que es su deber hacerlo así, lo mismo que los que tienen posesiones. Pero con frecuencia los que carecen de bienes no comprenden que pueden negarse a sí mismos en muchas formas, que pueden gastar menos en sus cuerpos, y para complacer sus gustos y apetitos, y encontrar más a fin de ahorrar para la causa, y en esta forma hacerse tesoros en el cielo.—*1 T* 115.

Los que poseen fuerza física deben emplearla en el servicio de Dios. Deben trabajar con sus manos y ganar dinero para utilizarlo en la causa de Dios. Los que pueden trabajar deben hacerlo fielmente, y aprovechar las oportunidades de ayudar a los que no pueden conseguir trabajo.—*RH*, 21 de agosto, 1894.

No hay que estimular la indolencia

La Palabra de Dios enseña que si un hombre no quiere trabajar, tampoco debe comer. El Señor no requiere que el trabajador activo

Consejos sobre mayordomía cristiana

sostenga al que no es diligente. La pérdida de tiempo y la falta de esfuerzo es lo que produce pobreza y necesidad. Si estas faltas no son vistas ni corregidas por quienes se complacen en ellas, todo lo que pueda hacerse en su beneficio será lo mismo que colocar dinero en un canasto con agujeros. Pero hay una pobreza que es inevitable, y debemos manifestar ternura y compasión hacia los desafortunados.—*RH*, 3 de enero, 1899.

26. ROBANDO A DIOS EL SERVICIO LEGITIMO

En las filas de los observadores del sábado hay hombres que se aferran a su tesoro terrenal. Este es su dios, su ídolo; y aman su dinero, sus granjas, su ganado y sus mercaderías más que a su Salvador, quien por amor a ellos se empobreció para que ellos, mediante su pobreza, llegasen a ser ricos. Exaltan sus tesoros terrenales y los consideran de mayor valor que las almas de los hombres. ¿Recibirán ellos estas palabras de aprobación: “Bien hecho”? No; nunca. Escucharán llenos de asombro esta sentencia irrevocable: “Apartaos”. Cristo no tiene lugar para ellos. Han sido siervos perezosos que han amontonado los recursos económicos que Dios les ha dado, mientras sus semejantes perecían en las tinieblas y el error.

Mi alma se conmueve íntimamente en lo que atañe a este asunto. ¿Dormirán los hombres que tienen recursos financieros hasta que sea demasiado tarde? Finalmente Dios los rechazará a ellos y a sus riquezas, diciéndoles: “¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros” (Sant. 5: 1-3). Qué revelación se hará el día de Dios, cuando los tesoros amontonados, y los sueldos retenidos fraudulentamente, clamen contra sus poseedores, quienes eran cristianos supuestamente buenos, y se halagaban a sí mismos con la idea de que estaban guardando la ley de Dios, cuando amaban más las ganancias que lo que se había comprado con la sangre de Cristo, las almas de los hombres.

Ahora es el tiempo cuando todos deben trabajar... ¿Qué contestarán muchos en el día del Señor, cuando él pregunte: ¿Qué habéis hecho por mí, que he dado mi riqueza, mi honor, mi posición y mi vida para salvaros de la ruina? Los que no han hecho nada quedarán sin habla en ese día. Verán el pecado de su descuido. Han robado a Dios el servicio de toda una vida. No han influido en nadie

para bien. No han llevado ni un alma a Jesús. Se sentían conformes con no hacer nada por el Maestro; y finalmente no reciben recompensa alguna, sino pérdida eterna. Perecen con los malvados, aunque profesaban ser seguidores de Cristo.—RH, 14 de marzo, 1878.

El gran pecado de los cristianos profesos

Cada hombre, cualquiera sea su oficio o profesión, debería hacer de la causa de Dios su primer interés; no sólo debería ejercitar sus talentos para promover la obra del Señor, sino también debería cultivar sus habilidades para alcanzar este fin. Muchos dedican meses y años a la adquisición de un oficio o profesión a fin de llegar a ser obreros de éxito en el mundo; y sin embargo no realizan ningún esfuerzo especial para cultivar los talentos que podrían convertirlos en trabajadores de éxito en la viña del Señor. Han pervertido sus capacidades y han empleado mal sus talentos. Han manifestado menosprecio por su Maestro. Este es el gran pecado del pueblo profeso de Dios. Se sirven a sí mismos y sirven al mundo. Puede ser que tengan la fama de ser financistas astutos y exitosos; pero descuidan de acrecentar por el uso los talentos que Dios les ha dado para su servicio. La habilidad en el trato con el mundo se fortalece por el ejercicio, pero la habilidad espiritual se debilita por la inactividad.—RH, 1^o de enero, 1884.

El pecado del descuido

Si las personas cuyos talentos se están herrumbrando a causa de la inacción buscaran la ayuda del Espíritu de Dios y salieran a trabajar, veríamos realizarse mucho más. Urgentes pedidos de socorro conmovieran los corazones, y se daría esta respuesta: “Haremos todo lo que podamos en nuestra debilidad e ignorancia, y nos volveremos hacia el gran Maestro en busca de sabiduría”. ¿Puede ocurrir que en medio de todas estas puertas abiertas a las oportunidades, estos patéticos pedidos de ayuda, hombres y mujeres todavía permanezcan sentados con los brazos cruzados, o que empleen sus

manos únicamente en un trabajo egoísta con propósitos terrenos?

Jesús dijo a sus discípulos: “Vosotros sois la luz del mundo” (S. Mat. 5: 14). Pero cuán pocos tienen conciencia de su propio poder e influencia; cuán pocos comprenden lo que podrían hacer a fin de ayudar y bendecir a los demás. Envuelven su talento en un lienzo y lo entierran, y se halagan a sí mismos diciéndose que poseen una humildad encomiable. Pero los libros del cielo testifican contra esos ociosos, como siervos perezosos y malvados que pecan atrevidamente contra Dios descuidando la obra que él les ha encomendado. No podrán alegar falta de capacidad cuando se abran los registros celestiales y se ponga de manifiesto su descuido evidente.

Cualquiera sea el talento que se nos ha confiado, se requiere que lo utilicemos para el servicio de Dios y no para servir a Mamón...

Los que ocultan sus talentos en la tierra están despreciando sus oportunidades para obtener una corona cuajada de gemas. Hasta el día cuando se hagan las grandes revelaciones del juicio final, no se sabrá cuántos hombres y mujeres han hecho esto, ni tampoco cuántas vidas se han perdido en las tinieblas porque los talentos dados por Dios han sido sepultados en los negocios en lugar de ser utilizados al servicio del Dador...

Los hombres... pueden interesarse en minas que rinden grandes beneficios en términos de plata y oro. Pueden dedicar toda una vida a conseguir tesoros terrenales; pero cuando mueren dejan todo tras ellos. No pueden llevar con ellos ni un solo peso al gran más allá. ¿Son sabios estos hombres? ¿No actúan insensatamente al permitir que las preciosas horas del tiempo de gracia pasen, sin realizar una preparación para la vida futura? Los que son sensatos se harán “tesoro en los cielos que no se agote” (S. Luc. 12: 33), y pondrán un “buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna” (1 Tim. 6: 19). Si hemos de conseguir riquezas duraderas, comencemos ahora a transferir nuestro tesoro al otro lado, y nuestros corazones estarán donde está nuestro tesoro.—RH, 7 de octubre, 1884.

27. FRENTE AL DÍA DEL JUICIO

Dios no obliga a nadie a que lo ame ni que obedezca su ley. El ha manifestado un amor inconmensurable hacia el hombre en el plan de la redención. Ha derramado los tesoros de su sabiduría y ha dado el don más precioso del cielo para que nos viésemos constreñidos a amarlo y a ponernos en armonía con su voluntad. Si rehusamos ese amor y si no queremos que él nos gobierne, estaremos preparando nuestra propia ruina, y finalmente nos veremos frente a una pérdida eterna.

Dios desea el servicio voluntario de nuestros corazones. El nos ha dotado con la facultad de razonar, con talentos de aptitudes y con medios financieros e influencia, a fin de que pongamos todo esto por obra para el bien de la humanidad, y para que manifestemos su espíritu ante el mundo. Preciosas oportunidades y privilegios son puestos a nuestro alcance, y si los descuidamos robamos a otros, defraudamos nuestras propias almas y deshonoramos a nuestro propio Salvador. En el día del juicio no quereremos encontrarnos frente a estas oportunidades desaprovechadas y a los privilegios descuidados. Nuestros intereses eternos en el futuro dependen del cumplimiento diligente del deber en este momento en lo que se refiere al aprovechamiento de los talentos que Dios nos ha dado para la salvación de las almas...

La posición y la influencia, por muy exaltadas que sean, no deberían convertirse en una excusa para hacer un mal uso de los bienes del Señor. Los favores especiales de Dios deberían estimularnos a rendirle un servicio de todo corazón y afecto, pero muchos que son bendecidos de esta manera olvidan al Dador, y se tornan descuidados, desafiantes y libertinos. Deshonoran al Dios del cielo y ejercen una influencia que destruye a las personas con quienes se asocian. No procuran aminorar los sufrimientos de los necesitados. No edifican la obra de Dios. No tratan de remediar los males de los inocentes, de interceder por la causa de la viuda y el huérfano, o de exponer un elevado modelo de carácter ante los encumbrados y los

humildes mostrando un espíritu de benevolencia y virtud. Pero por el contrario, oprimen a los jornaleros; retienen fraudulentamente la paga justa por el trabajo, engañan a los inocentes, roban a las viudas y amontonan riquezas que se corrompen con la sangre de las almas. Tendrán que comparecer ante el tribunal de Dios. Esta clase de personas no está haciendo la voluntad del Padre celestial, y escucharán la severa condenación: “Apartaos de mí, hacedores de maldad” (S. Mat. 7: 23).—RH, 14 de febrero, 1888.

Revelaciones asombrosas

¡Qué revelaciones se harán en el día del juicio! Se descubrirá que muchos que se han llamado a sí mismos cristianos no son siervos de Dios, sino siervos de sí mismos. El yo ha sido su centro; el servicio egoísta ha sido la obra de su vida. Al vivir para agradarse a sí mismos y para ganar todo lo que podían para ellos mismos, han invalidado y empequeñecido las capacidades y las facultades que Dios les encomendó. No han tratado honradamente con Dios. Sus vidas han constituido un largo sistema de robo. Estos ahora se quejan contra Dios y sus semejantes, porque no se los reconoce ni se los favorece como piensan que deberían. Pero su infidelidad será revelada en aquel día cuando el Señor juzgue los casos de todos. El volverá y discernirá “la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve” (Mal. 3: 18). En aquel día, los que piensan que Dios aceptará ofrendas mezquinas y un servicio prestado de mala gana quedarán chasqueados. Dios no colocará su aprobación sobre la obra de ningún hombre, encumbrado o humilde, rico o pobre que no haya sido hecha de todo corazón, con fidelidad y tomando en cuenta su gloria. Pero los que han pertenecido a la familia de Dios aquí abajo, que se han esforzado para honrar su nombre, han obtenido una experiencia que los hará como reyes y sacerdotes para con Dios, y ellos serán aceptados como siervos fieles. Para ellos se pronunciarán estas palabras: “Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor” (S. Mat. 25: 21).—RH, 5 de enero, 1897.

No hay que profesar sino hacer

Cuando los casos de todos pasen en revista delante de Dios, no se formulará esta pregunta: ¿Qué profesaron ellos?, sino estas otras: ¿Qué hicieron ellos? ¿Han sido ejecutores de la palabra? ¿Han vivido para sí mismos? ¿O bien se han ejercitado en obras de benevolencia y bondad, en amor, prefiriendo a los demás antes que a ellos mismos, y negándose a sí mismos a fin de poder bendecir a otros?

Si el registro muestra que tal ha sido su vida, que sus caracteres están señalados por la ternura, la abnegación y la benevolencia, recibirán la bendita seguridad y bendición de Cristo: “Bien hecho”, y “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (S. Mat. 25: 34).

Cristo ha sido afligido y herido por nuestro marcado amor propio e indiferencia ante las calamidades y las necesidades de los demás.—RH, 13 de julio, 1886.

Promesas para los mayordomos fieles

Significa mucho sembrar junto a todas las aguas. Significa impartir continuamente donativos y ofrendas. Dios proporcionará facilidades para que el mayordomo fiel de los medios que él le ha confiado sea suplido con abundancia de todas las cosas, y sea capacitado para que abunde en toda buena obra. “Como está escrito: Repartió, dio a los pobres; su justicia permanece para siempre. Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia” (2 Cor. 9: 9, 10). La semilla sembrada a manos llenas es cuidada por el Señor. El que suministra la semilla al sembrador da también a su obrero lo que lo capacita para colaborar con el Dador de la semilla.—9 T 132.

PARA UN ESTUDIO ADICIONAL

- Nuestro día de confianza, 4 T 618, 619.
- Una parábola para los cristianos de los últimos días, *JT* 1, 69, 70.
- Hay que aprovechar todos los talentos, 2 T 659.
- Todos son responsables, 1 T 324, 325.
- Los pobres con frecuencia descuidan las oportunidades de hacer el bien, 2 T 229, 230.
- El mayordomo infiel, 5 T 282, 283.
- ¿Qué es el “gozo de tu Señor”? *JT* 1, 365.
- Muchos envuelven su talento en un lienzo, 1 T 530.
- El mayordomo injusto, 1 T 538, 539.
- “Haceos amigos”, *PVGM* 352-355.
- Los depósitos son proporcionales a las capacidades, 2 T 245.
- Hay que sacrificar lo terreno para adquirir lo celestial, 2 T 193.
- Una visión del juicio, *JT* 1, 520-524.
- La riqueza amontonada no sólo es inútil, sino también una maldición, *PVGM* 331.
- Las decisiones del juicio tienen que ver con la benevolencia práctica, *TM* 405, 406.
- Las riquezas acumuladas serán un estorbo en el tiempo de angustia, 1 T 169.
- Los hombres de negocios, agricultores, mecánicos, comerciantes y abogados no son menos responsables que los ministros por los talentos que han recibido, *JT* 1, 549.

SECCIÓN V

*Mayordomos
de la riqueza*

Mayordomos de la riqueza

28. La riqueza es un talento confiado	131
29. Métodos para adquirir riquezas	138
30. El peligro de la prosperidad	143
31. Trampas de Satanás	150
32. El mal uso de la riqueza	153
33. La simpatía por los pobres	156
Para un estudio adicional	163

28. LA RIQUEZA ES UN TALENTO CONFIADO

Los seguidores de Cristo no deben despreciar la riqueza, sino que deben considerarla como un talento que el Señor les ha confiado. Mediante el uso acertado de sus dones, pueden beneficiarse eternamente, pero debemos recordar que Dios no nos ha dado riqueza para que la empleemos a nuestro capricho, para complacer los impulsos, para prodigarla o retenerla como nos plazca. No debemos usar las riquezas en forma egoísta, dedicándolas simplemente a obtener nuestra felicidad. Esta conducta no sería justa con respecto a Dios ni a nuestros semejantes, y terminaría por producir tan sólo confusión y dificultad...

El mundo favorece a los ricos y los considera de mayor valor que el honrado hombre pobre; pero los ricos están desarrollando su carácter de acuerdo con la forma como utilizan los dones que se les han confiado. Están poniendo en evidencia si será seguro o no confiarles las riquezas eternas. Tanto los pobres como los ricos están decidiendo su destino eterno y probando si son súbditos idóneos para la herencia de los santos en luz. Los que destinan sus riquezas a un uso egoísta en este mundo están revelando atributos de carácter que demuestran lo que harían si tuvieran mayores ventajas, y si poseyeran las riquezas imperecederas del reino de Dios. Los principios egoístas ejercidos en la tierra no son los principios que prevalecerán en el cielo. Todos los hombres están en un plano de igualdad en el cielo...

¿Por qué se llama a las riquezas un inicuo Mamón? Es porque Satanás utiliza los tesoros mundanales para entrapar, seducir y engañar a las almas, con el fin de llevarlas a la ruina. Dios ha dado instrucciones acerca de la manera como se deben utilizar sus bienes para aliviar las necesidades de la humanidad sufriente, para promover su causa, para edificar su reino en el mundo, para enviar misioneros a las regiones lejanas y para proclamar el conocimiento de Cristo en todas partes del mundo. Si los medios que Dios ha con-

fiado no se emplean en esa forma, ¿no juzgará Dios debido a esas cosas? Se deja que las almas perezcan en sus pecados mientras los miembros de iglesia que pretenden ser cristianos están utilizando los recursos sagrados de Dios en la gratificación de apetitos impíos y en la complacencia del yo.

CÓMO SE DESPERDICIAN LOS RECURSOS

¡Qué enorme cantidad del capital confiado por Dios se gasta en la compra de tabaco, cerveza y licor! Dios ha prohibido todas estas complacencias porque destruyen el organismo humano. La complacencia en estas cosas hace que se sacrifique la salud y que se ofrezca la vida misma sobre el altar de Satanás. Los apetitos pervertidos debilitan el cerebro, de manera que los hombres no pueden pensar con agudeza y claridad y trazar planes que tengan éxito en los asuntos temporales; y mucho menos pueden dedicar un intelecto cultivado en sus transacciones religiosas. Son incapaces de discernir las cosas sagradas y eternas que están por encima de las que son comunes y temporales.

Satanás ha inventado muchas formas de dilapidar los medios que Dios ha dado. Los juegos de naipes, las apuestas, los juegos de azar, las carreras de caballos y las representaciones teatrales son invenciones suyas, y él ha inducido a los hombres a promover estas diversiones con tanto celo como si estuvieran ganándose la preciosa dádiva de la vida eterna. Los hombres gastan sumas inmensas en estos placeres prohibidos, y como resultado su capacidad, que ha sido comprada con la sangre del Hijo de Dios, es degradada y corrompida. Las facultades físicas, morales y mentales que se han recibido de Dios y que pertenecen a Cristo, son utilizadas celosamente al servicio de Satanás y para alejar a los seres humanos de la justicia y la santidad.

Se inventa toda clase de cosas para apartar la mente de lo que es noble y puro, y ya casi se ha alcanzado el límite del tiempo cuando los habitantes del mundo llegarán a ser tan corruptos como eran los habitantes de la tierra antes del diluvio...

COMO EN LOS DÍAS DE NOÉ

Si contemplamos el panorama de los días anteriores al diluvio, y si luego dirigimos nuestra atención a los hábitos y prácticas de la sociedad de hoy, veremos que nuestro mundo está madurando rápidamente para las plagas de los días finales. Los hombres han corrompido la tierra por su conducta pecaminosa. Satanás está jugando el juego de la vida por las almas de los hombres. Los que ponen en práctica las palabras de Cristo encontrarán que deberán velar y orar continuamente a fin de no caer en tentación.

Al parecer muchos no aprecian el hecho de que el dinero que gastan innecesariamente en diversiones que no hacen más que afligir el alma y colocar el fundamento de la corrupción moral, es dinero que pertenece al Señor. Los que utilizan el dinero con fines de complacencia egoísta están deleitando y glorificando al enemigo de toda justicia. Si volvieran sus corazones a Dios emplearían su dinero para bendecir y elevar a sus semejantes, para aliviar la pobreza y el sufrimiento. En nuestro mundo reinan la inanición, la desnudez, la enfermedad y la muerte; ¡y sin embargo cuán pocos disminuyen su extravagancia pecaminosa! Satanás está inventando todo lo que puede a fin de mantener a los hombres bien ocupados para que no tengan tiempo de considerar esta pregunta: “¿Cómo está mi alma?”

EL INTERÉS DE CRISTO EN LA HUMANIDAD

El dueño de todos nuestros tesoros terrenales vino al mundo en forma humana. El Verbo fue hecho carne y moró entre nosotros. No podemos apreciar cuán profundamente interesado está él en la humanidad. El conoce el valor de cada alma. ¡Con cuánta aflicción fue agobiado cuando vio su herencia adquirida hechizada por las invenciones satánicas!

La única satisfacción que Satanás obtiene al jugar el partido de la vida por las almas de los hombres, es la satisfacción que deriva hiriendo el corazón de Cristo. Aunque él era rico, se hizo pobre por amor a nosotros, para que mediante esa pobreza llegásemos a ser

ricos. Sin embargo en vista de este gran hecho, la mayoría de los habitantes del mundo permite que las posesiones terrenas eclipsen las atracciones celestiales. Colocan sus afectos en las cosas mundanales y se alejan de Dios. Cuán lastimoso pecado es que los hombres no despiertan a la realidad y comprendan cuán necio es permitir que los afectos desordenados por las cosas terrenales expulsen el amor de Dios del corazón. Cuando el amor a Dios es expulsado, el amor al mundo surge rápidamente y llena el vacío. Solamente el Señor puede limpiar el templo del alma de la contaminación moral.

Jesús dio su vida por la vida del mundo, y estima al hombre en un valor infinito. Desea que el hombre se aprecie a sí mismo y considere su bienestar futuro. Si los ojos se mantienen puros todo el cuerpo estará lleno de luz. Si la visión espiritual es clara, se considerará a las realidades eternas en su verdadero valor y la contemplación del mundo eterno añadirá nuevos goces a este mundo.

El cristiano estará lleno de gozo en la medida en que sea un mayordomo fiel de los bienes de su Señor. Cristo anhela salvar a cada hijo e hija de Adán. Levanta su voz en advertencia a fin de romper el hechizo que ha unido las almas en cautividad a la esclavitud del pecado. El ruega a los hombres que se alejen de su infatuación. Les hace contemplar el mundo más noble y les dice: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen” (S. Mat. 6: 19).

LAS TENTACIONES SUTILES

Cristo ve el peligro; conoce las tentaciones sutiles y el poder del enemigo, porque ha experimentado las tentaciones de Satanás. El dio su vida para proporcionar un período de prueba para los hijos y las hijas de Adán. Teniendo ante ellos el resultado de la desobediencia de Adán y de las transgresiones, con una luz más abundante que brilla sobre ellos, son invitados a acudir a Cristo para hallar descanso para sus almas. Pero cuanto más grande sea la luz y más clara la señal de peligro, tanto mayor será la condenación para los

que se apartan de la luz para ir a las tinieblas. Las palabras de Cristo son demasiado serias en sus implicaciones para ser descartadas.

Los hombres parecen estar movidos por un deseo insano de obtener posesiones terrenas. Practican toda clase de falta de honra-
dez para acumular riquezas. Los hombres practican sus negocios con un celo intenso como si el éxito en esta línea constituyera una garantía para ganar el cielo. Atan el capital que el Señor les ha confiado en bienes mundanos, y no hay recursos para promover el reino de Dios en el mundo aliviando la aflicción mental y física de los habitantes del planeta. Muchos cristianos profesos no acatan la orden de Cristo cuando dijo: “Haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (S. Mat. 6: 20, 21).

El Señor no obligará a los hombres a obrar con justicia, a amar la misericordia y andar humildemente delante de Dios; pone el bien y el mal ante los instrumentos humanos, y establece claramente cuál será el resultado de seguir el uno o el otro. Cristo nos invita diciendo: “Sígueme”. Pero nunca se nos fuerza a seguir en pos de sus pisadas. Si no andamos en sus pisadas, es porque esto constituye el resultado de una elección deliberada. A medida que contemplamos la vida y el carácter de Cristo, surgen en nosotros fuertes deseos de ser como él en nuestro carácter; y proseguimos en conocer al Señor, y en saber que como el alba está dispuesta su salida. Entonces comenzamos a comprender que “la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (Prov. 4: 18).—RH, 31 de marzo, 1896.

La adquisición de riquezas no es un pecado

La Biblia no condena al rico por el hecho de ser rico; tampoco declara que la adquisición de riquezas sea un pecado, ni dice que el dinero es la raíz de todo mal. Todo lo contrario, las Escrituras declaran que Dios es el que da el poder para conseguir riquezas. Esta

habilidad es un talento precioso si se lo consagra a Dios y se lo emplea para promover su causa. La Biblia no condena el genio ni el arte, porque éstos proceden de la sabiduría que Dios imparte. No podemos hacer que el corazón sea más puro o más santo cubriendo el cuerpo de cilicio o privando el hogar de todo lo que proporciona comodidad, gusto o conveniencia.

Las Escrituras enseñan que la riqueza es una posesión peligrosa únicamente cuando se la hace competir con el tesoro inmortal. Se convierte en una trampa cuando lo mundano y lo temporal absorben los pensamientos, los afectos y la devoción que Dios reclama para sí. Los que cambian el eterno peso de gloria por un poco de brillo del oropel del mundo, las moradas eternas por una casa que puede ser suya en el mejor de los casos tan sólo durante unos pocos años, están realizando una elección insensata. Tal fue el cambio realizado por Esaú cuando vendió su primogenitura por un plato de comida; por Balaam cuando rechazó el favor de Dios por la recompensa del rey de Madián; por Judas cuando traicionó al Señor de gloria por treinta piezas de plata.

La Palabra de Dios denuncia el amor al dinero como la raíz de todos los males. El dinero en sí mismo es el don de Dios al hombre, para que éste lo utilice con fidelidad en su servicio. Dios bendijo a Abrahán y lo enriqueció con ganado, plata y oro. Y la Biblia declara, como una evidencia del favor divino, que Dios dio a David, Salomón, Josafat y Ezequías muchas riquezas y honor.

Tal como ocurre con otros dones de Dios, la posesión de riquezas produce un aumento de responsabilidad y tiene sus tentaciones peculiares. Cuántos hay que en la adversidad han permanecido fieles a Dios pero que han caído bajo las deslumbrantes seducciones de la prosperidad. Con la posesión de riquezas se pone de manifiesto la pasión dominante de una naturaleza egoísta. El mundo está maldecido hoy por la desgracia de la codicia y los vicios de la complacencia de los adoradores de Mamón.—*RH*, 16 de mayo, 1882.

Hay necesidad de talentos financieros

Los que pertenecen a las clases sociales más elevadas de la sociedad deben ser buscados con tierno afecto y consideración fraternal. Esas clases han sido muy descuidadas. Es la voluntad del Señor que los hombres a quienes él ha confiado oigan la verdad en una forma diferente de como la han oído en lo pasado. Hombres de negocio que ocupan cargos de responsabilidad, hombres con grandes facultades inventivas y penetración científica y hombres de genio deben encontrarse entre los primeros que han de escuchar el llamamiento del Evangelio.

En el mundo hay hombres que poseen una capacidad de organización dada por Dios, a quienes se necesita en la promoción de la obra para estos tiempos finales. No todos son predicadores, pero se necesitan hombres que puedan encargarse de la administración de las instituciones que cuentan con industrias, hombres que puedan actuar como dirigentes y educadores en nuestras asociaciones. Dios necesita a hombres que puedan mirar hacia el futuro y ver lo que debe hacerse, hombres que puedan actuar como financistas fieles, hombres que permanezcan firmes como una roca de parte de los principios en la crisis actual y en los peligros futuros que puedan presentarse.—RH, 8 de mayo, 1900.

29. MÉTODOS PARA ADQUIRIR RIQUEZAS

Hay personas, aun entre los adventistas del séptimo día, que están bajo la reprensión de la Palabra de Dios, debido a la forma en que obtuvieron sus propiedades y las usan, actuando como si las poseyeran, como si las hubieran creado, sin tener una consideración por la gloria de Dios, y sin una ferviente plegaria para ser dirigidos en la manera de adquirirlas o usarlas. Están haciendo una serpiente, que los morderá como víbora.

Dios dice con respecto a su pueblo: “Mas su negociación y su ganancia será consagrada a Jehová: no se guardará ni se atesorará”. Pero muchos que profesan creer la verdad no quieren que Dios esté en sus pensamientos, más de lo que los antediluvianos o sodomitas lo querían. Un pensamiento sensato de Dios, despertado por el Espíritu Santo, destruiría todos sus planes. El yo, el yo, el yo, ha sido su dios, su alfa y su omega.

Los cristianos están seguros tan sólo al adquirir dinero en la forma en que Dios lo indica, y al usarlo en las maneras en que él los puede bendecir. Dios nos permite usar sus bienes con el único propósito de glorificarlo, a fin de que sean una bendición para nosotros, de manera que seamos una bendición para los demás. Los que han adoptado la máxima del mundo, y descartado las especificaciones de Dios, los que se posesionan de todo lo que pueden obtener en materia de sueldos o bienes, son pobres, ciertamente pobres, porque la ira de Dios está sobre ellos. Andan por sendas que ellos mismos han escogido, y deshonran a Dios, la verdad, su bondad, su misericordia, su carácter.

Ahora, en el tiempo de gracia, estamos todos en un período de prueba. Satanás trabaja con sus encantos y sus cohechos engañosos, y algunos pensarán que por medio de sus planes han hecho una especulación admirable. Pero he aquí que, cuando pensaban que estaban levantándose con seguridad y se elevaban a sí mismos en el

egoísmo, descubrieron que Dios puede desparramar más rápidamente de lo que ellos pueden juntar.—TM 340, 341.

Integridad en los negocios

Si tratamos a nuestros semejantes con falta de honradez en las cosas pequeñas, o defraudándolos en cosas más abiertas, trataremos con Dios en la misma forma. Los que persisten en la falta de honradez llevarán a cabo sus principios hasta que engañen a sus propias almas y pierdan el cielo y la vida eterna. Sacrificarán el honor y la religión por una pequeña ventaja mundana. Hay tales hombres en nuestras propias filas, y tendrán que experimentar lo que significa nacer de nuevo, o no podrán ver el reino de Dios. La honradez debe marcar cada acción de nuestra vida. Los ángeles celestiales examinan el trabajo que ha sido puesto en nuestras manos, y donde nos hemos alejado de los principios de la verdad, estampan en los registros la expresión “hallados faltos”.

Jesús dijo: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan” (S. Mat. 6: 19). Tesoros son aquellas cosas que absorben la mente, y captan la atención excluyendo a Dios y a la verdad.

El amor al dinero, que impulsa a la adquisición de tesoros terrenos, fue la pasión dominante de la época judía. Las consideraciones superiores y eternas fueron subordinadas a la adquisición de riquezas e influencia mundanales. La mundanalidad usurpó el lugar de Dios y de la religión en el alma. El deseo avaro de riqueza ejerció una influencia tan fascinante y hechizadora sobre la vida, que produjo como resultado la perversión de la nobleza y la corrupción de la humanidad de los hombres, hasta que se ahogaron en la pérdida. Nuestro Salvador dio una advertencia definida contra el amontonamiento de tesoros en la tierra.

Todos los ramos comerciales y la gran diversidad de empleos están bajo la mirada de Dios; y cada cristiano ha recibido la capacidad de hacer algo en la causa del Maestro. Sea que los hombres

trabajen en el campo, en el almacén o en la oficina, serán hechos responsables por Dios del uso sabio y honrado de sus talentos. Son tan responsables por su trabajo, como lo es el ministro que trabaja con la Palabra y la doctrina. Si los hombres adquieren bienes en una forma que no es aprobada por la Palabra de Dios, los consiguen sacrificando los principios de la honradez. Un deseo excesivo por conseguir ganancias inducirá hasta a los seguidores profesos de Cristo a imitar las costumbres del mundo. Estos serán influenciados hasta el punto de deshonar su religión al engañar en los negocios, al oprimir a la viuda y al huérfano, y al privar de su derecho al forastero.—*RH*, 18 de septiembre, 1888.

Inteligencia y pureza en cada transacción

Santidad a Jehová, fue la gran característica de la vida que el Redentor vivió en la tierra, y es su voluntad que esto mismo caracterice las vidas de sus seguidores. Sus obreros deben trabajar con desprendimiento y fidelidad, y con referencia a la utilidad e influencia de todos los demás obreros. La inteligencia y la pureza deben señalar toda su obra, y todas sus transacciones comerciales. El es la luz del mundo. En su obra no deben haber rincones oscuros donde se practiquen fraudulencias. La injusticia es sumamente desagradable para Dios.—*RH*, 24 de junio, 1902.

La tentación resistida

Dios es muy escrupuloso en su deseo de que todos los que profesan servirle manifiesten la superioridad de los principios correctos. Cada verdadero seguidor de Cristo considerará todas sus transacciones comerciales como una parte de su religión, así como la oración constituye una parte de su religión...

Satanás está ofreciendo a cada alma los reinos de este mundo como recompensa si es que ellos quieren llevar a cabo su voluntad. Esto constituyó el gran atractivo que le presentó a Cristo en el desierto de la tentación. Y asimismo dice a muchos seguidores de

Métodos para adquirir riquezas

Cristo: Si quieres seguir mis métodos comerciales te recompensaré con riqueza. Cada cristiano en algún momento se ve confrontado con la prueba que revelará sus puntos débiles de carácter. Si resiste la tentación ganará victorias preciosas. Debe elegir si quiere servir a Dios o convertirse en un seguidor del engañador y en un adorador de él.—*ST*, 24 de febrero, 1909.

El registro en el libro mayor

Las costumbres del mundo no constituyen el criterio que debe seguir el cristiano. Este último no ha de imitar a aquél en sus prácticas injustas, en su codicia ni en sus extorsiones. Todo acto injusto contra un semejante es una violación de la regla de oro. Todo perjuicio ocasionado a los hijos de Dios se hace contra Cristo mismo en la persona de sus santos. Toda tentativa de aprovecharse de la ignorancia, debilidad o desgracia de los demás, se registra como fraude en el libro mayor del cielo. El que teme verdaderamente a Dios preferirá trabajar noche y día y comer su pan en la pobreza antes que satisfacer un afán de ganancias que oprimiría a la viuda y a los huérfanos, o despojaría al extraño de su derecho.

El menor desvío de la rectitud quebranta las barreras y prepara el corazón para cometer mayores injusticias. En la medida en que un hombre esté dispuesto a sacar ventajas para sí de las desventajas de otro, se vuelve su alma insensible a la influencia del Espíritu de Dios. La ganancia obtenida a un costo tal es una terrible pérdida.—*PR* 481, 482.

El sacrificio de los principios

Con frecuencia vemos a hombres que ocupan posiciones elevadas, como seguidores de Cristo, pero que han hecho naufragar su fe. Encuentran una tentación y sacrifican los principios y sus ventajas religiosas para obtener un codiciado tesoro mundanal. Muerden el anzuelo de Satanás. Cristo venció y con esto hizo posible que el hombre también pudiera vencer; pero el hombre se coloca bajo la

dirección del dios de este mundo y se aparta del estandarte de Jesucristo para ir a las filas enemigas. Dedicar todas sus facultades a la obtención de ganancias y adora a otros dioses antes que al Señor.

El hombre mundano no se conforma con tener suficiente para vivir, ni siquiera con la abundancia. Siempre está tratando de poseer un capital comercial más grande y encamina en esa dirección cada pensamiento y cada facultad.—*RH*, 1^o de marzo, 1887.

Transacciones mezquinas y egoístas

Me dirijo a mis hermanos en la fe y los insto a cultivar la ternura de corazón. Cualquiera sea vuestra profesión o cargo, si abrigáis el egoísmo y la codicia, recibiréis el desagrado del Señor. No convertáis la obra y la causa de Dios en una excusa para tratar mezquinamente y con egoísmo a la gente, ni en las transacciones comerciales que tienen que ver con su obra. Dios no aceptará ninguna suma que sea llevada a su tesorería ganada mediante transacciones egoístas. Cada acto que se relaciona con su obra debe soportar la inspección divina. Cada transacción astuta, cada intento de obtener ventaja de una persona que se encuentra sometida a la presión de las circunstancias, cada plan para comprar su tierra o propiedad por una suma inferior a su valor, no serán aceptables a Dios, aunque el dinero ganado sea presentado como ofrenda para su causa. El precio de la sangre del Hijo unigénito de Dios se ha pagado por cada hombre, y es necesario que se trate honrada y equitativamente con cada persona a fin de cumplir los principios de la ley de Dios...

Si un hermano que ha trabajado en forma desinteresada por la causa de Dios se debilita y no puede cumplir con su tarea no se lo despida ni se lo obligue a componérselas lo mejor que pueda. Désele un salario adecuado para sostenerse, porque recordad que pertenece a la familia de Dios y que vosotros sois sus hermanos.—*RH*, 18 de diciembre, 1894.

30. EL PELIGRO DE LA PROSPERIDAD

En todos los siglos las riquezas y el honor han llevado aparejado mucho peligro para la humildad y la espiritualidad. Cuando un hombre prospera y todos hablan bien de él es cuando corre especialmente peligro. El hombre es humano. La prosperidad espiritual continúa tan sólo mientras el hombre depende plenamente de Dios para obtener sabiduría y perfección de carácter. Y los que sienten más su necesidad de dependencia de Dios son generalmente los que tienen menos tesoros terrenales y honores mundanales de los cuales depender.

LA ALABANZA DE LOS HOMBRES

Es peligroso conceder dádivas cuantiosas y palabras de alabanza a los seres humanos. Los que son favorecidos por el Señor necesitan estar en guardia constantemente, para que no surja el orgullo y obtenga la supremacía. El que ha hecho una carrera inusitada, el que ha recibido muchas alabanzas de los mensajeros del Señor, necesita las oraciones especiales de los fieles centinelas de Dios, a fin de ser protegido del peligro de alentar pensamientos de amor propio y orgullo espiritual.

Esa persona nunca debe manifestar engreimiento ni intentar actuar como dictador o soberano. Debe velar y orar y preocuparse de que Dios reciba la gloria. A medida que su imaginación se apodera de las cosas invisibles y contemple el gozo de la esperanza que se le ofrece, la dádiva preciosa de la vida eterna, las alabanzas humanas no llenarán su mente con pensamientos de orgullo. Y cuando el enemigo realice esfuerzos especiales por corromperlo mediante la adulación y el honor mundano, sus hermanos deberían advertirlo fielmente de los peligros que corre, porque si se lo deja abandonado a sí mismo estará inclinado a cometer errores y a manifestar las flaquezas humanas...

EN EL VALLE DE LA HUMILLACIÓN

No es la copa vacía la que nos causa dificultades para llevarla; es la copa llena hasta el borde la que debe equilibrarse cuidadosamente. La aflicción y la adversidad pueden causar muchos inconvenientes y pueden provocar una gran depresión, pero es la prosperidad la que es peligrosa para la vida espiritual. A menos que la persona se someta constantemente a la voluntad de Dios, a menos que sea santificada por la verdad y que tenga una fe que obre por amor y purifique el alma, la prosperidad con seguridad despertará la inclinación natural a la presunción.

Existe una gran necesidad de que oremos por los hombres que ocupan posiciones elevadas. Ellos necesitan las oraciones de toda la iglesia porque han recibido prosperidad e influencia.

En el valle de la humillación, donde los hombres dependen de Dios para que les enseñe y los guíe en cada paso, existe una relativa seguridad. Pero todos los que estén en una relación viva con Dios oren por los hombres que ocupan cargos de responsabilidad, porque los que se encuentran sobre una elevada cumbre, debido a su posición destacada, son considerados como poseedores de mucha sabiduría. A menos que esos hombres sientan necesidad de un Brazo más fuerte que el brazo de carne sobre el cual apoyarse, a menos que dependan de Dios, su visión de las cosas se distorsionará y caerán.—*RH*, 14 de diciembre, 1905.

Una aptitud original que fue pervertida

El deseo de acumular riquezas es una propensión original de nuestra naturaleza que fue implantada allí por nuestro Padre celestial para que sirviera a fines nobles. Si preguntamos al capitalista que ha dedicado todas sus energías al sólo objeto de acumular riqueza y que trabaja con perseverancia y laboriosidad para acrecentar sus bienes, cuál es el propósito que lo anima en sus esfuerzos, no podría darnos una razón de él ni podría presentar una finalidad que justifique sus esfuerzos por ganar dinero y por acumular riqueza. No

podría definir ningún gran blanco o propósito que tuviera en vista, o ninguna fuente de felicidad que esperara alcanzar. Sigue acumulando bienes porque ha aplicado todas sus habilidades y capacidades en esa dirección.

El hombre mundano siente un deseo vehemente por algo que no posee. La fuerza del hábito lo ha inducido a orientar cada pensamiento y propósito hacia la tarea de hacer provisión para el futuro, y a medida que envejece se pone más ansioso que nunca por adquirir todo lo que sea posible. Es tan sólo natural que el codicioso se torne cada vez más codicioso a medida que se aproxima al tiempo cuando ha de perder su dominio sobre todas las cosas terrenales.

Toda esta energía, perseverancia, determinación y laboriosidad aplicada a la obtención de poder mundano es el resultado de la pervisión de sus facultades aplicadas a un objetivo equivocado. Habría podido cultivar mediante el ejercicio cada facultad hasta su grado más elevado en su preparación para la vida celestial e inmortal, y para un sobremanera grande y eterno peso de gloria. Las costumbres y las prácticas del hombre mundano, su perseverancia y su energía, y su aprovechamiento de cada oportunidad de añadir a lo que ya tiene, deberían constituir una lección para los que pretenden ser hijos de Dios, que buscan gloria, honra e inmortalidad. Los hijos del mundo son más sabios en esta generación que los hijos de la luz, y en esto se ve su sabiduría. Su objetivo consiste en la ganancia de cosas terrenales y aplican todas sus energías para conseguir esta finalidad. ¡Ojalá que este celo caracterizase a los que trabajan por las riquezas celestiales!—*RH*, 1^o marzo, 1887.

Desventajas de las riquezas

Son muy pocos los que comprenden el poder de su amor por el dinero hasta que se lo pone a prueba. Entonces es cuando muchos que profesan ser seguidores de Cristo muestran que no están preparados para el cielo. Sus obras testifican que aman más el dinero que

a su prójimo o a Dios. Tal como el joven rico, preguntan por el camino de la vida, pero cuando éste les es señalado y cuando calculan el costo, y ven que se exige de ellos el sacrificio de las riquezas mundanales, deciden que el cielo cuesta demasiado. Cuanto mayores son los tesoros hechos en la tierra, tanto más difícil resulta para sus poseedores comprender que éstos no les pertenecen sino que les han sido prestados para que los utilizasen para gloria de Dios.

Jesús aprovechó la oportunidad de dar a sus discípulos una lección impresionante: “Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (S. Mat. 19: 23, 24).

RICOS POBRES Y POBRES RICOS

Aquí puede apreciarse el poder de la riqueza. La influencia del amor al dinero sobre la mente humana es casi paralizadora. Las riquezas infatúan y hacen que muchos que las poseen obren como si estuviesen privados de razón. Cuanto más tienen de este mundo, tanto más desean. Sus temores de llegar a padecer necesidad aumentan con sus riquezas. Se sienten inclinados a amontonar recursos para el futuro. Son mezquinos y egoístas, y temen que Dios no provea para ellos. Esta clase de gente es en realidad pobre delante de Dios. A medida que han acumulado riquezas han ido poniendo su conciencia en ellas y han perdido la fe en Dios y sus promesas.

Los pobres fieles y confiados se hacen ricos delante de Dios utilizando juiciosamente lo poco que poseen para bendecir a otros. Sienten que tienen obligaciones hacia su prójimo que no pueden descartar si quieren obedecer el mandamiento de Dios: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Consideran la salvación de sus semejantes de más importancia que todo el oro y la plata contenidos en el mundo.

Cristo señala la forma como los que poseen riquezas y sin embargo no son ricos delante de Dios pueden obtener las riquezas verdaderas. El ha dicho: “Vended lo que poseéis y dad limosna” (S.

Luc. 12: 33), y haceos tesoros en el cielo. El remedio que él propone es una transferencia de sus afectos a la herencia eterna. Al invertir sus recursos en la causa de Dios para ayudar en la salvación de las almas y aliviar a los necesitados, se enriquecen en buenas obras y atesoran “para sí buen fundamento para lo por venir” para “que echen mano de la vida eterna” (1 Tim. 6: 19). Esto resultará una inversión segura.

Pero muchos muestran mediante sus obras que no se atreven a confiar en el banco del cielo. Prefieren confiar sus recursos financieros al mundo antes que enviarlos delante de ellos al cielo. Estos tienen que realizar una gran obra para vencer la codicia y el amor al mundo. Los ricos pobres, que profesan servir a Dios, son dignos de compasión. Mientras profesan conocer a Dios sus obras lo niegan. ¡Cuán grandes son las tinieblas que rodean a los tales! Profesan fe en la verdad, pero sus obras no corresponden con su profesión. El amor a las riquezas hace a los hombres egoístas, exigentes y despóticos.—RH, 15 de enero, 1880.

El problema de seguir a Jesús

Jesús sólo requirió de él [el joven rico] que siguiese el camino que él señalaba. El espinoso camino del deber se hace más fácil de seguir cuando vemos delante de nosotros sus pasos divinos que hollan los abrojos. Cristo habría aceptado a este talentoso y noble dirigente si él se hubiera sometido a sus requerimientos, con la misma prontitud con que aceptó a los pobres pescadores a quienes pidió que le siguiesen.

La habilidad del joven para adquirir bienes no se imputaba contra él, siempre que amara a su prójimo como a sí mismo y no perjudicara a otros en la adquisición de sus riquezas. Si esa misma habilidad hubiese sido empleada al servicio de Dios para salvar a las almas de la ruina, el Maestro divino la habría aceptado y su poseedor habría sido un diligente y exitoso obrero para Cristo. Pero éste rehusó el elevado privilegio de colaborar con Cristo en la salvación

de las almas; se apartó del glorioso tesoro prometido en el reino de Dios y se aferró a la efímera riqueza terrenal...

El joven rico representa a una numerosa clase de personas que serían cristianos excelentes si no tuvieran una cruz que llevar, si no tuvieran que soportar cargas humillantes, si no tuvieran que renunciar a ventajas terrenales, si no tuvieran que sacrificar bienes materiales o sentimientos. Cristo les ha confiado un capital en términos de aptitudes y recursos financieros, y por lo tanto espera los intereses correspondientes. Lo que poseemos no nos pertenece, sino que debemos emplearlo en el servicio de Aquel de quien hemos recibido todo lo que poseemos.—*RH*, 21 de marzo, 1878.

La fe no es muy común entre los ricos

La fe consecuente es poco frecuente entre los ricos. La fe genuina manifestada en las obras, es rara. Pero todos los que posean esta fe serán hombres que no carecerán de influencia. Copiarán a Cristo su benevolencia desinteresada y su interés en la obra de salvar a las almas. Los seguidores de Cristo deberían valorar las almas así como él los valoró a ellos. Deberían simpatizar con la obra de su amado Redentor y esforzarse por salvar a cualquier precio lo que fue comprado con su sangre. ¿Qué son el dinero, las casas y las tierras en comparación con una sola alma?—*RH*, 23 de febrero, 1886.

Las riquezas no son un rescate por el transgresor

Todas las riquezas, aun las de los más opuestos, no bastan para ocultar el pecado más pequeño ante la vista de Dios. Ni la riqueza ni el intelecto serán aceptados como rescate por el transgresor. El arrepentimiento, la verdadera humildad, un corazón contrito y un espíritu quebrantado, es lo único que será aceptable a Dios.

En nuestras iglesias hay muchos que deberían dar cuantiosas ofrendas, y no contentarse con presentar una porción escasa a Aquel que ha hecho tanto por ellos. Están recibiendo bendiciones ilimitadas, ¡pero cuán poco devuelven al Dador! Que los que son

El peligro de la prosperidad

peregrinos y extranjeros en esta tierra, envíen sus tesoros delante de ellos a la patria celestial en forma de donativos tan necesarios que deben ir a la tesorería del Señor.—RH, 18 de diciembre, 1888.

El mayor peligro

Se me mostró que los adventistas no carecían de recursos. El peligro mayor que corren en este momento está en su acumulación de recursos materiales. Algunos aumentan de continuo sus preocupaciones y labores; están sobrecargados. El resultado es que casi olvidan a Dios y las necesidades de su causa; están muertos espiritualmente. Se requiere de ellos que hagan un sacrificio a Dios, una ofrenda. Un sacrificio no aumenta, sino que disminuye y consume... Una gran parte de los bienes materiales poseídos por nuestro pueblo tan sólo representa un perjuicio para los que se aferran a ellos.—1 T 492.

31. TRAMPAS DE SATANÁS

A medida que el pueblo de Dios se acerca a los peligros de los últimos días, Satanás sostiene fervientes consultas con sus ángeles en cuanto al plan de mayor éxito para derribar su fe. El ve que las iglesias populares están ya arrulladas para dormir gracias a su poder engañador. Mediante una sofistería agradable y milagros engañosos puede continuar teniéndolas bajo su dominio. Por lo tanto dirige a sus ángeles para que coloquen trampas especialmente destinadas a los que esperan la segunda venida de Cristo y se esfuerzan por guardar todos los mandamientos de Dios.

Dice el gran engañador: ‘Debemos vigilar a los que están llamando la atención del pueblo al sábado de Jehová; ellos inducirán a muchos a ver las exigencias de la ley de Dios; y la misma luz que revela el verdadero sábado revela también la ministración de Cristo en el santuario celestial, y muestra que la última obra por la salvación del hombre se está realizando ahora. Mantened la mente de la gente en tinieblas hasta que esa obra termine, y aseguraremos el mundo y también la iglesia...

“Id, haced que los poseedores de tierras y de dinero se embriaguén con los cuidados de esta vida. Presentad el mundo delante de los hombres en su luz más atractiva, para que depongan su tesoro aquí y fijen sus afectos en las cosas terrenales. Debemos hacer todo lo que podamos para impedir que los que trabajan en la causa de Dios obtengan medios para usar contra nosotros. Mantened el dinero en nuestras filas. Cuanto más medios obtengan ellos, más perjudicarán nuestro reino arrebatándonos nuestros súbditos. Preocupadlos más por el dinero que por la edificación del reino de Cristo y la difusión de las verdades que nosotros odiamos, y no necesitamos temer su influencia; porque sabemos que toda persona egoísta y codiciosa caerá bajo nuestro poder, y finalmente será separada del pueblo de Dios”.—TM, 480, 482.

Peor que una pérdida terrenal

Satanás es el archiengañador. Los resultados de nuestra aceptación de sus tentaciones son peores que cualquier pérdida terrenal que podamos imaginar; sí, peores que la muerte misma. Los que compran el éxito al terrible costo de la sumisión a la voluntad y los planes de Satanás, descubrirán que han realizado una mala adquisición. En el negocio de Satanás todo se consigue a un precio elevado. Las ventajas que presenta son un espejismo. Las brillantes perspectivas que ofrece se consiguen con la pérdida de cosas que son buenas, santas y puras. Que Satanás siempre sea confundido por estas palabras: “Escrito está”. “Bienaventurado todo aquel que teme a Jehová, que anda en sus caminos. Cuando comieres el trabajo de tus manos, bienaventurado serás, y te irá bien” (Sal. 128: 1, 2)...

La senda trazada para los rescatados del Señor está muy por encima de todo programa y prácticas mundanales. Los que andan por ella deben mostrar mediante sus obras la pureza de sus principios.—ST, 24 de febrero, 1909.

Una experiencia religiosa enana

Los ricos se sienten tentados a emplear sus recursos en la complacencia de sí mismos, en la gratificación del apetito, en el adorno personal o en el embellecimiento de sus hogares. Los cristianos profesos no vacilan en gastar su dinero libremente, y aun con extravagancia, para conseguir estos objetivos. Pero cuando se les pide que den para la tesorería del Señor, para edificar su causa, y para promover su obra en el mundo, muchos presentan objeciones. El rostro que brillaba de interés al hacer planes para la gratificación de sí mismo, no se enciende de gozo cuando la causa de Dios recurre a su generosidad. Tal vez, sintiendo que no pueden hacer de otro modo, dan de limosna una suma limitada, muy inferior a lo que gastan liberalmente en la complacencia en cosas innecesarias. Pero no manifiestan ningún amor real por Cristo, ningún interés fervoroso

Consejos sobre mayordomía cristiana

en la salvación de las almas preciosas. ¡No es extraño que la vida cristiana de esta clase de gente sea, en el mejor de los casos, tan sólo una existencia enana y enfermiza! A menos que tales personas cambien su conducta, su luz se convertirá en tinieblas.—RH, 16 de mayo, 1882.

32. EL MAL USO DE LA RIQUEZA

La riqueza acumulada no sólo es inútil, sino que también es una maldición. En esta vida es una trampa para el alma porque aleja los afectos del tesoro celestial. En el gran día de Dios, su testimonio contra las aptitudes que no se utilizaron y las oportunidades que se descuidaron condenará a su poseedor.

Hay muchas personas que en sus corazones acusan a Dios de ser un amo duro porque reclama sus posesiones y su servicio. Pero no podemos llevar a Dios nada que ya no le pertenezca. El rey David dijo: “Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos” (1 Crón. 29: 14). Todas las cosas son de Dios, no sólo por derecho de creación, sino también de redención. Todas las bendiciones de esta vida y de la vida venidera se nos entregan estampadas con la cruz del Calvario.—RH, 23 de diciembre, 1902.

Transformados por el amor

La verdad, implantada en el corazón por el Espíritu de Dios, desplazará el amor a las riquezas. El amor a Jesús y el amor al dinero no pueden morar en el mismo corazón. El amor a Dios sobrepasa de tal modo al amor al dinero, que su poseedor se aparta de sus riquezas y transfiere sus afectos a Dios. Luego, mediante el amor es inducido a satisfacer las necesidades de los menesterosos y a ayudar a la causa de Dios. Encuentra su satisfacción más intensa en disponer acertadamente de los bienes de su Señor. No considera como suyo todo lo que tiene, de modo que cumple fielmente su deber como mayor-domo de Dios. Así puede observar los dos grandes mandamientos de la ley: “Amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Deut. 6: 5); “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lev. 19: 18).

En esta forma es como un rico puede entrar en el reino de Dios. “Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá

cien veces más, y heredará la vida eterna” (S. Mat. 19: 29). Esta es la recompensa para los que se sacrifican por Dios. Reciben cien veces tanto en esta vida y heredarán la vida eterna.—RH, 16 de septiembre, 1884.

Si los mayordomos de Dios cumplen su deber, no hay peligro de que la riqueza aumente con tanta rapidez como para convertirse en una trampa, porque será empleada con sabiduría práctica y liberalidad cristiana.—RH, 16 de mayo, 1882.

Hay que apreciar los bienes materiales pero no amontonarlos

El que busca las riquezas eternas debería esforzarse por obtener el tesoro celestial con mucho más fervor y perseverancia, y con una intensidad que sea proporcional al valor del objeto que persigue. Los mundanos trabajan para obtener cosas terrenales y temporales. Colocan su tesoro en la tierra y hacen justamente lo que Jesús les dijo que no debían hacer.

Los cristianos sinceros aprecian la advertencia dada por Jesús y ponen en práctica su Palabra, y en esta forma se hacen tesoros en el cielo, tal como el Redentor del mundo les ha ordenado. Contemplan una eternidad de gloria que bien vale una vida de esfuerzos perseverantes e incansables. No se están empeñando en una dirección equivocada. Están colocando sus afectos en las cosas de arriba, donde Cristo se sienta a la diestra de Dios. Son transformados por la gracia y su vida se oculta con Cristo en Dios.

No han perdido en manera alguna el poder de acumulación; pero emplean sus energías activas en la búsqueda de adquisiciones espirituales; consideran que todos sus talentos constituyen dones de Dios que han de emplearse para gloria suya. Estos aprecian los recursos materiales pero no los acumulan, y los evalúan únicamente en la medida en que pueden utilizarse para promover la verdad, para trabajar como Cristo trabajó cuando vivió en el mundo, para bendecir a la humanidad. Utilizan sus facultades para conseguir este

El mal uso de la riqueza

propósito y no para agradarse o glorificarse a sí mismos, sino para fortalecer cada don que les ha sido confiado a fin de rendir el servicio más elevado a Dios. De ellos puede decirse: “En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor” (Rom. 12: 11).

Dios no condena la prudencia y la previsión en el uso de las cosas de esta vida, pero la preocupación febril y la ansiedad indebida con respecto a las cosas mundanas no están de acuerdo con su voluntad.—*RH*, 1^o de marzo, 1887.

33. LA SIMPATÍA POR LOS POBRES

En vista de lo que el cielo está haciendo para salvar a los perdidos, ¿cómo pueden los que participan de las riquezas de la gracia de Cristo retirar su interés y su simpatía a sus semejantes? ¿Cómo pueden complacerse en el orgullo de jerarquía o clase social, y despreciar a los infortunados y los pobres?

Sin embargo, es muy cierto que el orgullo de clase y la opresión de los pobres que prevalecen en el mundo, también existen entre los seguidores profesos de Cristo. En el caso de muchos, parecería que se han congelado los afectos que deberían manifestarse plenamente hacia la humanidad. Los hombres se apoderan de los dones confiados a ellos para que beneficien a otros. Los ricos abusan de los pobres y emplean los recursos así ganados para complacer su orgullo y su amor a la ostentación aun en la casa de Dios. Los pobres llegan a sentir que resulta demasiado costoso para ellos asistir a los servicios de adoración a Dios. Muchos piensan que sólo los ricos pueden dedicarse a la adoración pública de Dios en una forma adecuada como para causar una buena impresión en el mundo. Si no fuera porque el Señor manifestó su amor a los pobres y humildes que experimentan contrición de espíritu, este mundo sería un lugar muy triste para los pobres...

El Redentor del mundo fue hijo de padres pobres, y cuando en su infancia fue presentado en el templo, su madre pudo llevar tan sólo la ofrenda establecida para los pobres: un par de tórtolas o dos palominos. El constituyó el don más precioso hecho por el cielo a nuestro mundo, un don que escapa a todo cálculo, y sin embargo se dio testimonio de él sólo mediante la ofrenda más pequeña. Nuestro Salvador, durante su estada en el mundo, compartió la suerte de los pobres y humildes. La abnegación y el sacrificio caracterizaron su vida.

Todos los favores y las bendiciones de que disfrutamos proceden solamente de él; somos mayordomos de su gracia y de sus dones

La simpatía por los pobres

temporales; el talento más pequeño y el servicio más humilde pueden ofrecerse a Jesús como dones consagrados, y él los presentará al Padre con la fragancia de sus propios méritos. Si presentamos lo mejor que tenemos con toda sinceridad y con amor a Dios, con el anhelo ferviente de servir a Jesús, el don será aceptado plenamente. Cada uno puede hacerse tesoros en los cielos. Todos pueden ser “ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna” (1 Tim. 6: 18, 19).

UNIDOS POR VÍNCULOS DE SIMPATÍA

Dios se propone que los ricos y los pobres se unan estrechamente con vínculos de simpatía y utilidad. El tiene un plan para cada uno de nosotros en forma individual. Ha señalado una obra para todos los que quieran servirle. Nos pide que nos intereseamos en cada caso de sufrimiento o de necesidad que encontremos a nuestro paso.

Nuestro Señor Jesucristo fue rico, y sin embargo por amor a nosotros se empobreció, para que mediante su pobreza pudiésemos ser ricos. El pide a quienes ha confiado bendiciones temporales que sigan su ejemplo. Les dice: “Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis, les podréis hacer bien” (S. Mar. 14: 7). La necesidad y miseria del mundo estimulan constantemente nuestra compasión y simpatía, y el Salvador declara que el ministerio de los afligidos y dolientes constituye el servicio más agradable para él. El dice: “¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano?” (Isa. 58: 7). Debemos servir a los enfermos, alimentar a los hambrientos, vestir a los desnudos e instruir a los ignorantes.

Hay muchos que murmuran contra Dios porque el mundo está tan lleno de necesidad y sufrimiento. Pero el Señor es un Dios benevolente, y por esto desea que por medio de sus representantes

a quienes ha confiado sus bienes, se satisfagan todas las necesidades de sus criaturas. Ha hecho provisión abundante para las necesidades de todos, y si los hombres no abusaran de sus dones reteniéndolos egoístamente de sus semejantes, nadie necesitaría padecer necesidad.—RH, 20 de junio, 1893.

Ante los ojos de Dios no existen los rangos

Nunca deberíamos actuar con indiferencia y falta de simpatía, especialmente cuando tratamos con los pobres. A todos debemos tratar con cortesía, simpatía y compasión. La parcialidad manifestada hacia los ricos desagrada a Dios. Jesús es menospreciado cuando se desprecia a sus hijos necesitados. Estos no son ricos en bienes de este mundo, pero ellos son caros a su corazón amante. Dios no reconoce distinción de rango. El no toma en cuenta las clases sociales. Ante su vista los hombres no son más que hombres, buenos o malos. En el día final del ajuste de cuentas, la posición, las clases sociales o la riqueza no alterarán ni en el espesor de un cabello el caso de ninguna persona. El Dios que todo lo ve juzgará a los hombres por lo que éstos son en pureza, nobleza y amor a Cristo...

Cristo declaró que el Evangelio debía predicarse a los pobres. La verdad de Dios nunca se reviste más de un aspecto de mayor belleza que cuando es llevada a los necesitados y desposeídos. Entonces es cuando la luz del Evangelio brilla con su claridad más radiante e ilumina la choza de los campesinos y la rústica cabaña del labrador. Los ángeles de Dios están allí y su presencia convierte en un banquete el pedazo de pan duro y el vaso de agua. Los que han sido descuidados y abandonados por el mundo son ensalzados para llegar a ser hijos e hijas del Altísimo. Elevados por encima de cualquier posición social que la tierra pueda conceder, se sientan en los lugares celestiales en Cristo Jesús. Puede ser que no posean tesoros terrenales, pero han encontrado la perla de gran precio.—RH, 21 de julio, 1910.

Los derechos de la viuda y el huérfano

No es prudente dar en forma indiscriminada a cualquiera que solicite nuestra ayuda, porque así podríamos estimular el ocio, la intemperancia y la extravagancia. Pero si alguien acude a vuestra puerta y dice que tiene hambre, no lo despachéis con las manos vacías. Dadle algo de comer de vuestras provisiones. No conocéis sus circunstancias, y podría ocurrir que su pobreza sea el resultado del infortunio.

Pero entre todas las personas cuyas necesidades exigen nuestro interés, la viuda y el huérfano tienen derecho en forma más definida a nuestra tierna consideración y cuidado. “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Sant. 1: 27).

El padre que ha muerto en la fe confiado en la promesa eterna de Dios, ha dejado a sus seres amados confiando plenamente en que el Señor cuidaría de ellos. ¿Y cómo provee el Señor para satisfacer las necesidades de estas personas enlutadas? No obra un milagro enviándoles maná del cielo, ni les envía los cuervos para que les lleven alimento; sino que obra un milagro en los corazones humanos, expulsando el egoísmo del alma y abriendo las fuentes de la generosidad. Pone a prueba el amor de sus seguidores profesos encomendando a su tierna compasión a los afligidos y enlutados, a los pobres y los huérfanos. Estos son en un sentido especial los pequeñitos de quienes Cristo se preocupa, y se lo ofende a él cuando se los descuida. Los que se desentienden de ellos están descuidando a Cristo en la persona de sus hijos afligidos.

Cada acto bondadoso realizado para ellos en el nombre de Jesús es aceptado por él como si hubiese sido hecho para él mismo, porque identifica su interés con el de la humanidad doliente; por eso ha confiado a su iglesia la grandiosa tarea de servir a Jesús ayudando y bendiciendo a los necesitados y a los afligidos. La bendición del Señor descansará sobre todos los que los socorran con buena voluntad.

Hasta el momento cuando la muerte haya sido sorbida en victoria siempre habrá huérfanos a quienes cuidar, y quienes sufrirán en más de una manera si la tierna compasión y bondad de los miembros de nuestra iglesia no se ponen en acción en favor de ellos. El Señor nos dice: “¿No es que... a los pobres errantes albergues en casa?” (Isa. 58: 7). La cristiandad debe proporcionar padres y madres a quienes carecen de hogar. La compasión por la viuda y el huérfano manifestada en las oraciones y las obras será recordada por Dios para ser recompensada pronto...

LA MISERICORDIA EVIDENCIA NUESTRA UNIÓN CON DIOS

Dios nos imparte su bendición para que podamos compartir lo que tenemos con otros. Y mientras permitamos ser usados como los conductos a través de los cuales pueda fluir su amor, él mantendrá provistos esos conductos. Cuando pedís al Señor vuestro pan cotidiano, él mira directamente vuestro corazón para ver si lo compartiréis con otros que tienen más necesidad que vosotros mismos. Cuando oráis: “Dios, sé propicio a mí, pecador”, él observa para ver si manifestaréis compasión con vuestros asociados. La evidencia de nuestra conexión con Dios se manifiesta en que somos misericordiosos así como nuestro Padre que está en el cielo es misericordioso. Si le pertenecemos, haremos gozosamente lo que él nos ordena, aunque esto implique inconvenientes y aunque contraríe nuestros sentimientos...

Desarrollaremos nuestro carácter cristiano al hacer las obras de Cristo y al satisfacer tal como él lo hizo las necesidades de los sufrientes y afligidos. Dios nos ha pedido para nuestro bien que practiquemos la abnegación por amor a Cristo, que llevemos la cruz, que trabajemos y nos sacrifiquemos mientras procuramos salvar a los que están perdidos. Este es el proceso del Señor para refinar y extraer el material inferior a fin de que los preciosos rasgos de carácter que estaban en Jesús aparezcan en el creyente. Toda escoria debe ser barrida del alma mediante la santificación de la verdad...

Por medio de la gracia de Cristo, nuestros esfuerzos por bendecir a otros no sólo son los medios destinados a hacernos crecer en la gracia, sino que también acrecentarán nuestra felicidad futura y eterna. A todos los que han sido colaboradores con Cristo se les dirá: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor” (S. Mat. 25: 21).—RH, 27 de junio, 1893.

No hay que sostenerlos en el ocio

La costumbre de sostener a hombres y mujeres en el ocio mediante dones privados o el dinero de la iglesia estimula en ellos malos hábitos. Hay que evitar concienzudamente este proceder. Cada hombre, mujer y niño deberían ser educados para desempeñar un trabajo práctico y útil. Todos deberían aprender algún oficio. Podría ser la fabricación de tiendas u otro oficio, pero todos deberían ser enseñados a emplear sus facultades con algún propósito. Y Dios está listo para aumentar las capacidades de todos los que quieran educarse a sí mismos para adquirir hábitos de laboriosidad. En lo que requiere diligencia debemos ser “no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor” (Rom. 12: 11). Dios bendecirá a todos los que cuiden su influencia en este sentido.—RH, 13 de marzo, 1900.

Desviando recursos de la tesorería de la misión

En muchos casos los recursos que deberían dedicarse a la obra misionera se desvían hacia otros canales a causa de ideas erradas acerca de la generosidad. Podemos equivocarnos al ofrecer a los pobres donativos que no constituyen una bendición para ellos y que en cambio los induzcan a pensar que no necesitan realizar un esfuerzo y practicar la economía, porque habrá quienes no permitirán que ellos padezcan necesidad. No debemos aprobar la indolencia ni estimular los hábitos de complacencia propia proporcionando los medios que satisfarán los deseos de gratificación. Si bien es

cierto que no hay que descuidar a los pobres que son dignos, a todos hay que enseñar, hasta donde sea posible, a ayudarse a sí mismos.

La salvación de las almas constituye la carga de nuestra obra. Con este fin Cristo realizó el gran sacrificio y es esto lo que exige especialmente nuestra liberalidad.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh-day Adventists*, p. 293.

La abnegación y el sacrificio de sí mismo

Los hijos de Dios acuden a él cuando están en necesidad y aflicción. Muchos mueren por falta de las cosas necesarias para sustentar la vida. Sus ruegos han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos, y él pedirá estricta cuenta a los que han descuidado a los necesitados. ¿Qué harán esos ricos egoístas cuando el Señor les pregunte: “¿Qué hicisteis con el dinero que os di para que lo empleaseis para mí?” “E irán éstos al castigo eterno” (S. Mat. 25: 46). El Señor les dirá: “Apartaos de mí, malditos... Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis” (S. Mat. 25: 41-43).

Los lamentos de un mundo afligido se oyen en todas partes a nuestro alrededor. El pecado está arrojando sus sombras sobre nosotros. Dispongámonos a colaborar con el Señor. El placer y el poder de este mundo desaparecerán. Nadie podrá llevar sus riquezas terrenales al mundo eterno. Pero la vida pasada haciendo la voluntad de Dios permanecerá para siempre. El resultado de lo que ha sido dado para promover la obra de Dios se verá en el reino de Dios.—*RH*, 31 de enero, 1907.

PARA UN ESTUDIO ADICIONAL

- La adquisición de riqueza es una habilidad dada por Dios, 4 T 452, 453.
- La riqueza constituye una bendición potencial, MC 162, 164.
- El valor del dinero está representado por el bien que éste pueda hacer, PVGM 330, 331.
- El cristiano ideal distribuye con una mano y gana con la otra, 2 T 240.
- El peligro de la prosperidad, PR 42, 43.
- Dios no quiere el dinero conseguido con falta de honradez, JT 1, 510, 511.
- La opresión de los asalariados, 1 T 175, 176, 480.
- Falta de honradez en los negocios, 4 T 494.
- Proceder mezquino de los comerciantes, 2 T 238, 239.
- Hay que poner límite a la astucia, 4 T 540.
- Trabajo excesivo para adquirir riquezas, 2 T 654-656.
- Los hombres obran como si estuvieran privados de razón, 2 T 662, 663.
- Responsabilidades del negociante cristiano, JT 1, 548, 549.
- Se necesita una habilidad comercial consagrada, 5 T 276.
- Pablo inculpa a los ricos, JT 540-542.
- Satanás procura retener los recursos en sus filas, 2 T 675, 676; PE 265-269.
- Cómo estorbar los designios de Satanás, JT 1, 42.
- Cómo asegurar los bienes materiales, 9 T 51.
- Hay sólo dos lugares como depósitos, 6 T 447, 448.
- Probados por la invitación a la fiesta evangélica, JT 1, 36, 362.
- La riqueza y el ocio no son una bendición, 2 T 259; 6 T 452.
- La vida malgastada del rico necio, 3 T 546; PVGM 236-238, 5 T 260, 261.
- La invitación de Cristo al joven rico, DTG 477-481.
- Muchos observadores del sábado son como el joven rico, 1 T 170-172.
- Conversión providencial de hombres acaudalados, 9 T 114, 115; 1 T 174, 175; JT 2, 496.
- Dios prueba a los hombres, a algunos concediéndoles riquezas y a otros quitándoselas, 5 T 261.

SECCIÓN VI

*En la pobreza
abunda
la liberalidad*

En la pobreza abunda la liberalidad

- 34. Elogio de la liberalidad 167
- 35. De gran valor ante la vista de Dios 173
 - Para un estudio adicional 177

34. ELOGIO DE LA LIBERALIDAD

El apóstol Pablo, en su ministerio entre las iglesias, era incansable en sus esfuerzos por inspirar en los corazones de los nuevos conversos un deseo de hacer grandes cosas por la causa de Dios. A menudo los exhortaba a ejercer la liberalidad. Al hablar con los ancianos de Éfeso respecto a sus labores anteriores entre ellos, dijo: “En todo os he enseñado que, trabajando así, es necesario sobrellevar a los enfermos, y tener presente las palabras del Señor Jesús, el cual dijo: Más bienaventurada cosa es dar que recibir” (Hech. 20: 35). “El que siembra escasamente —escribió a los corintios—, también segará escasamente; y el que siembra en bendiciones, en bendiciones también segará. Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, o por necesidad; porque Dios ama al dador alegre” (2 Cor. 9: 6, 7).

Casi todos los creyentes macedonios eran pobres en bienes de este mundo, pero sus corazones rebosaban de amor a Dios y a su verdad, y daban alegremente para el sostén del Evangelio. Cuando se hicieron colectas generales entre las iglesias gentiles para aliviar a los creyentes judíos, la liberalidad de los conversos de Macedonia se presentaba como un ejemplo a las otras iglesias. Escribiendo a los creyentes corintios, el apóstol les llamó la atención a “la gracia de Dios que ha sido dada a las iglesias de Macedonia: que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su bondad. Pues de su grado han dado conforme a sus fuerzas..., y aun sobre sus fuerzas; pidiéndonos con muchos ruegos, que aceptásemos la gracia y la comunicación del servicio para los santos” (2 Cor. 8: 1-4).

La buena voluntad de los creyentes macedonios para sacrificarse era resultado de la consagración completa. Movidos por el Espíritu de Dios, “a sí mismos se dieron primeramente al Señor” (2 Cor. 8: 5); entonces estaban dispuestos a dar generosamente de sus medios para el sostén del Evangelio. No era necesario instarlos a dar; más bien, se regocijaban por el privilegio de privarse aun de las

cosas necesarias a fin de suplir las necesidades de otros. Cuando el apóstol quiso contenerlos, le importunaron para que aceptara sus ofrendas. En su sencillez e integridad, y en su amor por los hermanos, se negaban alegremente a sí mismos, y así abundaban en frutos de benevolencia.

Cuando Pablo envió a Tito a Corinto para fortalecer a los creyentes de allí, le indicó que edificara a la iglesia en la gracia de dar; y en una carta personal a los creyentes, él también añadió su propio llamamiento. “Por tanto, como en todo abundáis —les rogó—, en fe, y en palabra, y en ciencia, y en toda solicitud, y en vuestro amor para con nosotros, que también abundéis en esta gracia”. “Ahora pues, llevad también a cabo el hecho, para que como estuvisteis prontos a querer, así también lo estéis en cumplir conforme a lo que tenéis. Porque si primero hay la voluntad pronta, será aceptada por lo que tiene, no por lo que no tiene”. “Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia; a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo que basta, abundéis para toda buena obra...; para que estéis enriquecidos en todo para toda bondad, la cual obra por nosotros hacimiento de gracias a Dios” (2 Cor. 8: 7, 11, 12; 9: 8-11).

La liberalidad abnegada provocaba en la iglesia primitiva arrebatos de gozo; porque los creyentes sabían que sus esfuerzos ayudaban a enviar el mensaje evangélico a los que estaban en tinieblas. Su benevolencia testificaba de que no habían recibido en vano la gracia de Dios. ¿Qué podía producir semejante liberalidad sino la santificación del Espíritu? En ojos de los creyentes y de los incrédulos, era un milagro de la gracia.—*HA 275-277.*

La liberalidad recompensada

“Entonces él [Elías] se levantó, y se fue a Sarepta. Y como llegó a la puerta de la ciudad, he aquí una mujer viuda que estaba allí cogiendo serojas; y él la llamó, y díjole: Ruégote que me traigas una poca de agua en un vaso, para que beba. Y yendo ella para traérse-

la, él la volvió a llamar, y díjole: Ruégote que me traigas también un bocado de pan en tu mano”.

En ese hogar azotado por la pobreza, el hambre apremiaba; y la escasa pitanza parecía a punto de agotarse. La llegada de Elías en el mismo día en que la viuda temía verse obligada a renunciar a la lucha para sustentar su vida, probó hasta lo sumo la fe de ella en el poder del Dios viviente para proveerle lo que necesitaba. Pero aun en su extrema necesidad, reveló su fe cumpliendo la petición del forastero que solicitaba compartir con ella su último bocado.

En respuesta a la petición que le hacía Elías, de que le diera de comer y beber, la mujer dijo: “Vive Jehová Dios tuyo, que no tengo pan cocido; que solamente un puñado de harina tengo en la tinaja, y un poco de aceite en una botija: y ahora cogía dos serojas, para entrarme y aderezarlo para mí y para mi hijo, y que lo comamos, y nos muramos”. Elías le contestó: “No hayas temor; ve, haz como has dicho: empero hazme a mí primero de ello una pequeña torta cocida debajo de la ceniza, y tráemela; y después harás para ti y para tu hijo. Porque Jehová Dios de Israel ha dicho así: La tinaja de la harina no escaseará, ni se disminuirá la botija del aceite, hasta aquel día que Jehová dará lluvia sobre la haz de la tierra”.

No podría haberse exigido mayor prueba de fe. Hasta entonces la viuda había tratado a todos los forasteros con bondad y generosidad. En ese momento, sin tener en cuenta los sufrimientos que pudiesen resultar para ella y su hijo, y confiando en que el Dios de Israel supliría todas sus necesidades, dio esta prueba suprema de hospitalidad obrando “como le dijo Elías”.

Admirable fue la hospitalidad manifestada al profeta de Dios por esta mujer fenicia, y admirablemente fueron recompensadas su fe y generosidad. “Y comió él, y ella y su casa, muchos días. Y la tinaja de la harina no escaseó, ni menguó la botija del aceite, conforme a la palabra de Jehová que había dicho por Elías...”

La viuda de Sarepta compartió su poco alimento con Elías; y en pago, fue preservada su vida y la de su hijo. Y a todos los que, en

tiempo de prueba y escasez, dan simpatía y ayuda a otros más menesterosos, Dios ha prometido una gran bendición. El no ha cambiado. Su poder no es menor hoy que en los días de Elías.—PR 94-96.

Las dos blancas de la viuda

Jesús estaba en el atrio donde se hallaban los cofres del tesoro, y miraba a los que venían para depositar sus donativos. Muchos de los ricos traían sumas elevadas, que presentaban con gran ostentación. Jesús los miraba tristemente, pero sin hacer comentario acerca de sus ingentes ofrendas. Luego su rostro se iluminó al ver a una pobre viuda acercarse con vacilación, como temerosa de ser observada. Mientras los ricos y altaneros pasaban para depositar sus ofrendas, ella vacilaba como si no se atreviese a ir más adelante. Y sin embargo, anhelaba hacer algo, por poco que fuese, en favor de la causa que amaba. Miraba el donativo que tenía en la mano. Era muy pequeño en comparación con los que traían aquellos que la rodeaban, pero era todo lo que tenía. Aprovechando su oportunidad, echó apresuradamente sus dos blancas y se dio vuelta para irse. Pero al hacerlo, notó que la mirada de Jesús se fijaba con fervor en ella.

El Salvador llamó a sí a sus discípulos, y les pidió que notasen la pobreza de la viuda. Entonces sus palabras de elogio cayeron en los oídos de ella: “De verdad os digo, que esta pobre viuda echó más que todos”. Lágrimas de gozo llenaron sus ojos al sentir que su acto era comprendido y apreciado. Muchos le habían aconsejado que guardase su pitanza para su propio uso. Puesto en las manos de los bien alimentados sacerdotes, se perdería de vista entre los muchos y costosos donativos traídos a la tesorería. Pero Jesús comprendía su motivo. Ella creía que el servicio del templo era ordenado por Dios, y anhelaba hacer cuanto pudiese para sostenerlo. Hizo lo que pudo, y su acto había de ser un monumento a su memoria para todos los tiempos, y su gozo en la eternidad. Su corazón acompañó a su donativo, cuyo valor se había de estimar, no por el de la moneda, sino por el amor hacia Dios y el interés en su obra que había impulsado la acción.

Jesús dijo acerca de la pobre viuda: “Echó más que todos”. Los ricos habían dado de su abundancia, muchos de ellos para ser vistos y honrados de los hombres. Sus grandes donativos no los habían privado de ninguna comodidad, ni siquiera de algún lujo; no habían requerido sacrificio alguno y no podían compararse en valor con las blancas de la viuda.

EL MOTIVO ES MÁS IMPORTANTE QUE LA CANTIDAD

Es el motivo lo que da carácter a nuestros actos, marcándolos con ignominia o con alto valor moral. No son las cosas grandes que todo ojo ve y que toda lengua alaba lo que Dios tiene por más precioso. Los pequeños deberes cumplidos alegremente, los pequeños donativos dados sin ostentación, y que a los ojos humanos pueden parecer sin valor, se destacan con frecuencia más altamente a su vista. Un corazón lleno de fe y de amor es más apreciable para Dios que el don más costoso. La pobre viuda dio lo que necesitaba para vivir al dar lo poco que dio. Se privó de alimento para entregar esas dos blancas a la causa que amaba. Y lo hizo con fe, creyendo que su Padre celestial no pasaría por alto su gran necesidad. Fue este espíritu abnegado y esta fe infantil lo que mereció el elogio del Salvador.

Entre los pobres hay muchos que desean demostrar su gratitud a Dios por su gracia y verdad. Anhelan participar con sus hermanos más prósperos en el sostenimiento de su servicio. Estas almas no deben ser repelidas. Permítaseles poner sus blancas en el banco del cielo. Si las dan con corazón lleno de amor por Dios, estas aparentes bagatelas llegan a ser donativos consagrados, ofrendas inestimables que Dios aprecia y bendice.—DTG 566, 567.

La ofrenda aceptable de María

Es el servicio prestado de todo corazón el que da valor al don. Cuando la Majestad del cielo se convirtió en una criatura y fue confiada a María, ésta no tenía mucho que ofrecer por ese precioso don.

Consejos sobre mayordomía cristiana

Llevó al altar solamente dos tórtolas, que eran la ofrenda designada para los pobres; pero fue un sacrificio aceptable para el Señor. Ella no pudo presentar tesoros preciosos como los que los sabios del Oriente ofrecieron al Hijo de Dios en Belén; sin embargo la madre de Jesús no fue rechazada debido a la pequeñez de su don. Fue la disposición de su corazón lo que el Señor contempló, y su amor tornó suave la ofrenda. Así también Dios aceptará nuestro don, aunque éste sea pequeño, si es lo mejor que tenemos y si se lo ofrecemos con amor.—RH, 9 de diciembre, 1890.

35. DE GRAN VALOR ANTE LA VISTA DE DIOS

Entre los profesos hijos de Dios hay hombres y mujeres que aman el mundo y las cosas mundanas, y esas almas están siendo corrompidas por las influencias mundanales. Lo divino está siendo echado fuera de su naturaleza. Como instrumento de injusticia, están trabajando en favor de los propósitos del enemigo.

En contraste con esta clase, están los pobres honrados e industriosos, que están listos para ayudar a los necesitados y dispuestos a soportar la injusticia antes que manifestar el espíritu mezquino y acumulador de los ricos. Estos hombres estiman la limpia conciencia y los principios rectos por encima del valor del oro. Están listos para hacer todo el bien que pueden. Si una empresa de beneficencia pide su dinero o su trabajo, son los primeros en responder y con frecuencia van mucho más allá de su capacidad real, negándose a sí mismos algunas cosas necesarias a fin de cumplir con su propósito benevolente.

Estos hombres no pueden jactarse de poseer grandes tesoros terrenales; pueden ser considerados como poseedores de un juicio y una sabiduría deficientes; su influencia puede no ser estimada como de valor especial; pero ante la vista de Dios son considerados valiosos. Puede considerarse que poseen escasa percepción, pero manifiestan una sabiduría que está tan por encima de la mente calculadora y adquisitiva como lo divino está por encima de lo humano; ¿acaso no se están haciendo un tesoro en los cielos, incorruptible, incontaminado y que nunca se marchitará?—*RH*, 19 de diciembre, 1899.

Como incienso fragante

La experiencia muestra que un espíritu de liberalidad se encuentra con más frecuencia entre los que poseen recursos limitados que entre los acaudalados. Muchos que desean ardientemente tener riquezas serán arruinados por su posesión. Cuando tales personas reciben talentos en términos de recursos económicos, con mucha fre-

cuencia amontonan o desperdician el dinero del Señor, hasta que el Maestro dice a cada uno de ellos: “Ya no podrás más ser mayordomo” (S. Luc. 16: 2). Utilizan sin honradez lo que pertenece a otros como si fuera lo suyo propio. Dios no les confiará las riquezas eternas...

El donativo de los pobres, el fruto de la abnegación, hecho para propagar la preciosa luz de la verdad, es como un incienso fragante delante de Dios. Cada acto de sacrificio hecho por el bien de los demás fortalecerá el espíritu de beneficencia en el corazón del donante, y lo unirá más estrechamente con el Redentor del mundo, quien fue rico, y sin embargo por amor a nosotros se empobreció, para que mediante su pobreza fuésemos ricos.

La suma más pequeña dada gozosamente como resultado de la abnegación es de más valor ante la vista de Dios que las ofrendas de los que podrían dar miles de pesos sin sentir necesidad. La pobre viuda que depositó dos blancas en la tesorería del Señor, mostró amor, fe y benevolencia... La bendición de Dios sobre esa ofrenda sincera la ha convertido en una fuente de grandes resultados.

Las blancas de la viuda han sido como una pequeña corriente que ha fluido a través de los siglos ampliándose y profundizándose en su curso y contribuyendo en mil direcciones a la extensión de la verdad y al alivio de los necesitados. La influencia de ese pequeño don ha obrado y vuelto a obrar sobre miles de corazones en todas las épocas y en todos los países. Como resultado de esto, incontables donativos han fluido hacia la tesorería del Señor de parte de los pobres liberales y abnegados. Por otra parte, su ejemplo ha estimulado para que hagan buenas obras a miles de personas amantes del ocio, egoístas y vacilantes, y sus dones también han ido a acrecentar el valor de la ofrenda de la viuda.—ST, 15 de noviembre, 1910.

Los que dan son recompensados aunque los donativos se empleen mal

Familias pobres que han experimentado la influencia santificadora de la verdad y por lo tanto la han apreciado, y sentido gratitud

a Dios por ella, han pensado que podrían privarse de las cosas más esenciales de la vida a fin de llevar sus ofrendas a la tesorería del Señor, y así lo hicieron. Algunos se han privado de ropa que necesitaban para su comodidad. Otros han vendido una sola vaca que tenían y han dedicado a Dios el dinero recibido. Con sinceridad de alma y con muchas lágrimas de gratitud por el privilegio de hacer eso por la causa de Dios, se han postrado ante el Señor con su ofrenda, y han invocado su bendición sobre ella al entregarla, orando para que fuese el medio de llevar al conocimiento de la verdad las almas que viven en tinieblas.

Los recursos así dedicados no siempre han sido empleados en la forma como los abnegados donantes se proponían. Hombres codiciosos y egoístas que no poseían espíritu de abnegación y sacrificio, han manejado con infidelidad los recursos que en esa forma se han llevado a la tesorería; y han robado el tesoro de Dios recibiendo dinero que no habían ganado con justicia. Su manejo impío y descuidado ha desperdiciado y esparcido los recursos que habían sido dedicados a Dios con oraciones y lágrimas...

Aunque los medios que en esa forma han sido consagrados sean mal empleados, de modo que no cumplan el objetivo que el donante tenía en vista —la gloria de Dios y la salvación de las almas—, los que hicieron el sacrificio con sinceridad de alma, buscando la gloria de Dios, no perderán su recompensa.—2 T 518, 519.

Cómo se los estima en las balanzas del Santuario

En las balanzas del santuario, los donativos de los pobres, presentados por amor a Cristo, no se estiman según la cantidad dada, sino según el amor que motiva el sacrificio. Las promesas de Jesús llegarán a ser tan ciertamente una realidad para el pobre generoso, que tiene poco que ofrecer, pero lo da con liberalidad, como para el pudiente que da de su abundancia. El pobre hace un sacrificio de lo poco que posee y lo siente en realidad. Se niega algunas de las cosas que necesita para su comodidad, mientras que el rico da de su abun-

Consejos sobre mayordomía cristiana

dancia y no siente ninguna necesidad, no se niega nada de lo que realmente le hace falta. Por lo tanto, tiene la ofrenda del pobre un carácter sagrado que no se encuentra en la ofrenda del rico, porque éste da de su abundancia. La providencia de Dios organizó todo el plan de la benevolencia sistemática para beneficio del hombre. Su providencia nunca se paraliza. Si los siervos de Dios entran por las puertas que él les abre, todos trabajarán activamente.—*JT* 1, 379.

PARA UN ESTUDIO ADICIONAL

- Ningún incienso es más fragante que los donativos de los pobres, 7 T 215, 216.
- Sacrificios de los pobres por la causa, *JT* 2, 330, 331.
- No hay que dejar que hagan todos los sacrificios los que tienen posesiones, *JT* 1, 32, 58; 9 T 245, 246.
- No deben colocar sus últimos recursos en instituciones, 1 T 639.
- Los pobres deben practicar la sencillez y la economía, MC 148-158.
- Los talentos dados a los pobres deben ser empleados, 2 T 245-247.
- Los pobres deben ayudarse a sí mismos hasta donde sea posible, *JT* 1, 93; 2 T 30-37; *JT* 2, 516.
- La liberalidad no producirá escasez, *PP* 566-574.
- Los pobres en Israel no deberían venir con las manos vacías, 1 T 220.

SECCIÓN VII

*La riqueza
de los gentiles*

La riqueza de los gentiles

- 36. Favores que deben recibirse e impartirse 181
- 37. Dios prepara el camino 184
- 38. La obra de la recolección 187
 - Para un estudio adicional 190

36. FAVORES QUE DEBEN RECIBIRSE E IMPARTIRSE

Durante todo el tiempo que estemos en este mundo, y el Espíritu de Dios esté luchando con el mundo, hemos de recibir e impartir favores. Hemos de dar al mundo la luz de la verdad como se la presenta en las Escrituras, y hemos de recibir del mundo lo que Dios los induce a hacer en favor de la causa. El Señor todavía actúa en corazones de reyes y gobernantes para que favorezcan a su pueblo, y conviene que los que están tan profundamente interesados en el asunto de la libertad religiosa no rechacen ningún favor, o dejen de aceptar la ayuda que Dios ha inducido a los hombres a dar, para el progreso de la causa.

Encontramos ejemplos en la Palabra de Dios concernientes a este mismo asunto. Ciro, rey de Persia, hizo una proclamación por todo su reino, y la puso por escrito, diciendo: “¡Así ha dicho Ciro rey de Persia: Jehová Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá. ¿Quién hay entre vosotros de todo su pueblo? Sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa de Jehová Dios de Israel”. Se promulgó un segundo mandato por parte de Darío para la edificación de la casa del Señor, que está registrado en el capítulo seis de Esdras.

El Señor Dios de Israel ha colocado sus bienes en manos de los no creyentes, pero éstos han de ser usados para realizar las obras que pueden hacerse por un mundo caído. Los agentes por cuyo intermedio estos dones vienen a nosotros pueden abrir caminos por los cuales enviar la verdad. Pueden no tener simpatía por la obra, pueden no tener fe en Cristo, ni practicar sus palabras; pero sus dones no han de ser rechazados por esta causa...

Se me ha mostrado reiteradamente que podríamos recibir muchos más favores de muchas maneras si nos aproximáramos a hombres de sabiduría, los familiarizáramos con nuestra obra, y les

diéramos una oportunidad de realizar aquellas cosas que es nuestro privilegio inducirlos a hacer por el progreso de la obra de Dios.—*TM 203, 204.*

El ejemplo de Nehemías

Nehemías no se conformaba con la incertidumbre. Los recursos que le faltaban, los solicitaba a los que estaban en condiciones de dárselos. Y el Señor sigue dispuesto a obrar en los corazones de los que se hallan en posesión de sus bienes, para que los entreguen en favor de la causa de la verdad. Los que trabajan para él deben valerse de la ayuda que él induce a los hombres a dar. Esos donativos pueden abrir vías por las cuales la luz de la verdad irá a muchas tierras entenebrecidas. Los donantes no tienen quizá fe en Cristo ni conocen su palabra; pero sus donativos no deben ser rehusados por este motivo—*PR 468.*

De aquí en adelante, la obra de Dios debe avanzar rápidamente; y si su pueblo quiere responder a su llamamiento, él hará a las personas pudientes voluntarias para dar de sus recursos, a fin de facilitar la terminación de su obra en la tierra. “Es, pues, la fe la sustancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven” (Heb. 11: 1). Si su pueblo confía en su Palabra, Dios lo pondrá en posesión de propiedades que le permitirán trabajar en las grandes ciudades que están esperando el mensaje de la verdad.—*JT 3, 420.*

Recibiendo donativos de afuera

Preguntáis si es propio recibir dones de los gentiles o los paganos. La pregunta no es extraña; pero yo os preguntaría: ¿Quién es el que posee nuestro mundo? ¿Quiénes son los verdaderos dueños de las casas y las tierras? ¿No es Dios? El tiene en nuestro mundo una abundancia de recursos que ha colocado en las manos de los hombres, con la cual puede suplirse a los hambrientos, vestirse al desnudo, y brindarse hogar al que carece de él. El Señor induciría a hom-

Favores que deben recibirse e impartirse

bres mundanos, aun idólatras, a dar de su abundancia para el sostén de la obra, si nos aproximáramos a ellos con sabiduría, y les diéramos una oportunidad de hacer aquello que tienen el privilegio de realizar. Lo que ellos quisieran dar nosotros tendríamos el privilegio de recibirlo.

Debemos llegar a relacionarnos con hombres que están en lugares encumbrados, y ejerciendo la sabiduría de la serpiente y la sencillez de la paloma, obtendríamos ventajas de ellos, porque Dios conmovería sus mentes para hacer muchas cosas en favor de su pueblo. Si las personas adecuadas les presentaran a los que tienen medios e influencia las necesidades de la obra de Dios de una manera propia, estos hombres harían mucho para hacer progresar la causa de Dios en nuestro mundo. Nos hemos privado de privilegios y ventajas cuyo beneficio podríamos haber tenido, porque hemos escogido ser independientes del mundo. Pero no necesitamos sacrificar un solo principio de verdad mientras aprovechamos la ventaja de toda oportunidad para hacer progresar la causa de Dios.—*TM*, 198.

37. DIOS PREPARA EL CAMINO

Si las necesidades de la obra del Señor se pusieran de relieve con la debida luz ante los que poseen recursos e influencia, esos hombres podrían hacer mucho por promover la causa de la verdad presente. El pueblo de Dios ha perdido muchos privilegios que habría podido aprovechar si no se hubiese aislado del mundo.

En la providencia de Dios, diariamente nos ponemos en contacto con los inconversos. Dios está preparando el camino delante de nosotros con su propia mano derecha a fin de que su obra pueda progresar rápidamente. Como colaboradores con él, tenemos una obra sagrada que realizar. Debemos sentir aflicción de espíritu por los que se encuentran en lugares elevados, y debemos extenderles la graciosa invitación de venir a la fiesta de bodas. Aunque ahora se encuentra casi exclusivamente en posesión de hombres impíos, todo el mundo, con sus riquezas y tesoros, pertenece a Dios. “De Jehová es la tierra y su plenitud” (Sal. 24: 1)... Ojalá que los cristianos comprendiesen cada vez con más plenitud que tienen el privilegio y el deber, mientras se aferran a los principios correctos, de aprovechar cada oportunidad enviada por el cielo para promover el reino de Dios en este mundo.—*Stewardship Series*, N° 1, pp. 14, 15. (Un llamamiento a los ministros y dirigentes de iglesia concerniente a la solicitación de donativos para nuestra obra misionera en el extranjero.)

Impresionados a dar por el Espíritu

Los médicos misioneros que trabajan con criterio evangelístico están llevando a cabo una obra tan elevada como la de los obreros ministeriales. Los esfuerzos realizados por esos obreros no deben limitarse a las clases más pobres. Las clases más elevadas han sido extrañamente descuidadas. En las profesiones superiores se encontrarán muchos que responderán a la verdad, porque ésta es consecuente, porque lleva la estampa del elevado carácter del Evangelio.

Dios prepara el camino

No pocos hombres de habilidad ganados de esta forma para la causa participarán con energía en la obra del Señor.

El Señor llama a los que ocupan posiciones de confianza, a los que ha confiado sus dones preciosos, para que empleen a su servicio sus aptitudes intelectuales y sus recursos económicos. Nuestros obreros deberían presentar delante de estas personas una clara exposición de nuestro plan de trabajo diciéndoles lo que necesitamos a fin de ayudar a los pobres y necesitados y para establecer nuestra obra sobre una base firme. Algunos de éstos serán impresionados por el Espíritu Santo a invertir los medios del Señor en una forma que promueva su causa. Cumplirán el propósito de Dios ayudando a crear centros de influencia en las ciudades populosas.—7 T 112.

Pedidos hechos a los ricos

Hay un mundo que debe ser amonestado, y hemos evitado escrupulosamente pedir a los ricos, sean éstos miembros de la iglesia o mundanos, que nos ayuden en la obra. Quisiéramos que todos los cristianos profesos estuviesen con nosotros. Quisiéramos que sus almas manifiesten liberalidad en ayudarnos a edificar el reino de Dios en nuestro mundo. Debiéramos pedir a hombres destacados y buenos que nos ayuden en nuestra obra cristiana. Debieran ser invitados a secundar nuestros esfuerzos por buscar y salvar a los que se han perdido.—*The Origin and Development of the Thanksgiving Plan*, p. 5 (escrito el 28 de febrero de 1900).

Dios allanará el camino

Los tiempos se hacen más duros, y el dinero es difícil de obtener; pero Dios nos dará ocasión de alcanzar fuentes para nuestro propio pueblo. No puedo ver cómo alguien se oponga a la recepción de donativos de parte de aquellos que no son de nuestra fe. Sólo pueden ellos hacer esto asumiendo puntos de vista extremos, y creando problemas donde no están autorizados a hacerlo. Este es el

mundo de Dios, y si Dios puede guiar a los agentes humanos, de tal manera que la tierra que ha estado en poder del enemigo nos sea transferida para que el mensaje sea proclamado en regiones lejanas, ¿bloquearán los hombres el camino con sus nociones estrechas? Tal tipo de espíritu concienzudo es cualquier cosa menos saludable. El Espíritu Santo nos induce a los hombres a seguir una conducta tal.—TM 212.

Un medio de conversión

¿Por qué no pedir la ayuda de los gentiles? He recibido instrucción según la cual en el mundo hay hombres y mujeres de corazones comprensivos, quienes serán movidos a compasión cuando se les presenten las necesidades de la humanidad sufriente...

En el mundo hay hombres que darán sus recursos para la edificación de escuelas y sanatorios. Este asunto me ha sido presentado en esta luz. Nuestra obra debe ser agresiva. El dinero pertenece al Señor y si se entrevista a los ricos en forma debida el Señor conmoverá sus corazones y los impresionará para que den de sus recursos. El dinero de Dios está en las manos de esas personas y algunas de ellas responderán al pedido de ayuda.

Considerad esto y haced todo lo que sea posible para conseguir donativos. No debemos pensar que no sea correcto pedir recursos a los hombres mundanos, porque eso es precisamente lo que debe hacerse. Este plan me fue presentado como un medio de entrar en contacto con los ricos del mundo. En esta forma no pocos se interesarán, oirán y creerán la verdad para este tiempo.—*Stewardship Series*, N° 1, pp. 15, 16.

38. LA OBRA DE LA RECOLECCIÓN

Al poner en práctica cualquier plan establecido para llevar a otros el conocimiento de la verdad presente, y de las maravillosas providencias relacionadas con el progreso de la causa, en primer lugar consagrémonos nosotros mismos plenamente a Aquel cuyo nombre deseamos exaltar. Oremos fervorosamente en beneficio de quienes deseamos visitar llevándolos con fe viviente, uno a uno, ante la presencia de Dios.

El Señor conoce los pensamientos y propósitos del hombre, ¡y con cuánta facilidad puede enternecernos! ¡Cómo su Espíritu, como un fuego, puede subyugar el corazón empedernido! ¡Cómo puede llenar el alma de amor y ternura! ¡Cómo puede darnos las gracias de su Espíritu Santo y capacitarnos para salir a trabajar por las almas! El poder de la gracia subyugadora debería sentirse en toda la iglesia en esta época; y se sentirá si prestamos atención a los consejos de Cristo dados a sus seguidores. A medida que aprendamos a adornar la doctrina de Cristo nuestro Salvador ciertamente veremos la salvación de Dios.

A todos los que están por encargarse de una tarea misionera especial con la publicación preparada para ser utilizada en la Campaña de la Recolección, quiero decirles: Sed diligentes en vuestros esfuerzos; vivid bajo la dirección del Espíritu Santo. Aumentad diariamente vuestra experiencia cristiana. Que los que posean aptitudes especiales trabajen por los que no creen, en los lugares acomodados tanto como en los lugares humildes. Buscad diligentemente las almas que perecen. Pensad en el gran deseo que Cristo tiene de llevar a su redil nuevamente a los que se han descarriado.

Buscad a las almas como quienes saben que han de rendir cuenta por ellas. Mediante la obra misionera que hagáis en la iglesia y en el vecindario haced brillar vuestra luz con rayos claros y definidos a fin de que ninguna persona pueda levantarse en el juicio y

decir: “¿Por qué no me hablasteis acerca de la verdad? ¿Por qué no os preocupasteis de mi alma?”

Luego seamos diligentes en la distribución de las publicaciones que han sido preparadas cuidadosamente para ser empleadas entre los que no pertenecen a nuestra fe. Obtengamos lo más posible de cada oportunidad que tengamos de atraer la atención de los incrédulos. Coloquemos las publicaciones en cada mano que quiera recibirlas. Consagrémonos a la proclamación del mensaje. “Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios” (Isa. 40: 3). Los instrumentos divinos y humanos deben unirse para el cumplimiento de un gran objetivo. Ahora es el día de nuestra responsabilidad. “El Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apoc. 22: 17).—MS 2, 1914.

El fruto de este doble esfuerzo

Según la providencia de Dios, los que han estado soportando la carga de su obra se han estado esforzando por poner nueva vida en métodos antiguos de trabajo, y también por inventar nuevos planes y nuevos métodos para despertar el interés de los miembros de la iglesia para que realicen un esfuerzo unido a fin de alcanzar el mundo. Uno de los nuevos planes para alcanzar a los incrédulos es la Campaña de la Recolección para las misiones. En muchos lugares durante los últimos años, esto ha demostrado ser un éxito, ha llevado bendición a muchos y ha aumentado los recursos que fluyen a la tesorería de la misión. A medida que los que no pertenecen a nuestra fe se han familiarizado con el progreso del mensaje del tercer ángel en las tierras paganas, se han despertado sus simpatías y algunos han procurado aprender más acerca de la verdad que tiene tal poder para transformar los corazones y las vidas. Hombres y mujeres pertenecientes a todas las clases han sido alcanzados y el nombre de Dios ha sido glorificado.

En años pasados, he hablado en favor del plan de presentar

La obra de la recolección

nuestra obra misionera y su progreso ante nuestros amigos y vecinos, y me he referido al ejemplo de Nehemías. Y ahora deseo instar a nuestros hermanos a estudiar nuevamente la experiencia de este hombre de oración, fe y sólido juicio quien se atrevió a pedir a su amigo, el rey Artajerjes, ayuda para promover los intereses de la causa de Dios. Que todos comprendan que al presentar las necesidades de nuestra obra, los creyentes podrán reflejar la luz sobre otros únicamente cuando, tal como Nehemías en la antigüedad, se acerquen a Dios y vivan en estrecha relación con el Dador de toda luz. Nuestras propias almas deben estar firmemente arraigadas en el conocimiento de la verdad, si queremos ganar a otros del error a la verdad. Ahora necesitamos investigar diligentemente las Escrituras para que, a medida que nos familiaricemos con los incrédulos, podamos presentarles a Cristo, como el Salvador ungido, crucificado y resucitado, del que dieron testimonio los profetas y los creyentes, y por medio de cuyo nombre recibimos el perdón de nuestros pecados.—MS 2, 1914.

PARA UN ESTUDIO ADICIONAL

- Nehemías y el rey de Persia, *PR* 464, 468.
- Oportunidades de obtener propiedades a un precio menor que su verdadero costo, *JT* 3, 124.
- Muchos ricos, después de responder al pedido de recursos, se entregarán a Cristo, *JT* 2, 496.
- Muchos ricos se convertirán para ayudar a la causa, *1 T* 174.
- Muchos ricos serán susceptibles al Evangelio y darán de los recursos que les han sido confiados, *9 T* 114-116.
- La Recolección, *SC* 143-146.

SECCIÓN VIII

*Los verdaderos
motivos de la
dadivosidad
aceptable*

Los verdaderos motivos de la dadivosidad aceptable

- 39. El motivo verdadero en todo servicio 193
- 40. Ofrendas voluntarias 196
- 41. Métodos populares de incentivo 199
 - Para un estudio adicional 205

39. EL MOTIVO VERDADERO EN TODO SERVICIO

En los tiempos de Cristo los fariseos procuraban constantemente ganar el favor del cielo para disfrutar de prosperidad y honores mundanos, que para ellos constituían la recompensa de la virtud. Al mismo tiempo hacían alarde de sus actos de caridad para atraer la atención del público y ganar así renombre de santidad.

Jesús censuró esta ostentación, declarando que Dios no reconoce un servicio tal, y que la adulación y admiración populares que ellos buscaban con tanta avidez eran la única recompensa que recibirían.

“Cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”.

Con estas palabras, Jesús no quiso enseñar que los actos benévolos deben guardarse siempre en secreto. El apóstol Pablo, inspirado por el Espíritu Santo, no ocultó el sacrificio personal de los generosos cristianos de Macedonia, sino que se refirió a la gracia que Cristo había manifestado en ellos, y así otros se sintieron movidos por el mismo espíritu. Escribió también a la iglesia de Corinto: “Vuestro ejemplo ha estimulado a muchos”.

Las propias palabras de Cristo expresan claramente lo que quería decir, a saber, que en la realización de actos de caridad no se deben buscar las alabanzas ni los honores de los hombres. La piedad verdadera no impulsa a la ostentación. Los que desean palabras de alabanza y adulación, y las saborean como delicioso manjar, son meramente cristianos de nombre.

Por sus obras buenas, los seguidores de Cristo deben dar gloria, no a sí mismos, sino al que les ha dado gracia y poder para obrar. Toda obra buena se cumple solamente por el Espíritu Santo, y éste es dado para glorificar, no al que lo recibe, sino al Dador. Cuando la luz de Cristo brille en el alma, los labios pronunciarán alabanzas

y agradecimiento a Dios. Nuestras oraciones, nuestro cumplimiento del deber, nuestra benevolencia, nuestro sacrificio personal, no serán el tema de nuestros pensamientos ni de nuestra conversación. Jesús será magnificado, el yo se esconderá y se verá que Cristo reina supremo en nuestra vida.

Hemos de dar sinceramente, mas no con el fin de alardear de nuestras buenas acciones, sino por amor y simpatía hacia los que sufren. La sinceridad del propósito y la bondad genuina del corazón son los motivos apreciados por el cielo. Dios considera más preciosa que el oro de Ofir el alma que lo ama sinceramente y de todo corazón. No hemos de pensar en el galardón, sino en el servicio.—*DMJ 69-71.*

Se anota el motivo por el que se da

Se me mostró que el ángel registrador anota fielmente lo que se relaciona con cada ofrenda dedicada a Dios y colocada en la tesorería y también registra el resultado final de los medios así donados. El ojo de Dios percibe cada blanca dedicada a su causa y la voluntad o renuencia del donante. También se registra el motivo por el cual se da. Las personas que realizan sacrificios y que son consagradas, que devuelven a Dios las cosas que son suyas, tal como él lo ha requerido de ellos, serán recompensadas de acuerdo con sus obras.—*2 T 518, 519.*

Motivos más elevados que la simpatía

Las tinieblas morales de un mundo arruinado suplican a cada cristiano que realice un esfuerzo, que dé de sus recursos y preste su influencia para asemejarse a Aquel que aunque poseía riquezas infinitas se hizo pobre por causa nuestra. El Espíritu de Dios no puede morar con aquellos a quienes mandó el mensaje de su verdad, pero que necesitan que se les ruegue antes de sentir su deber de colaborar con Cristo. El apóstol pone de relieve el deber de dar por motivos superiores a la mera simpatía humana, porque los sentimientos sean

conmovidos. Da realce al principio de que debemos trabajar abnegadamente y con sinceridad para gloria de Dios.—*JT* 1, 370, 371.

El amor como principio de acción

El amor debe ser el principio que impulse a obrar. El amor es el principio fundamental del gobierno de Dios en los cielos y en la tierra, y debe ser el fundamento del carácter del cristiano. Sólo este elemento puede hacer estable al cristiano. Sólo esto puede habilitarlo para resistir la prueba y la tentación.

Y el amor se revelará en el sacrificio. El plan de redención fue fundado en el sacrificio, un sacrificio tan amplio y tan profundo y tan alto que es inconmensurable. Cristo lo dio todo por nosotros, y aquellos que reciben a Cristo deben estar listos a sacrificarlo todo por la causa de su Redentor. El pensamiento de su honor y de su gloria vendrá antes de ninguna otra cosa.

Si amamos a Jesús, amaremos vivir para él, presentar nuestras ofrendas de gratitud a él, trabajar para él. El mismo trabajo será liviano. Por su causa anhelaremos el dolor, las penalidades y el sacrificio. Simpatizaremos con su vehemente deseo de salvar a los hombres. Sentiremos por las almas el mismo tierno afán que él sintió.

Esta es la religión de Cristo. Cualquier cosa que sea menos que esto es un engaño. Ningún alma se salvará por una mera teoría de la verdad o por una profesión de discipulado. No pertenecemos a Cristo a menos que seamos totalmente suyos. La tibieza en la vida cristiana es lo que hace a los hombres débiles en su propósito y volubles en sus deseos. El esfuerzo por servir al yo y a Cristo a la vez lo hace a uno oidor pedregoso, y no prevalecerá cuando la prueba le sobrevenga.—*PVGM* 33, 34.

40. OFRENDAS VOLUNTARIAS

Todo lo que hacemos debemos hacerlo voluntariamente. Debemos llevar nuestras ofrendas con gozo y gratitud, diciendo al entregarlas: De lo recibido de tu mano te damos voluntariamente. El servicio más costoso que podamos prestar resulta insignificante cuando lo comparamos con el don que Dios hizo a nuestro mundo. Cristo es un don cada día. Dios lo dio al mundo y benignamente toma los dones que ha confiado a sus instrumentos humanos para el adelantamiento de su obra en el mundo. En esta forma mostramos que reconocemos y aceptamos que cada cosa pertenece a Dios, en forma absoluta y total.—MS 124, 1898.

Dios se deleita en honrar la ofrenda del corazón que ama, dándole la mayor eficacia en su servicio. Si hemos dado nuestro corazón a Jesús, le traeremos también nuestros donativos. Nuestro oro y plata, nuestras posesiones terrenales más preciosas, nuestros dones mentales y espirituales más elevados, serán dedicados libremente a Aquel que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros.—DTG 46.

Ofrendas de gratitud y expiación

Venid al Señor con corazones rebosantes de agradecimiento por sus misericordias pasadas y presentes, y manifestad vuestro aprecio por los beneficios de Dios llevándole vuestras ofrendas de gratitud, vuestras ofrendas voluntarias y vuestras ofrendas de expiación.—RH, 4 de enero, 1881.

Las ofrendas hechas de mala gana son una burla a Dios

Dios ha hecho a los hombres mayordomos suyos, socios con él en la gran obra de promover su reino en el mundo; pero éstos pueden seguir la conducta manifestada por el siervo infiel, y al hacerlo perderán los privilegios más preciosos que se hayan concedido al hombre. Durante miles de años Dios ha trabajado mediante los ins-

trumentos humanos, pero si él quiere puede descartar a los egoístas, a los amadores del dinero y a los codiciosos. El no depende de nuestros recursos y por lo tanto no será restringido por el instrumento humano. El puede llevar a cabo su propia obra aunque nosotros no desempeñemos parte alguna en ella. ¿Pero a quién de nosotros le agradaría que el Señor hiciese eso?

Sería mucho mejor no dar nada que dar de mala gana, porque cuando compartimos nuestros recursos sin la intención de dar voluntariamente, nos burlamos de Dios. Recordemos que estamos tratando con Alguien de quien dependemos para recibir toda bendición, con Alguien que lee cada pensamiento de nuestro corazón y hasta los propósitos de la mente.—RH, 15 de mayo, 1900.

El dador alegre es aceptado

“Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará. Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre” (2 Cor. 9: 6, 7).

Si obramos de acuerdo con el espíritu de este consejo, podemos invitar al Ser divino para que revise las cuentas de nuestros asuntos temporales. Comprenderemos que estamos dando únicamente ofrendas de lo que nuestro Señor nos ha confiado.

Todas nuestras ofrendas debemos presentarlas con gozo, porque proceden de los fondos que el Señor ha considerado conveniente colocar en nuestras manos con el propósito de llevar adelante su obra en el mundo, a fin de que el estandarte de la verdad pueda ser desplegado en las zonas rurales y urbanas del mundo. Si todos los que profesan la verdad quisieran dar al Señor lo que le pertenece en términos de diezmos, donativos y ofrendas, habría alimento en la casa del Señor.

La causa de la liberalidad no dependería más de los donativos inciertos hechos por impulso y que varían de acuerdo con los sen-

timientos de los hombres. Los derechos de Dios serían aceptados de buena gana y se consideraría que su causa tiene derecho legítimo a una parte de los fondos confiados a nuestras manos.

Cada mayordomo fiel debería estar más ansioso de aumentar la porción de donativos que coloca en la tesorería del Señor antes que en disminuir su ofrenda en una jota o un tilde. ¿A quién está sirviendo? ¿Para quién está preparando una ofrenda? Para Aquel de quien depende para recibir todas las buenas cosas de las que disfruta. Por lo tanto, que ninguno de nosotros que recibe la gracia de Cristo dé ocasión para que los ángeles se avergüencen de nosotros y para que Jesús se avergüence de llamarnos hermanos.

¿Cultivaremos la ingratitud y la pondremos de manifiesto por medio de nuestras prácticas mezquinas al dar para la causa de Dios? ¡No, no! Entreguémonos a nosotros mismos como un sacrificio vivo y demos nuestro todo a Jesús. Todo le pertenece; somos una posesión adquirida por él. Los que reciben su gracia, los que contemplan la cruz del Calvario, no tendrán duda acerca de la proporción que deben dar, sino que comprenderán que la ofrenda más cuantiosa carece de valor y no puede compararse con el gran don del Hijo unigénito del Dios infinito. Por medio de la abnegación hasta el más pobre encontrará la manera de conseguir algo para devolverlo a Dios.—RH, 14 de julio 1896.

41. MÉTODOS POPULARES DE INCENTIVO

En nuestros días vemos que las iglesias estimulan las comilonas, la glotonería y la disipación por medio de comidas, ferias, bailes y festivales establecidos con el propósito de reunir fondos para la tesorería de la iglesia. Este es un método inventado por mentes carnales para conseguir recursos sin realizar sacrificios.

Este ejemplo impresiona las mentes juveniles. Ven que las loterías, las ferias y los juegos de azar son aprobados por la iglesia, y piensan que hay algo fascinador en este modo de obtener recursos. El joven es rodeado por las tentaciones. Entra a la galería de juegos de bolos, al salón donde se practican juegos de azar, para ver de qué se trata. Ve el dinero que recibe el ganador. Eso le parece interesante. Parece una forma más fácil de obtener dinero que mediante el trabajo honrado que requiere energía perseverante y economía estricta. Piensa que eso no puede causar daño alguno, porque juegos similares han sido utilizados para obtener recursos para beneficio de la iglesia. ¿Entonces por qué él no podría ayudarse en la misma forma?

Posee un poco de dinero y se arriesga a invertirlo pensando que le proporcionará una gran suma. Sea que gane o pierda, ha iniciado el camino descendente que lo llevará a la ruina. Pero fue el ejemplo de la iglesia el que lo indujo a aventurarse por el camino falso.

OFRENDAS COJAS Y ENFERMAS

Alejémonos de todas estas corrupciones, disipaciones y festivales practicados en la iglesia y que ejercen una influencia desmoralizadora sobre jóvenes y adultos. No tenemos derecho de cubrirlo con una capa de santidad porque los recursos obtenidos hayan de emplearse para beneficio de la iglesia. Tales ofrendas son cojas y enfermas, y llevan la maldición de Dios. Son el precio de las almas.

Aunque desde el púlpito se patrocinen los festivales, los bailes, las loterías, las ferias y las comilonas abundantes para obtener recursos para la iglesia, nosotros no debemos participar en ninguna de estas cosas, porque si lo hacemos experimentaremos el desagrado de Dios. No debemos proponernos estimular la concupiscencia del apetito o recurrir a los entretenimientos carnales para persuadir a los seguidores profesos de Cristo a dar de los recursos que Dios les ha concedido. Si no dan voluntariamente, por amor a Cristo, la ofrenda en ningún caso será aceptable para Dios.

CARACTERES ARRUINADOS

La muerte, vestida con la librea del cielo, acecha en los caminos que recorren los jóvenes. El pecado está recubierto por la santidad de la iglesia. Estas diversas formas de diversión que se practican en las iglesias en nuestros días han arruinado a miles que, si no hubiera sido por ellas habrían podido permanecer firmes y llegar a ser fieles seguidores de Cristo. Estos festivales de moda de las iglesias y estas representaciones teatrales han hecho naufragar el carácter de muchos, y miles más serán destruidos; sin embargo la gente no se percatará del peligro ni de la terrible influencia ejercida. Muchos hombres y mujeres jóvenes han perdido sus almas a causa de esas influencias corruptoras.—*RH*, 21 de noviembre, 1878.

Cuando se da por razones egoístas

En reuniones presuntamente cristianas Satanás arroja un manto religioso sobre placeres engañosos y jaranas impías para darles una apariencia de santidad, y las conciencias de muchas personas son aquietadas porque se reúnen recursos para sufragar los gastos de la iglesia. Los hombres rehúsan dar por amor a Dios, pero están dispuestos a entregar su dinero por amor a los placeres, la complacencia del apetito y razones egoístas.

¿Debe recurrirse a esta práctica para sostener financieramente a la iglesia debido a que no hay poder en las lecciones de Cristo sobre

la liberalidad, en su ejemplo y en la gracia de Dios que obra en los corazones para inducir a los hombres a glorificar a Dios con sus recursos financieros? El daño causado a la salud física, mental y moral en estas reuniones de diversión y glotonería no es pequeño. Y el día del ajuste de cuentas final revelará que hay almas que se perdieron mediante la influencia de esas reuniones donde reinó la algazara y la locura.

Resulta deplorable que las consideraciones sagradas y eternas no tengan el mismo poder de los tentadores sobornos de las comilonas y las diversiones corrientes, para abrir los corazones de los presuntos seguidores de Cristo a fin de que den ofrendas voluntarias para sostener el Evangelio. Es una triste realidad el que estos incentivos predominarán cuando las cosas sagradas y eternas no tendrán fuerza para influir en el corazón para que éste haga obras de benevolencia.

MOISÉS NO INSTITUYÓ EL JUEGO DE LOTERÍA

El plan de Moisés puesto en práctica en el desierto para reunir recursos financieros tuvo un tremendo éxito. No fue necesario compeler a nadie. Moisés no preparó ningún gran banquete. No invitó a la gente a reuniones de alborozo, de baile y de diversiones comunes. Tampoco instituyó juegos de lotería ni cosa alguna profana para obtener recursos a fin de levantar el tabernáculo de Dios en el desierto. Dios ordenó a Moisés que invitara a los israelitas a llevar sus ofrendas. Moisés debía aceptar los donativos de cada persona que diera voluntariamente, con sinceridad de corazón. Esas ofrendas voluntarias llegaron en tanta abundancia que Moisés tuvo que decir que no llevaran más. No debían llevar más donativos porque habían dado abundantemente, más de lo que se necesitaba. Las tentaciones de Satanás vencen a los supuestos seguidores de Cristo en lo que se refiere a la complacencia del placer y el apetito. Disfrazado de ángel de luz, citará las Escrituras para justificar las tentaciones que coloca delante de los hombres para que complazcan el apetito y se dediquen a placeres mundanos que satisfacen el

corazón carnal. Los presuntos seguidores de Cristo son débiles en fuerza moral y quedan fascinados por el soborno que Satanás les ofrece, y así éste gana la victoria.

¿Cómo considera Dios las iglesias que se sostienen recurriendo a tales métodos? Cristo no puede aceptar esas ofrendas porque no son dadas por amor y devoción a él, sino que son promovidas por la idolatría del yo. Esto se debe a que lo que muchos no harían por amor a Cristo lo hacen por amor a los manjares exquisitos que gratifican el apetito y por amor a las diversiones mundanales que complacen el corazón carnal.—RH, 13 de octubre, 1874.

Repitiendo el pecado de Nadab y Abiú

Los cristianos presuntos rechazan el plan de Dios para reunir recursos para su obra; ¿y de qué echan mano para suplir la falta? Dios ve la impiedad del método que adoptan. Los lugares de culto son contaminados con toda clase de disipación idólatra, a fin de ganar un poquito de dinero de los amadores egoístas de los placeres para pagar las deudas de la iglesia o sustentar la obra que ésta realiza. Muchas de esas personas no darían por voluntad propia ni un chelín con propósitos religiosos. ¿Dónde en las instrucciones dadas por Dios para el sostén de su obra, encontramos mención alguna acerca de tómbolas de beneficencia, ciertos, venta de caridad y otros entretenimientos similares? ¿Debe la causa de Dios depender precisamente de las cosas que él ha prohibido en su Palabra —de esas cosas que apartan la mente de Dios, de la sobriedad, la piedad y la santidad?

¿Y qué impresión se realiza con esto sobre la mente de los incrédulos? Las elevadas normas de la Palabra de Dios son arrastradas en el polvo. Y así se atrae oprobio sobre Dios y el nombre cristiano. Los principios más corrompidos son fortalecidos por este método no bíblico de reunir recursos financieros. Y eso es lo que Satanás desea que ocurra. Los hombres están repitiendo el pecado de Nadab y Abiú. Están utilizando fuego profano en lugar de fuego sagrado en el servicio de Dios. El Señor no acepta tales ofrendas.

Todos estos métodos para llevar dinero a su tesorería constituyen una abominación para él. Es una falsa devoción la que promueve tales procedimientos. ¡Cuánta ceguera e infatuación afectan a muchos que pretenden ser cristianos! Los miembros de la iglesia están haciendo lo mismo que los habitantes del mundo que vivían en los días de Noé, cuando sus pensamientos se dirigían continuamente hacia el mal. Todos los que temen a Dios aborrecerán tales prácticas como una desfiguración de la religión de Cristo Jesús.—RH, 8 de diciembre, 1896.

Liberalidad sin profundidad de principios

El ministro puede ser muy apreciado por algún hombre acaudalado, y como resultado, éste puede ser muy dadivoso con él; esto complace al ministro y él a su vez amontona alabanzas sobre la dadivosidad del donante. Su nombre puede aparecer impreso, y sin embargo ese donante generoso puede ser completamente indigno del elogio que se le tributa.

Su dadivosidad no nace de principios profundos y dinámicos que lo impulsan a hacer el bien con sus recursos, y a promover la causa de Dios porque la aprecia; en cambio, da movido por motivos egoístas y porque desea que se piense que él es generoso. Puede haber dado por impulso, sin que su dadivosidad tenga la profundidad de los principios. Puede haber obrado escuchando una verdad conmovedora que en ese momento afloja las cuerdas de su bolsa; pero su generosidad carece de motivos profundos. Da en forma espasmódica; su bolsa se abre sin regularidad, y se cierra herméticamente también en forma espasmódica. No merece alabanza alguna, porque en todo el sentido de la palabra es un hombre avaro; y a menos que se convierta cabalmente, incluyendo su bolsa, oirá la avergonzante acusación: “¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla” (Sant. 5: 1, 2).

Tales personas despertarán por fin del horrible engaño en que han incurrido voluntariamente. Los que alabaron su liberalidad

Consejos sobre mayordomía cristiana

irregular, ayudaron a Satanás a engañarlos, y les hicieron pensar que eran muy generosos, y que tenían mucho espíritu de sacrificio, cuando en realidad no conocían los rudimentos de la dadivosidad ni la abnegación.—1 T 475, 476.

PARA UN ESTUDIO ADICIONAL

- La obediencia voluntaria y el amor puro deben caracterizar cada ofrenda que se lleva al altar, 5 T 269, 270.
- Las ofrendas pequeñas dadas con alegría reciben una gran bendición, 7 T 295.
- No hay ninguna virtud en dar más a regañadientes, 5 T 285.
- A nadie se obliga a sacrificarse; las ofrendas deben ser voluntarias, PE 49, 51.
- Los que dan deben considerar que es un privilegio hacerlo, JT 1, 59. 218
- Antiguamente, las ofrendas debían ser perfectas y abundantes, 1 T 221.
- El egoísmo es la razón por la cual no se dan ofrendas voluntarias, 1 T 225.
- La responsabilidad de dar donaciones grandes o pequeñas es individual, 1 T 237, 238.
- Hay que llevar a los congresos ofrendas voluntarias y de gratitud 2 T 573, 576.
- Las ofrendas voluntarias no enriquecen a Dios sino al que las da, 2 T 653.
- Cuando el corazón está lleno de amor agradecido hacia Dios no necesita exhortaciones conmovedoras, JT 1 376; 3 T 413.

SECCIÓN IX

*La búsqueda de
tesoros terrenales*

La búsqueda de tesoros terrenales

- 42. El peligro de la codicia 209
- 43. Procurando servir a Dios y a Mamón 216
- 44. Profesantes vanos 221
 Para un estudio adicional 226

42. EL PELIGRO DE LA CODICIA

En el pueblo de Dios hay muchos que están adormecidos por el espíritu del mundo, y que niegan su fe mediante sus obras. Cultivan el amor al dinero, a las casas y las tierras, hasta que éste absorbe las facultades de la mente y el ser, y desplaza el amor al Creador y a las almas por quienes Cristo murió. El dios de este mundo ha cegado sus ojos; sus intereses eternos pasan a ocupar un lugar secundario; y colocan un máximo de exigencia sobre el cerebro, los huesos y los músculos a fin de aumentar sus posesiones mundanales. Y toda esa acumulación de preocupaciones y cargas se efectúa en violación directa de esta orden dada por Cristo: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan” (S. Mat. 6: 19).

Olvidan que él también dijo: “Haceos tesoros en el cielo”; y al olvidarlo, obran en favor de sus propios intereses. El tesoro acumulado en el cielo está seguro; ningún ladrón puede aproximarse a él ni la polilla puede arruinarlo. Pero su tesoro está en la tierra y sus afectos están sobre sus tesoros.

LA VICTORIA DE CRISTO

En el desierto, Cristo enfrentó las grandes tentaciones que asaltarían al hombre. Allí, con las manos desnudas, se encontró con el enemigo astuto y sutil y lo venció. La primera gran tentación fue dirigida hacia el apetito; la segunda, hacia la presunción; la tercera, hacia el amor al mundo. Los tronos y los reinos de este mundo y su gloria fueron ofrecidos a Cristo. Satanás llevó el honor mundanal, las riquezas y los placeres de la vida, y se los presentó bajo la luz más atrayente a fin de tentarlo y engañarlo. “Todo esto te daré, si postrado me adorares”, le dijo. Sin embargo Cristo rechazó al astuto enemigo y salió victorioso.

Los hombres nunca serán probados por tentaciones tan poderosas como las que asaltaron a Cristo; y sin embargo Satanás consigue éxito al asediarlos. “Todo este dinero, esta ganancia, estas tierras,

este poder, estos honores y riquezas, te daré” —¿a cambio de qué? Pocas veces se establece la condición con tanta claridad como ocurrió con el caso de Cristo: “Si postrado me adorares”. Se conforma con que se abandone la integridad y se adormezca la conciencia. Por medio de la dedicación a los intereses mundanales él recibe toda la honra que pide. La puerta es dejada abierta para que él entre cuando le plazca, con su estela de impaciencia, amor al yo, orgullo, avaricia y falta de honradez. El hombre es encantado y atraído traicioneramente hacia la ruina.

El ejemplo de Cristo está ante nosotros. El venció a Satanás y nos mostró cómo nosotros también podemos vencerlo. Cristo resistió a Satanás mediante las Escrituras. Pudo haber echado mano de su propio poder divino, y haber empleado sus propias palabras; pero dijo: “Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (S. Mat. 4: 4). Si los cristianos estudiaran y obedecieran las Sagradas Escrituras, recibirían poder para hacer frente a la tentación del astuto enemigo; pero la Palabra de Dios es descuidada y como consecuencia de esto se producen desastres y derrotas.

EL JOVEN RICO

Un joven acudió a Cristo y le dijo: “Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?” Jesús le indicó que debía guardar los mandamientos. Este replicó: “Todo esto lo he guardado desde mi juventud”. Jesús lo miró con amor y le señaló sus deficiencias en la observancia de la ley divina. No amaba a su prójimo como a sí mismo. Su amor egoísta a las riquezas era un defecto que, si no lo remediaba, le impediría entrar al cielo. “Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoros en el cielo; y ven, sígueme” (S. Luc. 18: 18-22).

Cristo deseaba que ese joven comprendiera que lo único que requería de él era que siguiera el ejemplo que él mismo, el Señor del cielo, había establecido. El abandonó sus riquezas y su gloria, y se

empobreció para que el hombre fuese hecho rico mediante su pobreza; y requiere que el hombre abandone las posesiones terrenales, el honor y los placeres, a fin de conseguir esas riquezas. El sabe que cuando los afectos están dirigidos hacia el mundo, son retirados de Dios; por eso dijo al joven rico: “Vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoros en el cielo; y ven, sígueme”. ¿Cómo recibió él estas palabras de Cristo? ¿Se alegró porque podía conseguir el tesoro celestial? ¡Oh, no! “Se puso muy triste, porque era muy rico”. Para él las riquezas significaban honor y poder; y lo cuantioso de su fortuna hacía que casi fuera imposible desprenderse de ella.

Este hombre amador del mundo también deseaba el cielo; pero quería retener su riqueza, y por lo tanto renunció a la vida inmortal por amor al dinero y al poder. ¡Oh, qué transacción lastimosa! Sin embargo muchos que profesan guardar todos los mandamientos de Dios están haciendo la misma cosa.

En eso consiste el peligro de las riquezas para el hombre avaro; cuanto más gana tanto más difícil se hace para él ser generoso. Entregar una parte de sus posesiones es como si perdiera la vida; y por lo tanto se aparta de las atracciones de la recompensa eterna a fin de retener y aumentar sus posesiones terrenales. Si hubiera guardado los mandamientos, esas posesiones no habrían sido tan cuantiosas. ¿Cómo habría podido, mientras trabajaba y se esforzaba por complacer el yo, amar a Dios con todo su corazón, y con toda su mente, y con todas sus fuerzas, y a su prójimo como a sí mismo? Si hubiera satisfecho las necesidades de los pobres habría sido mucho más feliz, y hubiera tenido un tesoro celestial mucho mayor, y habría poseído menos aquí en la tierra a lo cual dirigía sus afectos...

RESPONSABLE DELANTE DE DIOS

Pablo dijo: “A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor” (Rom. 1: 14). Dios había revelado su verdad a Pablo y al hacerlo así lo había hecho un deudor hacia los que estaban en las

tinieblas y a quienes debía iluminar. Pero muchos no comprenden que son responsables delante de Dios. Están utilizando los talentos de Dios, tienen las facultades mentales que, si las emplearan correctamente, los convertirían en colaboradores con Cristo y los ángeles. Muchas almas podrían salvarse mediante sus esfuerzos, para brillar como estrellas en su corona de gozo, pero manifiestan indiferencia hacia todo esto. Satanás ha procurado por medio de las atracciones del mundo encadenarlos y paralizar sus facultades morales, cosa que ha conseguido con mucho éxito.

ESTÁ EN JUEGO EL DESTINO FUTURO

¿Cómo podrían las casas y los terrenos compararse en valor con las almas preciosas por las que Cristo murió? Por vuestro intermedio, estimados hermanos y hermanas, esas almas podrían salvarse con vosotros en el reino de gloria; pero no podéis llevar con vosotros la parte más pequeña de vuestro tesoro terrenal. Podéis acumular todo lo que deseáis, podéis conservarlo con todo el celoso cuidado de que seáis capaces, y a pesar de esto Dios puede dar la orden y en unas pocas horas un fuego que nadie podría apagar puede destruir lo que se ha acumulado durante toda la vida y convertirlo en un montón de ruinas humeantes. Podéis dedicar todos vuestros talentos y energías a la tarea de acumular tesoros en la tierra; ¿pero de qué os servirá todo esto cuando se acabe vuestra vida o cuando Jesús venga? Todo lo que habéis sido exaltado aquí en detrimento de la vida espiritual, seréis rebajados en vuestra dignidad moral ante el tribunal del gran Juez. “¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (S. Mar. 8: 36).

La ira de Dios descenderá sobre los que han servido a Mamón en lugar de servir a su Creador. Pero los que hayan vivido por Dios y el cielo, señalando el camino de la vida a otros, encontrarán que la senda del justo es tan resplandeciente como la luz, que brilla cada vez más hasta que el día es perfecto. Y pronto oirán esta invitación de bienvenida: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel,

sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (S. Mat. 25: 21). El gozo de Cristo era ver a las almas salvadas en su reino glorioso; y por ese gozo “sufrió la cruz, menospreciando el oprobio” (Heb. 12: 2). Pero pronto “verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho” (Isa. 53: 11). ¡Cuán felices serán los que habiendo participado en su trabajo ahora pueden compartir su gozo!—RH, 23 de junio, 1885.

El poder hechizador de Satanás

Satanás se ha propuesto lograr que el mundo parezca muy atractivo. Tiene un poder hechizador que ejerce para atraer los afectos hasta de los seguidores más fieles de Cristo. Muchos que militan en el cristianismo están dispuestos a realizar cualquier sacrificio con tal de obtener riquezas, y cuanto más éxito tienen en sus esfuerzos por obtener el objeto de sus deseos, tanto menos se preocupan de la verdad preciosa y de su progreso en el mundo. Pierden su amor por Dios y obran como hombres faltos de juicio. Cuanto más son prosperados en riqueza material, tanto menos invierten en la causa de Dios.

Las obras de los que tienen un amor irracional por las riquezas muestran claramente que es imposible seguir a dos señores, a Dios y a Mamón. Revelan ante el mundo que su dios es el dinero. Rinden homenaje a su poder pero en realidad sirven al mundo. El amor al dinero se convierte en un poder dominante, y por amor a él violan la ley de Dios. Pueden profesar la religión de Cristo, pero no aman sus principios ni tienen en cuenta sus amonestaciones. Dedicán lo mejor de su fuerza a servir al mundo y se inclinan ante Mamón.

Es alarmante que tantos sean engañados por Satanás. El estimula la imaginación con una brillante perspectiva de ganancia mundanal, y los hombres se ciegan y piensan que tienen por delante la perspectiva de una felicidad perfecta. Son atraídos por la esperanza de obtener honor, riqueza y categoría. Satanás le dice al alma:

“Todo esto te daré; todo este poder y riqueza te permitirán hacer bien a tus semejantes;” pero cuando consiguen el objetivo que buscan, descubren que no tienen conexión alguna con el abnegado Redentor, no participan de la naturaleza divina. Se aferran a los tesoros terrenales y desprecian los requisitos de la abnegación, el espíritu de sacrificio y la humillación por amor a la verdad. No tienen ningún deseo de separarse de su amado tesoro terrenal sobre el que su corazón se ha fijado. Han cambiado de amo, y han aceptado servir a Mamón en lugar de servir a Cristo. Satanás se ha asegurado la adoración de esas almas engañadas por intermedio del amor a las riquezas mundanales.

Se encuentra con frecuencia que el cambio de la piedad a la mundanalidad se ha efectuado en forma imperceptible mediante las astutas insinuaciones del maligno, en tal forma que el alma engañada no se da cuenta que se ha alejado de Cristo y que le sirve tan sólo nominalmente.—RH, 23 de septiembre, 1890.

Alejamiento del espíritu de sacrificio de los pioneros

Hubo un tiempo cuando había sólo pocas personas que escuchaban la verdad y la aceptaban, y éstas no poseían muchos bienes terrenales. Y llegó el momento cuando fue necesario que algunos vendieran sus casas y sus tierras para comprar otras más baratas a fin de entregar al Señor el dinero sobrante para publicar la verdad y ayudar de otro modo a promover la causa de Dios. Esas personas con espíritu de sacrificio tuvieron que soportar privaciones; pero los que perseveran hasta el fin, éstos recibirán su recompensa.

Dios ha estado obrando sobre muchos corazones. Ha triunfado la verdad por la cual unos pocos realizaron tanto sacrificio, y ha sido recibida por las multitudes. En la providencia de Dios, gente que posee recursos económicos ha sido llevada a la verdad para que, a medida que la obra progresa, las necesidades de su causa puedan ser satisfechas. Dios no pide ahora las casas donde vive su pueblo; pero si los que poseen abundancia de bienes no escuchan su voz, no se

separan del mundo y no se sacrifican por Dios, él los pasará por alto y llamará a los que están dispuestos a hacer cualquier cosa por Jesús, aun a vender sus casas para satisfacer las necesidades de la causa. Dios recibirá ofrendas voluntarias. Los que dan deben considerar un privilegio hacerlo así.—RH, 16 de septiembre, 1884.

El pueblo de Dios está a prueba ante el universo celestial; pero la escasez de sus donaciones y ofrendas y la debilidad de sus esfuerzos en el servicio de Dios los señalan como infieles. Si lo poco que ahora se realiza fuera lo mejor que ellos pueden hacer, no estarían bajo condenación, pero con los recursos que poseen podrían hacer mucho más. Ellos saben, y el mundo también lo sabe, que en gran medida han perdido el espíritu de abnegación y se han negado a llevar su cruz.—6 T 445, 446.

Cada uno será probado

A Mateo en su riqueza, y a Andrés y Pedro en su pobreza, llegó la misma prueba, y cada uno hizo la misma consagración. En el momento del éxito, cuando las redes estaban llenas de peces y eran más fuertes los impulsos de la vida antigua, Jesús pidió a los discípulos, a orillas del mar, que lo dejaran todo para dedicarse a la obra del Evangelio. Así también es probada cada alma para ver si el deseo de los bienes temporales prima sobre la comunión con Cristo.

Los buenos principios son siempre exigentes. Nadie puede tener éxito en el servicio de Dios a menos que todo su corazón esté en la obra, y tenga todas las cosas por pérdida frente a la excelencia del conocimiento de Cristo. Nadie que haga reserva alguna puede ser discípulo de Cristo, y mucho menos puede ser su colaborador. Cuando los hombres aprecien la gran salvación, se verá en su vida el sacrificio propio que se vio en la de Cristo. Se regocijarán en seguirle a dondequiera que los guíe.—DTG 239.

43. PROCURANDO SERVIR A DIOS Y A MAMÓN

Existe el peligro de perderlo todo mientras se persigue la ganancia mundanal, porque los intereses superiores se olvidan en la febril ansiedad de conseguir riqueza terrenal. Las preocupaciones y los sobresaltos inherentes a la tarea de hacerse tesoros en la tierra no deja tiempo ni deseo para apreciar el valor de las riquezas eternas... “Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (S. Mat. 6: 21). Vuestros pensamientos, planes y motivos tendrán un molde terreno, y vuestra alma será contaminada por la codicia y el egoísmo. “Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (S. Mat. 16: 26)...

El corazón humano puede ser la morada del Espíritu Santo. La paz de Cristo, que sobrepasa todo entendimiento puede inundar vuestra alma; y el poder transformador de su gracia puede obrar en vuestra vida, y prepararos para las mansiones gloriosas. Pero si empleáis el cerebro, los nervios y los músculos para servir al yo, no estáis convirtiendo a Dios y el cielo en el primer objetivo de vuestra vida. Es imposible que entretejáis las gracias de Cristo en vuestro carácter mientras colocáis todas vuestras energías del lado del mundo. Podéis tener éxito en la tarea de acumular tesoros en la tierra, para glorificar el yo; pero “donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”. Las cosas de importancia eterna ocuparán un lugar secundario. Podéis participar en las formas exteriores del culto, pero vuestro servicio será una abominación para el Dios del cielo. No podéis servir a Dios y a Mamón. Entregaréis vuestro corazón y colocaréis vuestra voluntad al lado de Dios o bien dedicaréis vuestras energías al servicio del mundo. Dios no aceptará un servicio prestado a medias.—RH, 1^o de septiembre, 1910.

Realidad perdurable o sombra pasajera

Cristo invita a los miembros de su iglesia a apreciar la esperanza verdadera y genuina del Evangelio. Señala hacia lo alto y les asegura

definidamente que las riquezas perdurables están arriba y no abajo. Su esperanza está en el cielo y no en el mundo. “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia”, nos dice; “y todas estas cosas”, todo lo que es esencial para nuestro bien, “os serán añadidas” (S. Mat. 6: 33).

En el caso de muchos, las cosas de este mundo oscurecen la gloriosa visión del eterno peso de gloria que espera a los santos del Altísimo. No pueden separar lo verdadero, lo auténtico y la realidad perdurable, de lo falso, lo contrahecho y la sombra pasajera. Cristo los insta a quitar de delante de sus ojos lo que oscurece su visión de las realidades eternas. El insiste en la supresión de lo que les hace confundir los fantasmas con las cosas reales, y las cosas reales con los fantasmas. Dios insta a los suyos que apliquen la fuerza del cuerpo, la mente y el alma a la tarea que él espera que realicen. Los invita a comprobar por sí mismos que las ganancias y ventajas de esta vida no son dignas de compararse con las riquezas reservadas para los que buscan la vida eterna en forma diligente y racional.—RH, 23 de junio, 1904.

Absortos en la búsqueda de riquezas

El enemigo trabaja ahora tan incansablemente como trabajaba antes del diluvio. Mediante el uso de diversas empresas e invenciones, trabaja diligentemente para mantener las mentes humanas absortas en las cosas de este mundo. Está utilizando todo su ingenio para inducir a los hombres a obrar neciamente, para mantenerlos absortos en empresas comerciales, a fin de poner en peligro su esperanza de alcanzar la vida eterna. El proyecta los inventos que ponen en peligro la vida humana. Bajo su dirección, los hombres ponen por obra lo que él inventa. Llegan a estar tan ensimismados en la búsqueda de riqueza y poder mundanal que no prestan atención a un “así dice Jehová”.

Satanás se regocija al ver que tiene éxito en su propósito de mantener las mentes alejadas de la consideración de los asuntos solemnes e importantes que tienen que ver con la vida eterna. Trata

de sacar de la mente el pensamiento de Dios y de colocar en su lugar la mundanalidad y el comercialismo. Desea mantener el mundo en tinieblas. Es su propósito premeditado inducir a los hombres a olvidar a Dios y el cielo, y poner a todas las almas que pueda bajo su propia jurisdicción. Y con este fin promueve empresas e invenciones que ocuparán la atención de los hombres de tal modo que no dispondrán de tiempo para pensar en los asuntos celestiales.

El pueblo de Dios debe despertar ahora para llevar a cabo la obra que ha descuidado. Debemos poner en juego todas las energías de la mente en la planificación de esta obra. No debemos economizar ningún esfuerzo para presentar la verdad tal como fue revelada por Jesús, en forma tan sencilla y sin embargo con tanta fuerza que las mentes queden poderosamente impresionadas. Debemos hacer planes para trabajar en una forma que requiera la menor cantidad posible de recursos, porque la obra debe extenderse hasta las regiones más alejadas.—RH, 15 de diciembre, 1910.

Una lección de Judas

Judas poseía cualidades valiosas, pero en su carácter había algunos rasgos que debían ser extirpados antes que él pudiera salvarse. Debía nacer de nuevo, no de una semilla corruptible sino de una incorruptible. Su gran tendencia heredada y cultivada hacia el mal era la codicia. Y ésta, mediante la práctica, se convirtió en un hábito que él hizo intervenir en todas sus transacciones. Sus hábitos de economía promovieron en él un espíritu tacaño, y éste se convirtió en una trampa fatal. La ganancia llegó a ser su medida de una experiencia religiosa correcta, y toda virtud genuina fue subordinada a esto. Los principios de rectitud y justicia practicados por Cristo no hallaron cabida en las prácticas de su vida...

Como Cristo sabía que estaba siendo corrompido por la codicia, le dio el privilegio de oír muchas lecciones. Oyó a Cristo formular los principios que debían tener todos los que quisieran entrar en su reino eterno. Tuvo toda oportunidad posible de recibir a Cristo

como su Salvador personal, pero rehusó este don. No quiso someter a Cristo sus métodos y su voluntad. No practicó lo que contrariaba sus inclinaciones personales, y por lo tanto su espíritu muy avariento no fue corregido. Mientras continuó siendo un discípulo exteriormente, y hasta en la presencia misma de Cristo, se apoderaba de los recursos que pertenecían a la tesorería del Señor...

Judas pudo haber recibido el beneficio de estas lecciones, si hubiera poseído el deseo de tener un corazón recto; pero su tendencia a adquirir lo venció, y el amor al dinero se convirtió en una fuerza predominante. Mediante la indulgencia permitió que este rasgo creciera en su carácter y arraigara profundamente, a tal punto que desplazó la buena semilla de la verdad sembrada en su corazón.—RH, 5 de octubre, 1897.

Enceguecidos por el amor al mundo

La causa de Dios debe ocupar el primer lugar en nuestros planes y afectos. Se necesita presentar un mensaje directo concerniente a la complacencia del yo mientras la causa de Dios carece de recursos. Algunos están tan fríos y apartados que no comprenden que están fijando sus afectos sobre tesoros terrenales que pronto serán barridos para siempre. El amor al mundo los está trabando como un grueso vestido; y a menos que cambien su proceder, nunca sabrán cuán preciosa es la práctica de la abnegación por amor a Cristo. Todos nuestros ídolos, nuestro amor al mundo, deben ser expulsados del corazón.

Hay ministros y amigos fieles que ven el peligro que rodea a esas almas que se han atado a sí mismas, y que les presentan fielmente el error de su conducta; pero los que son reprochados en lugar de aceptar las amonestaciones en el espíritu en que fueron dadas, beneficiándose con ellas, se levantan contra los que tratan con ellos fielmente.

Ojalá que se levantaran de su letargo espiritual y se familiarizaran con Dios. El mundo está cerrando sus ojos para que no vean a Aquel que es invisible. Son incapaces de discernir las cosas más preciosas que son de interés eterno, pero ven la verdad de Dios en

una luz tan débil que llega a parecerles de poquísimos valor. La partícula más ínfima relacionada con sus intereses temporales asume proporciones gigantescas, mientras los asuntos concernientes a la eternidad escapan a su noticia.—*RH*, 31 de octubre, 1893.

Destrucción de la generosidad auténtica

Los que se hallan comparativamente en la pobreza son los que hacen más para sostener la causa de Dios. Son generosos con lo poco que poseen. Han fortalecido sus impulsos generosos por la liberalidad continua. Como sus gastos casi equivalían a sus entradas, su pasión por las riquezas terrenales no tuvo cabida ni oportunidad de fortalecerse.

Pero son muchos los que, al comenzar a juntar riquezas materiales, calculan cuánto tardarán en poseer cierta suma. En su afán de acumular una fortuna, dejan de enriquecerse para con Dios. Su generosidad no se mantiene a la par con lo que reúnen. A medida que aumenta su pasión por las riquezas, sus afectos se entrelazan con su tesoro. El aumento de su propiedad fortalece el intenso deseo de tener más, hasta que algunos consideran que el dar al Señor el diezmo es una contribución severa e injusta. La inspiración ha declarado: “Cuando se aumenten las riquezas, no pongáis en ellas vuestro corazón” (Sal. 62: 10, VM). Muchos han dicho: “Si yo fuese tan rico como Fulano, multiplicaría mis donativos para la tesorería de Dios. No haría otra cosa con mi riqueza sino emplearla para el adelantamiento de la causa de Dios”. Dios ha probado a algunos de éstos dándoles riquezas; pero con éstas las tentaciones se hicieron más intensas, y su generosidad fue mucho menor que en los días de su pobreza. Un ambicioso deseo de mayores riquezas absorbió su mente y corazón, y cometieron idolatría.—*JT* 1, 383, 384.

Algunos, cuando están en la pobreza, son generosos con lo poco que tienen; pero a medida que adquieren propiedades se vuelven avaros. Tienen muy poca fe, porque no siguen adelantando a medida que prosperan, y no dan a la causa de Dios hasta el sacrificio.—*JT* 1, 466.

44. PROFESANTES VANOS

Las Escrituras hablan de un grupo numeroso de profesantes que no son hacedores. Muchos que pretenden creer en Dios lo niegan con sus obras. Su adoración del dinero, las casas y los terrenos los señalan como idólatras y apóstatas. Todo egoísmo es codicia, y por lo tanto es idolatría. Muchos que han hecho inscribir sus nombres en los libros de la iglesia como creyentes en Dios y en la Biblia, están adorando los bienes que el Señor les ha confiado para que ellos fuesen sus administradores. No se inclinan literalmente ante su riqueza terrenal, pero ésta de todos modos es su dios. Son adoradores de Mamón. Honran las cosas de este mundo con un homenaje que pertenece al Creador. El que ve y conoce todas las cosas registra la falsedad de su profesión de piedad.

Dios queda excluido del templo del alma de un cristiano mundano, a fin de que la política mundanal tenga abundante lugar. El dinero es su dios. Pertenece a Jehová, pero aquel a quien ha sido confiado rehúsa dejarlo fluir en términos de obras de benevolencia. Si lo hubiese utilizado de acuerdo con el propósito de Dios, el incienso de sus buenas obras habría ascendido al cielo, y de miles de almas convertidas se habrían oído los himnos de alabanza y agradecimiento.

Nuestro dinero debería ser empleado para promover el reino de Dios, para despertar a los que están muertos en sus faltas y pecados y para hablar a los pecadores acerca del bálsamo sanador del amor del Salvador. Pero con demasiada frecuencia se emplea el dinero para la glorificación del yo. En vez de constituir el medio para llevar a las almas al conocimiento de Dios y de Cristo, provocando en esta forma alabanza y gratitud al Dador de todo bien, las posesiones terrenales han sido el medio para eclipsar la gloria de Dios y oscurecer la vista del cielo. Mediante el uso equivocado del dinero el mundo se ha llenado de prácticas impías. La puerta de la mente ha sido cerrada contra el Redentor.

Dios declara: “Tu plata y tu oro son míos” (1 Rey. 20: 3). El mantiene una estricta cuenta con cada hijo e hija de Adán a fin de saber en qué formas utilizan sus recursos. Los mundanos podrán decir: “Pero yo no soy cristiano. No profeso servir a Dios”. ¿Pero los hace esto menos culpables por enterrar sus medios y recursos económicos en empresas mundanales, a fin de promover sus intereses egoístas?

Hablo a los que no conocen a Dios, que lleguen a leer estas líneas, porque en su providencia pueden ser llevadas a su atención. ¿Qué estáis haciendo con los bienes de vuestro Señor? ¿Qué estáis haciendo con las facultades físicas y mentales que él os ha dado? ¿Podéis por vosotros mismos mantener en movimiento la maquinaria humana? Si Dios pronunciara una sola palabra para indicar que debéis morir, de inmediato caeríais en el reposo de la muerte. Día a día, hora a hora, minuto a minuto, Dios obra mediante su poder infinito para manteneros vivos. El es quien proporciona el aliento que mantiene la vida en vuestro cuerpo. Si Dios descuidara al hombre así como éste descuida a Dios, ¿qué ocurriría con la humanidad?

El gran Médico misionero se interesa en la obra de sus manos. Presenta a los hombres el peligro que hay en cerrar la puerta del corazón contra el Salvador, diciéndoles: “Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis?” (Eze. 33: 11).—RH, 23 de mayo, 1907.

Un título de las posesiones celestiales

Llegará un día cuando “arrojará el hombre a los topos y murciélagos sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que le hicieron para que adorase, y se meterá en las hendiduras de las rocas y en las cavernas de las peñas, por la presencia formidable de Jehová, y por el resplandor de su majestad” (Isa. 2: 20, 21). Las riquezas del mundo no servirán de nada en el día de la ira, pero la fe y la obediencia serán las que proporcionarán la victoria.

Tendremos que echar mano de toda la fe que poseamos. Debemos acostumbrarnos a hablar de la fe y prepararnos para la vida

futura. ¡Qué esfuerzos diligentes realizan los hombres para conseguir un título legal de sus tierras! Deben tener escrituras que resistan la prueba de la ley. El dueño no queda satisfecho hasta que se asegura que su título no tiene ninguna falla. Ojalá que los hombres fuesen tan diligentes para obtener un título de sus posesiones celestiales que resista la prueba de la ley. El apóstol exhorta a los seguidores de Dios a actuar con diligencia para asegurarse de su llamamiento y elección. No debe haber error ni falla en vuestro título a la inmortalidad. El Salvador dice: “Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad” (Apoc. 22: 14).—RH, 30 de abril, 1899.

Las riquezas eternas son despreciadas

El Señor mira con lástima a los que se dejan recargar con preocupaciones domésticas y perplejidades comerciales. Se enredan con demasiado servicio y descuidan lo que es esencial. El Salvador dice: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (S. Mat. 6: 33). Esto significa que hay que apartar la vista de este mundo para dirigirla hacia lo que es eterno. Realizad vuestros esfuerzos más diligentes para obtener las cosas que Dios estima de valor y por las cuales Cristo dio su vida preciosa a fin de que vosotros podáis obtenerlas. Su sacrificio ha abierto de par en par las puertas del comercio celestial. Depositad vuestro tesoro junto al trono de Dios haciendo con el capital que os ha confiado la obra que él desea que se realice en la ganancia de almas al conocimiento de la verdad. Esto os asegurará las riquezas eternas...

Cuando pensamos en el gran don hecho por el cielo para la salvación de un mundo pecador, y luego consideramos las ofrendas que podemos dar, nos resistimos a compararlos. Los recursos que pudieran exigirse a todo el universo no podrían compararse con ese único don. Se puso de manifiesto un amor inconmensurable cuando Aquel que es igual con el Padre vino para pagar el precio de las almas de los hombres, a fin de llevarlos a la vida eterna. ¿Podrán los que profesan

el nombre de Cristo no ver ninguna atracción en el Redentor del mundo, ser indiferentes a la posesión de la verdad y la justicia, y apartarse de las riquezas eternas para dedicarse a las terrenales?

“Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios” (S. Juan 3: 19 -21).

Este mensaje evangélico constituye uno de los pasajes más preciosos del Nuevo Testamento. Cuando es aceptado produce en las vidas de los que lo reciben buenas obras cuyo valor sobrepasa en mucho al de los diamantes y el oro. Tiene poder para producir alegría y consuelo en la vida terrenal y para derramar la vida eterna sobre el creyente. Ojalá que la gracia ilumine de tal manera nuestro entendimiento para que comprendamos plenamente su significado. El Padre nos está diciendo: Derramé sobre vosotros un tesoro más precioso que cualquier posesión terrenal, un tesoro que os enriquecerá y os hará felices para siempre.—RH, 5 de marzo, 1908.

¡Cuán contradictorio! ¡Cuán indigno!

Cristo declara: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (S. Mat. 16: 24). Los que están vestidos con el traje de bodas, el manto de la justicia de Cristo, no dudarán acerca de si deben levantar la cruz y seguir en las pisadas del Salvador. Voluntariamente y con gozo obedecerán sus mandamientos. Las almas perecen lejos de Cristo. Cuán contradictorio, entonces, es todo esfuerzo que se realiza para conseguir puestos y riquezas. ¡Cuán débiles son los motivos que Satanás puede presentar, que el egoísmo y la ambición pueden proporcionar, en comparación con las lecciones que Cristo ha dado en su Palabra! ¡Cuán indigna es la recompensa que el mundo ofrece comparada con la que nos promete nuestro Padre celestial!—RH, 19 de septiembre, 1899.

Dios proveerá

Si bien es cierto que los hombres deben velar para que ninguno de los bienes dados por la Providencia se malgaste innecesariamente, también lo es que un espíritu mezquino y acumulador debe ser vencido. De lo contrario esta tendencia llevará a realizar tratos con falta de honradez, e injustos, lo cual Dios aborrece. Los cristianos no deberían permitir ser perturbados por preocupaciones ansiosas por las necesidades de la vida. Si los hombres aman y obedecen a Dios, y cumplen su parte, Dios satisfará todas sus necesidades. Aunque los recursos para subvenir a las necesidades de la vida diaria deben obtenerse con el sudor de la frente, no debemos desconfiar de Dios, porque en el gran plan de su providencia él suplirá lo que se necesite cada día. Esta lección de Cristo constituye un reproche para los pensamientos ansiosos, las perplejidades y las dudas del corazón infiel. Nadie puede añadir un palmo a su estatura, no importa cuánto se esfuerce por conseguirlo. No es menos irrazonable angustiarse por el día de mañana y sus necesidades. Cumplid con vuestro deber y confiad en Dios, porque él sabe de qué cosas tenéis necesidad.—*RH*, 18 de septiembre, 1888.

PARA UN ESTUDIO ADICIONAL

- El amor al mundo, *JT* 1, 40-410.
- La mundanalidad en la iglesia, 2 *T* 196-199.
- La visión de las dos coronas, *JT* 1, 125-130.
- Idea engañosa de adquirir riqueza para ayudar a la causa de Dios, 1 *T* 476, 477.
- El engaño de las riquezas (una experiencia personal), 2 *T* 275-283.
- Cuanto más aman los hombres las riquezas terrenales, tanto más se apartan de Dios, *JT* 1, 405, 406.
- Mediante el amor a las riquezas Satanás conquista la adoración *JT* 1, 407.
- Enriqueciéndose en cosas terrenales, pero no en los asuntos de Dios, 2 *T* 196.
- Es alarmante que tantos sean engañados por Satanás, *JT* 1, 407.
- La búsqueda de riquezas es una especie de locura, 5 *T* 261.
- La conversación revela dónde está el tesoro, 2 *T* 59.
- Adquisición de riquezas por medios no honrados, 4 *T* 489-491.
- Los ángeles se asombran ante el egoísmo de los cristianos, 4 *T* 475.
- El engaño de las riquezas, 1 *T* 476-478.
- Trabajo inmoderado para adquirir riquezas, 1 *T* 476.
- El egoísmo ata a muchos como con bandas de hierro, 2 *T* 197.
- Una razón por la que estamos enfermos como pueblo, 2 *T* 199.
- La prosperidad está cegando los ojos y engañando el alma, 2 *T* 183, 184.
- Los cuidados de la vida afectan en la forma como la bebida afecta al borracho, 5 *T* 258, 259.
- Los mezquinos y codiciosos deberían alarmarse por su suerte, 1 *T* 494.
- La acumulación de propiedades implica un gran peligro, 1 *T* 492.
- Las transacciones de negocios temporales son necesarias, pero no deben ser absorbentes, *JT* 2, 160.
- Ambición de riquezas y honores entre los miembros de la iglesia, *JT* 2, 157.
- La estrategia de Satanás para derrotar a la iglesia, *PE* 265-269.
- Primeras advertencias de los Testimonios, *JT* 1, 30-32.
- Manifestación de falta de fe en el cuidado de Dios, 2 *T* 656-658.

SECCIÓN X

*El atractivo
de la especulación*

El atractivo de la especulación

- 45. La búsqueda de las riquezas 229
- 46. La tentación a especular 234
- 47. Inversiones imprudentes 240
 - Para un estudio adicional 243

45. LA BÚSQUEDA DE LAS RIQUEZAS

El pueblo de Dios, que ha sido bendecido con gran luz acerca de la verdad para este tiempo, no debería olvidar que está velando y esperando la venida de su Señor en las nubes de los cielos. Que no olviden que deben abandonar las obras de las tinieblas y vestirse con la armadura de luz. Que nadie se haga ídolos de oro, plata o tierras, y sirva con su corazón a este mundo y sus intereses. Existe una manía de especular en tierras tanto en la ciudad como en el campo. Los métodos antiguos, seguros y saludables de subsistencia están perdiendo su popularidad. La idea de acumular cuantiosos recursos con ayuda de las ganancias moderadas obtenidas mediante la laboriosidad y la frugalidad, es una idea de la que muchos se burlan porque sostienen que ya no se adecua a esta época progresista.

El deseo de dedicarse a la especulación, comprando lotes de terrenos en el campo y en la ciudad, o cualquier cosa que prometa ganancias repentinas y exorbitantes, ha alcanzado la intensidad de la fiebre, de modo que el cuerpo, los pensamientos y el trabajo se aplican a la adquisición de todas las riquezas terrenales posibles, en el tiempo más corto que se pueda. Algunos de nuestros jóvenes tienen probabilidad de correr apresuradamente hacia la ruina a causa de este febril deseo de conseguir riquezas. Este anhelo de ganancias abre la puerta del corazón a las tentaciones del enemigo. Y las tentaciones que sobrevienen son de una naturaleza tan engañadora, que hay quienes no pueden resistirlas...

EL ESPÍRITU DE LUCRO

El espíritu de lucro, de llegar a rico en el menor tiempo posible, de mundanalidad absorbente, está en penosa contradicción con nuestra fe y doctrinas. Si el Señor quisiera impartir su Espíritu Santo y si procurara reavivar su obra, ¿cuántos anhelarían recibir el maná celestial, y cuántos anhelarían beber las aguas de vida?...

Veo que algunos de nuestros hermanos corren peligro de decir, tal como el rico necio: “Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repóstate, come, bebe, regocíjate” (S. Luc. 12: 19). Muchos se están olvidando que son siervos de Dios, y están diciendo: “Y será el día de mañana como éste, o mucho más excelente” (Isa. 56: 12). Dios ve cada una de vuestras transacciones comerciales. Estad en guardia. Es tiempo de dedicar un pensamiento profundo y serio a la tarea de hacerse tesoros en los cielos, donde la polilla ni el orín corrompen, y donde los ladrones no minan ni hurtan.—*Special Testimonies*, Serie B, N° 17, pp. 4, 5 [“El empleo imprudente del dinero y el espíritu de especulación”].

La infatuación de las nuevas empresas

Cuando una nueva patente circula en el país, hay personas que profesan creer la verdad que de alguna manera reúnen recursos financieros para invertirlos en la empresa. Dios conoce cada corazón; conoce cada motivo egoísta, y permite que surjan ciertas circunstancias para probar los corazones de su pueblo profeso para desarrollar su carácter. En algunos casos el Señor permitirá que los hombres sigan adelante y terminen en un completo fracaso. Su mano está contra ellos para chasquear sus esperanzas y esparcir lo que poseen.

Quienes realmente sienten interés en la causa de Dios y están dispuestos a aventurar algo para su adelantamiento, encontrarán que es una inversión infalible y segura. Algunos tendrán cien veces tanto en esta vida y en el mundo venidero la vida eterna. Pero no todos recibirán cien veces tanto en esta vida, porque no podrían soportarlo. Si se les confiara mucho, llegarían a ser mayordomos imprudentes. El Señor no les proporciona recursos para su propio bien, pero su tesoro está seguro en el cielo. ¡Cuánto mejor es una inversión como ésta!

EBRIOS CON LA ANTICIPACIÓN DE GANANCIAS

El deseo que algunos de nuestros hermanos poseen de ganar rápidamente medios económicos, los lleva a comprometerse en

nuevas empresas y a invertir sus recursos, pero con frecuencia no se cumplen sus expectativas de ganar dinero. Y así pierden lo que habrían podido gastar en la causa de Dios. Hay una infatuación en esas nuevas empresas. Y a pesar de eso, este caso se ha repetido una vez tras otra. Tienen ante ellos el ejemplo de otros que han hecho inversiones y han fracasado rotundamente, y sin embargo son lentos en aprender. Satanás los engaña y los pone ebrios con la anticipación de ganancias.

Cuando se destruyen sus esperanzas experimentan mucho desánimo a causa de sus aventuras insensatas. Si hay pérdida de recursos económicos, la persona considera esto como una desgracia para sí misma, como su pérdida personal. Pero debe recordar que es el dinero de Otro el que está manejando, que ella es tan sólo un mayordomo y que Dios siente desagrado por el manejo insensato de los recursos que habría podido emplear para promover la causa de la verdad presente. En el día del ajuste de cuentas el mayordomo infiel deberá rendir cuenta de su mayordomía.—1 T 225, 226.

Más atractivo que el trabajo perseverante

El enemigo de las almas está muy ansioso de estorbar la terminación de la obra especial para este tiempo, introduciendo algunas transacciones erróneas. Las traerá bajo el disfraz de una mayor liberalidad; y si los que siguen esta conducta tienen un éxito aparente durante un tiempo, otros seguirán en pos de ellos. Y las mismas verdades que están probando a nuestro pueblo para este tiempo, y las que, si se las comprendiera claramente, cambiarían ese proceder, llegan a perder su fuerza.

Algunos descubrirán proyectos especulativos para ganar dinero, y habrá quienes prontamente adoptarán el espíritu de especulación. Es precisamente lo que quieren, de modo que se dedicarán a tareas especulativas que apartarán la mente de la preparación sagrada que es esencial para sus almas a fin de estar listos para hacer frente a las pruebas que vendrán en estos últimos días.

El enemigo de las almas tiene sus planes cuidadosamente trazados, y procurará por todos los medios posibles llevarlos a cabo con éxito. Algo de esta índole,* un plan que promete ser tan agradable y exitoso como éste ha sido iniciado muchas veces entre nuestro pueblo. Pero cuando llega el momento del gran éxito esperado, ha resultado ser un completo fracaso. Esto confunde la mente de la gente. Se han dedicado a la especulación, y apreciaban ese plan más que el trabajo duro y la laboriosidad, tal como hemos acostumbrado, trabajando perseverantemente y confiando en el Señor...

DESVIANDO LAS MENTES DE LA VERDAD

Cada movimiento de esta clase, que estimula el deseo de obtener riquezas en forma rápida mediante la especulación, aparta las mentes de las verdades más solemnes que alguna vez hayan sido dadas a los mortales. Durante un tiempo pueden constituir perspectivas alentadoras, pero al final resultan un completo fracaso. El Señor no respalda tales movimientos. Si se aprobara esta obra muchos serían atraídos por esos proyectos especulativos, personas que en ninguna otra forma podrían ser apartadas de la obra de presentar las verdades solemnes que deben predicarse en este tiempo.—*Special Testimonies*, serie B, N° 17, pp. 15-19.

Una trampa de Satanás

Muchas veces cuando el Señor ha abierto el camino para que los hermanos utilicen sus recursos para promover su causa, los agentes de Satanás han presentado algunas empresas por medio de las cuales han hecho creer en forma definida que los hermanos podían duplicar sus recursos. Y ellos han mordido el anzuelo; han invertido su dinero, y como resultado la causa, y con frecuencia ellos mismos, nunca recibieron un solo peso.

Hermanos, recordad la causa, y cuando dispongáis de recursos económicos haceos un buen fundamento contra el tiempo futuro a fin de poder aferraros a la vida eterna. Jesús se empobreció por amor

La búsqueda de las riquezas

a vosotros, para que vosotros por medio de su pobreza pudieseis ser ricos en los tesoros celestiales. ¿Qué daréis por Jesús, quien lo dio todo por vosotros?—5 T 154, 155.

* Aquí se hace referencia a un plan de especulación con terrenos y minas que debía promoverse entre los adventistas, con la idea de dedicar a la obra del Señor una gran parte de las ganancias que se esperaba obtener.—*Los compiladores*.

46. LA TENTACIÓN A ESPECULAR

Satanás ha destruido a muchas almas induciéndolas a colocarse en el terreno de la tentación. Se aproxima a ellas tal como lo hizo con Cristo, tentándolas a amar al mundo; les dice que pueden invertir con provecho en esto o en aquella empresa, y ellas obedecen de buena fe sus insinuaciones.

Pronto son tentados a apartarse de su integridad a fin de asegurarse tantas ganancias como les sea posible. Su proceder puede ser perfectamente legal, de acuerdo con las normas del mundo, y sin embargo puede no soportar la prueba de la ley de Dios. Sus motivos son puestos en duda por sus hermanos, y se llega a sospechar de ellos suponiendo que obran con falta de honradez para beneficiarse a sí mismos, y así se sacrifica esta preciosa influencia que debería haberse protegido celosamente para beneficio de la causa de Dios. El negocio que habría podido ser un éxito financiero manejado por un estafador que habría vendido su integridad por amor a las ganancias mundanas, es enteramente inapropiado para un seguidor de Cristo.

Todas esas especulaciones llevan aparejadas pruebas y dificultades que no alcanzan a percibirse, y constituyen una terrible prueba para quienes se dedican a ellas. Con frecuencia ocurren circunstancias que en forma natural inducen a lanzar reproches sobre los motivos de estos hermanos; pero aunque algunas cosas parezcan decididamente erróneas, éstas no siempre deberían considerarse como una prueba del carácter. Sin embargo, con frecuencia demuestran que constituyen el punto de cambio en la experiencia y el destino de una persona. El carácter es transformado por la fuerza de las circunstancias en las que una persona se ha colocado a sí misma.

UN EXPERIMENTO PELIGROSO

Se me mostró que es un experimento peligroso para los miembros de nuestro pueblo dedicarse a la especulación. En esa forma se colocan en el terreno del enemigo, y se exponen a grandes tenta-

ciones, chascos, pruebas y pérdidas. A eso sigue una inquietud febril, un gran deseo de ganar recursos con más rapidez que lo que las circunstancias presentes podrían permitir. Con este propósito en vista, cambian sus circunstancias con la esperanza de ganar más dinero. Pero con frecuencia no se cumplen sus expectativas y se desaniman retrocediendo en lugar de adelantar. Tal ha sido el caso con algunos en —————. Se están apartando de Dios.

Si el Señor hubiera prosperado a algunos de nuestros queridos hermanos en sus especulaciones, habría determinado con esto su ruina eterna. Dios ama a su pueblo y ama a los desafortunados. Si ellos aprenden las lecciones que él desea enseñarles, su derrota terminará por convertirse en una victoria preciosa. El amor al mundo ha desplazado el amor a Cristo. Cuando se quitan las escorias de la puerta del corazón, y ésta se abre ampliamente en respuesta a la invitación de Cristo, él entra y se posesiona del templo del alma.— 4 T 616-618.

Encantos y sobornos engañosos

Ahora mismo, durante el tiempo de gracia, todos estamos siendo probados. Satanás está obrando con sus encantos y sobornos seductores, y algunos pensarán que han hecho una especulación admirable por medio de sus planes. Pero ocurre que cuando creen que están surgiendo con seguridad y se están elevando en su egoísmo, llegan a saber que Dios puede esparcir con más rapidez que con la que ellos pueden juntar.—*Special Testimonies*, Serie B, N° 17, p. 6.

Perspectivas engañosas

Muchas personas, obrando a conciencia, han prestado su dinero a nuestras instituciones, a fin de que éste fuese empleado para hacer una buena obra para el Maestro. Pero Satanás pone en obra proyectos que producirán en las mentes de nuestros hermanos un gran deseo de probar fortuna, tal como en la lotería. Uno y luego otro son halagados por una gran esperanza de ganancia financiera

si invierten su dinero en terrenos; de manera que retiran sus recursos de nuestras instituciones y los sepultan en la tierra, donde la causa del Señor no recibe ningún beneficio.

Luego, si uno de ellos tiene éxito, queda tan alborozado por el hecho de haber ganado algunos pocos cientos de dólares que decide seguir tratando de obtener más dinero si es que puede. Sigue invirtiendo en bienes raíces o en minas. Y así es como el proyecto de Satanás tiene éxito, porque en lugar de fluir los fondos hacia la tesorería, éstos son retirados de nuestras instituciones a fin de que sus dueños prueben fortuna en el negocio de las minas o de la especulación con terrenos. Así se estimula el espíritu de codicia y el hombre naturalmente tacaño regatea cada peso que se pide para ser usado en el adelantamiento de la causa de Dios en la tierra.—*Special Testimonies*, Serie B, N° 17, p. 8.

Especulación por parte de los ministros

Nos estamos aproximando al tiempo del fin. No sólo queremos enseñar la verdad presente desde el púlpito, sino también vivirla fuera del púlpito. Examine cuidadosamente el fundamento de su esperanza de salvación. Mientras ocupa la posición de un heraldo de la verdad, de un centinela sobre las murallas de Sión, no puede permitir que su interés se entretaja con el negocio de las minas o de los bienes raíces, y al mismo tiempo realizar en forma efectiva la obra que ha sido encomendada a sus manos. Cuando las almas de los hombres están en juego, cuando están implicadas las cosas eternas, el interés no puede dividirse con seguridad.

Esto es especialmente cierto en su caso. Mientras se dedica a ese negocio, no ha estado cultivando la piedad sincera. Ud. ha padecido un deseo febril de obtener recursos. Ha hablado con muchos acerca de las ventajas financieras que pueden obtenerse invirtiendo en tierras en —————. Una vez tras otra Ud. se ha dedicado a describir las ventajas de estas empresas; y eso mientras era un ministro ordenado de Cristo, habiendo prometido dedi-

car su alma, cuerpo y espíritu a la obra de la salvación de las almas. Al mismo tiempo Ud. estaba recibiendo dinero de la tesorería para su sostén y el de su familia. Sus conversaciones estaban calculadas para atraer la atención y el dinero de nuestro pueblo apartándolos de nuestras instituciones y del negocio de promover el reino del Redentor en la tierra. Esto hizo surgir en ellos el deseo de invertir sus medios donde Ud. les aseguró que se duplicarían en un corto tiempo y se hicieron la ilusión de que podrían ayudar mucho más a la causa haciendo eso...

HAY QUE EVITAR LOS ENREDOS CON EL MUNDO

Especialmente el ministro debería evitar enredarse con el mundo, y en cambio debería unirse a la Fuente de todo poder a fin de representar correctamente lo que significa ser cristiano. Debería separarse de cualquier cosa que de una manera u otra aparte su mente de Dios y de la gran obra para este tiempo. Cristo espera de él, como su empleado y siervo, que sea como él mismo en mente, pensamiento, palabra y acción. El espera que cada hombre que abre la Escritura ante otro trabaje cuidadosamente y con inteligencia, sin poner en acción sus facultades insensatamente, de manera que éstas se dañen o se recarguen, sino de tal modo que él esté en condiciones de llevar a cabo una buena obra para el Señor.—5 T 530, 531.

Especulando en tierras cerca de nuestras instituciones

Se me indicó que diera un testimonio a nuestros hermanos diciéndoles que deben precaverse contra la especulación indebida en conexión con la compra y venta de tierras cerca de la propiedad del colegio. Cada transacción que se haga en términos de compra y venta debe caracterizarse por la integridad más estricta. No hay que complacer el egoísmo. Los principios por los que aboga nuestro colegio, y los que han de enseñarse a los alumnos como parte de su educación, deben ser cultivados y revelados por los que se relacio-

nan estrechamente con los intereses del colegio. Ellos no deben, al tratar de conseguir ganancias personales, contrarrestar los principios de la educación cristiana para cuya enseñanza el colegio ha sido establecido.

Cada día estamos completando nuestro registro para el tiempo y la eternidad. Que cada acción sea justa y exacta en la venta y la compra. Que no se introduzca ninguna cosa de carácter dudoso porque eso desanimará a nuestros hermanos y desagradará a Dios. Los miembros de nuestras iglesias han realizado grandes sacrificios a fin de adquirir esta propiedad para nuestro colegio. Que los que buscan ventajas personales no se aprovechen injustamente de sus hermanos que puedan necesitar establecerse cerca del colegio. Algunos que tienen un espíritu especulativo deberían ser desanimados en su intención de venir a _____, porque no serán una bendición para el colegio sino un estorbo.

Recordemos que estamos expuestos ante la vista de Dios, y que cada acción injusta realizada en servicio del yo queda registrada contra nosotros en los libros del cielo. Ruego a nuestros hermanos que desechen el espíritu de comercialismo. Oro para que no se establezca cerca del colegio nadie cuyo propósito principal consista en obtener ventajas para sí mismo. Que todos procuren sobresalir en las cosas espirituales para que el espíritu ambicioso sea cambiado por un espíritu de desprendimiento. Esa transformación debe realizarse en nosotros si queremos ser plenamente aprobados por Dios.—*Carta 72, 1909.*

La atracción de las loterías

Hay además un negocio de lotería relacionado con ello, y el joven que va allí consigue un reloj de oro. ¿Y qué quiere decir eso? El reloj puede ser de oro genuino, puede ser que no sea un fraude; pero, ah, hay un fraude detrás de eso, y ahí está la trampa. Si ganó esto una vez, querrá tratar de ganarlo otra vez. Si hubiera sido mi hijo, habría preferido verlo en el ataúd antes que luciendo ese reloj

La tentación a especular

de oro. Luego hay otros muchachos. Les muestra su reloj y así les entra el deseo de probar suerte en esa misma forma, y así probarán este asunto por ellos mismos. Luego otro lo intentará, y aún otro más; y así se extiende la influencia de uno a otro, y el diablo sabe en qué forma desempeñar su juego.—MS 1, 1890.

47. INVERSIONES IMPRUDENTES

Hace pocas semanas, mientras asistía al congreso campestre realizado en San José [1901], algunos de nuestros hermanos me presentaron lo que consideraban admirables oportunidades para invertir recursos en minas y acciones de ferrocarril, que producirían grandes dividendos. Parecían tener confianza en el éxito y hablaban de todo el bien que harían con los beneficios que esperaban recibir.

Había otras personas presentes, y parecían interesarse por ver en qué forma recibiría yo su proposición. Les dije que esas inversiones eran muy inciertas. No podían tener la seguridad del éxito de esas empresas. Les hablé de las recompensas eternas que se aseguran a los que colocan sus tesoros en el cielo; y les rogué, por amor a Cristo, que pusieran fin en el punto donde se encontrasen a esas operaciones inciertas.

En una visión nocturna Dios me instruyó para que dijera a su pueblo que no está de acuerdo con su voluntad el que los que creen en su próxima venida inviertan sus recursos en acciones de minería. Esto significaría sepultar los talentos de nuestro Señor en la tierra. Transcribiré una copia de una carta que escribí a uno de los hermanos que he mencionado:

“San José, California, 2 de julio de 1905

“Querido hermano:

“Ud. me ha presentado la oportunidad de invertir en acciones de minería. Ud. mostró confianza en que esa inversión resultaría un éxito, y piensa que en esta forma podrá prestar una gran ayuda a la causa de Dios.

“El Señor me ha dicho que en una reunión a la que asistiré encontraré a hombres que estimularán a nuestro pueblo a invertir su dinero en la explotación de minas. Se me ha ordenado que les diga que esto es un artificio del enemigo destinado a consumir o a insumir recursos que se necesitan urgentemente para llevar a cabo la obra de Dios. Esto constituye una trampa de los últimos días con

el propósito de implicar al pueblo de Dios en la pérdida del capital que su Señor les ha confiado, el que debería emplearse sabiamente en la obra de ganar almas. Debido a que se invierte tanto dinero en estas empresas inciertas, la obra de Dios queda lamentablemente menoscabada por falta del talento que ganará almas para Cristo...

“Anoche en una visión alzaba mi voz amonestando contra las especulaciones mundanas. Decía: ‘Os invito a adquirir acciones en la mayor mina que alguna vez se haya trabajado’.

“El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo, y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo” (S. Mat. 13: 44)...

Si invertimos en las acciones mineras de Dios, la ganancia está asegurada. El dice: “Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura” (Isa. 55: 2)...

“También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró” (S. Mat. 13: 45, 46).

“Hermano mío, ¿quiere Ud. invertir para asegurarse la perla celestial de gran precio?... Esto representa acciones de minería en las que Ud. puede invertir sin correr el riesgo de ser chasqueado. Pero, estimado amigo, no tenemos un solo peso del dinero del Señor para invertir en empresas mineras en este mundo”.

Estoy sumamente entristecida porque hay algunos en nuestro pueblo que han cometido el error de enterrar el capital que Dios les ha dado en acciones de minería, pensando de ese modo aumentar sus entradas. La perspectiva puede parecer halagadora, pero muchos quedarán amargamente chasqueados.

Recuerdo el caso de un hermano que una vez se interesó en la obra y la causa de Dios. Hace algunos años, cuando yo estaba en Australia, este hermano me escribió diciéndome que había adquirido una mina de la que esperaba recibir grandes utilidades. Dijo que me daría una parte de lo que recibiera. Ocasionalmente me escribía

Consejos sobre mayordomía cristiana

y me informaba: “Ahora las perspectivas son buenas. Pronto recibiremos ganancias”. Pero las ganancias no se materializaron, y después de invertir muchos miles de dólares, esa arriesgada empresa resultó una pérdida completa.

Este es uno de los muchos casos similares que he encontrado. Muchos se han lamentado por haber animado a otros a invertir sus recursos en acciones mineras. Si hay aquí alguno que ha recibido dinero de un hermano o hermana para esa clase de inversión, es su deber devolvérselo, si el que se lo dio así lo desea.

Os amonesto a ser cuidadosos con lo que hacéis con los bienes de vuestro Señor. Colocándolos en la tesorería del Señor podéis aseguraros utilidades de los tesoros inagotables de su reino.

El pueblo de Dios se ha conformado muy fácilmente con resultados superficiales. Deberíamos buscar diligentemente las verdades profundas, eternas y abarcantes de la palabra de Dios. Después de hallarlas, gozosamente venderemos todo a fin de comprar el campo.—*Special Testimonies*, Serie B, N° 17, pp. 8-13.

PARA UN ESTUDIO ADICIONAL

- Algunos deben aprender por experiencia propia a dejar de lado las empresas especulativas, *JT* 1, 103, 104.
- Una trampa para los pobres, *JT* 480, 481.
- Satanás enreda hábilmente a muchos sin que éstos vean posibilidad de fracaso, 2 T 664, 665.
- Especialmente los ministros deben mantenerse libres, 2 T 622, 626; *HA* 294, 295; *OE* 355-357.
- La especulación es un experimento peligroso, 4 T 616, 617.
- Las especulaciones y los negocios con los incrédulos son un estorbo, *JT* 3, 288.
- Especulaciones con tierras y minas, *OE* 356, 357.
- Resultado en términos de pesar, remordimiento y reproche de sí mismo, *JT* 455.
- Disipación de los recursos del pueblo de Dios y transferencias de los medios a las filas enemigas, *JT* 1, 177.

SECCIÓN XI

*La tiranía
de la deuda*

La tiranía de la deuda

- 48. Viviendo en armonía con las entradas 247
- 49. Cuando se arroja oprobio sobre la causa de Dios 250
- 50. Exhortación a orar o a cambiar de trabajo 253
- 51. Liquidando las deudas de construcción
de las iglesias 256
- 52. Hay que evitar las deudas en las instituciones 262
- 53. Cuando se falla en calcular el costo 269
- 54. Avanzando por fe 273
- 55. Palabras de un consejero divino 277
Para un estudio adicional 280

48. VIVIENDO EN ARMONÍA CON LAS ENTRADAS

Muchos, muchísimos no han aprendido a mantener sus gastos dentro de los límites de sus entradas. No aprenden a adaptarse a las circunstancias, y piden prestado una vez tras otra, y en esa forma quedan agobiados por las deudas, y en consecuencia se desaniman y descorazonan.

Muchos no se acuerdan de la causa de Dios, y gastan descuidadamente dinero en diversiones en los días feriados, en vestidos y necesidades, y cuando se hace un pedido para promover la obra en el país y en las misiones extranjeras, no tienen nada para dar, y hasta han gastado más de lo que tenían. Así roban a Dios en los diezmos y ofrendas, y por medio de su complacencia egoísta exponen el alma a las fieras tentaciones y caen en las trampas de Satanás.

Deberíamos estar alerta y no permitirnos gastar dinero en cosas innecesarias que sirven tan sólo como objetos de ostentación. No deberíamos permitirnos tampoco complacer los gustos que nos llevan a seguir las costumbres del mundo y a robar a la tesorería del Señor.—RH, 19 de diciembre, 1893.

Laboriosidad y economía en la familia

Me fue mostrado que vosotros, mi hermano y hermana, tenéis mucho que aprender. No habéis vivido dentro de vuestros recursos. No habéis aprendido a economizar. Si ganáis sueldos elevados, no sabéis cómo hacerlos alcanzar hasta donde sea posible. Tomáis en cuenta el gusto o el apetito en lugar de la prudencia. Algunas veces gastáis dinero en alimentos de una calidad que vuestros hermanos no pueden costear. Los pesos se escapan de vuestros bolsillos con mucha facilidad...

Es tan erróneo para vosotros no usar vuestras fuerzas para producir el mayor beneficio, como erróneo es para un rico retener codiciosamente sus riquezas porque le agrada hacerlo. No hacéis el esfuerzo que deberíais para sostener a vuestra familia. Podéis traba-

jar, y lo hacéis, si el trabajo está a mano preparado convenientemente; pero no os esforzáis por poneros a trabajar, y no pensáis que es un deber emplear vuestro tiempo y fuerzas para obtener el mayor beneficio en el temor de Dios.

Habéis estado trabajando en un negocio que a veces os da grandes utilidades de una sola vez. Después de haber recibido las ganancias, no habéis tratado de economizar para un tiempo cuando los recursos no se ganarán con tanta facilidad, sino que habéis gastado mucho en necesidades imaginarias. Si Ud. y su esposa hubiesen comprendido que es un deber que Dios os impone el negaros vuestros gustos y deseos, para hacer provisión para el futuro, en lugar de vivir tan sólo para el presente, ahora podríais contar con recursos y vuestras familias podrían tener las comodidades de la vida. Debéis aprender una lección, y debéis aprenderla con prontitud. Y ésta consiste en conseguir que un poquito alcance para lo más posible...

Jesús logró un milagro y alimentó a cinco mil, y luego enseñó una importante lección de economía: “Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada” (S. Juan 6: 12). Tenéis la responsabilidad de deberes importantísimos. “No debáis a nadie nada” (Rom. 13: 8). Si fuerais inválidos, si no fuerais capaces de trabajar, entonces vuestros hermanos tendrían el deber de ayudaros. Pero en vuestro caso, todo lo que necesitabais de vuestros hermanos cuando os mudasteis de lugar, era sólo una ayuda para comenzar. Si Ud. fuera tan emprendedor como debiera, y si con su esposa estuvierais de acuerdo en vivir dentro de vuestros recursos, podríais veros libres de compromisos. Tendréis que trabajar para recibir salarios reducidos tanto como para recibir salarios cuantiosos. La laboriosidad y la economía habrían colocado a vuestra familia en una condición mucho más favorable.—2 T 431-436.

La economía como principio

Aquellos cuyas manos están abiertas para responder a los pedidos de recursos para sostener la causa de Dios y aliviar a los pobres

y los necesitados, no son los que manejan sus asuntos comerciales con flojedad, laxitud y lentitud. Siempre son cuidadosos en mantener sus gastos dentro de sus ingresos. Son económicos por principio; sienten que su deber consiste en ahorrar, a fin de tener algo para dar.—4 T 573.

La primera lección es la abnegación

He visto a familias pobres luchando con las deudas, y sin embargo no enseñaban a los hijos a negarse a sí mismos a fin de ayudar a sus padres. En una familia que visité, las hijas manifestaron el deseo de tener un piano costoso. Los padres las habrían complacido gustosamente si no hubieran estado atados por las deudas. Las hijas lo sabían, y si les hubieran enseñado a practicar la abnegación no habrían causado a sus padres el dolor de negar sus deseos; pero aunque les dijeron que sería imposible complacerlas, el asunto no terminó ahí. Expresaron sus deseos una vez tras otra aumentando así continuamente la gran preocupación de los padres.

En otra de mis visitas vi en esa casa el piano codiciado, y supe que algunos cientos de dólares habían sido añadidos a la carga de la deuda. Me resulta difícil saber a quién culpar más, a los padres indulgentes o a las hijas egoístas. Todos ellos son culpables delante de Dios. Este caso sirve de ilustración para muchos otros. Estas jóvenes, aunque profesaban ser cristianas, nunca habían tomado la cruz de Cristo, porque la primera lección que debe aprenderse de Cristo es la lección de la abnegación. Nuestro Salvador dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame” (S. Mat. 16: 24). No hay otra forma como podemos llegar a ser discípulos de Cristo a no ser cumpliendo esta condición.—ST, 31 de marzo, 1887.

49. CUANDO SE ARROJA OPROBIO SOBRE LA CAUSA DE DIOS

La religión que Ud. profesa le impone el deber de emplear su tiempo tanto durante los seis días de trabajo, como asistir a la iglesia el sábado. Ud. no es diligente en los negocios. Ud. deja pasar las horas, los días y aun las semanas sin hacer nada. El mejor sermón que Ud. podría predicar al mundo sería mostrar una decidida reforma en su vida, y proveer para su familia. Dice el apóstol: “Si alguno no tiene cuidado de los suyos, y mayormente de los de su casa, la fe negó, y es peor que un infiel” (1 Tim. 5: 8).

Ud. ocasiona oprobio a la causa domiciliándose en un lugar donde permanece en la indolencia por un tiempo, y luego se ve obligado a endeudarse a fin de proveer para su familia. Ud. no es siempre escrupuloso en pagar esas deudas, sino que en vez de hacerlo se traslada a otro lugar. Esto es defraudar a su prójimo. El mundo tiene derecho a esperar estricta integridad de aquellos que profesan ser cristianos de acuerdo con la Biblia. Por la indiferencia de un hombre en cuanto a pagar sus justas deudas, todos nuestros hermanos están en peligro de ser considerados como deshonestos.

“Y como queréis que os hagan los hombres, así haceldes también vosotros” (S. Luc. 6: 31). Esto se refiere a los que trabajan con sus manos tanto como a aquellos que tienen dones que conceder. Dios le ha dado fuerza y habilidad, pero Ud. no las ha usado. Su fuerza es suficiente para proveer abundantemente a las necesidades de su familia. Levántese por la mañana, aun mientras las estrellas brillan, si es necesario. Propóngase hacer algo, y luego hágalo. Redima toda promesa, a menos que la enfermedad le postre. Mejor es negarse el alimento y el sueño que ser culpable de defraudar a otros de lo que se les debe con justicia.—*JT 2*, 46, 47.

Lo que requiere el octavo mandamiento

El octavo mandamiento condena el robo de hombres y el tráfico de esclavos, y prohíbe las guerras de conquista. Condena el hurto y el robo. Exige estricta integridad en los más mínimos por menores de los asuntos de la vida. Prohíbe la excesiva ganancia en el comercio, y requiere el pago de las deudas y de salarios justos. Implica que toda tentativa de sacar provecho de la ignorancia, debilidad, o desgracia de los demás, se anota como un fraude en los registros del cielo.—*PP 317.*

Una de las redes de Satanás para las almas

Todos deben practicar la economía. Ningún obrero debería manejar sus negocios en una forma tal que llegue a incurrir en deudas... Cuando una persona se endeuda voluntariamente, se está enredando a sí misma en una de las redes que Satanás tiende para las almas.—*CE 67.*

Debilita la fe y tiende a desanimar

Estimado hermano:

Siento que Ud. se encuentre en la situación actual, bajo la presión de las deudas. Conozco a muchos que, como Ud., están preocupados y afligidos por su situación financiera...

El Señor no se complace en su aflicción. Quiere derramar sobre Ud. el consuelo de su Espíritu Santo, para que sea un hombre libre que ande en su luz y en su amor. El tiene algunas lecciones que Ud. debe aprender, y quiere que las aprenda con prontitud. Ud. no debería permitirse incurrir en dificultades financieras, porque el hecho de que Ud. está endeudado debilita su fe y tiende a desanimarlo; y hasta el mero pensamiento en esto lo pone casi frenético. Ud. necesita reducir sus gastos y esforzarse para remediar esta deficiencia de su carácter. Ud. puede y debe hacer esfuerzos definidos para controlar su tendencia a gastar más de lo que gana.—*Carta 48, 1888.*

Una práctica desmoralizadora

La práctica de conseguir dinero prestado para aliviar alguna necesidad urgente, sin hacer cálculos para cancelar la deuda, aunque es muy común, es desmoralizadora. El Señor desea que todos los que creen en la verdad se conviertan de estas prácticas engañosas. Deberían preferir antes sufrir necesidad que cometer un acto falto de honradez. Ningún alma puede recurrir a la prevaricación o la falta de honradez en el manejo de los bienes del Señor, y quedar sin culpa delante de Dios. Todos los que hacen esto niegan a Cristo en sus obras, mientras profesan guardar y enseñar los mandamientos de Dios. No mantienen los principios de la ley de Dios. Si los que ven la verdad no cambian en carácter en una medida correspondiente a la influencia santificadora de la verdad, serán un sabor de muerte para muerte. Representarán mal la verdad, acarrearán oprobio sobre ella y deshonrarán a Cristo quien es verdad.—MS 168, 1898.

50. EXHORTACIÓN A ORAR O A CAMBIAR DE TRABAJO

Estimados hermano y hermana:

Siento simpatía por vosotros y estoy orando para que podáis ver los asuntos bajo una luz correcta. Debéis comprender que una persona no debe manejar sus asuntos en tal forma que tenga que incurrir en deudas...

Cuando un hombre ve que no tiene éxito, ¿por qué no se dedica a la oración, o bien cambia de trabajo? Nos aguardan tiempos tormentosos, y el Señor aceptará a todos los que puedan colaborar con él. Practicad la abnegación y el espíritu de sacrificio. Andad humildemente delante del Señor. Debemos mantener una dedicación a Dios y enderezar las sendas para nuestros pies, no sea que el cojo sea apartado del camino.—*Carta 63, 1897.*

Consejo a un colporteur

En su carta Ud. se queja del yugo de las deudas. Pero no tiene excusa por haber incurrido en deudas... El hecho de que se ha sentido libre para pedir prestado sin tener razón para suponer que se encontraría en una posición que le permitiera pagar sus deudas, está haciendo una gran injusticia a otros, robándoles lo poco que tienen, y acarreando oprobio sobre la causa de Dios. Si hubiera comprendido lo que Ud. estaba haciendo en el momento de llevarlo a cabo, se habría detenido. Habría visto que es pecado robar a los hombres, creyentes o incrédulos, y ponerlos en aprietos económicos a fin de poder aliviar Ud. sus necesidades actuales.

Este caso suyo, Hno.———, no es un asunto sin importancia. En la conducta que ha seguido, dejará una influencia perjudicial sobre el camino de otros colportores que le resultará difícil borrar. Habrá cerrado la puerta a otras personas que desearían colportar y hacer el trabajo honradamente, pero que serán consideradas indignas de confianza. Los dirigentes no se atreven a ser indul-

gentes y a manifestar favor en el caso de algunos que necesitan que se confíe en ellos, debido a la mala conducta de ciertos colportores. Y con la experiencia que han tenido, en la pérdida de la tesorería de cientos de libras, ¿por qué no habrían de temer depositar su confianza en hombres que se las arreglan para extraer de la tesorería, dejándolos sin los recursos que tanto necesitan para sostener la obra de Dios para este tiempo?—*Carta 36, 1897.*

Libertad mediante la abnegación

Decídase a no incurrir nunca más en otra deuda. Niéguese mil cosas antes que endeudarse. Durante toda su vida Ud. se ha estado metiendo en deudas. Evítelo como evitaría la viruela.

Haga un pacto solemne con Dios prometiendo que mediante su bendición pagará sus deudas y luego a nadie deberá nada, aunque viva solamente de gachas y pan. Resulta muy fácil al preparar la mesa para la comida sacar de su cartera y gastar veinticinco centavos en cosas extras. Cuide los centavos y los pesos se cuidarán solos. Son los centavos aquí y los centavos allá gastados para esto, aquello, y lo de más allá, que pronto suman pesos. Niéguese a complacer el yo, por lo menos mientras está asediado por las deudas... No vacile, no se desanime ni se vuelva atrás. Niéguese a complacer su gusto, niéguese a satisfacer la complacencia del apetito, ahorre sus centavos y pague sus deudas. Elimínelas tan pronto como sea posible. Cuando nuevamente sea un hombre libre, no debiendo nada a nadie, habrá alcanzado una gran victoria.—*Carta 4, 1877.*

Las deudas personales no deben estorbar la liberalidad

Algunos no se han adelantado para unirse en el plan de la liberalidad sistemática, y en cambio se han excusado porque estaban endeudados. Alegan que primero deben cumplir con este mandato: “No debáis a nadie nada” (Rom. 13: 8). Pero el hecho de que estén endeudados no los excusa. Vi que debían dar a César las cosas que

Exhortación a orar o a cambiar de trabajo

son de César, y a Dios las cosas que son de Dios. Algunos consideran con mucho escrúpulo la orden de “no debáis a nadie nada” y piensan que Dios no requerirá nada de ellos hasta que hayan pagado sus deudas. Pero con esto se engañan a sí mismos. Fallan en dar a Dios las cosas que son suyas. Cada uno debe llevar al Señor una ofrenda aceptable. Los que están endeudados deberían pagar sus deudas con lo que poseen, y dar una porción de lo que les quede.—
1 T 220.

51. LIQUIDANDO LAS DEUDAS DE CONSTRUCCIÓN DE LAS IGLESIAS

Me alegro juntamente con Ud. ante la perspectiva de sanear de toda deuda los edificios de la iglesia. Cuánto habría podido ahorrarse si cada año se hubiesen realizado esfuerzos extraordinarios para hacer esto. Nuestras casas de culto no necesitan continuar endeudadas año tras año. Si cada miembro de la iglesia cumpliera su deber, practicara abnegación y espíritu de sacrificio, por el Señor Jesús, cuya posesión adquirida él es, para que su iglesia esté libre de deudas, así honraría a Dios.

Los grandes centros de Dios, sus propios instrumentos, deberían estar libres de deudas. Cada año muchas libras* están siendo tragadas por los intereses pagados sobre las deudas. Si todo ese dinero se hubiera destinado para pagar la deuda principal, ésta no estaría consumiendo, consumiendo y siempre consumiendo. El endeudarse es un procedimiento erróneo y detestable. Sería mucho mejor si pudiera reunirse anticipadamente el dinero necesario para edificar, aunque esto requiera esfuerzos enérgicos, porque en esta forma la iglesia podría dedicarse libre de deudas. Ojalá que cuando edificamos una casa para el Señor pudiésemos adoptar como regla el llevar a cabo esfuerzos fervorosos y perseverantes para dedicárselos a Dios sin deuda alguna...

El Señor me ha mostrado que no tenemos necesidad de dejar endeudadas nuestras casas de culto de Australia o Nueva Zelandia. Una deuda en cada caso significa un descuido de las cosas especiales y sagradas de Dios, porque en ese caso se da egoístamente el primer lugar a las cosas comunes... Hay que tributar al tabernáculo de Dios el honor más elevado. Toda otra consideración debería supeditarse a ésta. Nuestras ideas deben ser elevadas, ennoblecidas y santificadas. Los padres han manifestado mundanalidad y ambición con respecto a sus hijos, sus parientes y amigos. Han utilizado el dinero en una forma tal que no ha honrado a Dios, y que en cam-

Liquidando las deudas de construcción de las iglesias

bio ha causado un daño definido. Han dado liberalmente regalos a sus hijos, parientes y amigos, en tanto que los obsequios que han dedicado a los que el Señor honra, han sido escasos y limitados tanto en su valor como en la frecuencia con que se los ha ofrecido...

LA ABNEGACIÓN Y LA HIPOTECA DE LA IGLESIA

Cada cristiano debe formularse estas preguntas inquisidoras: ¿Tengo, en la intimidad de mi alma, amor por Jesús? ¿Amo su tabernáculo?... ¿Es mi amor hacia Dios y mi Redentor bastante fuerte como para inducirme a negarme a mí mismo? Cuando sea tentado a gratificar el placer y los goces egoístas, ¿no diré: no, no gastaré ni un chelín, y ni siquiera medio chelín, para mi propia gratificación, mientras la casa de Dios esté hipotecada o soporte la presión de las deudas?

¿No debería recibir Cristo nuestra primera y más elevada consideración? ¿No debería él exigir esta señal de nuestro respeto y lealtad? Estas son las cosas que revelan nuestro amor tanto en el hogar como en la iglesia. Si entregamos enteramente a Dios el corazón, el alma, la fuerza y la vida, y si le sometemos plenamente nuestros afectos, entonces daremos el lugar supremo a Dios en todo nuestro servicio. El resultado será que sabremos lo que significa ser socios con Jesucristo en la firma sagrada. El edificio levantado para rendir culto a Dios no quedará baldado por la deuda. Permitir que esto suceda casi parecería una negación de nuestra fe.—*Carta 52, 1897.*

Las deudas de la iglesia deshonran a Dios

Dios es deshonrado cuando nuestras iglesias están cargadas por las deudas. No es necesario que exista este estado de cosas. Revela una mala administración de principio a fin, y es una deshonra para el Dios de los cielos. Leed y estudiad con oración el capítulo 4 de Zacarías. Leed a continuación el primer capítulo de Hageo, y ved si lo que allí se dice no se aplica a vosotros. Mientras os habéis preocupado mucho de vosotros mismos y de vuestros intereses egoístas,

no os habéis aprestado a edificar o bien habéis edificado con dinero prestado y no habéis hecho donaciones para librar de deuda la construcción de la iglesia. ¿No consideraréis cuál es vuestro deber? Transcurre un año tras otro y se realiza poquísimos sacrificio para disminuir la deuda. Los intereses tragan los recursos que deberían utilizarse para amortizar la deuda.

¿POR QUÉ PERMANECEN LAS DEUDAS?

Siervos perezosos, es el cargo que Dios hace contra los que están en las iglesias. No se cumple su voluntad cuando se permite que las cosas sagradas permanezcan en un estado marchito y descuidado. Si en cada iglesia se manifestara sacrificio personal y abnegación, cambiaría este estado de las cosas. “Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos” (Hag. 2: 8). Se deshonra a Dios cuando ese oro y esa plata se utilizan con propósitos egoístas, para gratificar la ambición, el orgullo o la complacencia de sí mismo, tal como se ha hecho.

Los hombres que ocupan posiciones representativas ¿pueden estar tan profundamente dormidos que no comprendan que el estado actual de las cosas es el resultado del descuido de su parte? Cuando el pueblo elegido por Dios embellece sus propias casas, e invierte el dinero de Dios en... diversas cosas destinadas a la gratificación egoísta, sabiendo que los recursos que utilizan en esa forma deberían utilizarlos para mantener la casa de Dios en la mejor condición posible, a fin de que no se utilicen los recursos de la tesorería para sufragar los gastos corrientes, no puede ser bendecido.

Tengo un mensaje del Señor. Las iglesias deben despertar de su letargo y pensar en estas cosas. “Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos” (Hag. 2: 8). ¿Nos estamos apropiando, como familias, de la plata y el oro del Señor con fines egoístas? ¿No estamos haciendo nada para aliviar la deuda que pesa sobre su causa? Las iglesias están cargadas con deudas, no porque les sea imposible librarse de ellas, sino debido a la complacencia egoísta

Liquidando las deudas de construcción de las iglesias

manifestada por sus miembros. Dios es deshonrado por ese descuido, y si él traba vuestros recursos, no desconozcáis cuál es la causa. Cuando déis el primer lugar al Señor, y cuando comprendáis que la casa del Señor es deshonrada por las deudas, Dios os bendecirá.—MS 116, 1897.

Necesidad de consejo y colaboración

Estimado hermano: En cada paso que Ud. dé necesita estar seguro que al avanzar no está siguiendo su propio juicio sino el consejo unánime de sus hermanos. Ud. ha fallado en esto, porque ha trabajado con demasiada independencia... Puede pedir prestado dinero. ¿Pero ha tomado el parecer de sus hermanos en sus planes de construcción? ¿Se ha unido con ellos, y ellos con Ud.?... No debe permitirse que las ideas y el juicio de una sola persona se conviertan en la norma en ningún caso en que se trate de la edificación de una iglesia. Esto requiere la actuación de cada miembro de la iglesia que pueda llevar responsabilidades, y por lo tanto el pastor no es quien debe llevar solo el peso de esta obra... Esta es una lección que Ud. debe aprender: consultar los pensamientos y el juicio de sus hermanos, y no avanzar sin su consejo y cooperación.—*Carta* 49, 1900.

Un descuido inexcusable

Me ha sido presentada la forma descuidada en que muchas iglesias incurren en deudas y se mantienen endeudadas. En algunos casos, continuamente pesa una deuda sobre la casa de Dios y se paga interés constantemente. Estas cosas no deberían ocurrir y no tienen por qué ocurrir. Si cada uno de sus siervos manifestara esa sabiduría en relación con el Maestro, ese tacto y ese celo que él requiere de ellos, ocurriría un cambio en estas cosas. Las deudas serían pagadas. La abnegación y el sacrificio personal realizarán maravillas en la promoción de la espiritualidad de la iglesia. Que cada miembro de iglesia haga algo. Incúlquese definitivamente en los adoradores la idea de que cada uno debe llevar a cabo su parte.

El colegio y la iglesia de ————— no necesitan estar endeudados como lo están ahora. Esto habla de una mayordomía infiel. Dios pide que haya abnegación. Pide ofrenda de los que puedan darlas, y hasta los miembros más pobres pueden dar un poquito. Dios abre el camino cuando se manifiesta la voluntad de hacer algo por él. Pero a Dios no le agrada la forma actual de manejar los negocios. No es su propósito que su causa sea obstaculizada por las deudas.

La abnegación permitirá a aquellos que no han hecho nada en el pasado que ahora lleven a cabo algo tangible, y que demuestren que creen las enseñanzas de la Palabra y que creen en la verdad para este tiempo. Todos, ancianos y jóvenes, padres e hijos, deben manifestar su fe por medio de sus obras. La fe se perfecciona en las obras. Estamos viviendo en las escenas finales de la historia del mundo, y sin embargo hay tan sólo pocas personas que comprenden esto, porque el mundo se ha interpuesto entre Dios y el alma.—*Carta 81, 1897.*

Edificación de la iglesia y el colegio en Avondale

Hay veces cuando se puede ganar mucho por medio de un esfuerzo unido, rápido y persistente. Ya se había establecido una fecha para iniciar las clases en nuestro colegio, pero nuestros hermanos en todas las colonias procuraban conseguir una postergación. Habían esperado durante mucho tiempo la apertura del colegio y estaban desanimados. Había mucho trabajo que debía realizarse en los edificios, y nuestros fondos estaban agotados. En vista de esto los constructores anunciaron que el trabajo no podría terminarse en el momento anunciado. Pero nosotros dijimos que no debía haber demora. El colegio debía abrir sus puertas en el tiempo fijado. De modo que sometimos este asunto a consideración delante de la iglesia, y pedimos voluntarios. Treinta hombres y mujeres se ofrecieron para trabajar; y aunque fue difícil para ellos conseguir tiempo disponible, un grupo de obreros enérgicos continuó trabajando día tras día hasta que los edificios quedaron terminados, fueron limpiados y amoblados, y estuvieron listos para ser usados el día establecido para la iniciación de las clases.

Liquidando las deudas de construcción de las iglesias

Cuando llegó el momento de edificar esta casa de culto, hubo otra prueba de la fe y la lealtad. Celebramos una reunión para considerar lo que debía hacerse. El camino parecía lleno de dificultades. Algunos dijeron: “Pensemos en un edificio pequeño, y cuando tengamos dinero ampliémoslo, porque no nos será posible levantar en esta ocasión una iglesia como la que deseamos”. Otros dijeron: “Esperemos hasta tener dinero suficiente para edificar una casa cómoda”. Pensamos hacer esto; pero durante la noche recibí esta amonestación del Señor: “Levantaos y edificad sin tardanza”.

En vista de esto decidimos emprender la obra y avanzar por fe para establecer un comienzo. A la noche siguiente llegó de Sudáfrica un giro por doscientas libras esterlinas. Era un obsequio de los Hnos. Lindsay, de la ciudad de El Cabo, para ayudar a construir la casa de culto. Nuestra fe había sido probada, habíamos decidido comenzar la obra, y ahora el Señor colocaba en nuestras manos este importante donativo con el cual podíamos empezar.

Este estímulo recibido permitió comenzar la obra con entusiasmo. La junta de la escuela dio el terreno y cien libras esterlinas. La unión proporcionó doscientas libras, y los miembros de la iglesia dieron lo que les fue posible. Algunos amigos que no pertenecían a la iglesia también ayudaron, y los constructores dieron una parte de su tiempo, el que valía tanto como el dinero.

Así se terminó el trabajo, y ahora tenemos este hermoso edificio con capacidad para cuatrocientas personas sentadas. Agradecemos al Señor por esta casa donde podemos adorarlo. El comprende todas las estrecheces por las que hemos pasado. Cuando surgían dificultades, el pastor Haskell, quien dirigía el trabajo, llamaba a los obreros y oraba fervorosamente para que Dios los bendijera a ellos y a la obra. El Señor escuchó las oraciones y la casa quedó terminada en siete semanas.—RH, 1^{ro} de noviembre, 1898.

* Escrito en Australia.

52. HAY QUE EVITAR LAS DEUDAS EN LAS INSTITUCIONES

Dios no desea que su obra se vea continuamente estorbada por las deudas. Cuando parezca deseable ampliar los edificios u otras dependencias de una institución, cuidado de no excederos en los gastos más allá de los recursos con que contáis. Es mejor postergar las mejoras hasta que la Providencia abra el camino para que se lleven a cabo sin contraer deudas pesadas y sin tener que pagar intereses.

Las casas editoras han sido convertidas en lugares de depósito por nuestro pueblo, y en esta forma han podido proporcionar recursos para sostener la obra en diferentes campos, y han ayudado a llevar a cabo otras empresas. Esto está bien. No se ha hecho demasiado en este sentido. El Señor lo ve todo. Pero por la luz que él me ha dado debería realizarse todo esfuerzo posible para estar libres de deudas.

EN LA CASA EDITORA

La obra de publicaciones se fundó con abnegación y debería dirigirse mediante principios de estricta economía. El asunto de las finanzas puede controlarse, si cuando hay exigencia de recursos, los obreros consienten en que se haga una reducción de los sueldos. Este fue el principio que el Señor me reveló que debía introducirse en nuestras instituciones. Cuando el dinero escasea, deberíamos estar dispuestos a restringir nuestras necesidades.

Hágase un cálculo correcto en relación con las publicaciones, y luego que todos en nuestras casas editoras procuren economizar en toda forma posible, aun cuando esto implique inconvenientes considerables. Vigíense los gastos pequeños. Deténgase toda fuga. Son las pequeñas pérdidas las que significan mucho al final de cuentas. Reunid los fragmentos; que nada se pierda. No desperdiciéis los minutos en conversaciones; los minutos perdidos echan a perder las horas. La diligencia perseverante y la fe que obra siempre serán coronadas por el éxito.

Hay que evitar las deudas en las instituciones

Algunos piensan que ocuparse de las cosas pequeñas está por debajo de su dignidad. Piensan que esto es evidencia de una mente estrecha y de un espíritu mezquino. Pero las vías de aguas pequeñas han hecho naufragar a más de un barco. No debería permitirse que se pierda nada que pueda ser utilizado por alguien. La falta de economía con seguridad acarreará deudas sobre nuestras instituciones. Aunque se reciba mucho dinero, se perderá en los pequeños derroches que ocurren en todos los ramos de la obra. La economía no significa tacañería.

Cada hombre y mujer empleados en la casa editora deberían ser centinelas fieles que vigilen para que nada se desperdicie. Todos deberían precaverse contra las necesidades supuestas que requieren gasto de dinero. Algunos hombres viven mejor con una entrada de cuatrocientos dólares al año que otros con ochocientos. Así también ocurre con nuestras instituciones; algunas personas pueden administrarlas con mucho menos capital que otras. Dios desea que todos los obreros practiquen la economía, y especialmente que sean contadores fieles.—7 T 206, 207.

Ahorro mediante una administración cuidadosa

Los que están relacionados con nuestras instituciones necesitan estudiar cómo ahorrar en los gastos, de modo que las instituciones no entren en deudas. Hay que manifestar prudencia en las compras. Debe tratarse que el dinero alcance para lo más posible. Mediante una administración cuidadosa es posible ahorrar muchos dólares.

No hay que efectuar gastos a menos que se disponga del dinero para sufragarlos. Hay personas relacionadas con nuestras instituciones que incurren en deudas que podrían evitarse. Tal vez se incurre en gastos innecesarios para hermosear el edificio. Con frecuencia se usa el dinero para complacer el gusto y la inclinación.

CADA OBRERO DEBE SER UN PRODUCTOR

Que todos se esfuercen valerosa y activamente por ahorrar antes que por gastar. Decid a los que están dispuestos a consumir sin pro-

ducir: Es mi deber economizar en todo sentido. No puedo estimular la extravagancia. No puedo permitir que el dinero salga de mis manos para adquirir lo que no necesito.

Desde el más encumbrado hasta el más humilde, los obreros de Dios deben aprender a economizar. Que cada uno se diga: Restringiré en mí mismo cualquier inclinación a gastar dinero en forma innecesaria. Que los que trabajan al servicio de Dios sean productores tanto como consumidores. Considerad la grandeza de la obra y restringid la inclinación no cristiana a gastar dinero para la gratificación personal. Tomad en cuenta el costo de aquello que deseáis comprar.

Esto constituye una oportunidad excelente para que cada uno se conforme con su suerte y ocupe su lugar. Que todos traten de producir alguna cosa. Los que trabajan en la obra de Dios deberían estar dispuestos a ayudar cuandoquiera que su ayuda es necesaria. Deberían limitar sus gastos todo lo posible, porque llegará el momento cuando se necesitará cada dólar que se pueda conseguir para llevar adelante la obra del Señor.

El empleo de ayudantes para los trabajos de adentro y de afuera es algo que requiere una cuidadosa consideración. Los administradores de nuestras instituciones deben ser cuidadosos y prudentes. No deberían contratar a un gran número de auxiliares a menos que esto constituya una necesidad real. Con frecuencia se cometen errores en este sentido.

LOS EMPLEADOS FORMAN PARTE DE LA FIRMA

Los que colaboran en nuestras instituciones deberían actuar como si formaran parte de la firma. No deberían pensar que deben trabajar tan sólo una cierta cantidad de horas cada día. Cuando se presenta una situación de emergencia que requiere trabajo adicional, deberían responder voluntariamente y con gozo. Deberían sentir un interés intenso en el éxito de la institución para la cual trabajan. En esa forma estimularán a otros a trabajar con interés y concienzudamente.

Hay que evitar las deudas en las instituciones

Cristo dijo: “Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada” (S. Juan 6:12). Los que desempeñan una parte cualquiera en nuestras instituciones deben atender esta instrucción. Deben preocuparse de que no se desperdicie ninguna de las provisiones espirituales y temporales que el Señor proporciona. Los educadores deben aprender la economía y deben enseñarla a sus auxiliares. Y los padres, por precepto y ejemplo deberían enseñar a sus hijos la ciencia de conseguir que una cantidad pequeña alcance para lo más posible. Muchas familias pobres son pobres porque gastan su dinero tan pronto como lo reciben.

El cocinero de un sanatorio debería ser enseñado a adquirir y practicar hábitos de economía. Ha de comprender que ningún alimento debe desperdiciarse.

“EN LO QUE REQUIERE DILIGENCIA, NO PEREZOSOS”

La Palabra inspirada nos dice: “En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor” (Rom. 12:11). Que todos los que están relacionados con nuestros sanatorios lleven a cabo su trabajo con interés y fervor. Si los ayudantes no han aprendido la ciencia de ser expeditivos, que comiencen de inmediato a educarse en este sentido, o bien que consientan en recibir un sueldo proporcional a la cantidad de trabajo que realizan. Cada día las enfermeras y los ayudantes deberían adquirir mayor eficiencia, deberían ser más idóneos y útiles. Pueden ayudarse personalmente a alcanzar normas cada vez más elevadas como manos ayudadoras del Señor. Que los que son lentos por naturaleza se preparen cada día para realizar su trabajo con más rapidez y al mismo tiempo cuidadosamente...

Los que reciben pago por su trabajo deberían aprovechar bien su tiempo. Deberían ser productores tanto como consumidores. A medida que se perfeccionen en este sentido serán cada vez más capaces de cumplir perfectamente la tarea que se les ha asignado. Así estarán listos para encargarse de la obra en cualquier lugar.—*Carta 87, 1901.*

Economía en la administración del colegio

Hay que practicar la economía en todo sentido para mantenerse a flote y no ser ahogados por las deudas; sin embargo hay que aumentar la cuota que se paga por concepto de enseñanza. Esto me fue presentado mientras estaba en Europa, y desde entonces ha sido presentado a vosotros y a nuestros colegios. El problema de: “¿Cómo pueden nuestros colegios mantenerse libres de deudas?” siempre seguirá siendo un problema hasta que se establezca un presupuesto sabio. Aumentad las cuotas que pagan los alumnos por las facilidades educativas, y luego encargad de la cocina a personas que sepan cómo ahorrar y economizar. Consíganse los mejores talentos, aunque haya que pagar sueldos buenos y razonables. Estas medidas son indispensables. Cuando se hayan adoptado estas precauciones las deudas no aumentarán en vuestros colegios...

LOS ALUMNOS DEBEN COLABORAR

Algunos dirán: “Debemos tener menos alumnos”. Esto podría ser; pero los que ahora tenéis deberían apreciar su tiempo y ver la necesidad de realizar un trabajo diligente a fin de estar calificados para las posiciones que deberán ocupar. Si se mantiene al Señor constantemente delante de los alumnos como Aquel a quien deben acudir en busca de consejo, tal como lo hizo Daniel, recibirán de él conocimiento y sabiduría. Entonces todos se convertirán en canales de luz. Exponed este asunto ante los alumnos. Preguntad quiénes practicarán la abnegación y harán sacrificios para cancelar la deuda en que han incurrido. En el caso de algunos alumnos tan sólo se necesita una mente bien dispuesta.

Que Dios ayude a los administradores de nuestros colegios a no incurrir nunca en gastos que excedan a las entradas, aun cuando el colegio deba ser cerrado. En la administración financiera de nuestros colegios no ha habido el talento que se ha necesitado. Dios pedirá cuenta a los administradores en relación con esto. Debe abandonarse cada hábito innecesario y dispendioso, y debe

Hay que evitar las deudas en las instituciones

abandonarse toda complacencia superflua. Cuando los principios revelados tan claramente por la Palabra de Dios para todos los colegios sean tomados en cuenta y practicados con el ahínco con el que deberían practicarse, las deudas no se acumularán.—*Carta* 137, 1898.

Protegiendo las finanzas del colegio

Especialmente el director de un colegio debería preocuparse cuidadosamente de las finanzas de la institución. Debería comprender los principios básicos de la contabilidad. Debe informar fielmente el empleo de todo dinero que pasa por sus manos destinado a usarse en el colegio. El colegio no debe gastar más allá de los fondos que posee, pero debe realizar todo esfuerzo posible para aumentar su utilidad. Los que han sido encargados con la responsabilidad financiera de nuestras instituciones educativas, no deben permitirse ningún descuido en el desembolso de los recursos. Todo lo que se relaciona con las finanzas de nuestros colegios debería ser perfectamente correcto. Hay que seguir estrictamente el método del Señor, aunque esto no armonice con los métodos del hombre...

Si os sentís tentados a disponer del dinero que llega al colegio en una forma que no produzca un beneficio especial para la institución, vuestras normas necesitan ser criticadas cuidadosamente para que no llegue el tiempo cuando vosotros seáis juzgados y hallados faltos. ¿Quién es vuestro contador? ¿Quién es vuestro tesorero? ¿Quién es vuestro gerente? ¿Son cuidadosos y competentes? Preocupaos de esto. Es posible que se dé un mal destino al dinero sin que nadie comprenda claramente cómo ocurrió tal cosa; y es posible que un colegio pierda continuamente debido a una política imprudente de gastos. Los administradores pueden sentir profundamente esa pérdida y pensar que han hecho su mejor parte. ¿Pero por qué permiten que las deudas se acumulen? Los que están a cargo de un colegio deben establecer cada mes cuál es el estado financiero real de la institución.—*MS* 65, 1906.

Apartaos de la deuda como si fuera lepra

Hay que practicar economía en todo lo que se relaciona con el colegio. Los que van al colegio generalmente salen de hogares sencillos, donde han estado acostumbrados a las comidas comunes, sin muchos platos. Están habituados a consumir alimento sencillo y sano al mediodía. Sería mejor para todos si se tuviera una comida liviana al atardecer. Hay que tener estrictamente en cuenta la economía porque en caso contrario se contraerán deudas. Manteneos dentro de los límites. Apartaos de la deuda como os apartaríais de la lepra.—*Carta 60, 1896.*

53. CUANDO SE FALLA EN CALCULAR EL COSTO

Hay hombres que no actúan con prudencia. Están ansiosos por causar una gran impresión. Piensan que la ostentación aumentará su influencia. En su trabajo, no se sientan primero a calcular el costo, a ver si serán capaces de terminar lo que han comenzado. En esta forma manifiestan su debilidad. Muestran así que tienen mucho que aprender acerca de la necesidad de actuar con cuidado y precaución. Su confianza propia los induce a cometer muchos errores. En esta forma algunos han recibido un daño del que nunca se recuperarán.

Este ha sido el caso con varias personas que se han sentido competentes para establecer y administrar sanatorios. Como resultado fracasan, y cuando se encuentran endeudadas piden a la Asociación Médica Misionera que se encargue de la institución fracasada y asuma sus obligaciones por pagar... La Asociación Médica Misionera se perjudica al encargarse de tantos sanatorios en bancarrota. Que los que han administrado estos sanatorios y han andado por caminos falsos, comiencen a pensar sensatamente. Que no se los señale como fracasados. Esto echa a perder el valor de los hombres buenos.

Hombres que habrían podido hacer bien si se hubiesen consagrado a Dios, si hubiesen estado dispuestos a trabajar con humildad, a ampliar lentamente su negocio, y a rehusar endeudarse, han fracasado porque no han trabajado correctamente. Y después de entrar en dificultades han tenido que liquidar lo que les quedaba, porque eran administradores incompetentes. Deseaban tener alivio de la presión financiera y no se detuvieron en pensar en las consecuencias.

Los que ayudan a tales personas a salir de sus dificultades se sienten tentados a atarlas con cuerdas tan fuertes en términos de promesas que en adelante los que han sido ayudados llegan a pen-

sar que son esclavos. Pocas veces logran sobreponerse a la reputación de malos administradores y fracasados.

Se me ha pedido que diga a los que se endeudan en esta forma: No os deis por vencidos si estáis avanzando correctamente. Trabajad con toda vuestra capacidad para aliviar la situación vosotros mismos. No recarguéis con una institución con problemas a una asociación que ya está pesadamente cargada con deudas. Es mejor que cada sanatorio sea responsable por sí mismo.

Los que están a cargo de nuestros sanatorios deberían actuar con precaución. Habrá momentos de poco progreso. Actúen con sabiduría, tacto y adaptabilidad. Aprendan y practiquen las instrucciones que Cristo dio concernientes a la edificación de una torre. La previsión es de mucho más valor que cualquier idea tardía —cuando un descuido de los cálculos prudentes y de la administración cuidadosa ha llevado evidentemente al fracaso. Los administradores que son negligentes, que no saben cómo administrar, deberían ser separados de la obra. Asegúrense los servicios de hombres y mujeres que sepan manejar las cosas, para que la obra no se enrede.

Que todos los que se relacionan con nuestras instituciones se humillen delante de Dios. Que le pidan que les ayude a trazar planes con sabiduría y economía para que las instituciones arraiguen firmemente y lleven fruto para gloria de Dios. No deben depender de los hombres. Deben contemplar a Jesús. Deben velar y orando acciones de gracias. Aseguraos de que estáis estrechamente relacionados con Cristo.—*Carta* 199, 1901.

Deudas contraídas por edificar en exceso

Hno. _____, contraer deudas no es obrar con sabiduría. Ud. es un hombre prudente y no necesita que le recuerde esto. Una deuda es un yugo, un yugo duro e irritante. No es prudente comprar otro terreno cerca de _____, Ud. se ha visto apremiado casi más allá de toda medida en su esfuerzo por edificar y equipar el sanatorio de _____. Habría sido más conveniente

construir un edificio más pequeño. Yo siempre pensé que habría sido mejor reducir los planes de construcción aún más de lo que se los ha reducido, y entonces, cuando hubiera habido recursos y se hubiera necesitado más espacio, el edificio habría podido ampliarse. Habría costado mucho menos equipar un edificio más pequeño.—*Carta 158, 1902.*

Entrampado por un mal cálculo

Si seguimos los planes del Señor tendremos oportunidad de comprar a un precio razonable, con el fin de establecer sanatorios, propiedades que ya cuentan con edificios utilizables, y cuyo terreno ya está adornado con árboles ornamentales. Me han sido mostrados muchos de estos lugares. Se me ha dicho que las ofertas liberales hechas en relación con estos lugares deberían considerarse cuidadosamente...

Sin embargo, algunas veces puede ser necesario elegir un lugar donde no se hayan hecho mejoras ni donde no se hayan erigido edificios. En este caso, debemos tener cuidado de no elegir un lugar que requerirá un cuantioso desembolso para ponerlo en condiciones de servicio. Por la falta de experiencia y por falta de cálculos podemos ser entrampados e incurrir en grandes deudas, debido a que los edificios y las mejoras pueden costar dos o tres veces tanto como lo que habíamos calculado.—*MS 114, 1902.*

Dependiendo de dinero en perspectiva

El director y el gerente deben trabajar unidos. El gerente debe velar para que los gastos no excedan a las entradas. Debe saber con cuántos fondos se cuenta para que la obra aquí no sea cargada por las deudas como lo fue en Battle Creek. La condición en que se encuentran las cosas aquí nunca debió haber existido. Es el resultado de la obra de hombres que no están bajo la dirección de Dios. Cuando los hombres se someten a la dirección de Dios, la obra

avanza armoniosamente; pero cuando se coloca en cargos de responsabilidad en la obra a hombres de temperamento fuerte que no están controlados por Dios, la causa es puesta en peligro, porque sus temperamentos fuertes los inducen a usar un dinero que tienen tan sólo en perspectiva.—MS 106, 1899.

Empresas prematuras sin un amplio consejo

Se requiere talento especial para iniciar un sanatorio y colocarlo en pie de funcionamiento, aunque estas empresas sean de índole privada. Antes de iniciar tal empresa, nuestros hermanos deberían pedir el parecer de consejeros sabios.——— debe ser trabajado; pero debe ser trabajado en la forma correcta. Si se inicia un proyecto que termina en chasco, si el que toma la responsabilidad de la obra sobre sí mismo falta en su empresa, será muy difícil vencer la impresión que así se ha hecho contra la verdad.

Quienquiera que contemple la iniciación de un sanatorio debería consultar a sus hermanos que han llevado la carga de la obra en campos cercanos y lejanos. No podemos soportar que nuestra obra médica en las ciudades cause ninguna otra impresión a no ser que Dios es nuestro guía y nuestro amparo...

Se me ha instruido que diga a nuestros hermanos de todas partes: Considérense en primer término las empresas que ya se han iniciado en campos necesitados, antes que se inicien nuevos proyectos, porque en caso contrario nuestro pueblo tendrá que soportar una pesada carga de deudas.—*Carta 5*, 1905.

54. AVANZANDO POR FE

No siempre es lo más juicioso negarse a emprender algo que demande grandes gastos porque no se dispone del dinero necesario para terminar el negocio. En la edificación de su obra, el Señor no allana siempre el camino delante de sus siervos. A veces prueba la confianza de su pueblo haciéndole avanzar por fe. A menudo lo pone en situaciones difíciles y críticas, y le ordena avanzar cuando ya sus pies parecen tocar las aguas del mar Rojo. Es en ocasiones semejantes, mientras sus siervos elevan oraciones a él con fervor y fe, cuando él abre la vía delante de ellos y los conduce a lugares espaciosos.

El Señor quiere que su pueblo actual esté convencido de que hará por él cosas tan grandes como las que hizo en favor de los hijos de Israel durante su viaje de Egipto a Canaán. Debemos tener una fe educada, que no vacile en seguir las instrucciones del Señor en los momentos difíciles., “¡Adelante!” Tal es la orden que Dios da a su pueblo.

La ejecución de los planes del Señor exige fe y gozosa obediencia. Cuando él señala la necesidad de establecer la obra en lugares donde podrá ejercer influencia, se debe andar y obrar por la fe. Por su conducta piadosa, su humildad, sus oraciones y esfuerzos fervientes, los hermanos deben luchar por inducir a la gente a apreciar la buena obra que el Señor ha establecido en su medio. Era propósito del Señor que el sanatorio de Loma Linda pasase a ser propiedad de nuestro pueblo; y lo realizó en un momento cuando los torrentes de las dificultades desbordaban de su cauce.

Cuando se trata de atender a los intereses personales, los hombres pueden seguir su propio juicio. Pero el llevar adelante la obra del Señor en la tierra es asunto enteramente distinto. Cuando él indica que la compra de una propiedad determinada es necesaria para el progreso de su causa y la edificación de su obra, ya se trate de un sanatorio, de una escuela o de cualquier otra institución, él

hará su adquisición posible si los que tienen experiencia muestran su fe y su confianza en sus planes, y obran con prontitud para aprovechar las ventajas que Dios les señala. Si bien no debemos procurar arrebatar la propiedad de nadie, debemos, sin embargo, ver y aprovechar con prontitud las ventajas cuando ellas se nos ofrecen, a fin de poder hacer planes para la edificación de la obra. Después de esto, debemos dedicar todas nuestras energías a obtener del pueblo de Dios ofrendas voluntarias para sostener esas nuevas instituciones.—*JT* 3, 419, 420.

El peligro de las posiciones extremas

Es correcto tomar prestado dinero para llevar adelante una obra que sabemos que Dios quiere que se realice. No debemos esperar rodeados de incomodidades y hacer la obra mucho más dura, porque no queremos tomar dinero prestado. Se han cometido errores al incurrir en deudas para hacer lo que bien habría podido esperar hasta un tiempo futuro. Pero existe el peligro de ir al otro extremo. No debemos colocarnos en una posición que pondrá la salud en peligro y hará que nuestra tarea sea cansadora. Debemos obrar con sensatez. Debemos llevar a cabo la obra que necesita realizarse, aun cuando tengamos que tomar dinero a préstamo y pagar intereses.—*Carta* 111, 1903.

Cuidado con los errores a ambos lados

El asunto que ahora nos confronta es: ¿Trataremos de conseguir los lugares que nos parecen deseables en precio y ubicación, cuando no podemos decir de dónde vendrá el dinero que necesitamos? Los Hnos. _____, _____, y otras personas se oponen al aumento de las deudas. Pero no estoy preparada para decir que no deberíamos, bajo ninguna circunstancia, comprar terrenos hacia los cuales el Señor parece haber dirigido nuestras mentes, cuando no hay otra dificultad fuera de la falta de dinero en efectivo, y considerando que por la providencia de Dios podríamos

pagar prontamente esa propiedad. Debemos precavernos contra los errores en ambos lados.—*Carta* 167, 1902.

Un freno en las ruedas del progreso

La idea según la cual no habría que establecer un sanatorio a menos que pudiera iniciarse sin deuda, ha puesto un freno sobre las ruedas del progreso. Al edificar casas de culto hemos tenido que tomar dinero prestado a fin de llevar a cabo algo de inmediato. Hemos estado obligados a hacer esto para cumplir las direcciones de Dios. Personas profundamente interesadas en el progreso de la obra han tomado dinero en préstamo y han pagado intereses sobre él a fin de establecer colegios y sanatorios y para edificar casas de culto. Las instituciones que se han establecido en esta forma y las iglesias que se han edificado han sido los medios para ganar a muchas personas a la verdad. En esta forma el diezmo ha sido aumentado y se han añadido obreros a las fuerzas del Señor.—*Carta* 211, 1904.

Pérdida por falta de fe

Dios quiere que el estandarte sea elevado cada vez más. La iglesia no puede abreviar su tarea sin negar a su Maestro. Hay que edificar templos en muchos lugares. ¿Es economía dejar de proveer nuestras ciudades de lugares de culto donde el Redentor pueda reunirse con su pueblo? No causemos la impresión de que consideramos un gasto demasiado grande proveer adecuadamente para la recepción de nuestro Huésped celestial.

Necesitamos la sabiduría de Dios al trazar planes de construcción. No necesitamos incurrir innecesariamente en deudas, pero quisiera decir que no es necesario que en cada caso deba tenerse en mano todo el dinero requerido para completar una construcción antes de que el trabajo comience. Con frecuencia debemos avanzar por fe, trabajando en forma tan expeditiva como sea posible. Por falta de fe dejamos de recibir el cumplimiento de las promesas de

Consejos sobre mayordomía cristiana

Dios. Debemos trabajar, orar y creer. Debemos avanzar firmemente y con entusiasmo, confiando en el Señor, y diciendo: “No fracasaremos ni nos desanimaremos”.—RH, 7 de septiembre, 1905.

55. PALABRAS DE UN CONSEJERO DIVINO

En una visión nocturna recibida hace poco, me encontraba en unas reuniones de junta. En esas reuniones se pronunciaban palabras que tenían más sabor humano que divino. Se consideraba la obra médica en —————. Se propusieron planes que, a menos que se los modifique atarían la obra y no conseguirían aliviar la situación. Se pidió a la Asociación General que prometiera reunir una suma no menor de veinte mil dólares, o responsabilizarse por esa cantidad, a fin de establecer un sanatorio en —————. Debido a que el pastor —————, rehusó consentir en colocar esta obligación adicional sobre la Asociación General, fue criticado severamente por algunos. Pero bajo las circunstancias existentes, él pensaba que el Señor le había prohibido colocar esta carga sobre la Asociación. Admiro el juicio que el pastor ————— ejerció acerca de este asunto...

Pero volvamos a la reunión de junta: una vez más Uno que durante mucho tiempo ha sido nuestro Consejero, estaba presente a fin de darnos la palabra del Señor. Dijo: “El Señor no será glorificado si colocáis el yugo de la deuda sobre la Asociación General. El Señor, en una forma especial, ha tratado de arrancar de los cuellos de los miembros de su pueblo los aflictivos yugos de las deudas que han llevado durante tanto tiempo. La Asociación no debe volver a recorrer el mismo camino que ellos han recorrido”...

Algunos todavía no han aprendido la lección que Cristo enseñó acerca de la edificación de una torre. El preguntó: “¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: este hombre comenzó a edificar y no pudo acabar” (S. Luc. 14: 28-30). Esta advertencia ha sido desoída.

Cuando los hombres que ocupan cargos de responsabilidad tienen tanta premura por establecer alguna nueva institución en forma prematura, el espectáculo presentado no redundante solamente contra los intereses de la causa del Señor, sino también contra los intereses de quienes, obrando guiados por la sabiduría humana han tratado de adelantar demasiado rápidamente. Dios no es glorificado por quienes intentan ir más a prisa que lo que él guía. El resultado de esto es confusión, perturbación y zozobra. El Señor no desea que sus representantes repitan estos errores, porque el registro pasado de estos hechos no lo glorifica.—MS 144, 1902.

No se repitan los errores del pasado

Una especie de frenesí se ha apoderado de las mentes de algunos y los ha guiado a llevar a cabo empresas que insumen dinero sin tener ninguna posibilidad de producir recursos en el futuro. Si este dinero se hubiese empleado en la forma como el Señor se había propuesto, habría sido posible preparar obreros para que realicen la obra que debe efectuarse antes de la venida de nuestro Señor. El mal uso de los recursos muestra la necesidad de la advertencia del Señor según la cual su obra no debe ser atada por proyectos humanos, y en cambio debe llevarse a cabo en forma tal que fortalezca su causa.

Los hombres han endeudado la causa al trabajar guiados por planes erróneos. Que no se repita esto. Que los dirigentes de la obra actúen cautelosamente y rehúsen sepultar la causa de Dios bajo las deudas. Que nadie actúe descuidadamente, temerariamente, pensando sin tener base para ello, que todo saldrá bien.—7 T 283, 284.

Levantad las deudas

Dios quiere que aprendamos lecciones de los fracasos del pasado. A él no le agrada que sus instituciones estén endeudadas. Hemos llegado al tiempo cuando debemos dar reputación a la obra rehusando erigir edificios grandes y costosos.

No debemos copiar los errores cometidos en lo pasado, e incurrir cada vez en más deudas. Más bien debemos esforzarnos por levantar las deudas que todavía pesan sobre nuestras instituciones. Nuestras iglesias pueden ayudar en esto, si así lo desean. Los miembros a quienes el Señor ha dado recursos pueden invertir su dinero en la causa sin percibir intereses, o a un interés muy bajo, y mediante sus ofrendas voluntarias pueden ayudar a sostener la obra. El Señor os pide que le devolváis gozosamente una parte de los bienes que él os ha prestado, para convertirlos así en sus mayordomos.—*RH*, 13 de agosto, 1908.

Llegarán recursos en tiempo de reforma

Cuando se busca al Señor y se confiesan los pecados, cuando se lleva a cabo la reforma necesaria, el celo y el fervor unidos se manifestarán en la devolución de lo que se ha retenido. El Señor mostrará su amor perdonador y llegarán recursos para cancelar las deudas de nuestras instituciones.—8 T 89.

PARA UN ESTUDIO ADICIONAL

- Administración y finanzas de los colegios, *JT 2*, 465-476.
- Deuda en el sanatorio danés, *6 T* 463-467.
- Alivio para los colegios, *6 T* 468-478.
- Direcciones a seguir al edificar, *JT 3*, 116-120.
- Ventajas de un comienzo humilde, *1 T* 558, 559.
- Plan para liquidar las deudas institucionales, *9 T* 71, 75, 79, 80, 88; *FE* 520-524.
- Evítense como si fueran una enfermedad, *JT 2*, 470.
- Evítense como si fuera la lepra, *JT 2*, 476.
- Protegos contra ella como con un cerco de alambres de púas, *7 T* 236.
- El oprobio de las deudas; la sombra de las deudas, *JT 2*, 475, 476.
- Levantando las deudas de la iglesia, *6 T* 103.

SECCIÓN XII

*Ahorrande
para dar*

Ahorrando para dar

- 56. Dejado al honor de los hombres 283
- 57. Palabras para la juventud 288
- 58. Una exhortación a la economía 294
 Para un estudio adicional 301

56. DEJADO AL HONOR DE LOS HOMBRES

El único plan que el Evangelio ha establecido para sostener la obra de Dios es el que deja el sostén de su causa librado al honor de los hombres. Estos, teniendo en cuenta la gloria de Dios, deben darle la proporción que él ha requerido. Contemplando la cruz del Calvario, mirando al Redentor del mundo, quien se empobreció por amor a nosotros para que por su pobreza fuésemos hechos ricos, debemos pensar que no hemos de hacernos tesoros en la tierra, sino que debemos acumular nuestras riquezas en el banco del cielo, el que nunca suspenderá ningún pago ni fallará. Dios ha dado a Jesús a nuestro mundo, y la pregunta que debemos formularnos es: ¿Qué podemos devolverle a Dios en términos de donativos y ofrendas para demostrarle nuestro aprecio por su amor? “De gracia recibisteis, dad de gracia”.

Cada mayordomo fiel debería estar mucho más ansioso por aumentar la proporción de sus donaciones que entrega a la tesorería del Señor, antes que por disminuir sus ofrendas en una jota o una tilde. ¿A quién le sirve? ¿Para quién está preparando una ofrenda? Para Aquel de quien depende para recibir todas las buenas cosas de que disfruta. Entonces, que ninguno de los que recibimos la gracia de Cristo demos ocasión para que los ángeles se avergüencen de nosotros, y para que Jesús se avergüence de llamarnos hermanos.

¿Cultivaremos la ingratitud y la manifestaremos mediante nuestras prácticas mezquinas al dar a la causa de Dios? ¡No, no! Entreguémonos como un sacrificio vivo y demos nuestro todo a Jesús. Le pertenece, porque somos su posesión adquirida. Los que reciben su gracia, los que contemplan la luz del Calvario, no discutirán la proporción que deben dar, sino que pensarán que hasta la ofrenda más abundante es demasiado pequeña y desproporcionada en comparación con el gran don del Hijo unigénito del Dios infinito. Mediante la práctica de la abnegación, hasta los más pobres encontrarán el modo de obtener algo para devolverlo a Dios.

MAYORDOMOS DEL TIEMPO

El tiempo es dinero, y muchos están perdiendo un tiempo precioso que podrían utilizar en trabajo útil, haciendo con sus manos cosas beneficiosas. El Señor nunca dirá: “Bien hecho, buen siervo y fiel”, a quien no haya utilizado las habilidades físicas que Dios le prestó como talentos preciosos para juntar recursos con los cuales socorrer a los necesitados y presentar ofrendas a Dios.

Los ricos no deben pensar que pueden conformarse únicamente con dar de su dinero. Poseen habilidades, y deben estudiar la forma de obrar para ser aprobados por Dios, de ser instrumentos espirituales fervorosos en la educación y preparación de sus hijos para que éstos sean útiles. Los padres y los hijos no deben considerarse dueños de sí mismos y pensar que pueden disponer de su tiempo y propiedades en la forma como les plazca. Son la posesión adquirida por Dios, y el Señor pide los intereses de sus habilidades físicas, las que deben ser utilizadas para llevar un aporte a la tesorería del Señor.

LA ABNEGACIÓN Y LA CRUZ

Si se suprimieran los mil canales del egoísmo que ahora existen, y si se dirigieran los recursos hacia el conducto debido, una gran cantidad de dinero fluiría hacia la tesorería. Muchas personas compran ídolos con el dinero que debería ir a la casa de Dios. Nadie puede practicar la verdadera generosidad sin practicar antes la abnegación genuina. La abnegación y la cruz están directamente en el camino de cada cristiano que es un verdadero seguidor de Cristo. Jesús dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (S. Mat. 16: 24). ¿Quiere cada alma considerar el hecho de que el discipulado cristiano incluye la abnegación, el sacrificio de sí mismo, hasta el punto de entregar la propia vida, si esto fuera necesario, por amor al que dio su vida por la vida del mundo?

Los cristianos que contemplan a Cristo en la cruz están comprometidos por su obligación hacia Dios, a causa del don infinito

que él hizo en la persona de su Hijo, de no retener nada de lo que posean por muy precioso que esto sea para ellos. Si poseen cualquier cosa que pueda emplearse para atraer a cualquier alma, no importa cuán rica o cuán pobre ésta pueda ser, hacia el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, deben utilizar libremente tal cosa para realizar este propósito. El Señor emplea a los agentes humanos para que éstos sean colaboradores con él en la salvación de los pecadores.

Todo el cielo está empeñado activamente en proporcionar facilidades mediante las cuales extender el conocimiento de la verdad a todos los pueblos, naciones y lenguas. Si los que profesan haber sido verdaderamente convertidos no dejan brillar su luz para otros, están descuidando el cumplimiento de las palabras de Cristo.

No necesitamos preocuparnos en pensar cuánto se ha dado a la causa de Dios, sino más bien debemos considerar cuánto se ha retenido de su tesorería para dedicarse a la complacencia del yo en la búsqueda del placer y la gratificación de sí mismo. No necesitamos contar cuántos obreros han sido enviados, sino más bien cuántos han cerrado sus ojos del entendimiento para no ver cuál es su deber y para no ministrar a otros según sus diversas habilidades.

¡Cuántos podrían estar empleados ahora si en la tesorería hubiese recursos para sostenerlos en la obra! ¡Cuántas facilidades podrían utilizarse para extender la obra de Dios a medida que su providencia abre el camino! Cientos de obreros podrían estar empleados en el campo haciendo bien en diversos ramos, pero no están allí. ¿Por qué? El egoísmo los mantiene en sus hogares; aman la comodidad y por lo tanto permanecen alejados de la viña del Señor. Algunos irían a regiones alejadas, pero no tienen los recursos para trasladarse allá, porque otros han dejado sin hacer lo que deberían haber hecho. Estas son algunas razones por las que unos pocos obreros tienen que estar recargados como un carro bajo el peso de las gavillas, mientras hay otros que no llevan carga alguna.—RH, 14 de julio, 1896.

El peso que podría salvar un alma

El Señor ha hecho provisión para que todos puedan ser alcanzados mediante el mensaje de la verdad, pero los recursos colocados en las manos de sus mayordomos para ese mismo propósito, han sido dedicados egoístamente a la gratificación de sí mismos.

¡Cuánto ha sido desperdiciado descuidadamente por nuestra juventud, gastado para la complacencia propia y la ostentación, en cosas sin las cuales habrían podido ser igualmente felices! Cada peso que poseemos es del Señor. En lugar de gastar dinero en cosas innecesarias, deberíamos invertirlo para responder a los llamamientos de la obra misionera.

A medida que se abren nuevos campos, aumentan constantemente los pedidos de más recursos. Si alguna vez hemos necesitado ejercer economía, es ahora. Todos los que trabajan en la causa deberían comprender la importancia que tiene el seguir de cerca el ejemplo del Salvador dado en la abnegación y economía. Deberían ver en los medios que manejan un depósito que Dios les ha encomendado, y deberían sentirse obligados a ejercer tacto y habilidad financiera en el uso del dinero de su Señor. Cada centavo debería atesorarse cuidadosamente. Un centavo parece una suma ínfima, pero cien centavos son un peso, y éste correctamente gastado puede constituir el medio de salvar a un alma de la muerte. Si todos los recursos que nuestro propio pueblo ha malgastado en la gratificación de sí mismo se hubiesen dedicado a la causa de Dios, no habría tesoreras vacías, y podrían establecerse misiones en todas partes del mundo.

Que los miembros de la iglesia ahora abandonen su orgullo y sus adornos. Cada uno debería mantener a mano una caja misionera, y colocar en ella cada centavo que se sienta tentado a gastar en la gratificación de sí mismo. Pero hay que hacer algo más fuera de suprimir las cosas superfluas. Hay que practicar la abnegación. Algunas de nuestras cosas confortables y deseables deben ser sacrificadas. Los predicadores deben aguzar sus mensajes, no sólo com-

Dejado al honor de los hombres

batiendo la gratificación de sí mismo y el orgullo en el vestir, sino también presentando a Jesús, su vida de abnegación y sacrificio. Que el amor, la piedad y la fe sean atesorados en el corazón, y entonces frutos preciosos aparecerán en la vida.—*Historical Sketches of the Foreign Missions of the Seventh-day Adventists*, p. 293.

57. PALABRAS PARA LA JUVENTUD

Mucho podría decirse a los jóvenes acerca de su privilegio de ayudar a la causa de Dios aprendiendo lecciones de economía y abnegación. Muchos piensan que deben complacerse en todo lo que les plazca, y a fin de hacerlo, se acostumbran a vivir gastando todo lo que reciben. Dios desea que hagamos mejor en este sentido. Pecamos contra nosotros mismos cuando nos satisfacemos nada más que con lo suficiente para comer, beber y vestir. Dios tiene algo más elevado que esto para nosotros. Cuando estamos dispuestos a dejar de lado nuestros deseos egoístas y a dedicar las facultades del corazón y la mente a la obra de la causa de Dios, los instrumentos celestiales colaborarán con nosotros y nos convertirán en una bendición para la humanidad.

Aunque pueda ser pobre, el joven que es industrioso y económico debe ahorrar un poquito para la causa de Dios. Cuando yo tenía sólo doce años de edad, ya sabía lo que significaba economizar. Con mi hermana aprendimos un oficio, y aunque ganábamos solamente veinticinco centavos por día, de esa suma podíamos ahorrar un poquito para dar a las misiones. Ahorramos poco a poco hasta que tuvimos treinta dólares. Luego, cuando recibimos el mensaje de la pronta venida del Señor, juntamente con un llamamiento de hombres y recursos, sentimos que era nuestro privilegio entregar esos treinta dólares a nuestro padre y pedirle que los invirtiera en revistas y folletos para enviarlos a los que estaban en tinieblas.

Es el deber de todos los que participan en la obra de Dios aprender la economía en el empleo del tiempo y del dinero. Los que se complacen en el ocio revelan que atribuyen poca importancia a las verdades gloriosas que nos han sido encomendadas. Estos necesitan aprender hábitos de laboriosidad y aprender a trabajar teniendo en cuenta la gloria de Dios.

HAY QUE NEGAR EL YO Y UTILIZAR LOS TALENTOS

Los que no ejercen buen juicio en el empleo del tiempo y el

dinero, deberían pedir consejos a los que tienen experiencia. Con el dinero que ganamos en nuestro oficio, mi hermana y yo nos comprábamos ropa. Entregábamos el dinero a nuestra madre y le decíamos: “Compra de tal manera que cuando hayamos pagado nuestra ropa todavía quede algo para dar a la obra misionera”. Ella lo hacía así, y con esto estimulaba en nosotras un espíritu misionero.

La acción de dar como fruto de la abnegación constituye una ayuda maravillosa para el dador. Imparte una educación que nos capacita plenamente para comprender la obra de Aquel que anduvo haciendo bienes, que alivió el sufrimiento y satisfizo las necesidades de los pobres. El Salvador no vivió para agradarse a sí mismo. En su vida no había ningún rastro de egoísmo.—*YL*, 10 de septiembre, 1907.

Los hijos pueden aprender la abnegación

Mientras los padres realizan sacrificios por amor al adelanto de la causa de Dios, deberían enseñar a sus hijos también a participar en esta obra. Los hijos pueden aprender a manifestar su amor hacia Cristo negándose las cosas innecesarias en cuya adquisición mucho dinero se desliza entre sus dedos. Esta obra debería realizarse en cada familia. Requiere tacto y método, pero será la mejor educación que puedan recibir los hijos. Y si todos los niños presentan sus ofrendas, al Señor, sus donativos serán como arroyitos que, cuando unan sus caudales, llegarán a formar un río.

El Señor contempla con placer a los niños que se niegan a sí mismos a fin de presentarle una ofrenda. El se sintió complacido con la viuda cuando ésta puso sus dos blancas en la tesorería, porque ella dio con un corazón bien dispuesto. El Salvador considero su sacrificio realizado al dar todo lo que tenía, de más valor que los donativos cuantiosos de los ricos, quienes no hacían ningún sacrificio a fin de dar. Y él se alegra cuando los pequeños están dispuestos a negarse a sí mismos a fin de convertirse en colaboradores juntamente con él quien los amó, los tomó en sus brazos y los bendijo.—*RH*, 25 de diciembre, 1900.

Anótense las entradas y las salidas

En el estudio de las cifras, el trabajo debería ser práctico. Se debería enseñar a todo joven y niño no solamente a resolver problemas imaginarios, sino a llevar cuenta exacta de sus propios ingresos y gastos. Aprenda el debido uso del dinero usándolo. Enséñese a los niños y a las niñas a elegir y comprar su ropa, sus libros, y otras cosas, ya sean costeados por sus padres o por sus propias ganancias; y si llevan cuenta de sus gastos conocerán, como no lo lograrían de otro modo, el valor y el uso del dinero.

Esta educación les enseñará a distinguir la verdadera economía de la mezquindad por un lado, y de la prodigalidad por el otro. Debidamente dirigida, fomentará hábitos de generosidad. Ayudará a los jóvenes a aprender a dar, no por mero impulso del momento en que conmueven sus sentimientos, sino regular y sistemáticamente.—*Ed.* 234.

Siguiendo las sugerencias de Satanás

¡Cuánto ha trabajado el enemigo para colocar las cosas temporales por encima de las espirituales! Muchas familias que tienen sólo poco para ahorrar para la causa de Dios, sin embargo gastan dinero libremente para comprar muebles lujosos o ropa a la moda. ¡Cuánto se gasta en comida, y a menudo en cosas que tan sólo constituyen una complacencia perjudicial! ¡Cuánto se gasta en regalos que no benefician a nadie!

Muchos gastan sumas considerables en fotografías para dar a sus amigos. La afición por las fotografías se convierte en una ocupación extravagante y estimula una especie de idolatría. Cuánto más agradable para Dios sería si todos estos recursos se invirtiesen en publicaciones que servirían para dirigir a las almas a Cristo y las preciosas verdades para este tiempo. El dinero desperdiciado en cosas innecesarias proporcionaría a más de alguno material de lectura acerca de la verdad presente, el que tendría un sabor de vida para vida.

Las sugerencias de Satanás se llevan a cabo en muchísimas cosas. Nuestros cumpleaños, nuestra Navidad y las fiestas del Día de Acción de Gracias con demasiada frecuencia se dedican a la gratificación egoísta, cuando en cambio la mente debería dirigirse hacia las misericordias y la amante bondad de Dios. A Dios le desagrada que su bondad, su cuidado constante y su amor incesante no sean recordados en estas ocasiones.

Si todo el dinero que se usa en forma extravagante para comprar cosas innecesarias, fuese colocado en la tesorería de Dios, veríamos a hombres, mujeres y jóvenes entregándose a Jesús, y haciendo su parte para colaborar con Cristo y los ángeles. Las bendiciones más abundantes de Dios se recibirían en nuestras iglesias y muchas almas se convertirían a la verdad.—RH, 23 de diciembre, 1890.

Los cumpleaños y los feriados

Los padres deben criar, educar y preparar a sus hijos en hábitos de autocontrol y abnegación. Siempre deben mantener ante ellos sus obligaciones de obedecer la Palabra de Dios y de vivir con el propósito de servir a Jesús. Deben enseñar a sus hijos que es necesario vivir de acuerdo con hábitos sencillos en la vida diaria y evitar vestidos costosos, un régimen de alimentación caro, casas costosas y muebles caros. Los términos según los cuales la vida eterna será nuestra, se establecen en estas palabras: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón... y a tu prójimo como a ti mismo”.

Los padres no han enseñado a sus hijos los preceptos de la ley tal como Dios les ha ordenado. Los han educado en hábitos egoístas. Les han enseñado a considerar sus cumpleaños y días feriados como ocasiones cuando deben esperar recibir regalos y seguir los hábitos y las costumbres del mundo. Esas ocasiones que deberían servir para aumentar el conocimiento de Dios y para despertar agradecimiento en el corazón por su misericordia y amor manifestados en la preservación de sus vidas durante otro año, se convierten en ocasiones para agradarse a sí mismos, para la gratificación y la glo-

rificación de sus hijos. Han sido guardados por el poder de Dios en cada momento de su vida, y sin embargo los padres no enseñan a sus hijos a pensar en esto, y a expresar agradecimiento por su misericordia hacia ellos.

Si los niños y los jóvenes hubiesen sido debidamente instruidos en esta época del mundo, ¡qué honor, alabanza y agradecimiento fluiría de sus labios hacia Dios! ¡Qué cantidad de pequeños donativos llevarían las manos de los pequeños a la tesorería como ofrendas de agradecimiento! Dios sería recordado en vez de ser olvidado.

No sólo en los cumpleaños deberían los padres y los hijos recordar las misericordias del Señor en una forma especial, sino también los días de Navidad y Año Nuevo deberían ser ocasiones cuando cada hogar debiera recordar a su Creador y Redentor. En lugar de ofrecer regalos y donativos abundantes a los seres humanos, la reverencia, el honor y la gratitud deberían ofrecerse a Dios, y los regalos y las ofrendas debieran fluir por el conducto divino. ¿No le agradecería al Señor que se lo recuerde en esta forma? ¡Oh, cómo ha sido olvidado Dios en estas ocasiones!...

Cuando tengáis un día feriado, convertidlo en un día agradable y feliz para vuestros hijos, y haced que también sea un día agradable para los pobres y los afligidos. No permitáis que transcurra el día sin llevar ofrendas de agradecimiento y gratitud a Jesús. Que los padres y los hijos realicen ahora un esfuerzo ferviente para redimir el tiempo y para remediar su pasado descuido. Que manifiesten una conducta diferente de la que tiene el mundo.

Hay muchas cosas que pueden prepararse con buen gusto y que cuestan mucho menos que los regalos innecesarios que con tanta frecuencia se dan con abundancia a nuestros hijos y parientes, y en esa forma también puede manifestarse cortesía y llevarse felicidad al hogar. Podéis enseñar una lección a vuestros hijos mientras les explicáis la razón por la que habéis realizado un cambio en el valor de sus regalos, diciéndoles que estáis convencidos que hasta ahora habíais considerado más su placer que la gloria de Dios. Decidles

Palabras para la juventud

que en lugar de considerar el adelantamiento de la causa de Dios, habíais tomado en cuenta más vuestro propio placer y la gratificación de ellos, y que habíais procurado manteneros en armonía con las costumbres y tradiciones del mundo al ofrecer regalos a quienes no lo necesitaban.

Tal como los sabios de la antigüedad, podéis ofrecer a Dios vuestros mejores donativos y manifestarle mediante vuestras ofrendas que apreciáis su Don hecho a un mundo pecador. Haced que los pensamientos de vuestros hijos corran por un nuevo canal, sin egoísmo, incitándolos a presentar ofrendas a Dios por el don de su Hijo unigénito.—*RH*, 13 de noviembre, 1894.

58. UNA EXHORTACIÓN A LA ECONOMÍA

No debería manifestarse extravagancia en la construcción de hogares lujosos, en la adquisición de muebles costosos, en la compra complaciente de vestidos mundanos, o en el consumo de alimentos exquisitos; en cambio al hacer todas nuestras cosas pensemos en las almas por quienes Cristo ha muerto. Hagamos morir el egoísmo y el orgullo. Que nadie continúe gastando recursos en multiplicar fotografías para enviar a los amigos. Ahorremos cada peso que podamos ahorrar, para que los encantos incomparables de Cristo puedan presentarse a las almas que perecen.

Satanás sugerirá muchas formas como podéis gastar el dinero. Pero si éste es gastado en la complacencia de sí mismo —y en cosas innecesarias, no importa cuán bajo sea su costo—, no es gastado para la gloria de Dios. Consideremos bien este asunto y veamos si estamos negándonos a nosotros mismos en la forma como deberíamos hacerlo. ¿Estamos realizando sacrificios a fin de enviar la luz de la verdad a los perdidos?...

En la iglesia debiera haber un solo interés; un solo deseo debería controlar a todos: el deseo de conformarse a la imagen de Cristo. Cada uno debería esforzarse para hacer por Jesús todo lo que le sea posible, mediante el esfuerzo personal, los donativos y el sacrificio. Debiera haber alimento en la casa del Señor, y esto significa una tesorería llena a fin de contestar los llamados macedónicos que se reciben de todas partes. Cuán lamentable es que nos veamos obligados a decir a los que claman pidiendo ayuda: “No podemos enviarles hombres o dinero. Tenemos una tesorería vacía”.

Que todas las monedas de cinco centavos, de diez centavos y los pesos que se pierden para la causa debido al amor egoísta del placer, a causa del deseo de alcanzar las normas dadas por el mundo, mediante el amor al ocio, sean dirigidos hacia el conducto que fluye hacia la tesorería de Dios. Son los pequeños arroyos que se unen los

que finalmente constituyen un río. Seamos cristianos concienzudos y obreros juntamente con Dios...

Hay que abrir nuevos campos de trabajo, hay que añadir almas a la fe, nuevos nombres deben aparecer en los registros de la iglesia —nombres que también aparecerán en los registros inmortales del cielo. ¡Ojalá que comprendiésemos lo que podría hacerse con el dinero gastado en la gratificación del yo!—RH, 27 de enero, 1891.

Un socio en la firma de Dios

La causa de Dios mantiene una exigencia continua. Por lo tanto, la laboriosidad se requiere de parte de todos, encumbrados y humildes, ricos y pobres, a fin de devolver a Dios los réditos debidos, para que haya “alimento” en su casa, y puedan ser sostenidos los siervos a quienes él ha llamado a la obra de comunicar la verdad a un mundo que perece.

Dios no sólo requiere el diezmo, sino también pide que todo lo que poseemos sea usado para su gloria. No debemos ser derrochadores, porque los bienes que poseemos son propiedad de Dios. Ni un peso, ni un centavo, son nuestros. El malgastar el dinero en lujos priva a los pobres de los recursos necesarios con los que podría proporcionárseles alimento y ropa. Lo que se gasta en la gratificación del orgullo en el vestir, en casas, en muebles y en decoraciones, aliviaría las aflicciones de muchas familias necesitadas y afligidas. Los mayordomos de Dios deben ministrar a los necesitados. Esto es el fruto de la religión pura e incontaminada. El Señor condena a los hombres por la satisfacción de su complacencia egoísta mientras sus semejantes sufren por falta de alimento y ropa...

El Señor pide a cada uno de sus hijos que haga brillar la luz del cielo —la luz del amor sin egoísmo del Señor— en medio de las tinieblas de esta época degenerada. Si él ve que lo reconocéis como el dueño de vosotros mismos y de todas vuestras posesiones, si él ve que utilizáis los medios que os ha confiado como mayordomos fieles, registrará vuestros nombres en los libros del cielo como obreros

juntamente con él, como socios en su gran firma, para trabajar en bien de vuestros semejantes. Y en el día final experimentaréis gozo al ver que los recursos utilizados sabiamente para ayudar a otros han hecho que mediante vosotros el nombre de Dios sea alabado.—RH, 8 de diciembre, 1896.

El cuidado de los centavos

Quisiera impresionar a cada mente para que comprenda la tremenda pecaminosidad de gastar el dinero del Señor en necesidades imaginarias. El gasto de sumas que parecen pequeñas puede desencadenar una serie de circunstancias que se proyectarán hasta la eternidad. Cuando se realice el juicio y se abran los libros, se os presentará el lado desventajoso: el bien que habrías podido hacer con los centavos acumulados y las sumas mayores que fueron empleadas únicamente con propósitos egoístas...

Jesús no requiere del hombre ningún verdadero sacrificio, porque lo único que se nos pide que abandonemos son las cosas que nos harían mejor si no las tuviésemos. Debemos abandonar sólo lo más pequeño, lo que tiene menos valor, para tener lo que es más grande y más valioso. Toda consideración terrena y temporal debe subordinarse a lo que es más elevado.—RH, 11 de agosto, 1891.

Entonces el mensaje irá con más poder

El pueblo de Dios debería practicar una estricta economía en sus gastos, a fin de tener algo para llevar a Dios, diciendo: “De lo recibido de tu mano te damos” (1 Crón. 29: 14). En esta forma su pueblo debe expresarle su agradecimiento por las bendiciones recibidas de él. Así es también como pueden hacerse tesoros junto al trono de Dios.

Los mundanos gastan en ropa cuantiosas sumas de dinero que deberían utilizarse para alimentar y vestir a los que pasan hambre y sienten frío. Muchos por quienes Cristo dio su vida apenas tienen lo suficiente de lo que es más barato, la ropa más ordinaria, mien-

tras otros gastan miles de dólares en sus esfuerzos por satisfacer las interminables exigencias de la moda.

El Señor ha ordenado a su pueblo que salga del mundo y viva separado de él. La ropa llamativa o cara no sienta bien a los que creen que estamos viviendo en los últimos días del tiempo de gracia. El apóstol Pablo ha escrito: “Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda. Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad” (1 Tim. 2: 8-10).

Aun entre los que profesan ser hijos de Dios hay quienes gastan en ropa más de lo que es necesario. Deberíamos vestirnos pulcramente y con buen gusto, pero, hermanas mías, cuando compráis y confeccionáis vuestra propia ropa y la de vuestros hijos, pensad en la obra que todavía espera ser hecha en la viña del Señor. Es correcto comprar buenos materiales y confeccionarlos bien. Pero los adornos exuberantes son innecesarios, y usarlos es gastar en la gratificación de sí mismo el dinero que debería colocarse en la causa de Dios.

No es vuestro vestido el que os da valor ante la vista del Señor. Dios valora el adorno interior, las gracias del Espíritu, la palabra bondadosa, la consideración hacia los demás. Privaos de los adornos superfluos y apartad el dinero así ahorrado para el adelantamiento de la causa de Dios. Aprended la lección de la abnegación y enseñadla a vuestros hijos. Todo lo que pueda ahorrarse practicando la abnegación se necesita ahora en la obra que debe realizarse. Hay que aliviar a los que sufren, hay que vestir a los desnudos, hay que alimentar a los hambrientos; la verdad para este tiempo debe ser proclamada a los que no la conocen. Negándonos lo que no necesitamos, podemos participar en la gran obra de Dios.

Somos testigos de Cristo y no debemos permitir que los intereses mundanos absorban nuestro tiempo y atención a tal punto que

no tomemos en cuenta las cosas que Dios ha dicho que deben ocupar el primer lugar. Hay en juego intereses superiores. “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia” (S. Mat. 6: 33). Cristo se dio por entero a la obra que había venido a realizar, y él nos ha dicho: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (S. Mat. 16: 24). “Y seáis así mis discípulos” (S. Juan 15: 8).

Cristo se entregó voluntaria y gozosamente a la realización de la voluntad de Dios. Fue obediente hasta la muerte, y hasta la muerte en la cruz. ¿Deberíamos encontrar difícil negarnos a nosotros mismos? ¿Deberíamos apartarnos para no participar de sus sufrimientos? Su muerte debería conmover cada fibra de nuestro ser y disponernos a consagrar a su obra todo lo que poseemos y lo que somos. Al pensar en lo que él ha hecho por nosotros nuestros corazones deberían llenarse de amor.

Cuando los que conocen la verdad practiquen la abnegación ordenada en la Palabra de Dios, el mensaje se proclamará con poder. El Señor oírán nuestras oraciones en favor de la conversión de las almas. El pueblo de Dios dejará brillar su luz y los incrédulos al ver sus buenas obras, glorificarán a nuestro Padre celestial. Relacionémonos con Dios en términos de una obediencia manifestada con abnegación.—RH, 1^o de diciembre, 1910.

Progreso a pesar de la pobreza

Al comienzo éramos sólo unos pocos los que debíamos llevar adelante la obra, y era muy necesario que tuviésemos unidad de pensamiento a fin de promover la obra con orden y uniformidad. Cuando comprendimos la importancia de estar en unidad de fe, nuestras oraciones fueron contestadas, y también fue contestada la oración de Cristo en la que pidió que fuésemos uno así como él era uno con el Padre. Estábamos tan privados de recursos así como lo estáis vosotros aquí en estos reinos,* y con frecuencia pasamos hambre y sufrimos de frío por falta de ropa abrigada. Pero compren-

Una exhortación a la economía

dimos que la verdad debía avanzar y que debíamos tener recursos para promoverla. Luego buscamos al Señor fervorosamente para que él abriera el camino a fin de que pudiésemos alcanzar a la gente en las diferentes ciudades y pueblos. Mi esposo y yo tuvimos que trabajar con nuestras manos para obtener dinero a fin de trasladarnos de un lugar a otro con el propósito de abrir los tesoros de la fe a los demás. Pudimos ver que el Señor del cielo estaba preparando el camino delante de nosotros en la obra.

Mi esposo trabajó acarreado piedras hasta que se estropeó la piel de sus dedos y emanó sangre de las heridas a fin de obtener recursos para trasladarnos de un lugar a otro con el propósito de hablar a la gente acerca de la verdad. Así fue como la obra se llevó a cabo en un comienzo y ahora nuestras peticiones deben ascender hacia el Dios del cielo tal como lo hicieron entonces, para que él abra el camino, y la verdad llegue a los corazones. El oro y la plata son del Señor. El ganado que pasta en mil colinas le pertenece; pero él quiere que avancemos por fe tan lejos y con tanta rapidez como podamos. El Señor bendecirá a los que hagan lo mejor posible de acuerdo con sus habilidades...

Cuando se abrieron las Escrituras en los valles del Piamonte, la verdad fue llevada por los que eran muy pobres en bienes de este mundo. Los que poseían la verdad bíblica no tenían libertad para enseñarla a la gente; no podían llevar la Biblia a los hogares; de manera que fueron como mercaderes vendiendo productos, y llevando porciones de la Biblia con ellos, y cuando veían que era conveniente leían de las Escrituras; y en esta forma recibían luz los que sentían hambre por la verdad. Con sus pies desnudos y sangrantes, esos hombres viajaron sobre las rocas duras de las montañas a fin de alcanzar a las almas y abrirles las palabras de vida. Quisiera que ese mismo espíritu que animó a esos misioneros estuviese en el corazón de cada uno que profesa la verdad en este tiempo.

Todos podemos hacer algo si ocupamos la posición que Dios desea que ocupemos. Cada esfuerzo realizado por iluminar a otros

Consejos sobre mayordomía cristiana

nos pone más en armonía con el Dios del cielo. Si os sentáis a lamentaros diciendo: “A duras penas puedo sostener a mi familia”, nunca haréis nada; pero si decís: “Haré algo por la verdad; la veré progresar; haré lo que pueda”, entonces Dios abrirá el camino para que podáis hacer algo. Deberíais invertir en la causa de la verdad a fin de sentir que formáis parte de ella.

Dios no requiere de la persona a quien ha dado un talento que le devuelva los intereses equivalentes a diez talentos. Recordad que fue el poseedor de un talento el que lo envolvió y lo ocultó en la tierra. Deberíais usar el talento, la influencia y los recursos que Dios os ha dado para que desempeñéis una parte en su obra.—*RH*, 8 de julio, 1890.

* Escrito en Europa.

PARA UN ESTUDIO ADICIONAL

- Cultivando un espíritu de abnegación, *JT* 3, 349.
- Un ruego a causa del dinero gastado innecesariamente, 9 *T* 54, 55.
- Joyas y vestidos dispendiosos, *MC* 219, 220.
- Nunca se nos exige un verdadero sacrificio, *MC* 376.
- Economía y no tacañería ni mezquindad, *MC* 157.
- “Recoged los pedazos”, *MC* 159.
- El ejemplo de los pioneros, 7 *T* 216, 217.
- Cuando se viaja, 5 *T* 400.
- Enviaron sus tesoros adelante de ellos, 1 *T* 191, 192.
- Ahorrando mediante actos de sacrificios, *JT* 3, 358.
- Los obreros deben disminuir los gastos, 4 *T* 299.
- Si la conciencia estuviera despierta, testificaría contra los gastos inútiles, *JT* 1, 381.
- Enseñando la economía en el hogar, *JT* 3, 73, 74.
- Enseñando a los jóvenes el uso del dinero, *JT* 2, 472.
- Preguntando: “¿Servirá un artículo menos caro?”, 4 *T* 511.
- Un espíritu de servicio voluntario y gozosa abnegación, *PR* 46, 47.
- ¿El dar es un privilegio o una carga? 1 *T* 170.
- Los que son económicos por principio, 4 *T* 453.

SECCIÓN XIII

*Los votos
y las promesas
son sagrados*

Los votos y las promesas son sagrados

- 59. Las promesas a Dios comprometen 305
- 60. El pecado de Ananías 308
- 61. Un contrato con Dios 311
- Para un estudio adicional 315

59. LAS PROMESAS A DIOS COMPROMETEN

Dios obra por intermedio de instrumentos humanos; y quienquiera que despierte la conciencia de los hombres y los induzca a realizar buenas obras y a tener real interés en el adelantamiento de la causa de la verdad, no lo hace de sí mismo, sino por el Espíritu de Dios que obra en él. Las promesas hechas en tales circunstancias tienen un carácter sagrado, por ser el fruto de la obra del Espíritu de Dios. Cuando estas promesas se saldan, el cielo acepta la ofrenda, y a estos obreros generosos se les acredita ese tesoro invertido en el banco del cielo. Los tales están echando buen fundamento para el tiempo venidero, y echan mano de la vida eterna...—JT 1, 553, 554

La falta de integridad

Uno de los mayores pecados del mundo cristiano de hoy es el fingimiento y la codicia manifestados en el trato con Dios. Hay un creciente descuido de parte de muchos en lo que se refiere al cumplimiento de sus promesas a diversas instituciones y empresas religiosas. Muchos consideran el acto de prometer como si éste no implicase ninguna obligación de pagar. Si piensan que su dinero les proporcionará un beneficio considerable al invertirlo en acciones o en mercaderías, si hay individuos relacionados con la institución a la que han prometido ayudar, a quienes ellos no aprecian, se sienten perfectamente libres para utilizar sus medios como les plazca. Esta falta de integridad prevalece en gran extensión entre los que profesan guardar los mandamientos de Dios y esperar la pronta venida de su Señor y Salvador...—4 T 475.

La responsabilidad de una iglesia

Una iglesia es responsable de las promesas hechas por sus miembros individualmente. Si ve que algún hermano descuida el cumplimiento de sus votos, debe trabajar con él bondadosa pero abierta-

mente. Si está en circunstancias tales que le resulta imposible pagarlo, si es un miembro digno, de corazón voluntario, entonces ayúdele compasivamente la iglesia. Así pueden sus miembros salvar la dificultad y recibir ellos mismos una bendición.

Dios quiere que los miembros de su iglesia consideren que sus obligaciones hacia él son tan válidas como sus deudas con el negociante o el mercado. Repase cada uno su vida y vea si hay promesas que no han sido pagadas ni redimidas por descuido y luego haga esfuerzos extraordinarios para pagar hasta “el último maravedí” (S. Luc. 12: 59); porque todos habremos de hacer frente al arreglo final de un tribunal cuya prueba podrán soportar sólo quienes hayan sido íntegros y veraces.—*JT* 1, 554.

Una causa de adversidad

Algunos de vosotros habéis estado tropezando en vuestras promesas. El Espíritu del Señor descendió en la reunión de ————— en respuesta a la oración, y mientras vuestros corazones fueron ablandados por su influencia hicisteis promesas. Mientras las corrientes de la salvación se derramaban en vuestros corazones sentisteis que debíais seguir el ejemplo de Aquel que anduvo haciendo bienes y que gozosamente dio su vida para rescatar a los hombres del pecado y la degradación. Bajo la influencia celestial inspiradora, comprendisteis que el egoísmo y la mundanalidad no eran compatibles con el carácter cristiano, y que no podíais vivir para vosotros mismos y al mismo tiempo ser semejantes a Cristo. Pero cuando la influencia de su amor y misericordia abundantes no se sintió en forma tan marcada en vuestros corazones, retirasteis vuestras ofrendas, y Dios retiró su bendición de vosotros.

Algunos experimentaron adversidad. Sus cosechas fracasaron de modo que no pudieron cumplir sus promesas; y otros hasta fueron colocados en circunstancias apremiantes. Entonces, por supuesto, no se podía esperar que pagasen. Pero si no hubieran murmurado ni retirado su corazón de sus promesas, Dios habría obrado en

Las promesas a Dios comprometen

favor de ellos y habría proporcionado medios por los cuales cada uno hubiera podido pagar lo que había prometido. No esperaron con fe, confiando en que Dios abriría el camino para que ellos pudiesen redimir sus promesas.

Algunos tenían recursos; y si hubieran tenido la misma buena voluntad que cuando formularon sus promesas, y si hubieran devuelto voluntariamente a Dios en diezmos y ofrendas lo que él les había prestado para este propósito, habrían sido bendecidos con mucha abundancia. Pero Satanás acudió con sus tentaciones e indujo a algunos a poner en duda los motivos y el espíritu que indujeron al siervo de Dios a presentar el pedido de recursos. Algunos pensaron que habían sido engañados y defraudados. Repudiaron sus promesas en su espíritu, y lo que hicieron después de esto lo efectuaron de mala gana, y por lo tanto no recibieron ninguna bendición.—5 T 281, 282.

60. EL PECADO DE ANANÍAS

Los corazones de Ananías y de su esposa fueron movidos por el Espíritu Santo a dedicar sus posesiones a Dios, tal como lo habían hecho sus hermanos. Pero después de haber hecho la promesa, se arrepintieron, y decidieron no cumplirla. Mientras pretendían darlo todo, retuvieron una parte del dinero recibido. Actuaron fraudulentamente en relación con Dios, mintieron al Espíritu Santo, y su pecado recibió un juicio rápido y terrible. Perdieron no sólo esta vida sino también la vida eterna.

El Señor vio que era necesaria esta señalada manifestación de su justicia para proteger a otros contra ese mismo mal. Esto constituyó un testimonio de que los hombres no pueden engañar a Dios, de que él detesta el pecado oculto en el corazón y de que nadie podrá burlarse de él. Ese acontecimiento fue permitido como amonestación para la joven iglesia, para guiar a sus miembros a examinar sus motivos, para que tuvieran cuidado de no complacer el egoísmo y la vanagloria, para que se cuidaran de no robar a Dios.

En el caso de Ananías, el pecado de fraude contra Dios fue detectado y castigado rápidamente. Este ejemplo del juicio de Dios tema el propósito de ser una señal de peligro para todas las generaciones futuras. Ese mismo pecado se repitió con frecuencia en la historia posterior de la iglesia, y en nuestra época muchos lo cometen; pero aunque no reciba la manifestación visible del desagrado de Dios, no por eso es menos horrible ante su vista ahora que en el tiempo de los apóstoles. La amonestación ha sido dada, Dios ha manifestado claramente su aborrecimiento de este pecado, y todos los que manifiesten una conducta semejante pueden tener la seguridad de que están destruyendo sus propias almas...

El egoísmo queda vencido y se obra de acuerdo con la mente de Cristo únicamente cuando se reconocen plenamente los motivos cristianos, cuando la conciencia despierta al deber y cuando la luz divina impresiona el corazón y el carácter. El Espíritu Santo, obran-

do sobre los corazones y los caracteres humanos expulsará toda tendencia hacia la codicia y el proceder engañoso...

En algunas ocasiones el Señor ha actuado decididamente en el caso de hombres mundanos y egoístas. Sus mentes han sido iluminadas por el Espíritu Santo, sus corazones han sentido su influencia enternecedora y subyugadora. Bajo la impresión de la misericordia y la gracia abundantes de Dios, consideraron como su deber promover su causa, edificar su reino... Sintieron deseos de participar en el reino de Dios, y prometieron dar sus recursos para ayudar a alguna de las diferentes empresas de la causa de Dios. Esa empresa no fue hecha al hombre sino a Dios, ante la presencia de sus ángeles, quienes influían en los corazones de esos hombres egoístas y amantes del dinero.

Cuando hicieron la promesa, fueron bendecidos con abundancia; pero los sentimientos cambian rápidamente cuando están arraigados en terreno profano. A medida que la impresión inmediata del Espíritu Santo pierde intensidad, a medida que la mente y el corazón vuelven a absorberse en los negocios mundanales, les resulta más difícil mantener la consagración a Dios de sí mismos y de sus propiedades. Satanás los asalta con su tentación: "Fuisteis unos necios al prometer ese dinero, porque lo necesitáis para invertirlo en vuestros negocios; y si pagáis esa promesa experimentaréis pérdida".

Y ellos se arrepienten, murmuran, se quejan del mensaje del Señor y de sus mensajeros. Dicen cosas que no son verdaderas, pretenden que prometieron bajo un estado de excitación, que no comprendían claramente el asunto, que se exageraron las necesidades, que sus sentimientos fueron excitados, y que esto los indujo a formular la promesa. Hablaban como si la preciosa bendición que habían recibido fuese el resultado de un engaño practicado contra ellos por los ministros a fin de conseguir dinero. Cambiaron de parecer y no se sintieron obligados a pagar sus promesas a Dios. Se cometen terribles robos contra Dios, y se presentan endebles excusas para resistir

y negar el Espíritu Santo. Algunos aducen como razón que han tenido inconvenientes; dicen que necesitan su dinero —¿para qué? Para enterrarlo en casas y terrenos, o en algún negocio para ganar más dinero. Piensan que como la promesa fue hecha para un propósito religioso, no se les puede exigir por la ley su cumplimiento, y el amor al dinero es tan fuerte que engañan a sus propias almas, y se atreven a robar a Dios. A muchos podría decirse: “A ningún otro amigo tratateis en forma tan descomedida”.

Está aumentando el número de los que cometen el pecado de Ananías y Safira. Los hombres no mienten al hombre, sino a Dios, en su descuido de las promesas que su Espíritu les indujo a realizar. Debido a que no se ejecuta rápidamente sentencia contra una mala acción, tal como en el caso de Ananías y Safira, los corazones de los hijos de los hombres se empeñan decididamente en hacer el mal y luchan contra el Espíritu de Dios. ¿Cómo estarán estos hombres en el juicio? ¿Os atrevéis a soportar los resultados finales de este asunto? ¿Cómo estaréis en los acontecimientos descritos en el Apocalipsis? “Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios;... y fueron juzgados cada uno según sus obras” (Apoc. 20: 11-13).—RH, 23 de mayo, 1893.

61. UN CONTRATO CON DIOS

Cuando se ha hecho, en presencia de nuestros hermanos, la promesa verbal o escrita de dar cierta cantidad, ellos son los testigos visibles de un contrato formalizado entre nosotros y Dios. La promesa no se hace al hombre, sino a Dios, y es como un pagaré dado a un vecino. Ninguna obligación legal tiene más fuerza para el cristiano en cuanto al desembolso de dinero, que una promesa hecha a Dios.

Las personas que hacen tales promesas a sus semejantes, no piensan generalmente en pedir que se los libre de sus compromisos. Un voto hecho a Dios, el Dador de todos los favores, es de importancia aun mayor; por lo tanto, ¿por qué habríamos de quedar libres de nuestros votos a Dios? ¿Considerará el hombre su promesa como de menos fuerza porque ha sido hecha a Dios? Por el hecho de que su voto no será llevado a los tribunales, ¿es menos válido? ¿Habría de robar a Dios un hombre que profesa ser salvado por la sangre del infinito sacrificio de Jesucristo? ¿No resultan sus votos y sus actos pesados en las balanzas de justicia de los ángeles celestiales?

Cada uno de nosotros tiene un caso pendiente en el tribunal del cielo. ¿Inclinará nuestra conducta la balanza de las evidencias contra nosotros? El caso de Ananías y Safira era de lo más grave. Al retener parte del precio, mintieron al Espíritu Santo. Del mismo modo, la culpa pesa proporcionalmente sobre cada individuo que cometa ofensas semejantes.

Cuando los corazones de los hombres han sido enternecidos por la presencia del Espíritu de Dios, son más sensibles a las impresiones del Espíritu Santo, y se resuelven a negarse a sí mismos y sacrificarse por la causa de Dios. Al brillar la divina luz en las cámaras de la mente con claridad y fuerza inusitadas, es cuando los sentimientos del hombre natural quedan vencidos y el egoísmo pierde su poder sobre el corazón y se despiertan los deseos de imitar al Modelo, Jesucristo, en la práctica de la abnegación y la generosi-

dad. La disposición del hombre naturalmente egoísta se impregna, entonces de bondad y compasión hacia los pecadores perdidos, y él formula una solemne promesa a Dios como la hicieron Abrahán y Jacob. En tales ocasiones los ángeles celestiales están presentes. El amor hacia Dios y las almas triunfa sobre el egoísmo y el amor al mundo. Esto sucede especialmente cuando el predicador, con el Espíritu y el poder de Dios, presenta el plan de redención, trazado por la Majestad celestial en el sacrificio de la cruz. Por los siguientes pasajes podemos ver cómo Dios considera el asunto de los votos:

“Y habló Moisés a los príncipes de las tribus de los hijos de Israel, diciendo: Esto es lo que Jehová ha mandado. Cuando alguno hiciere voto a Jehová, o hiciere juramento ligando su alma con obligación, no violará su palabra: hará conforme a todo lo que salió de su boca” (Núm. 30: 2, 3).

“No sueltes tu boca para hacer pecar a tu carne; ni digas delante del ángel que fue ignorancia. ¿Por qué harás que Dios se aíre a causa de tu voz, y que destruya la obra de tus manos?” (Ecl. 5: 6).

“Entraré en tu casa con holocaustos: te pagaré mis votos, que pronunciaron mis labios, y habló mi boca, cuando angustiado estaba” (Sal. 66: 13, 14).

“Lazo es al hombre el devorar lo santo, y andar pesquisando después de los votos” (Prov. 20: 25). “Cuando prometieres voto a Jehová tu Dios, no tardarás en pagarlo; porque ciertamente lo demandará Jehová tu Dios de ti, y habría en ti pecado. Mas cuando te abstuvieres de prometer, no habrá en ti pecado. Guardarás lo que tus labios pronunciaren; y harás, como prometiste a Jehová tu Dios, lo que de tu voluntad hablaste por tu boca” (Deut. 23: 21-23).

“Prometed, y pagad a Jehová vuestro Dios: todos los que están alrededor de él, traigan presentes al Terrible” (Sal. 76: 11),

“Y vosotros lo habéis profanado cuando decís: Inmunda es la mesa de Jehová; y cuando hablan que su alimento es despreciable. Habéis además dicho: ¡Oh qué trabajo! y lo desechasteis, dice Jehová de los ejércitos; y trajisteis lo hurtado, o cojo, o enfermo, y

presentasteis ofrenda. ¿Será me acepto eso de vuestra mano? dice Jehová. Maldito el engañoso, que tiene macho en su rebaño, y promete, y sacrifica lo dañado a Jehová; porque yo soy Gran Rey, dice Jehová de los ejércitos, y mi nombre es formidable entre las gentes” (Mal. 1: 12-14).

“Cuando a Dios hicieres promesa, no tardes en pagarla; porque no se agrada de los insensatos. Paga lo que prometieres. Mejor es que no prometas, que no que prometas y no pagues” (Ecl. 5: 4, 5).—*JT* 1, 550-554.

Requisitos para recibir las promesas de Dios

Ha habido ocasiones especiales en reuniones con mucha asistencia, cuando se han hecho llamamientos a los seguidores profesos de Cristo, en favor de la causa de Dios, y los corazones han sido conmovidos, y como resultado muchos han hecho promesas de sostener la obra. Pero muchos de los que han prometido no han actuado honorablemente con Dios. Han sido negligentes y no han cumplido sus promesas a su Hacedor. Pero si el hombre es tan indiferente con sus promesas hechas a Dios, ¿puede esperar que el Señor cumpla una promesa hecha bajo condiciones que nunca se han respetado? Es mejor tratar honradamente con vuestros semejantes y con Dios.—*RH*, 17 de diciembre, 1889.

La protesta de Satanás

De los medios confiados al hombre, Dios reclama cierta porción: la décima parte. Los deja libres a todos de decir si han de dar o no más que esto. Pero cuando el corazón se conmueve por la influencia del Espíritu Santo, y se hace un voto de dar cierta cantidad, el que ha hecho el voto no tiene ya ningún derecho a la porción consagrada. Las promesas de esta clase hechas a los hombres serían consideradas como obligación; ¿y no son más obligatorias las que se hacen a Dios? ¿Son las promesas consideradas en el tribunal de la conciencia menos obligatorias que los acuerdos escritos de los hombres?

Cuando la luz divina brilla en el corazón con inusitada claridad y poder, el egoísmo habitual afloja su asidero, y hay disposición para dar a la causa de Dios. Pero nadie piense que podrá cumplir sus promesas hechas entonces, sin una protesta de Satanás. A él no le agrada ver edificarse el reino del Redentor en la tierra. El sugiere que la promesa hecha es demasiado grande, que puede malograr los esfuerzos por adquirir propiedades o complacer los deseos de la familia.—*HA* 61.

Necesidad de una conciencia despierta

Entre nuestro pueblo debe haber un despertar acerca de este asunto. Son sólo pocos los hombres que sienten remordimiento de conciencia si descuidan su deber en cuanto a la beneficencia. Muy pocos sienten remordimiento de alma por robar diariamente a Dios.

Si un cristiano, deliberada o accidentalmente, paga a su vecino menos de lo que le debe o se niega a cancelar una deuda honorable, su conciencia le perturbará, a menos que esté cauterizada; no puede descansar aun cuando nadie sepa del asunto sino él. Hay muchos votos descuidados y promesas que no han sido pagadas, y sin embargo, cuán pocos afligen sus ánimos acerca del asunto; cuán pocos sienten la culpabilidad de esta violación de sus deberes.

Debemos sentir nuevas y más profundas convicciones al respecto. La conciencia debe ser despertada, y el asunto debe recibir sincera atención, porque habrá que dar cuenta de ello a Dios en el último día, y sus exigencias han de ser cumplidas.—*JT* 1, 257, 258.

PARA UN ESTUDIO ADICIONAL

- Carácter sagrado de los votos, *JT 1*, 542-554.
- Promesas que no se cumplen, *5 T* 281-285.
- Lecciones de la experiencia de Ananías y Safira, *HA* 58-61.
- Un terrible pecado que prevalece actualmente, *JT 2*, 43.
- La fidelidad de Jacob al cumplir su promesa, *JT 1*, 546.
- Responsabilidad de la iglesia por las promesas individuales, *JT 1*, 554.
- La inviolabilidad de un juramento o una promesa, *PP* 540.

SECCIÓN XIV

*Testamentos
y legados*

Testamentos y legados

- 62. La preparación para la muerte 319
- 63. La mayordomía es una responsabilidad personal 326
- 64. Desplazando la responsabilidad sobre otros 329
Para un estudio adicional 332

62. LA PREPARACIÓN PARA LA MUERTE

Hay entre nosotros ancianos cuyo tiempo de gracia se acerca a su fin; pero por falta de hombres que estén alerta y aseguren para la causa de Dios los recursos que poseen, éstos pasan a las manos de los que sirven a Satanás. Estos recursos sólo les fueron prestados por Dios para que se los devolviesen; pero en nueve casos de cada diez, estos hermanos, cuando están por desaparecer del escenario de acción, disponen de la propiedad de Dios de una manera que no le puede glorificar, porque ni un solo peso llegará jamás a la tesorería del Señor. En algunos casos, estos hermanos aparentemente buenos tuvieron consejeros que no eran consagrados, quienes los aconsejaron desde su punto de vista, y no según el parecer de Dios.

Con frecuencia se legan propiedades a hijos y nietos para perjuicio suyo solamente. Ellos no sienten amor hacia Dios ni hacia la verdad, y por lo tanto estos recursos, que son todos del Señor, pasan a las filas de Satanás para ser manejados por él. Este es mucho más vigilante, avizor y hábil que nuestros hermanos en lo que se refiere a idear medios para asegurarse los recursos del Señor para su causa.

Algunos testamentos se hacen de manera tan precaria que no resisten la prueba de la ley, y así se han perdido para la causa miles de pesos. Nuestros hermanos deben considerar que sobre ellos, como fieles siervos en la causa de Dios, descansa la responsabilidad de ejercitar su intelecto, respecto de este asunto, y asegurar para el Señor lo que le pertenece.

Muchos manifiestan una delicadeza innecesaria al respecto. Creen que están pisando en terreno prohibido cuando introducen el tema de la propiedad al conversar con ancianos e inválidos, a fin de saber cómo piensan disponer de ella. Pero este deber es tan sagrado como el de predicar la Palabra para salvar almas. He aquí, por ejemplo, un hombre que tiene dinero o propiedades de Dios en sus manos. Está por cambiar su mayordomía. Los recursos que Dios le prestó para que fueran usados en su causa, ¿los colocará en las

manos de hombres perversos, sólo porque son parientes suyos? ¿No sentirán interés y ansiedad los cristianos por el bienestar futuro de este hombre tanto como por el interés de la causa de Dios, para que disponga debidamente del dinero de su Señor, de los talentos que le fueron prestados para que los aprovechase sabiamente? ¿Permanecerán impassibles sus hermanos, y le verán perder su asidero en esta vida, robando al mismo tiempo a la tesorería de Dios? Esto sería una terrible pérdida para él y para la causa, porque, al colocar sus recursos en las manos de aquellos que no tienen consideración por la verdad de Dios, estaría, por así decirlo, envolviendo ese talento en un pañuelo para enterrarlo.

UN MÉTODO MEJOR

El Señor quiere que los que le siguen dispongan de sus recursos mientras pueden hacerlo ellos mismos. Algunos preguntarán: “¿Debemos despojarnos realmente a nosotros mismos de todo lo que llamamos nuestro?” Tal vez no se nos exija esto ahora; pero debemos estar dispuestos a hacerlo por amor a Cristo. Debemos reconocer que nuestras posesiones son absolutamente tuyas, y hemos de usarlas generosamente cuandoquiera que se necesiten recursos para adelantar su causa.

Algunos cierran sus oídos cuando se pide dinero que se ha de emplear en enviar misioneros a países extranjeros, y en publicar la verdad y diseminarla por todo el mundo como caen las hojas de los árboles en el otoño. Los tales disculpan su codicia informándonos de que han hecho arreglos para hacer obras de caridad después de su muerte. Han considerado la causa de Dios en sus testamentos. Por tanto, viven una vida de avaricia, robando a Dios en los diezmos y las ofrendas, y en sus testamentos devuelven a Dios tan sólo una pequeña porción de lo que él les ha prestado, mientras asignan una gran parte a parientes que no tienen interés alguno en la verdad. Esta es la peor clase de robo. Roban a Dios lo que le deben, no sólo durante toda su vida, sino también al morir.

UN TREMENDO RIESGO

Es completa insensatez diferir la preparación para la vida futura hasta llegar casi a la última hora de la actual. Es también un grave error diferir la respuesta a las exigencias de Dios en cuanto a la generosidad debida a su causa hasta el tiempo de transferir la mayordomía a otros. Aquellos a quienes confiáis vuestros recursos pueden no manejarlos tan bien como vosotros. ¿Cómo se atreven los ricos a correr tan grandes riesgos? Los que aguardan hasta el momento de morir para disponer de su propiedad, la entregan a la muerte más bien que a Dios. Al hacerlo así, muchos están obrando en forma directamente contraria al plan de Dios bosquejado claramente en su Palabra. Si ellos quieren hacer bien, deben aprovechar los áureos momentos actuales y trabajar con toda su fuerza, temiendo perder la oportunidad favorable.

Los que descuidan un deber conocido, no contestando a los requerimientos que Dios les hace en esta vida, y calman su conciencia calculando hacer sus testamentos cuando estén por morir, no oirán palabras de elogio del Maestro ni tampoco recibirán recompensa. No practicaron la abnegación, sino que retuvieron egoístamente sus recursos tanto como pudieron, entregándolos únicamente cuando la muerte los requirió. Aquello que muchos se proponen postergar hasta que estén por morir, si fuesen verdaderos cristianos lo harían mientras están gozando plenamente de la vida. Se consagrarían ellos mismos y su propiedad a Dios, y mientras actuasen como mayordomos suyos tendrían la satisfacción de cumplir su deber. Haciéndose sus propios ejecutores, satisfacerían los requerimientos de Dios ellos mismos antes de pasar la responsabilidad a otros.

Debemos considerarnos administradores de la propiedad del Señor, y tener a Dios como el propietario supremo, a quien debemos devolver lo suyo cuando lo requiere. Cuando venga para recibir lo suyo con interés, los codiciosos verán que en vez de multiplicar los talentos que se les confiaron, atrajeron sobre sí mismos la maldición pronunciada sobre el siervo inútil.

**¿GENEROSIDAD ESTANDO VIVO
O LEGADOS DEJADOS AL MORIR?**

El Señor quiere que la muerte de sus siervos sea considerada como una pérdida, por causa de la influencia benéfica que ejercieron y las muchas ofrendas voluntarias que dieron para alimentar la tesorería de Dios. Los legados que se dejan al morir son un mísero sustituto de la benevolencia que uno podría hacer mientras vive. En verdad, los siervos de Dios deben hacer sus testamentos cada día en buenas obras y ofrendas generosas a Dios. No deben permitir que la cantidad dada a Dios sea desproporcionalmente pequeña cuando se la compara con la cantidad dedicada a su propio uso. Al hacer así su testamento diariamente, recordarán aquellos objetos y amigos que ocupan el mayor lugar en sus afectos.

Su mejor amigo es Jesús. El no les privó de su propia vida, sino que por amor de ellos se hizo pobre, a fin de que por su pobreza fuesen enriquecidos. Merece todo el corazón, toda la propiedad, todo lo que ellos tienen y son. Pero muchos de los que profesan ser cristianos postergan los requerimientos de Jesús en la vida, y le insultan dejándole una mínima donación al morir. Recuerden todos los que pertenecen a esta clase que este robo a Dios no es una acción impulsiva sino un plan bien considerado, en cuyo prefacio dicen: "En pleno goce de mis facultades". Después de haber defraudado a la causa de Dios en vida, perpetúan el fraude después de muertos, y esto con el pleno consentimiento de sus facultades mentales. Un testamento tal es lo que muchos se conforman con tener por almohada mortuoria. Su testamento es parte de su preparación para la muerte, y está preparado de manera que sus posesiones no perturben sus horas finales. ¿Pueden los tales pensar con placer en lo que se requerirá de ellos cuando hayan de dar cuenta de su mayordomía?

Debemos todos ser ricos en buenas obras en esta vida, si queremos obtener la vida futura, inmortal. Cuando el juicio sesione, y los libros se abran, cada uno será recompensado según sus obras. Hay,

matriculados en el registro de la iglesia, muchos nombres al frente de los cuales está anotado el robo en el libro mayor del cielo. Y a menos que esas personas se arrepientan y obren por el Maestro con generosidad desinteresada, participarán ciertamente de la condenación del mayordomo infiel.

PÉRDIDAS DEBIDAS A FALTA DE TESTAMENTO

Sucede con frecuencia que un activo negociante muere repentinamente, y al examinar sus negocios se los encuentra muy enredados. Cuando se procura poner sus cosas en orden, los honorarios de los abogados consumen gran parte de la propiedad, si no toda, mientras que su esposa e hijos y la causa de Cristo quedan despojados. Los que son fieles mayordomos de los recursos del Señor, conocerán exactamente la situación de sus negocios, y como hombres prudentes estarán preparados para cualquier emergencia. Si hubiese de terminar repentinamente su tiempo de gracia, no dejarían en una perplejidad tan grande a aquellos que se viesan en la necesidad de ordenar sus bienes.

Muchos no se preocupan de hacer su testamento mientras gozan aparentemente de salud. Pero nuestros hermanos debieran tomar esa precaución; debieran conocer su situación financiera y no dejar que sus negocios se enreden. Deben ordenar su propiedad de manera que puedan dejarla en cualquier momento.

Los testamentos deben hacerse de una manera que resista la prueba de la ley. Después de haber sido formulados, pueden permanecer durante años, y no causar ningún perjuicio, aunque se continúe haciendo donativos de vez en cuando, según la causa los necesite. La muerte no llegará un día más temprano, hermanos, porque hayáis hecho vuestro testamento. Al legar vuestra propiedad por testamento a vuestros parientes, cuidado de no olvidar la causa de Dios. Sois sus agentes, conservadores de su propiedad; y debéis considerar primero sus requerimientos. Vuestra esposa y vuestros hijos no han de ser dejados en la indigencia; debéis proveer para ellos, si

lo necesitan. Pero no introduzcáis en vuestro testamento, simplemente porque es costumbre hacerlo, una larga lista de parientes que no sufren necesidad.

UN LLAMAMIENTO A LA REFORMA

Téngase siempre presente que el egoísta sistema actual de disponer de la propiedad no es plan ideado por Dios, sino por el hombre. Los cristianos deben ser reformadores y romper el sistema actual, dando un aspecto completamente nuevo a la confección de los testamentos. Téngase también presente la idea de que es la propiedad del Señor la que estamos manejando. La voluntad del Señor en este asunto es ley.

Si un hombre os hubiese hecho albaceas suyos, ¿no estudiaríais detenidamente la voluntad del testador, para que ni siquiera la más pequeña cantidad recibiese mala aplicación? Vuestro Amigo celestial os ha confiado una propiedad, y os ha indicado su voluntad acerca de cómo debe usarse. Si se estudia esta voluntad con corazón abnegado, lo que pertenece a Dios no se empleará para malos fines. La causa del Señor ha sido vergonzosamente descuidada, cuando él ha otorgado a ciertos hombres recursos suficientes para satisfacer toda emergencia si tan sólo ellos tuviesen corazones agradecidos y obedientes.

Los que hacen su testamento no deben pensar que habiendo hecho esto no tienen ya ningún deber; sino que, por lo contrario, deben estar trabajando constantemente, usando los talentos que se les han confiado para fortalecer la causa de Dios. El ha ideado planes para que todos puedan trabajar inteligentemente en la distribución de sus recursos. No se propone sostener su obra mediante milagros. Tiene unos pocos mayordomos fieles que economizan y usan sus recursos para adelantar su causa. En vez de ser la abnegación y la generosidad una excepción, debieran ser la regla. Las crecientes necesidades de la causa de Dios requieren recursos. Constantemente llegan pedidos de hombres de nuestro país y del extranjero para

La preparación para la muerte

solicitar que vayan mensajeros con la luz y la verdad. Esto requerirá más obreros y recursos para sostenerlos.—JT 1, 557-563.

Cómo asegurar vuestra propiedad

¿Queréis asegurar vuestra propiedad? Colocadla en la mano que lleva la marca de la crucifixión. Si la retenéis en vuestra posesión será para vuestra pérdida eterna. Dadla a Dios, y a partir de ese momento llevará su inscripción. Quedará sellada con su inmutabilidad. ¿Queréis disfrutar de vuestros bienes? Entonces utilizadlos para bendecir a los que sufren.—9 T 51.

63. LA MAYORDOMÍA ES UNA RESPONSABILIDAD PERSONAL

Los padres deberían ejercer el derecho que Dios les ha dado. El les confió los talentos que desea que utilicen para su gloria. Los hijos no debían hacerse responsables de los talentos del padre. Cuando los padres aún gozan de sus facultades mentales y de un buen juicio, con oración y consideración y con la ayuda de los consejeros debidos con experiencia en la verdad y un conocimiento de la voluntad divina, deberían disponer de sus bienes.

Si tienen hijos afligidos o que luchan en la pobreza, y que harán un uso juicioso de los recursos, éstos deberían ser tomados en cuenta. Pero si tienen hijos que no son creyentes y que poseen abundancia de las cosas de este mundo, y que sirven al mundo, cometen un pecado contra el Maestro que los ha hecho mayordomos suyos si colocan recursos en las manos de éstos nada más porque son sus hijos. Los derechos de Dios no deben considerarse livianamente.

Y debería comprenderse claramente que no porque los padres hayan hecho su testamento esto debe privarlos de dar recursos a la causa de Dios mientras viven. Deberían hacerlo. Deberían tener la satisfacción aquí, y la recompensa en el más allá, de disponer mientras viven de los recursos que tienen en exceso. Deberían hacer su parte para promover la causa de Dios. Deberían utilizar los recursos que su Maestro les ha prestado para llevar a cabo la obra que necesita hacerse en su viña. El amor al dinero está a la raíz de casi todos los delitos cometidos en el mundo. Los padres que retienen egoístamente sus recursos para enriquecer a sus hijos, y que no ven las necesidades de la causa de Dios ni las alivian, cometen un terrible error. Los hijos a quienes piensan bendecir con sus recursos son maldecidos con ellos.

**LAS RIQUEZAS HEREDADAS
CON FRECUENCIA SON UNA TRAMPA**

El dinero dejado a los hijos suele convertirse en una raíz de amargura. Estos con frecuencia se querellan a causa de los bienes que se les han dejado, y en el caso de que haya un testamento, difícilmente quedan satisfechos con las disposiciones del padre. Y esos bienes, en vez de despertar gratitud y reverencia por su memoria, crean insatisfacción, murmuraciones, envidia y falta de respeto. Los hermanos y las hermanas que vivían en paz unos con otros, algunas veces se malquistan y las disensiones familiares son a menudo el resultado de los recursos heredados. Las riquezas son deseables nada más que como medios para satisfacer las necesidades presentes, y para hacer bien a otros. Pero las riquezas heredadas con frecuencia se convierten en una trampa para el que las posee en vez de constituir una bendición para él. los padres no deberían tratar de exponer a sus hijos a las tentaciones que les esperan cuando les dejan recursos financieros que éstos no han realizado ningún esfuerzo para ganar.

LA TRANSFERENCIA DE BIENES A LOS HIJOS

Se me mostró que algunos hijos que profesan creer la verdad en forma indirecta ejercerían influencia sobre el padre para que éste deje sus recursos financieros a sus hijos, en vez de destinarlos a la causa de Dios mientras vive. Los que han influido en su padre para que éste traslade esta mayordomía sobre ellos, no saben lo que están haciendo. Están echándose encima una doble responsabilidad: la de pesar sobre la mente de su padre para que éste no cumpla el propósito de Dios en la disposición de los recursos que él le prestó para que los utilizara para su gloria, y la responsabilidad adicional de convertirse en mayordomos de bienes que el padre debió haber entregado a los cambiadores para que el Maestro recibiese lo que le pertenece con los intereses correspondientes.

Muchos padres cometen un gran error al transferir sus propiedades a las manos de sus hijos mientras ellos mismos son los respon-

sables por el uso o abuso de los talentos que Dios les ha prestado. Ni los padres ni los hijos son hechos más felices por estas transferencias de bienes. Y aun cuando los padres vivan unos pocos años más después de esto, generalmente tienen que lamentar esta decisión realizada por ellos. Este procedimiento no aumenta el amor de los padres por sus hijos. Los hijos no sienten mayor gratitud y obligación hacia sus padres a causa de su liberalidad. En la raíz de este asunto hay una maldición que produce únicamente egoísmo de parte de los hijos e infelicidad y desdichados sentimientos de una estrecha dependencia de parte de los padres.

Si los padres, mientras viven, ayudan a sus hijos a ayudarse a sí mismos sería mejor que si les dejasen una gran cantidad a su muerte. Los hijos que aprenden a confiar en sus propios méritos llegan a ser mejores hombres y mujeres, y están mejor capacitados para la vida práctica, que los hijos que han dependido de los bienes de su padre. Los hijos a quienes se ha enseñado a depender de sus propios recursos, generalmente aprecian sus habilidades, aprovechan sus privilegios y cultivan y dirigen sus facultades para realizar un propósito en la vida. Con frecuencia desarrollan hábitos de laboriosidad, frugalidad y dignidad moral, que están a la base del éxito en la vida cristiana. Los hijos por quienes los padres hacen más, es frecuente que se sientan muy poco obligados hacia ellos.—3 T 121-123.

64. DESPLAZANDO LA RESPONSABILIDAD SOBRE OTROS

Los hermanos observadores del sábado que desplazan la responsabilidad de su mayordomía hacia las manos de sus esposas, mientras ellos mismos son capaces de administrar la misma, son imprudentes, y esta transferencia desagrada a Dios. La mayordomía del esposo no puede transferirse a la esposa. Sin embargo esto se intenta en algunos casos, para gran perjuicio de ambos.

Un esposo creyente algunas veces transfiere sus bienes a su compañera incrédula esperando complacerla por este medio, desarmar su oposición y finalmente inducirla a creer en la verdad. Pero esto no es ni más ni menos que un intento de comprar la paz, o de sobornar a la esposa para que crea en la verdad. Los recursos que Dios ha prestado para promover su causa, el esposo los transfiere a una que no tiene simpatía por la verdad. ¿Qué cuentas rendirá tal mayordomo cuando el gran Señor requiera lo que es suyo con los intereses?

Los padres creyentes con frecuencia han transferido sus bienes a sus hijos incrédulos, y en esta forma han puesto fuera de su alcance la posibilidad de devolver a Dios las cosas que son suyas. Al obrar de este modo, deponen esa responsabilidad que Dios les ha dado, y colocan en las filas del enemigo los recursos que Dios les ha confiado para que se los devuelvan invirtiéndolos en su causa cuando él así lo requiera de ellos.

No obran de acuerdo con la voluntad de Dios los padres que son capaces de administrar sus propios negocios y que abandonan el control de sus propiedades para entregarlo aun a hijos que son de la misma fe. Estos pocas veces poseen tanta devoción hacia la causa como deberían, y no han sido enseñados en la adversidad y la aflicción como para atribuir un gran valor al tesoro eterno y menos valor al tesoro terreno. Los recursos colocados en las manos de éstos constituyen el más grande de los males. Es una tentación para ellos colocar sus afectos sobre lo terrenal, confiar en los bienes, y pensar

que necesitan muy poco más aparte de esto. Cuando entran en posesión de recursos que no han obtenido por sus propios esfuerzos, raras veces los utilizan sabiamente.

El esposo que transfiere su propiedad a su esposa, abre para ella una amplia puerta a la tentación, sea ella creyente o incrédula. Si es creyente, y si es naturalmente tacaña, inclinada al egoísmo y tiene tendencia a adquirir, la lucha será mucho más difícil para ella con la mayordomía de su esposo y la suya propia. A fin de salvarse, debe vencer todos estos rasgos peculiares y malignos, e imitar el carácter del Señor divino, buscando la oportunidad de hacer bien al prójimo y de amar a otros tal como Cristo nos amó. Debería cultivar el precioso don del amor que nuestro Salvador poseía en tanta abundancia. Su vida se caracterizó por una dadivosidad noble y desinteresada. Toda su vida no fue manchada ni siquiera por un sólo acto egoísta.

Cualesquiera sean los motivos del esposo, éste ha colocado una terrible piedra de tropiezo en el camino de su esposa, lo cual la estorbará en la lucha para vencer. Y si la transferencia se hace a los hijos, se producirán estos mismos males. Dios lee sus motivos. Si él es egoísta y ha hecho la transferencia para ocultar su codicia y excusarse por no hacer nada para promover la causa, la maldición del cielo seguramente seguirá a esta acción.

Dios lee los propósitos y las intenciones del corazón, y prueba los motivos de los hijos de los hombres. Puede ser que no se manifieste su desagrado en forma visible como en el caso de Ananías y Safira, y sin embargo en el fin el castigo no será en ningún caso más liviano que el que se les infligió a ellos. Al tratar de engañar a los hombres, estaban mintiendo a Dios. “El alma que pecare, esa morirá” (Eze. 18: 20)...

Los que se hacen la ilusión de que pueden transferir su responsabilidad sobre la esposa o los hijos, están siendo engañados por el enemigo. Una transferencia de bienes no disminuirá su responsabilidad. Son responsables por los recursos que el cielo ha confiado a

Desplazando la responsabilidad sobre otros

su cuidado y de ningún modo podrán excusarse de esta responsabilidad, hasta que sean exonerados al devolver a Dios lo que él les había confiado.—1 T 528-530.

PARA UN ESTUDIO ADICIONAL

- Los testamentos como motivos de rencillas, *JT* 1, 563.
- Procúrese consejo legal al preparar un testamento, 3 *T* 117.
- Transferencia de la mayordomía sobre los hijos mediante legados, 3 *T* 118-120.
- La transferencia de los bienes a los hijos no aumenta su afecto, 3 *T* 129.

SECCIÓN XV

*La recompensa de
la mayordomía fiel*

La recompensa de la mayordomía fiel

- 65. La recompensa como motivación en el servicio 335
- 66. El tesoro en el cielo 338
- 67. Bendiciones temporales para los generosos 341
- 68. Compartiendo los gozos de los redimidos 344
Para un estudio adicional 347

65. LA RECOMPENSA COMO MOTIVACIÓN EN EL SERVICIO

El Salvador dijo repetidamente: “Pero muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros” (S. Mat. 19: 30). Jesús desea que los que trabajan en su servicio no estén ansiosos por recibir recompensas, ni que sientan que deben recibir una compensación por todo lo que hacen. El Señor quiere que nuestras mentes se encaucen por un conducto diferente, porque él no ve en la forma como el hombre ve. El no juzga por las apariencias sino que estima a un hombre por la sinceridad de su corazón.

Los que han puesto en su servicio un espíritu de verdadero sacrificio, de la negación de sí mismos, son los que ocuparán el primer lugar al final. Los obreros que fueron contratados primero, representan a los que poseen un espíritu envidioso y de justicia propia, y que pretenden recibir un trato preferencial por sus servicios por encima de los demás. El padre de familia dijo a uno que puso en duda su derecho de dar más a los demás que a él: “Amigo, no te hago agravio; ¿no conviniste conmigo en un denario?” (S. Mat. 20: 13). Yo he cumplido mi parte del acuerdo.

En nuestra esfera de acción, todos nosotros deberíamos respetar el monto de la recompensa. Pero mientras apreciamos la promesa de bendición, deberíamos tener perfecta confianza en Jesucristo, creyendo que él hará bien y nos dará una recompensa que esté de acuerdo con lo que han sido nuestras obras. El don de Dios es la vida eterna, pero Jesús no desea que estemos tan ansiosos acerca de las recompensas como por hacer la voluntad de Dios porque es correcto hacerlo así, independientemente de toda ganancia.

Pablo contempló constantemente la corona de vida que se le daría, y no sólo a él sino también a todos los que aman su venida. Fue la victoria ganada mediante la fe en Jesucristo la que hizo la corona tan deseable. El siempre exaltó a Jesús. Está fuera de lugar toda jactancia de nuestra parte acerca de los talentos o la victoria.

“No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová” (Jer. 9: 23, 24).

Los que recibirán la recompensa más abundante serán los que hayan mezclado con su actividad y su celo una piedad misericordiosa y tierna por los pobres, los huérfanos, los oprimidos y los afligidos. Pero los que pasan sin preocuparse de ellos, que están demasiado ocupados para prestar atención a lo que ha sido comprado con la sangre de Cristo, que están llenos de grandes proyectos, encontrarán que están en el último lugar, en el más ínfimo.

Los hombres obran de acuerdo con lo que es el verdadero carácter de su corazón. Hay a nuestro alrededor los que poseen un espíritu manso y humilde, el espíritu de Cristo, pero que hacen muchas cosas pequeñas para ayudar a los que están cerca de ellos, y que no piensan en esas cosas que hacen; éstos se asombrarán al final cuando encuentren que Cristo ha notado las palabras que han hablado a los desanimados, y ha tomado en cuenta los donativos más pequeños hechos para aliviar a los pobres, y que han costado al dador algún grado de abnegación. El Señor mide el espíritu y da la recompensa que corresponde; y el espíritu de amor puro, humilde e infantil hace que la ofrenda sea preciosa a su vista.—RH, 3 de julio, 1894.

Como un don y no como un derecho

Pedro dijo: “He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?” (S. Mat. 19: 27). Esta pregunta formulada por Pedro muestra que él pensaba que cierta cantidad de trabajo de parte de los apóstoles merecería una cierta cantidad de recompensa. Entre los discípulos existía un espíritu de complacencia, de exaltación propia, que los llevaba a establecer comparaciones entre ellos. Si alguno de ellos fracasaba, los demás se sentían

superiores. Jesús vio que ese espíritu debía ser controlado. Podía leer los corazones de los hombres y vio sus tendencias al egoísmo en esta pregunta: “¿Qué, pues, tendremos?” Él debía corregir ese mal antes que adquiriera proporciones gigantescas.

Los discípulos estaban en peligro de perder de vista el verdadero principio del Evangelio. Mediante el empleo de esta parábola [de los labradores que fueron llamados] él les enseñó que la recompensa no es por las obras, para que nadie se gloríe, sino que se recibe enteramente por gracia. El labrador llamado a la viña al comienzo del día tuvo su recompensa en la gracia que se le dio. Pero el último que fue llamado tuvo la misma gracia que recibió el que fue llamado al comienzo. Todo el trabajo era de gracia, y nadie debía gloriarse sobre otro. Ninguno debía refunfuñar contra otro. Ninguno tenía privilegio sobre otro, y ninguno podía reclamar la recompensa como derecho propio. Pedro manifestó los sentimientos de un asalariado.—*RH*, 10 de julio, 1894.

66. EL TESORO EN EL CIELO

Cristo nos recomienda: “Haced tesoros en los cielos”. Esta obra de transferir nuestras posesiones al mundo de arriba, es digna de nuestras mejores energías. Es de la mayor importancia e implica nuestros intereses eternos. Lo que damos a la causa de Dios no se pierde. Todo lo que damos para la salvación de las almas y la gloria de Dios se invierte en la empresa de más éxito en esta vida y en la vida futura. Nuestros talentos de oro y plata, si los damos a los cambiadores, ganan continuamente en valor, lo cual se registrará en nuestra cuenta en el reino de los cielos. Nosotros seremos los receptores de la riqueza eterna que ha aumentado en las manos de los cambiadores. Al dar para la obra de Dios, nos estamos haciendo tesoros en el cielo. Todo lo que depositamos arriba está asegurado contra el desastre y la pérdida, y está aumentando en valor eterno y perdurable.

GANANCIA PARA ESTE TIEMPO Y LA ETERNIDAD

Deberíamos proponernos decididamente colocar todas nuestras capacidades al servicio de Cristo. Porque su servicio representa un beneficio para esta vida y para la vida venidera...

“La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz” (S. Mat. 6: 22). Si el ojo es bueno, si se lo dirige hacia el cielo, la luz del cielo inundará el alma, y las cosas terrenas parecerán insignificantes y sin atractivo. Cambiarán los propósitos del corazón y se atenderá la amonestación de Jesús. Haremos nuestro tesoro en el cielo. Nuestros pensamientos se fijarán en las grandes recompensas de la eternidad. Todos nuestros planes los haremos con referencia a la vida futura e inmortal. Nos sentiremos atraídos hacia nuestro tesoro. No nos ocuparemos de nuestros intereses mundanos, pero en todas nuestras empresas nos formularemos esta pregunta silenciosa: “Señor, ¿qué quieres que haga?” La religión de la Biblia estará entretejida en nuestra vida diaria.

El verdadero cristiano no permite que ninguna consideración terrena se interponga entre su alma y Dios. El mandamiento de Dios ejerce una influencia positiva sobre sus afectos y acciones. Si todos los que buscan el reino de Dios y su justicia estuvieran siempre listos para hacer las obras de Cristo, ¡cuánto más fácil sería el camino que lleva al cielo!...

Si se busca la gloria de Dios, el tesoro será puesto arriba, a salvo de toda corrupción o pérdida; y “donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (S. Mat. 6: 21). Jesús será el modelo que procuraremos imitar. La ley del Señor será nuestra delicia y en el día del ajuste final de cuentas escucharemos estas gozosas palabras: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor” (S. Mat. 25: 21).—RH, 24 de enero, 1888.

Fortaleciendo los vínculos de unidad

El Señor nos ha hecho sus mayordomos. Coloca en nuestras manos sus dones para que los compartamos con los necesitados; y esta generosidad práctica constituirá una infalible panacea para nuestro orgullo. Expresando en esta manera amor hacia los que necesitan ayuda, haremos que los corazones de los necesitados agradezcan a Dios porque él ha derramado la gracia de la generosidad sobre los hermanos, y les ha hecho aliviar las necesidades de los afligidos.

Mediante el ejercicio de este amor práctico es como las iglesias se acercarán a Cristo en unidad. Mediante el amor de los hermanos aumenta el amor a Dios, porque él no ha olvidado a los que están en aflicción, y en esta forma las ofrendas de gratitud ascienden hacia Dios por su cuidado. “Porque la ministración de este servicio no solamente suple lo que a los santos falta, sino que también abunda en muchas acciones de gracias a Dios” (2 Cor. 9: 12). La fe de los hermanos aumenta en Dios, y éstos son inducidos a encomendar sus almas y sus cuerpos a Dios como a un Creador fiel. “Pues por

la experiencia de esta ministración glorifican a Dios por la obediencia que profesáis al Evangelio de Cristo, y por la liberalidad de vuestra contribución para ellos y para todos” (2 Cor. 9: 13).—RH, 21 de agosto, 1894.

Esculpidos en las manos de Cristo

Cristo guardará los nombres de todos los que no consideran ningún sacrificio demasiado costoso para ofrecerlos a él sobre el altar de la fe y el amor. El lo sacrificó todo por la humanidad caída. Los nombres de los que son obedientes, los que se sacrifican y los fieles estarán esculpidos en las palmas de sus manos; no serán vomitados de su boca, sino que serán tomados en sus labios y él rogará especialmente en favor de ellos ante el Padre. Cuando los egoístas y orgullosos sean olvidados, ellos serán recordados y sus nombres serán immortalizados. A fin de ser felices, debemos vivir para hacer felices a otros. Es bueno que presentemos nuestras posesiones, nuestros talentos y nuestros afectos en una agradecida devoción a Cristo, y en esa forma encontraremos felicidad aquí y una gloria inmortal en el más allá.—3 T 250, 251.

67. BENDICIONES TEMPORALES PARA LOS GENEROSOS

Cuando la simpatía humana está mezclada con amor y generosidad, y santificada por el Espíritu de Jesús constituye un elemento que puede producir un gran bien. Los que cultivan la generosidad no sólo están haciendo una obra buena en favor de otros, y bendiciendo a los que reciben esas buenas acciones, sino también se están beneficiando a sí mismos al abrir sus corazones a la influencia benigna de la verdadera dadivosidad.

Cada rayo de luz derramado sobre otros se reflejará en nuestros propios corazones. Cada palabra bondadosa y de simpatía hablada a los afligidos, cada acto que alivia a los oprimidos, cada donativo hecho para satisfacer las necesidades de nuestros semejantes, dados o hechos teniendo en consideración la gloria de Dios, resultarán en una bendición para el dador. Los que trabajan de este modo están obedeciendo la ley del cielo y recibirán la aprobación de Dios. El placer de hacer el bien a otros imparte calor a los sentimientos, el que se propaga a los nervios, activa la circulación de la sangre e induce salud mental y física.—4 T 56.

Una bendición sanadora

La simpatía que existe entre la mente y el cuerpo es muy grande. Cuando uno es afectado, el otro reacciona. La condición de la mente tiene mucho que ver con la salud del organismo físico. Si la mente está libre y feliz, si está bajo la convicción de que se está obrando bien y si experimenta un sentido de satisfacción al hacer felices a otros, creará un gozo que afectará a todo el organismo facilitando la circulación de la sangre y tonificando todo el cuerpo. La bendición de Dios tiene un efecto sanador; y los que benefician abundantemente a otros experimentarán esa maravillosa bendición en sus corazones y sus vidas.—4 T 60, 61.

La obra de beneficencia tiene una doble bendición

La sabiduría divina ha señalado, en el plan de salvación, la ley de la acción y la reacción, lo que hace que la obra de beneficencia sea en todos sus aspectos una doble bendición. Dios podría haber cumplido su objetivo en la salvación de los pecadores sin la ayuda del hombre. Pero él sabía que el hombre no podría ser feliz sin desempeñar una parte en la gran obra de redención. Nuestro Redentor trazó el plan de utilizar al hombre como su colaborador para que éste no perdiese los benditos resultados de la benevolencia.—RH, 23 de marzo, 1897.

El poder de la tierra es quebrantado

Cristo vino para dar a los hombres la riqueza de la eternidad; y nosotros debemos recibir e impartir esta riqueza mediante nuestra conexión con él. Cristo ha dicho, no sólo a los ministros sino a todos: El mundo está rodeado por las tinieblas. Haced brillar vuestra luz para los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. Todos los que verdaderamente aman a Dios serán una luz en el mundo.

El que es un ciudadano del reino celestial contemplará constantemente las cosas invisibles. El poder de la tierra sobre la mente y el carácter es quebrantado. Tiene la presencia permanente del Huésped celestial, de acuerdo con esta promesa: “Yo le amaré, y me manifestaré a él” (S. Juan 14: 21). El anda con Dios tal como anduvo Enoc, en una constante comunión.—RH, 10 de noviembre, 1910.

La vida terrena es enriquecida

No puede ser perfecto o completo ningún proyecto de negocios o plan de vida que abarque únicamente los breves años de la vida actual y no haga provisión para el futuro eterno. Enséñese a los jóvenes a considerar la eternidad en sus cálculos. Enséñeseles a escoger los principios y buscar las cosas durables, a acumular para sí

aquel “tesoro en los cielos que nunca se agota, donde ladrón no llega, ni polilla consume”; a conquistarse amigos “por medio de las riquezas de injusticia”, para que cuando éstas falten, aquéllos los “reciban en las moradas eternas” (S. Luc. 12: 33; 16: 9).

Todos los que hacen esto, están haciendo la mejor preparación posible para la vida en este mundo. Ningún hombre puede acumular tesoro en el cielo, sin hallar que por ese medio se enriquece y ennoblece su vida en la tierra.

“La piedad para todo es provechosa teniendo la promesa de la vida que ahora es, y de la que ha de ser” (1 Tim. 4: 8).—*Ed.* 140.

El corazón del dador se expande

Las ofrendas de los pobres, dadas mediante la abnegación para ayudar a extender la preciosa luz de la verdad salvadora, no sólo constituirán un aroma delicioso para Dios, y serán plenamente aceptables para él como dones consagrados, sino también el acto mismo de dar expande el corazón del dador y lo une más plenamente con el Redentor del mundo.—*RH*, 31 de octubre, 1878.

La promesa permanente de Dios

Cuandoquiera que los hijos de Dios, en cualquier época de la historia del mundo, ejecutaron alegre y voluntariamente el plan de la benevolencia sistemática y de los dones y ofrendas, han visto cumplirse la permanente promesa de que la prosperidad acompañaría todas sus labores en la misma proporción en que le obedeciesen. Siempre que reconocieron los derechos de Dios y cumplieron con sus requerimientos, honrándole con su sustancia, sus alfolés rebo-saron.—*JT* 1, 375.

68. COMPARTIENDO LOS GOZOS DE LOS REDIMIDOS

Hay una recompensa para los obreros íntegros y abnegados que entran en este campo, y también para los que contribuyen voluntariamente a su sostén. Los que trabajan activamente en el campo, y los que dan sus recursos para sostener a estos obreros, compartirán la recompensa de los fieles.

Cada mayordomo sabio de los bienes confiados a él, entrará en el gozo de su Señor. ¿Qué es este gozo? “Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente” (S. Luc. 15: 10). Habrá una bendita alabanza, una santa bendición, para los fieles ganadores de almas. Se unirán a los que se regocijan en el cielo, que dan la bienvenida a la cosecha al entrar ésta en el hogar.

Cuán grande será el gozo cuando los redimidos del Señor se reúnan en las mansiones preparadas para ellos. ¡Oh, qué gozo para todos los que hayan sido obreros imparciales y abnegados juntamente con Dios en la tarea de promover su obra aquí en la tierra! Qué satisfacción tendrá cada segador cuando la voz clara y musical de Jesús diga: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (S. Mat. 25: 34). “Entra en el gozo de tu Señor”.

El Redentor es glorificado porque no ha muerto en vano. Con corazones gozosos, los que han sido colaboradores con Dios ven el trabajo de su alma en favor de los pecadores destinados a perecer y morir. Las horas ansiosas que pasaron, las circunstancias que les causaron perplejidad, la aflicción del corazón debida a que algunos rehusaron ver y recibir las cosas que habrían podido dar paz, todo eso queda olvidado. La abnegación que practicaron a fin de sostener la obra ya no es más recordada. Cuando contemplan las almas que procuraron ganar para Jesús, y las ven salvadas, salvadas eternamente como monumentos a la misericordia de Dios y al amor del

Redentor, hacen resonar en las bóvedas celestes exclamaciones de alabanza y agradecimiento.—RH, 10 de octubre, 1907.

La realidad es más grande que la expectativa

Cristo aceptó la humanidad y vivió en esta tierra una vida pura y santificada. Por esta razón ha recibido la designación de Juez. El que ocupa la posición de juez es Dios manifestado en la carne. Qué gozo será reconocer en él a nuestro Maestro y Redentor, llevando aún las marcas de la crucifixión, de las que salen rayos de gloria, lo que dará un valor adicional a las coronas que los redimidos recibirán de sus manos, las mismas manos que se extendieron para bendecir a sus discípulos cuando él ascendió. La misma voz que dijo: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (S. Mat. 28: 20), da la bienvenida a los redimidos.

El mismo que dio su preciosa vida por ellos, quien por su gracia movió sus corazones al arrepentimiento, quien los despertó a su necesidad de arrepentimiento, los recibe ahora en su gozo. ¡Oh, cuánto lo aman! La realización de su esperanza es infinitamente mayor que su expectativa. Su gozo es completo, y ellos toman sus refulgentes coronas y las arrojan a los pies de su Redentor.—RH, 18 de junio, 1901.

La segura promesa

Durante mucho tiempo hemos esperado el regreso de nuestro Salvador. Pero no por eso la promesa es menos segura. Pronto nos encontraremos en nuestro hogar prometido. Allí Jesús nos guiará junto a las aguas vivas que fluyen del trono de Dios, y nos explicará las enigmáticas disposiciones a través de las cuales nos guió a fin de perfeccionar nuestros caracteres. Allí veremos en todas partes los hermosos árboles del paraíso, y en medio de ellos contemplaremos el árbol de la vida. Allí veremos con una visión perfecta las hermosuras del Edén restaurado. Allí arrojaremos a los pies de nuestro Redentor las coronas que él había colocado en nuestras cabezas,

y, pulsando nuestras arpas doradas, ofreceremos alabanza y agradecimiento a Aquel que está sentado sobre el trono.—*RH*, 3 de septiembre, 1903.

Sólo un poquito más

Transcurrirá sólo un poquito más de tiempo antes de que Jesús venga a salvar a sus hijos y a darles el toque final de la inmortalidad. “Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad” (1 Cor. 15: 53). Los sepulcros se abrirán y los muertos saldrán victoriosos, y exclamarán: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Cor. 15: 55). Nuestros seres amados que duermen en Jesús resucitarán revestidos con la inmortalidad.

Y cuando los redimidos suban al cielo, las puertas de la ciudad de Dios se abrirán de par en par, y entrarán los que han guardado la verdad. Una voz más armoniosa que música alguna que hayan escuchado los oídos mortales, se oirá decir: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (S. Mat. 25: 34). Entonces los justos recibirán su recompensa. Sus vidas correrán paralelas con la vida de Jehová. Echarán sus coronas a los pies del Redentor, pulsarán las doradas arpas y llenarán todo el cielo de música armoniosa.—*Signs*, 15 de abril, 1889.

PARA UN ESTUDIO ADICIONAL

- Los benevolentes contribuyen a su propia felicidad, 4 T 59-61.
- Cada donativo es una bendición para el que lo da, 4 T 56.
- Una inversión segura en bolsas sin agujeros, *JT* 1, 468.
- Valores más allá de todo cálculo, *DMJ* 112, 114.
- Deberíamos estar satisfechos al recibir la riqueza celestial en proporción a nuestra inversión en bonos celestiales, 4 T 119.
- La prosperidad espiritual está estrechamente relacionada con la liberalidad cristiana, *HA* 276, 277.
- El dinero que rehusamos a la obra no producirá interés en el banco del cielo, *JT* 3, 350.
- Las riquezas terrenales pronto serán destruidas en la gran conflagración; sólo las riquezas depositadas en el cielo estarán seguras, 4 T 49.
- Cada oportunidad de manifestar generosidad que se aprovecha, añade al tesoro celestial, 3 T 249, 250.
- Seguridad de protección divina durante la época de hambre, 1 T 173, 174.
- Cada sacrificio es recompensado de acuerdo con la abundancia de la gracia divina, *DTG* 213, 214.
- Cien veces tanto ahora, *JT* 2, 138.
- El gozo de ver a las almas salvadas, 9 T 59.